

# ¿HASTA CUÁNDO TU SILENCIO?

TESTIMONIOS DE DOLOR Y CORAJE



L DE FAMILIARES DE SECUESTRADOS  
- DESAPARECIDOS EN LAS ZONAS  
ESTADO DE EMERGENCIA DEL PERU  
BASE - FEDEFAM  
MANCAVELICA - APURIMAC  
PRESENTE  
AMERICA LATINA  
DE NUESTROS  
ARON — VIVOS



Asociación  
Nacional de  
Familiares de  
Secuestrados,  
Detenidos y  
Desaparecidos  
del Perú

# ¿HASTA CUÁNDO TU SILENCIO?

“¿Hasta cuándo tu silencio?” presenta los testimonios de socias, socios y jóvenes de ANFASEP, quienes se atrevieron a relatar lo vivido antes, durante y después de la violencia política que vivió el Perú entre 1980 y 2000. Asimismo, esboza la historia de la violencia en Ayacucho y el papel que viene cumpliendo ANFASEP en el proceso de búsqueda de la verdad, justicia y reparación.

Este documento se diferencia de otras colecciones de testimonios por el hecho de que ha sido elaborado por los mismos afectados por la violencia política. Socias y socios de ANFASEP relataron sus testimonios, los cuales fueron recogidos, traducidos y transcritos por un equipo de jóvenes integrantes de la asociación.

Con el presente libro, ANFASEP invita a una reflexión profunda sobre los hechos y las secuelas del conflicto armado interno en el Perú, a fin de que la violencia no se repita jamás.



# ¿HASTA CUÁNDO TU SILENCIO?

TESTIMONIOS DE DOLOR Y CORAJE

Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y  
Desaparecidos del Perú - ANFASEP

## **¿Hasta cuándo tu silencio?**

Testimonios de dolor y coraje

© Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú – ANFASEP  
Prolongación Libertad N° 1229 Ayacucho - Perú  
Teléfono/Fax: + 51 (0) 66 31 71 70

© Cooperación Alemana, implementada por la GIZ  
Programa «Servicio Civil para la Paz» (ZFD)  
[www.giz.de](http://www.giz.de) / [www.ziviler-friedensdienst.org/es](http://www.ziviler-friedensdienst.org/es)

### **Coordinación e investigación:**

Heeder Soto Quispe

### **Equipo de redacción:**

Ada D. Bautista Esquivel (entrevista, transcripción y edición)  
Sonia Palomino Tenorio (entrevista, transcripción y edición)  
Wilber Salvatierra Gómez (entrevista, transcripción)

### **Asesoras:**

Kerstin Kastenholz, Cordula Strocka

### **Corrección de Quechua:**

Manuel Esquivel Quispe

### **Corrección de estilo:**

Hugo Rodríguez

### **Fotos:**

Kerstin Kastenholz, Heeder Soto, COMISEDH y archivo ANFASEP

### **Diseño y Diagramación:**

RQ / COMUNICACIONES

### **Aportes 2da edición:**

**Corrección de datos y textos agregados** (pp. 55-66, 70-71, 211-232, 281-303)  
Yuber Alarcón Quispe, Edilberto Jiménez Quispe

**Fotos** (pp. 211, 217, 223, 229, 281, 287, 293, 299, 334-339, 341)  
Edilberto Jiménez Quispe, Victor Lindenmayer

### **Diagramación:**

Victor Lindenmayer

**Primera edición:** Noviembre 2007 / Impresión 1000 ejemplares

**Segunda edición:** Marzo 2015 / Impresión 1000 ejemplares

La publicación de este documento ha sido posible gracias al apoyo del Servicio Civil para la Paz - ZFD, encargado por la Cooperación Alemana, implementado por la GIZ.

# AGRADECIMIENTO

¿Hasta Cuándo tu Silencio? Testimonios de dolor y coraje, es un anhelo de años atrás, anhelo que hoy se hace realidad gracias al apoyo brindado por las socias, los socios y los jóvenes de ANFASEP. Por ello, nuestro infinito agradecimiento a quienes colaboraron para la realización del presente libro. Asimismo, quisiéramos agradecer a algunos profesionales comprometidos con nuestra causa: a Hugo Rodríguez, por su colaboración voluntaria, a Salomón Lerner por su compromiso con las víctimas; a Kerstin Kastenholtz y Cordula Strocka por su apoyo y asesoramiento; a Manuel Esquivel, José Coronel, Emilio Laynes, Gumerinda Reynaga, Anamaría Silva y Karina Barrientos por su colaboración incondicional. Finalmente, queremos expresar un profundo agradecimiento al Servicio Alemán de Cooperación Social - Técnica (DED), al Programa Servicio Civil para la Paz (ZFD), a los Amigos del Perú en Alemania, Mülheim an der Ruhr, Irene Kastenholtz, Lotte Heinrich, igualmente a los amigos del Oscar-Romero-Haus en Bonn por su apoyo económico para la presente publicación.

# ÍNDICE

Agradecimiento .....	5
Abreviaturas .....	8
Glosario .....	10
Presentación .....	11
Introducción .....	15
<b>PARTE I: HISTORIA DEL NACIMIENTO DE LAS LUCHADORAS POR LA VERDAD Y LA JUSTICIA .....</b>	<b>21</b>
<b>1. Antecedentes, violencia política en Ayacucho .....</b>	<b>22</b>
" Ayacuchanos terroristas" y los botaderos de cadáveres .....	23
<b>2. Nacimiento de Anfasep .....</b>	<b>26</b>
Madres que inician la lucha por la verdad y la justicia .....	28
El Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, y ANFASEP .....	31
Comedor de niños " Adolfo Pérez Esquivel" .....	32
Niños y niñas del comedor .....	36
Enfrentando la discriminación y la exclusión social .....	38
Fujimori y ANFASEP .....	39
<b>3. Los Jóvenes de Anfasep .....</b>	<b>40</b>
<b>4. Anfasep luego de la Violencia Política .....</b>	<b>43</b>
ANFASEP y la CVR .....	44
ANFASEP y la difusión del Informe Final .....	45
<b>5. ANFASEP y el Museo de la Memoria .....</b>	<b>47</b>
La creación del Museo de la Memoria de ANFASEP .....	48
Un recorrido por el Museo de la Memoria .....	50
<b>6. Anfasep y la Lucha por el "Santuario de La Hoyada" .....</b>	<b>55</b>
Antecedentes y justificación .....	57
Objetivos del Santuario de la Memoria .....	60
Componentes del Santuario de la Memoria .....	60
La lucha no ha sido fácil .....	61
El estado actual del Santuario de la Memoria .....	65
<b>7. Reconocimiento a las Hacedoras de Paz .....</b>	<b>67</b>
Reconocimientos de las "Mujeres Imprescindibles" .....	69
Bibliografía: .....	72
<b>PARTE II: TESTIMONIO DE VALOR Y CORAJE .....</b>	<b>76</b>
<b>Desplazamiento .....</b>	<b>78</b>
Caminaba cargando su ropa (Sergia Flores) .....	79
Caminábamos llorando (Candelaria Pino) .....	85
No sabía cómo mantener a mis hijos (Constantina Vilca) .....	91
<b>Desapariciones Forzadas .....</b>	<b>96</b>
A veces veo en otra persona a mi hijo (Augustina Yaranga) .....	97
Antes no podía hablar, tampoco podía mover mi cuerpo (Maura Sayas) ....	101

Caí sobre los cadáveres (Lucia Pariona).....	107
Caminaba como entre sueños, gritando (Sabina Ventura).....	113
Dormíamos de miedo en los cerros (Máxima Tenorio) .....	119
En cada muerto veía el rostro de mi esposo (Silvia Lllallahui).....	125
Estoy decidida a llegar hasta el final (Felicitas Delgadillo).....	131
Tengo esperanzas de saber la verdad (Nélida Rojas).....	137
Había empezado a comer tierra (Margarita Esquivel).....	141
Por miedo, no dormíamos en casa (Lorenza Quispe) .....	147
Les daré los cinco solcitos que tengo, por la pérdida de su bala (Angélica Mendoza)	153
Los guardias la habían torturadores veces (Alejandra Arango).....	161
Mis hijos me daban fuerza y valor para seguir adelante (Maura Tineo) .....	167
No está acá, india, chuta, te voy a disparar (Esperanza Zavaleta).....	173
No sé si están vivos o están muertos, ¡no sé! (Basilia Gómez).....	179
¿Por qué se llevaron como lobos a mi hijo? (Natividad Barzola).....	185
Puedes encontrar plata, pero la vida no (Maximiliana Quispe).....	191
Quizá voy a morir buscando a mi esposo (Antonia Rodríguez) .....	199
Siempre recuerdo el peligro, como si fuese ayer (Adelina García).....	207
Quiero encontrar los cuerpos de mis desaparecidos (Elena Gonzales).....	213
Desde aquel entonces perdí los retos de mi esposo (Eudisia Conde).....	219
Mi madre me hizo prometer de seguir buscando a mi Padre (Rosa Cuba)..	225
Encontré personas como yo y comencé a caminar con ellos (Sivirina Auqui)	231
Tal vez me hubiera dicho “adiós mamá” (Margarita Alvites).....	235
<b>Asesinatos.....</b>	<b>240</b>
¡Hola compañero! (Maura Huillcahuari) .....	241
Mi corazón está herido (Isabel Huamancusi).....	247
Queremos luchar para los pobres (Edmunda Cáceres) .....	253
Quiero que venga la paz y la tranquilidad (Victoria Pariona).....	259
Sólo habían quedado los huesos y la ropa (Severino Tenorio) .....	265
Ya no está su cuerpo, solamente una calaverita (Lidia Flores).....	269
<b>Matanza.....</b>	<b>276</b>
Parece que mi hijo está esperándome aquí en ANFASEP (María Huamán)	277
Lo que le sucedió a mis padres, nos ha afectado mucho (Teresa Huicho)....	283
Sentía que la vida no tenía sentido sin ellos (Rodomila Segovia) .....	289
Tengo una herida que nunca se podrá curar (María Cárdenas).....	295
<b>Testimonios de Jóvenes Huérfanos.....</b>	<b>300</b>
Lo más duro para mí, fue el haber vivido sin calor de mis padres (Anival Cayo)	301
La única visión es no victimizarnos (Daniel Roca).....	307
No tengo a quién decirle “Feliz día papá” (Vladimir López) .....	315
Sí o sí tienen que pagar (Felimón Salvatierra).....	323
<b>COLECCIÓN DE FOTOS.....</b>	<b>326</b>

## ABREVIATURAS

<b>AJOHVISOP</b>	Asociación de Jóvenes Huérfanos, Víctimas de la Violencia Socio-Política
<b>APP</b>	Apoyo para la Paz
<b>APRODEH</b>	Asociación Pro Derechos Humanos
<b>CADS</b>	Comités de Autodefensa
<b>CEAS</b>	Comisión Episcopal de Acción Social
<b>CHIRAPAQ</b>	Centro de Culturas Indias
<b>CFD</b>	“Comité de Familiares de Desaparecidos”, (primer nombre de ANFASEP)
<b>CNDDHH</b>	Coordinadora Nacional de Derechos Humanos
<b>COMISEDH</b>	Comisión de Derechos Humanos
<b>CONAVIP</b>	Coordinadora Nacional de Organizaciones de Afectados por la Violencia Política
<b>CORAVIP</b>	Coordinadora Regional de Organizaciones de Afectados por la Violencia Política
<b>CORPAC</b>	Corporación Peruana de Aeropuertos y Aviación Comercial
<b>CVR</b>	Comisión de la Verdad y Reconciliación
<b>DDHH</b>	Derechos Humanos
<b>DED</b>	Servicio Alemán de Cooperación Social-Técnica
<b>DNI</b>	Documento Nacional de Identidad
<b>EE.UU.</b>	Estados Unidos de Norte América
<b>GIAQ</b>	Grupo de Iniciativa Ama Qunqanapaq
<b>FFAA</b>	Fuerzas Armadas
<b>FEDEFAM</b>	Federación Latinoamérica de Asociaciones de Familiares de Detenidos-Desaparecidos.
<b>FAP</b>	Fuerza Aérea del Perú
<b>GIZ</b>	Cooperación Alemana
<b>GTZ</b>	Cooperación Técnica Alemana (actualmente GIZ)
<b>ILA</b>	Expresión utilizada por SL como el inicio de la

	Lucha Armada
<b>MCJ</b>	Mesa de Concertación de la Juventud
<b>MCJA</b>	Mesa de Concertación de Jóvenes de Ayacucho
<b>MIMDES</b>	Ministerio de la Mujer y Desarrollo Social
<b>ONG</b>	Organismo No Gubernamental
<b>PAR</b>	Programa de Apoyo al Repoblamiento
<b>PCPSL</b>	Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso
<b>PCS</b>	Consejería en Proyectos
<b>PIP</b>	Policía de Investigación del Perú
<b>PNP</b>	Policía Nacional del Perú
<b>PUCP</b>	Pontificia Universidad Católica del Perú
<b>PRONAA</b>	Programa Nacional de Apoyo Alimentario
<b>RIPV</b>	Red de Integración por la Paz y la Vida
<b>SIE</b>	Servicio de Inteligencia del Ejército.
<b>SIN</b>	Servicio Nacional de Inteligencia
<b>SL</b>	Partido Comunista del Perú “Sendero Luminoso”
<b>SERPAJ</b>	Servicio de Paz y Justicia
<b>SUTEPH</b>	Sindicato Único de Trabajadores de la Educación de Perú en Huamanga.
<b>UNSCH</b>	Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga

## GLOSARIO

<b>Botaderos de cadáveres</b>	Lugares donde se arrojaban cadáveres, los cuales eran protegidos para que nadie pueda reconocer a la víctima.
<b>Cachaco</b>	Miembro del Ejército.
<b>Casa Rosada</b>	Lugar de tortura en Ayacucho.
<b>Casa del Maestro</b>	Local del Sindicato Único de Trabajadores de la Educación del Perú en Huamanga.
<b>Los Cabitos</b>	Cuartel Militar “Los Cabitos” en la ciudad de Ayacucho.
<b>Comités de Autodefensa</b>	Organizaciones de campesinos, también denominados “Rondas Campesinas o Ronderos”; se formaron para defender las comunidades rurales contra los ataques de Sendero Luminoso
<b>Cumpas (compañero)</b>	Miembros de Sendero Luminoso.
<b>Chacchar</b>	Masticar coca.
<b>Herranza</b>	Fiesta costumbrista.
<b>Infiernillo</b>	Lugar cerca de la ciudad de Ayacucho, fue utilizado como botadero de cadáveres.
<b>Los que caminaban</b>	Expresión utilizada para hacer referencia a los miembros de Sendero Luminoso.
<b>Molle</b>	Árbol silvestre .
<b>Padre Liceta</b>	Padre Neptalí Liceta del SERPAJ, acompañó estrechamente al fortalecimiento de ANFASEP en la década de los 80.
<b>Pérez Esquivel</b>	Adolfo Pérez Esquivel. Premio novel 1980. Aliado Importante de ANFASEP de la década de los 80.
<b>Programa Juntos</b>	Fue un programa Social del Estado Peruano Quaker Bebida a base de hojuelas de avena consumida en el desayuno.
<b>Terruco</b>	Terrorista, miembro de Sendero Luminoso
<b>Yana uma</b>	Quechua: “cabeza negra”; expresión utilizada para las personas que colaboraban con los militares durante el conflicto armado interno.

## PRESENTACIÓN

Cuando, hace cuatro años, se hizo entrega del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, se concluyó un serio y responsable esfuerzo de reflexión colectiva sobre la violencia que vivió nuestro país a partir de mayo de 1980. En esas páginas, elaboradas sobre la base de 16,986 testimonios recogidos en todo el territorio nacional de boca de miles de peruanos, hombres y mujeres en su mayoría humildes, se encuentra la descripción de la terrible descomposición física y moral a la que por desgracia llegó nuestra sociedad. Y sin embargo, en esas páginas se halla también, como la otra cara de una misma moneda, la exposición de numerosos actos de coraje, gestos de desprendimiento, signos de dignidad que nos muestran que el ser humano es, en esencia, digno y magnánimo.

Esas expresiones de nobleza y entereza moral surgieron allí donde se instaló la violencia y se dieron con especial intensidad en Ayacucho, donde se inició este doloroso pasaje de nuestra historia. Fueron protagonizadas de manera individual, pero también de forma colectiva como en el caso de la ANFASEP. En efecto, esta organización –creada inicialmente para tareas de asistencia social, pero que pronto extendió y multiplicó sus alcances– cumplió un papel invaluable no sólo en la defensa de las personas afectadas por la violencia, señalando los culpables de los atropellos cometidos, sino que luchó por afirmar el respeto de los derechos humanos y, en general, por promover y desarrollar una cultura de paz en nuestro país. Sus integrantes asumieron esas actividades con absoluta entrega, poniendo incluso en riesgo sus vidas, pues estaban en juego el destino de los suyos: familiares, amigos, vecinos.

En este libro se da cuenta de los inicios de esta agrupación, de las dificultades que ella ha atravesado en su desarrollo y de los muchos e invaluable aportes que, a pesar de ello, ha logrado ofrecer. Entre esos aportes, junto con la labor realizada en los tiempos del conflicto, se encuentra el constante apoyo brindado a la CVR, no sólo en la etapa de investigación, sino en el avance de las propuestas contenidas en el Informe Final. Un hito de especial significado en esta última dimensión de su trabajo fue la instalación en Ayacucho, en octubre del 2005, del Museo de la Memoria “Para que no se Repita”, que a su vez dio origen

a la implementación de otros espacios similares en Chuschi, Putacca y Huanta.

Esta publicación recoge, pues, la apasionante historia de la ANFASEP, pero incluye también los testimonios de sus dirigentes — en su mayoría mujeres valerosas— y de muchas personas que, desde diversos ámbitos, estuvieron ligados a ella. Esos testimonios no sólo nos permiten tener una visión cabal de sus empeños, sino conocer también, a través de la palabra de quienes fueron también víctimas de la violencia, los horrores que se abatieron sobre nuestro país y nuestros compatriotas durante las últimas décadas.

Esas declaraciones están inevitablemente impregnadas de dolor, y ese dolor, como sabemos, es insondable e irreparable. Nada puede compensar cabalmente la pérdida de un padre, una madre, un hermano, ni los años de zozobra, ni el largo tiempo de humillación que significó, cuando no el menosprecio, la indiferencia general de la sociedad hacia quienes debían ser, más bien, acogidos y reconfortados.

Esos relatos, por otro lado, siendo individuales e incomparables, nos remiten también a repensar nuestra tragedia colectiva. Nuestra sociedad entera fue afectada por los años de violencia y sus perversas secuelas han quedado —y aún podemos percibirlas hoy— en nuestro entorno más inmediato: en el empobrecimiento de nuestra cultura cívica, en el resquebrajamiento de nuestros criterios de exigencia moral, en nuestra tolerancia hacia la prepotencia, el abuso, el cinismo, la hipocresía que ha infectado nuestros espacios de diálogo público.

Esos testimonios nos hablan, finalmente, de la necesidad de justicia, un bien al que todo ciudadano, por el solo hecho de serlo, tiene derecho en una democracia. Es cierto que el Estado ha emprendido un programa inicial de reparaciones, pero se trata todavía de un horizonte muy estrecho, que requiere redoblar los esfuerzos.

El tema de la justicia es ineludible si queremos mirar con optimismo el futuro. Sin ella, no será posible la reconciliación que deseamos y necesitamos. Esta no consiste —no está demás repetirlo ahora— en el perdón de crímenes que son imperdonables ni en un reencuentro entre perpetrador y víctima, entre agresor y agredido. Supone, más bien, el reencuentro del Estado con la sociedad y de la sociedad peruana consigo misma, mediante la superación de las dolorosas desigualdades que hasta ahora existen en nuestro país y que influyeron en la incubación y la intensidad con que se dio la violencia. Reconciliarnos exige, pues, transformarnos, y por ello la CVR puso a consideración del Estado y de toda la sociedad una serie de recomendaciones y sugerencias de reforma

institucional, es decir, de todo aquello que debe ser cambiado en el más breve plazo para que los peruanos no volvamos a vivir la misma historia.

Entre esas reformas se encuentran la provisión de una educación de verdadera calidad, la atención a los traumas sufridos por la población y el remedio paulatino, pero sostenido, de la honda precariedad material en la que han quedado numerosos pueblos afectados por la violencia.

Sumado a todo ello, y tal vez como primer requisito, está el cambio espiritual y moral que debe verificarse en cada uno de los peruanos. La historia institucional aquí contada, junto con los testimonios que la acompañan, nos ofrecen una muestra ejemplar de ese cambio, pues así como hubo y hay todavía rabia, dolor, indignación, pesar intolerable, existieron y existen también manifestaciones de magnanimidad y perdón, de compasión y solidaridad, y ellas deben inspirarnos en la búsqueda de esa urgente regeneración moral de nuestra patria.

Este libro, que con acierto han sacado adelante los miembros de la ANFASEP y la Juventud ANFASEP – vale decir, aquellos que, siendo niños o adolescentes, fueron cobijados y asistidos por esta institución –, nos permite mantener viva la ilusión de que ese cambio se puede operar. Sabemos que no todos los peruanos se han incorporado aún a esa reflexión, pero un esfuerzo como éste contribuye a que demos un paso importante en ese impostergable camino.

**Salomón Lerner Febres**  
**Ex presidente de la CVR**



# INTRODUCCIÓN

No es posible olvidar lo que pasó durante la violencia política que vivió el Perú entre 1980 y 2000. Ella ha dejado tras de sí huellas que fueron infligidas en un momento dado y que se mantienen en el tiempo. Por ello, debemos aprender a coexistir con la memoria viva, haciendo todo lo que está en nuestras manos para que la violencia no se repita nunca más. Hacer lo posible para que esto sea viable no debe quedar en el mero nivel de las promesas, debe constituirse en un imperativo ético, ineludible para que cada vez mayor cantidad de personas en el mundo aboguen por la paz y velen por ella. En tal sentido, recordar lo acontecido es algo que se lo debemos a nuestros seres queridos, ausentes por desaparición o asesinato, pero presentes en nuestros corazones.

El filósofo romano Séneca, en sus cartas a Lucilio, manifiesta que: “Un hombre es un hombre, cualquiera sea la condición en la cual el destino lo haya situado”, refiriéndose con ello a la dignidad humana, la cual es inherente a la persona. Sin embargo, durante la violencia política, dicha dignidad fue despreciada y aún ignorada, tanto por Sendero Luminoso como por las Fuerzas Armadas del Estado y, en algunos casos, también por los Comités de Auto-Defensa. Fruto de su accionar y a través de las desapariciones forzadas y los asesinatos, quedaron viudas y huérfanos en total desamparo, sin ningún tipo de apoyo por parte del Estado. Este fue el motivo principal por el que, en 1983, un grupo de mujeres y niños conformaron la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú - ANFASEP.

En sus inicios, ANFASEP era una agrupación bastante pequeña y frecuentemente volátil, debido al miedo que las acciones de los bandos en conflicto provocaban en la mayor parte de la población. Sin embargo, gracias a la perseverancia y a las ansias de alcanzar la verdad y la justicia de las mujeres de ANFASEP, la organización se fue poco a poco consolidando; con la sola compañía de sus dos instrumentos de lucha: una banderola y una cruz, levantados como símbolos de lucha pacífica. De modo tal que en la actualidad es reconocida tanto a nivel nacional como internacional, no sólo por su trayectoria, sino por la trascendencia que ha tenido para la historia de la nación la reivindicación de los Derechos Humanos.

Entre sus diversas acciones, esta agrupación, ante la imperativa necesidad, abrió las puertas del comedor “Adolfo Pérez Esquivel”, en la ciudad de Ayacucho, donde muchas niñas y niños huérfanos y huérfanas, ahora jóvenes, tuvieron un lugar donde alimentarse.

Hoy, como ayer, ANFASEP agrupa a mujeres en su mayoría campesinas quechua hablantes y a jóvenes huérfanos, familiares de las víctimas de la violencia política. Desde hace 24 años, ANFASEP viene exigiendo el inicio y el avance de los procesos judiciales, antes los tribunales nacionales e internacionales respecto a las violaciones contra los Derechos Humanos, cometidos por los actores de la violencia política. De esa manera, tiene como objetivo promover y defender el derecho a la vida, el derecho a la integridad, el derecho a la libertad personal, el derecho a las garantías y a la protección judicial, así como el derecho a la verdad y a la justicia.

Cabe señalar que, pese a las recomendaciones plasmadas en el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), ni el Gobierno ni la sociedad civil han tomado conciencia frente al dolor y el olvido que hoy soportan los familiares de las víctimas de la violencia política. Esta ha sido una de las razones por las que los integrantes de ANFASEP han asumido el reto de sacar a la luz el libro “Hasta cuándo tu silencio. Testimonios de dolor y coraje”, con el objetivo de dar a conocer y sensibilizar sobre los atropellos y crímenes de lesa humanidad ocurridos durante el conflicto armado interno. Asimismo, el libro tiene la finalidad de abrir un espacio de reflexión, para mantener la memoria viva y promover la paz, a fin de que la violencia no se repita.

El presente documento ha sido trabajado por los mismos integrantes de ANFASEP. Socias, socios y jóvenes de ANFASEP quienes contribuyeron a la realización del presente libro presentando sus testimonios, los cuales fueron recogidos por un equipo de jóvenes integrantes de la asociación. Estos recibieron capacitaciones y acompañamiento psicológico a fin de llevar a cabo de mejor manera su trabajo. Las entrevistas partieron de una guía previamente trabajada, lo cual no significa que cada testimonio no haya sido diferente y único en sí mismo, por el contenido y por la inevitable carga de recuerdos dolorosos. En su mayoría, los testimonios fueron recogidos en el idioma quechua y posteriormente traducidos al castellano. Para complementar estas historias, también se recogió algunos datos e informaciones del Informe Final de la CVR y de algunos libros y revistas sobre memoria histórica en el Perú y en otros países.

La primera parte del presente documento recoge un breve resumen sobre la historia del conflicto armado interno en Ayacucho y el papel que cumplió ANFASEP en el proceso de búsqueda de la verdad y de

la justicia, durante y después de la violencia política. Cabe precisar que abordamos diversas memorias respecto a la historia de ANFASEP, debido a que las socias han construido memorias a partir de sus propias historias personales.

Asimismo, se hace un breve recorrido descriptivo por el Museo de la Memoria de ANFASEP "Para Que No Se Repita", que fue inaugurado en el año 2005, con la finalidad de sensibilizar sobre la historia de la violencia política; recordar a los familiares desaparecidos y asesinados de las socias y socios de ANFASEP; difundir el trabajo que viene realizando la organización durante estos 24 años de existencia y, sobre todo, promover una cultura de paz.

Finalmente, se presentan los vívidos testimonios de algunas socias, socios y jóvenes de la organización, quienes se atrevieron a relatar lo vivido durante y después de la violencia política. Si bien en los testimonios encontramos descripciones de las formas de tratos degradantes, de asesinatos inhumanos y aún impunes desapariciones, ocupan un lugar también importante las referencias a la lucha y a la búsqueda individual de verdad y justicia. En muchos de los testimonios aquí presentados, la esperanza es una luz que no se ha extinguido.

Así pues, no queda más que expresar nuestra esperanza de que el presente documento invite a una reflexión profunda sobre las más de 69 mil vidas humanas ausentes. También a entender que la violencia ha dejado miles de proyectos de vidas truncadas, secuelas psicológicas, económicas y sociales, dejándonos una sociedad fragmentada. Y que precisamente ése es el reto: construir una sociedad regida por los mejores principios y valores, con reglas democráticas y justas de convivencia, en fin, una sociedad donde impere el respeto hacia los demás.



PARTE I

HISTORIA DEL  
**NACIMIENTO**  
DE LAS LUCHADORAS  
POR LA VERDAD Y LA  
**JUSTICIA**

HEEDER SOTO QUISPE



# PARTE I: HISTORIA DEL NACIMIENTO DE LAS LUCHADORAS POR LA VERDAD Y LA JUSTICIA

Heeder Soto Quispe

*Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos. Pero hay quienes luchan toda la vida: esos son los imprescindibles.”*  
(Bertolt Brecht)

No se puede describir con palabras el dolor que han sufrido y sufren en la actualidad las víctimas de la violencia política; sólo ellas y ellos saben la real magnitud de su dolor y sufrimiento. Cuando se pierde un familiar por muerte natural, muchas veces los familiares se rehúsan a aceptar la realidad; pero si la pérdida ocurre en un contexto de injusticia e impunidad, el dolor es aún mayor. Una desaparición forzada, una violación sexual o un asesinato durarán unos cuantos minutos; pero aquellos minutos marcan a las víctimas y sus familiares para toda la vida.

La Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú - ANFASEP, cuenta con más de 30 años de existencia y muchas de sus socias ya han dejado este mundo; pero cada una de ellas deja huellas de un camino de lucha que es muy difícil emular. Muchos familiares, después de la desaparición y asesinato de sus seres queridos, han silenciado lo sucedido dentro de sí mismos. Pero, las mujeres de ANFASEP han optado por luchar, de una manera extraordinaria, por el lazo de amor que los ligó con su familia, la cual era tal vez su única riqueza en su contexto de pobreza. Esta es la historia de las “mujeres imprescindibles”, como las llamaría Bertolt Brecht, que lucharon primero para que se imponga la verdad y la justicia y, segundo, para que la paz regrese a Ayacucho.

# 1. ANTECEDENTES, VIOLENCIA POLÍTICA EN AYACUCHO

Entre los años de 1980 al 2000, el Perú padeció un conflicto armado interno muy escabroso. Como lo diera a notar la Comisión de la Verdad y la Reconciliación-CVR<sup>1)</sup>: “Fue el acontecimiento de violencia de mayor duración, el de impacto más extenso sobre el territorio nacional y el de más elevados costos humanos y económicos de toda nuestra historia republicana”. Por la denominada “catástrofe humanitaria”, más de 69,280 peruanos y peruanas murieron. De éstas, el 75 por ciento pertenecían a las zonas rurales; más del 40 por ciento de las víctimas eran ayacuchanas. Ello significa que esta parte del país sufrió intensamente de forma tal que, si la violencia se hubiera manifestado en iguales condiciones en todo el país, tendríamos una cifra cercana a “1.2 millones de víctimas fatales” (CVR 2003: Tomo I, 70).

En Ayacucho, un 17 de mayo de 1980, el autodenominado Partido Comunista del Perú “Sendero Luminoso” (PCPSL), irrumpió violentamente en la localidad de Chuschi, quemando los materiales electorales, evento que denominó Inicio de la Lucha Armada (ILA). SL fue el principal culpable en desatar la ola de la violencia; se rebeló violentamente contra el Estado peruano, con el objetivo de llegar al poder utilizando las armas y eliminando a todos aquellos que estuvieran en contra de su doctrina; después de ello, establecerían un Gobierno Comunista.

Para el desarrollo de la violencia, el Estado peruano también tiene una carga de responsabilidad innegable, por haber otorgado el poder político y militar a las Fuerzas Armadas (FFAA), abdicando su propio poder, y por mantener abandonadas a las zonas rurales y urbano-marginales, en las que la población convivía con la extrema pobreza, con la exclusión y con el racismo. El Estado que, en momentos del recrudescimiento de la

---

1) La CVR fue creada el 4 de junio de 2001, mediante Decreto Supremo 065/2001-PCM, con el objetivo de esclarecer los hechos de violencia suscitados entre los años 1980 al 2000. La CVR presentó al Estado su Informe Final el 28 de agosto del año 2003.

violencia, tenía que proteger los derechos de las poblaciones vulnerables mediante las FFAA, desprotegió y violó indiscriminadamente los derechos humanos (DDHH) de miles de peruanos y peruanas.

En febrero del año 1982, el Gobierno de Belaúnde decretó el Estado de Emergencia en las provincias de Huamanga, Huanta, Cangallo, La Mar y Víctor Fajardo. El mismo año, el 30 de diciembre, entregó a las FFAA el control político y militar de la zona de emergencia de Ayacucho. Días después, el 1 de enero, bajo el Comando del General de Brigada EP Roberto Clemente Noel Moral, se estableció la Jefatura del Comando Político-Militar (SER 2004). Esto trajo como consecuencia el incremento de la violencia y la violación sistemática de los DDHH de miles de campesinos. Los actores del conflicto armado en Ayacucho fueron: SL, las Fuerzas Armadas, la Policía Nacional y los Comités de Autodefensa (CAD).

La militarización del conflicto causó el incremento de las cifras de muertos y desaparecidos: entre los años 1983 y 1985 se produjo la mayor cantidad de violaciones a los DDHH. De ellas, la desaparición forzada y las ejecuciones extrajudiciales son las que más resaltan (véase Cuadros 1 y 2). Ayacucho registra la mayor cantidad de víctimas de todos los departamentos afectados.

### **“Ayacuchanos terroristas” y los botaderos de cadáveres**

*La gente de esa comunidad no dormía en sus casas, por miedo, porque los militares o los terroristas entraban de noche a las casas y hacían desaparecer o los mataban; por eso, por miedo, no dormía en mi casa.”*  
(Lorenza Quispe)

Durante el período de la violencia política, la población ayacuchana vivió una situación muy difícil, no se podía estar “ni con Dios, ni con el diablo”. Las poblaciones que vivían en el campo podían ser acusadas de “terroristas” por las FFAA y, al mismo tiempo, tildadas de “yana umas” (colaboradores de las FFAA) por SL. La situación en la ciudad no era tan distinta, al amanecer se hallaba siempre algún muerto en las calles. Los habitantes rurales y urbanos trataban de ser “imparciales” con cualquiera de los dos agentes; sin embargo, estos imponían “colaboraciones”, las que podían terminar en la peor muerte. Más aún, las familias que se desplazaban a otras partes del país, si es que eran ayacuchanas, eran tildadas de “terroristas”. Generalmente, la sociedad limeña consideró

a todos los ayacuchanos como sospechosos y potenciales militantes de SL, por lo que, miles de familias tuvieron que cargar el estigma injusto, hasta en la muerte, porque los registros de matanzas en los medios de comunicación no eran recibidos de una manera adecuada, mas bien se alentaba el hecho por los sectores conservadores.

Las FFAA y SL implementaron estrategias represivas contra los habitantes de las comunidades rurales y urbanas del departamento: desapariciones forzadas, torturas, violaciones sexuales, asesinatos colectivos y selectivos, entre otros. Sin embargo, las socias que en el futuro conformarían la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú (ANFASEP), se enfrentaron a SL y las FFAA, intentando ser “imparciales”, por lo que resultaron ser víctimas de ambos bandos.

Edmunda Felicidad (actual socia de ANFASEP), relata en su testimonio cómo enfrentó la prédica violentista de SL, por lo cual perdió a tres de sus familiares: “Un día llegaron a mi chacra cuatro personas, todas armadas y uno me dijo: Vamos, señora, para hacer una asamblea. Pero yo le dije: ¿Quién eres tú para que me ordenes?, si quieres, mátame aquí, en el borde de mi chacra, para que me recojan mis hijos”.

Por otra parte, las FFAA atropellaban indiscriminadamente los derechos de las familias simultáneamente con las “fuerzas combinadas” (Ejército, Policía de Investigación del Perú - PIP y Servicio de Inteligencia del Ejército - SIE). En una operación militar denominada “rastrillaje”, ingresaban a los domicilios y capturaban a los presuntos senderistas, a los que luego torturaban y, finalmente, asesinaban. En aquellos operativos, las FFAA aplicaron la desaparición forzada. Las detenciones y desapariciones de personas generalmente se realizaban en base a acusaciones inverosímiles, carentes de alguna prueba contundente de que la persona tenía alguna relación con SL, violándose de esta manera el debido proceso judicial a que tiene derecho un detenido:

*A un compañero de promoción de mi hijo, habían detenido en San Miguel. Después de detener le torturaron, preguntándole quiénes eran sus amigos. Entonces ese joven había pronunciado nombres de cinco personas; uno de ellos era mi hijo. Al joven lo detuvieron por portar un documento de identidad de otra persona; entonces, los militares y los sinchis le dijeron: ¿Por qué tienes este documento? Tú eres terrorista”., Pero ese documento se había encontrado en Capillapata en Ayacucho. (Teodora Montoya)*

Según el informe de la CVR del año 2003, validado por la Defensoría del Pueblo, como producto de la violencia política, se tiene registrado

8,558 personas desaparecidas<sup>1)</sup>. De ellas, el 45 por ciento pertenece a los casos de Ayacucho. La desaparición forzada concluía generalmente con la ejecución de la víctima y la desaparición de sus restos. El Estadio de la ciudad de Huanta, en los años de violencia, sirvió como base de operaciones de la Marina de Guerra, por lo que adquirió la reputación de ser uno de los principales centros donde se practicaba la desaparición forzada. Es frecuente escuchar entre los pobladores la frase “Quien entraba, no salía”. Es en Huanta donde surge el sonado caso de Pucayacu<sup>2)</sup>. En la ciudad de Ayacucho también existieron los centros de tortura y desaparición: el Cuartel “Los Cabitos”, la llamada Casa Rosada, el local de la PIP, la Comisaría de la Guardia Civil y el local llamado Agallas de Oro, donde tenía su base la Guardia Republicana. En estos centros fueron asesinadas miles de personas, cuyos cuerpos luego fueron trasladados en el peor de los casos a los hornos crematorios del Cuartel “Los Cabitos”<sup>3)</sup> o a los denominados “botaderos de cadáveres”: Purakuti, Infiernillo, Huaschura, Quinoa, Ñeque, Waywakondo, Sachqarumi, entre otros.

La generalización de la violencia en el país trajo como consecuencia miles de asesinatos, desapariciones forzadas, violaciones sexuales, viudas, huérfanos y desplazamientos. Los desplazamientos, en particular, se produjeron desde las zonas rurales hacia las ciudades más cercanas: Ayacucho, Huancavelica, Apurímac, Lima, Junín, Cusco e Ica. De las más de 80,000 personas desplazadas a nivel nacional, Ayacucho registra el 49 por ciento, un total de aproximadamente 40,000 desplazados, de los cuales el 39 por ciento provenía del interior del departamento; de ellos el 50 por ciento optó por quedarse en la provincia de Huamanga, la otra mitad se desplazó a diferentes sitios del país, principalmente a Lima (CVR 2003).

- 
- 1) La Coordinadora Nacional de Derechos Humanos durante la campaña “Los Peruanos que faltan”, incrementó la cifra de personas desaparecidas de 8,558 a 12,027. El Equipo Peruano de Antropología Forense elaboró para el Comité Internacional de la Cruz Roja un consolidado de personas desaparecidas, dando la cifra de 13,271. El Equipo Forense Especializado -EFE- del Ministerio Público señaló en un documento, remitido al Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, que existen 15,731 personas desaparecidas. (Fuente: Informe Defensorial Nro. 162 / “A diez años de verdad, justicia y reparación.”, 2013, pp. 148-149)
  - 2) En 1984, se descubrió 49 cadáveres de detenidos por efectivos de la Marina, en una zona conocida como Pucayacu (1984). Las socias de ANFASEP fueron a reconocer a sus familiares, una de las socias posiblemente reconoció a una de las víctimas como su familiar, pero no lo manifestó, por miedo a que la Marina tome alguna represalia contra ella.
  - 3) En la actualidad, el Ministerio Público ha hallado 15 cuerpos enteros y muchos restos humanos más, a pesar que estas evidencias fueran borradas y alteradas en tiempos de la violencia (1983-1988). Con ello, ha quedado confirmado que existió un crematorio dentro de las instalaciones del cuartel del Ejército “Los Cabitos”.

## 2. NACIMIENTO DE ANFASEP

*Fui llorando al cuartel, allí un guardia me dijo: Te voy a matar. ¿Sabes que lo han traído acá? Yo dije: Sí sé, por eso vengo. Él me respondió: No está acá, india, chuta, te voy a disparar. Yo le dije: Hazme desaparecer junto a mi hijo. (Esperanza Zavaleta)*

Ayacucho, de una ciudad tranquila y citadina de principios del siglo XX, se transformaba en un lugar irreconocible; su tierra estaba siendo manchada con la sangre de sus habitantes. Para SL y las FFAA, la vida de miles de campesinos carecía de valor; la muerte, el miedo y la desesperanza se apoderaban del escenario ayacuchano. Cuando las FFAA ingresaron al escenario de la violencia, se produjo la militarización del conflicto; las acciones violentas se complicaron aun más. Luego de la instalación del Comando Político-Militar en los primeros meses del año 1983, se multiplicaron las víctimas de la violencia. Los familiares, en su mayoría mujeres, a veces acompañados de sus menores hijos, llorando, transitaban las calles ayacuchanas en busca de sus seres queridos. En los alrededores de la Plaza Mayor, en las puertas de la Fiscalía, de la Comisaría e iglesias, se formaron pequeños grupos de mujeres, que intercambiaban las escasas informaciones de los casos de desapariciones y asesinatos, tratando de acompañarse mutuamente en su dolor.

*Al inicio, caminábamos unos cuantos. Un día, estábamos esperando al Fiscal; allí nos hemos encontrado con la señora Angélica<sup>1)</sup>, también estaba buscando a su hijo (María Huamán).*

A medida que la violencia se agudizaba, las autoridades, abogados, jueces, fiscales y otros agentes relacionados con la administración de justicia, fueron intimidados y, por ello, dejaban de cumplir con su rol. Las FFAA tenían el control total; toda acción que se realizara requería el permiso respectivo del Comando Político-Militar de la zona. Por

---

1) Angélica Mendoza de Ascarza, más conocida como "Mama Angélica", mas tarde será la figura representativa de la asociación.

está situación, la personas que tenían familiares desaparecidos no podían iniciar o proseguir las diligencias y denuncias respectivas. La Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos-Desaparecidos (FEDEFAM), en una visita que realizó a Ayacucho en el año 1984, registró la situación de las familias afectadas por la violencia:

*Un cadáver puede ser levantado únicamente por un Juez o un Fiscal, quien a su vez tiene que conseguir el permiso y el transporte del Comando Político-Militar para realizar esta tarea. No se les conceden estas facilidades y así quedan los cadáveres semanas enteras hasta que son devorados por los animales (FEDEFAM 1984: 30).*

En este contexto hostil, unas cuantas personas colaboraron con las familias afectadas por la violencia y apoyaron el surgimiento de ANFASEP. Una de estas personas fue la alcaldesa de Huamanga (1983-1986), Leonor Zamora, quien fue una de las pocas autoridades firmes en denunciar las violaciones a los DDHH<sup>1</sup>). Ella también cumplió un papel fundamental en el nacimiento de ANFASEP: reunió a las familias afectadas por la violencia en su oficina y domicilio. Luego las convocó a la Municipalidad Provincial de Huamanga (MPH), brindándoles un local donde las víctimas podían compartir su dolor entre ellas. Zamora, luego de gestionar ante las instituciones benéficas, repartía algunos alimentos entre los familiares.

La alcaldesa estrenó un espacio de comunicación entre los familiares de las víctimas y la sociedad ayacuchana; con esa finalidad instaló parlantes, por los cuales las familias podían manifestar su denuncia y dolor. También trató de convocar a las autoridades al local de la MPH, para que traten el tema de la violación a los DDHH. Asimismo, alentó a las familias para que pudieran organizarse.

*La señora Zamora ponía parlantes y nos daba el micrófono para llegar a la ciudad. Nosotros podíamos decir lo que queríamos a la población. Era un local donde podíamos exponer nuestro dolor (Ana Ascarza).*

*La señora Alcaldesa Leonor Zamora nos dijo: Hay tanta gente que está muriendo, todos ustedes son personas y tienen muchos hijos. No creo que nos maten a todos, organícense y levántense (Lidia Flores).*

De esta forma, se iniciaron las primeras reuniones de lo que luego será ANFASEP. Las reuniones no se realizaban abiertamente, por la

1) Por esta acción la alcaldesa fue relacionada con SL. Zamora fue asesinada el 21 de diciembre del año 1991 por agentes del Servicio de Inteligencia del Ejército – SIE.

situación del estado de emergencia, que incluía la prohibición de reunirse. Por ello, se organizaron reuniones clandestinas en lugares diversos.

*Nos reuníamos en una pequeña tienda donde arreglaban zapatos; nos ocultábamos, cuidándonos de las personas. Después de la reunión salíamos uno a uno.* (Margarita Esquivel)

La formación de ANFASEP se inició con una reunión el 2 de setiembre del año 1983. Pocos días después, Angélica Mendoza, Antonia Zaga y Teodosia Cuya viajaron a la ciudad de Lima, con la idea de presentar las denuncias de sus desaparecidos ante el Gobierno Central. Llegando a la capital, estas tres mujeres que contaban con mínimos recursos, pernoctaron en el Campo de Marte. Allí, por casualidad, se encontraron con un senador ayacuchano, quien los ayudó en sus gestiones y diligencias. Otro personaje que marcó la historia de ANFASEP fue el joven abogado Zósimo Roca<sup>1)</sup>; él les brindaba su apoyo jurídico y asesoramiento, redactaba los documentos y denuncias de las mujeres que intentaban conseguir algo de justicia por sus familiares desaparecidos.

### **Madres que inician la lucha por la verdad y la justicia**

*Y nosotras rondábamos en medio de mucha gente armada, nos llenábamos de valor y decíamos: Si nos matan, nos matarán. Las socias aumentaban más y más.*  
(María Huamán)

Después de la primera reunión, fue muy difícil concretar la organización. La primera representación nominal que adoptó la asociación antes de convertirse en ANFASEP fue Comité de Familiares de Desaparecidos (CFD), el cual era presidido por la señora Angélica Mendoza de Ascarza. La alcaldesa Zamora también presidía en esas fechas el Comité de Defensa de los Derechos Humanos de Ayacucho. A la par del surgimiento de estas organizaciones, recrudecía la violencia y el miedo. En ese entonces, cuando el CFD tenía contactos iniciales con algunos periodistas, las integrantes se negaban a que se les tomara fotografías, principalmente del rostro, para evitar represalias.

En enero de 1984, la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos-Desaparecidos (FEDEFAM), realizó una visita a la ciudad de Ayacucho, en la que el Comité de Familiares de Desaparecidos

---

1) Después de Roca, los abogados Mario Cavalcanti y César Prado, en algunas ocasiones, apoyaron el tratamiento del tema de los DDHH. Luego, estos también fueron obligados a abandonar Ayacucho.

solicita su incorporación a la Federación. En noviembre del mismo año, en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, se llevó a cabo el V Congreso de FEDEFAM, al cual viajó una delegación de Ayacucho, conformada por Angélica Mendoza, Guadalupe Ccallocunto y Zósimo Roca, entre otros. Roca también incentivó a las mujeres para que se organicen y por esta acción fue perseguido por agentes del estado<sup>1)</sup>.

*Para mí el autor intelectual, para que la asociación naciera es el Dr. Zósimo. Él es, él ha orientado, ha dado la idea para la organización. (Esteban Canchari)*

A partir de este viaje, el CFD y las mencionadas mujeres, en unión de Roca, aunaron esfuerzos para que la organización pueda consolidarse. Francisco Soberón, colaborador de la asociación, opina sobre el protagonismo de las integrantes de ANFASEP: “Ellas motorizaban, impulsaban y organizaban a los familiares, fueron las primeras activas en agrupar a los familiares la señora Zaga [...], Mamá Angélica y Guadalupe [Ccallocunto].”<sup>2)</sup>

A fines de 1984, el Comité de Familiares de Desaparecidos adoptó el nombre de Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos en las Zonas Declaradas en Estados de Emergencia del Perú - ANFASEP. En aquellas fechas, ANFASEP contaba con bases en los departamentos de Apurímac y Huancavelica (también declaradas en estado de emergencia); por ello se adoptó la denominación de Asociación Nacional. Cabe mencionar que las socias de ANFASEP refieren que el Comité de Detenidos-Desaparecidos (COFADER) de Lima, formado el mismo año, en un principio tuvo una vinculación orgánica y representativa con la asociación de Ayacucho.

El número de las familias afectadas que se integraban a ANFASEP iba aumentando cada día y, por lo tanto, se hacía necesario tener un local propio para poder desarrollar las reuniones. La Municipalidad, donde inicialmente se realizaron las reuniones, era un lugar público, por lo tanto tenía ciertos inconvenientes. Por ello, la Junta Directiva gestionó ante la dirigencia del Sindicato Único de Trabajadores de la Educación de Huamanga, para que les concedieran un espacio donde pudieran reunirse con las socias. La Junta incidió con el argumento que los profesores también eran víctimas y algunos de sus hijos participaban en ANFASEP. De esta manera, el SUTEPH otorgó a la asociación un pequeño rincón de su local, techado a medias, cercado con tablas y con una pared frontal a

1) En el año 1988, con la ayuda de las mujeres de ANFASEP, Roca logró escapar a la ciudad de Lima. Su sucesor, Rico Bazán, fue asesinado en su propia oficina, posiblemente por agentes del estado.

2) La noche del 10 de junio de 1990, Guadalupe Ccallocunto de 37 años, fue intervenida y desaparecida de su domicilio, en Huamanga, por 15 agentes del Estado (Adehrperu 2007).

medio terminar. Las mujeres de ANFASEP tuvieron que adecuarse a este lugar e implementar lo necesario para que sea un local de reuniones de la asociación naciente.

El año 1985 fue un período estratégico en el que se realizaron actividades organizativas en la sección de los DDHH; en ese año surgieron organizaciones muy importantes. El 19 y 20 de enero se realizó el Primer Encuentro Nacional de Derechos Humanos; en aquel evento se formó la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos (CNDDHH), para dar relevancia a la discusión de la violación de los DDHH en la plataforma y agenda nacional, debido a que los habitantes, políticos y autoridades de la capital, aún no sentían e ignoraban el desarrollo del conflicto armado interno. Ayacucho fue el principal impulsor de esta actividad. ANFASEP incidió entre las organizaciones de DDHH<sup>1)</sup> y la comunidad religiosa<sup>2)</sup> principalmente de Lima, para que la idea del encuentro se concrete.

*El ímpetu, para un encuentro nacional provino de las provincias. Los familiares de las víctimas de la violencia pidieron un encuentro nacional como una forma de obtener más atención para las denuncias individuales, las cuales eran rutinariamente ignoradas por los funcionarios estatales. (Youngers 2003:117)*

El 3 febrero de 1985, Ayacucho recibió una visita muy importante, la del Papa Juan Pablo II. Esta visita dio nacimiento a la segunda herramienta de lucha pacífica<sup>3)</sup> de ANFASEP, una cruz de madera, en la cual estaba escrita la frase “No Matar”. Este símbolo de fe acompañaría en adelante a la asociación en sus acciones sociales. La cruz, en la que fue crucificado Jesucristo, simbolizaba para las madres de ANFASEP su identidad cristiana y su exigencia a la sociedad para que reflexione y ayude a que el sufrimiento y la violencia concluya.

Cabe recalcar que, por medidas de seguridad, el Papa tuvo restricciones para su recorrido por la ciudad. Las mujeres de ANFASEP marchaban hacia el aeropuerto para recibir al Papa, con su cruz y su banderola; pero fueron impedidas de atravesar la barrera de seguridad instalada a una cierta distancia del aeropuerto, donde el Papa se dirigía al pueblo ayacuchano. Pero ANFASEP, por intermedio del padre Liceta<sup>4)</sup>, entregó un documento al Papa. Lidia Flores recuerda el nacimiento del

1) En esos años, los aliados iniciales de ANFASEP fueron: CONADEH (luego COMISEDH), SERPAJ, APRODEH, entre otros. Pero la Iglesia Católica de Ayacucho, como veremos mas adelante, no mostró ningún apoyo a la asociación.

2) CEAS, Comités de Derechos Humanos CODEHs (algunos de ellos vinculados con la Iglesia Católica).

3) Después de la banderola, que fue elaborada a partir de pedazos de costalillos de harina, y pintada por un joven universitario.

4) Padre Neptalí Liceta del Servicio de Paz y Justicia – SERPAJ, ligado a la iglesia católica de influencia internacional, acompañó estrechamente al fortalecimiento de ANFASEP sus primeros años de vida institucional. Posiblemente mediante este personaje las madres recibieron la visita de Pérez Esquivel en el año 1984. Liceta falleció en un accidente automovilístico.

símbolo de la cruz: “A la cruz le hemos hecho bendecir en una misa. Luego, cargando nuestra cruz hemos ido a recibir al Papa, cantando nuestra canción: Hasta cuándo, hijo perdido”<sup>1)</sup>.

*El Perú tiene una tarea que ya no puede ser postergada: trabajar, no con medios violentos, para re-establecer la justicia en las relaciones humanas, sociales, económicas y políticas; para ser promotor de la reconciliación entre todos, porque la paz llega de la justicia (extracto del discurso del Papa Juan Pablo II, en el aeropuerto de Ayacucho).*

### **El Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, y ANFASEP**

Las mujeres de ANFASEP proseguían su lucha con mínima ayuda, acompañadas sólo por las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) de DDHH como el Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ), la Comisión de Derechos Humanos (COMISEDH), la Asociación Pro Derechos Humanos (APRODEH) y la Comisión Episcopal de Acción Social (CEAS). Sin embargo, estas organizaciones, a pesar del esfuerzo que realizaban, no lograban aminorar la violencia. Además, tenían sus oficinas en Lima o algunos de ellos se encontraban recién en la etapa de fortalecimiento, como la CNDDHH. A ello se agrega que en las zonas de violencia imperaba la inseguridad e impunidad. En la ciudad de Ayacucho no existía quien apoyara a las socias de ANFASEP, aparte de Zósimo Roca y Leonor Zamora.

La Iglesia Católica, a nivel nacional, levantó acciones contra la violación de los DDHH; pero no fue así en Ayacucho. Ni el Arzobispo Federico Richter ni su sucesor Juan Luís Cipriani atendieron o acompañaron la labor de ANFASEP. Hubo momentos en que ni siquiera quisieron realizar una misa para la asociación.

*Nos valíamos de él [Federico Richter], le rogábamos demasiado, pensando que nos iba a ayudar. Pero no, no nos atendía. (Angélica Mendoza)*

*Los esfuerzos de ANFASEP fueron obstaculizados por la Iglesia Católica de Ayacucho; el extremadamente conservador Arzobispo de Ayacucho, Federico Richter Prada, no permitió que CEAS funcionara en su diócesis. (Youngers 2003:114)*

---

1) La canción “Hasta cuándo, hijo perdido”, posiblemente haya sido enseñado por una religiosa. En su contenido temático, la canción refiere a la desaparición del familiar: “Hasta cuándo, hijo perdido, hasta cuándo tú silencio [...]”. Esta canción inspiró el título del presente libro.

En abril de 1985, Ayacucho recibió la segunda visita del Premio Nobel de la Paz (1980), Adolfo Pérez Esquivel, una personalidad muy influyente que tendrá un impacto importante en la vida institucional de ANFASEP. Pérez Esquivel, en esa oportunidad, presidió la Comisión Internacional de Investigación de los Derechos Humanos en el Perú. Los Representantes de dicha comisión “después de analizar y elaborar un importante informe, entregaron al Presidente Alan García un documento denominado Perú, en la problemática de los derechos humanos en América Latina” (PUCP 2007).

ANFASEP, junto a Pérez Esquivel, organizó la primera marcha pública por la Plaza Mayor de Huamanga, para exigir justicia por la desaparición de sus familiares. Este acontecimiento marcó un hito en la historia de la asociación, pues hasta esos momentos no se habían presentado sin miedo ante el público. Las palabras de aliento y acción de la marcha, marcaron en las mujeres de ANFASEP una nueva forma de enfrentar la violencia. Lidia Flores recuerda las palabras de aliento de Pérez Esquivel: “Nos ha dado fuerza: No tengan miedo. Ustedes sigan, sin miedo. Si les pasa cualquier cosa, no van a morir todos, a unos cuantos matarán. Quedarán. Dios esta viendo. Yo también tengo mucha pena de ustedes”.

### **Comedor de niños “Adolfo Pérez Esquivel”**

*Del comedor de niños hay muchas experiencias que he pasado allí. Experiencias inolvidables... He conocido amigos que estaban en igual caso que yo, y también he conocido a personas que nos han podido apoyar de diferentes formas; nos han enseñado a hacer buenas cosas”. (Margoth Mancilla)*

En toda guerra, la población más vulnerable, la que más sufre, son los niños y niñas. En el Perú, en la guerra interna de veinte años, la historia no es diferente a la de otras realidades; en el periodo de violencia, los denominados “niños de la guerra” fueron la población que resultó más afectada.

*Un 7% del total de las víctimas de tortura con edad conocida corresponden a menores de 18 años de edad. De ellos, el 70% fueron perpetrados por el Estado. El mayor número de estas violaciones se realizó en los departamentos de Ayacucho, Huánuco y Junín entre*

*los años 1983-1984, 1986 y 1988-1992, y estuvieron dirigidas en un 47.19% hacia niños de entre 16 y 17 años de edad. (CVR 2003: Tomo VI, 621).*

En principio, el objetivo máximo de las mujeres de ANFASEP fue identificar el paradero de sus familiares desaparecidos. Por esa finalidad concentraban su máximo esfuerzo en sus búsquedas.

*Cuando desapareció mi hijo, no tenía ganas de comer; durante casi tres meses estuve viviendo solamente tomando agua. Mi vida había cambiado totalmente, caminaba y dormía en las calles, como una loca, preguntando por Severino. (Teresa Quispe)*

Los papeles que cumplieron las mujeres en tiempos de la violencia fueron muy importantes para la supervivencia y superación del dolor, desde la perspectiva de madres. Entre ellas se proporcionaban fuerza y esperanza. Además de ello, tendrían que ser el sostén económico de la familia, cumpliendo de esta manera el papel de padres para sus hijos e hijas, en ausencia de la figura paterna. En contextos difíciles, entre la guerra, la esperanza y la desesperanza; desde sus situaciones de refugiadas, desplazadas, iletradas y quechua-hablantes, en un medio en el que la gran mayoría hablaba el castellano, lucharon contra circunstancias adversas para las cuales no estaban preparadas.

Cuando la familia, principalmente la mujer, estaba en el proceso de búsqueda del familiar desaparecido en los cuarteles, calles y botaderos de cadáveres, los hijos e hijas se encontraban desatendidos en sus necesidades básicas, principalmente de la alimentación, porque las demás necesidades eran postergadas. Las condiciones de vida de las familias en situaciones de refugiadas fueron muy precarias. Hubo momentos en los cuales estuvieron días enteros sin consumir algún tipo de alimento.

En el proceso de búsqueda, que duraba días enteros, para aminorar un poco el sacrificio, algunas madres tomaban la iniciativa y preparaban algo de alimento haciendo hervir un poco de agua con azúcar, para los niños que acompañaban a las madres y para ellas mismas. Esta iniciativa fue progresando lentamente y, a finales de 1984, algunos integrantes de ANFASEP comenzaron a preparar alimentos para los niños y niñas, huérfanos y desplazados por la violencia.

*A los inicios, solamente hacíamos hervir agüita con una cocinita Primus<sup>1)</sup>, en una oportunidad fue en la Municipalidad, luego en otros lugares, para dar a los niños. Recuerdo todavía al Señor Andrés, quien hacía hervir, en una teterita (Adelina García).*

---

1) Cocina pequeña, de fácil uso y transporte. Utiliza el kerosene como combustible.

Pero, la problemática de la alimentación para los niños fue agudizándose, porque no se tenía prevista esta atención. Más aun, cuando se incorporaron socias que tenían numerosos hijos; por más que esas mujeres se esforzaban para asegurar la alimentación de sus hijos e hijas, sus esfuerzos fueron insuficientes. Además, los mínimos recursos con los cuales contaba la familia los utilizaba para ubicar el paradero de sus familiares desaparecidos. Juana Tenorio, madre de 9 hijos, recuerda:

*Habíamos ido a caminar<sup>1)</sup>. Cuando regresábamos donde nos habíamos reunido, mis hijos venían. Todos eran pequeñitos, como grillos. Uno de mis hijos lloraba de hambre, el otro empieza también a llorar: "¡Mamá! tengo hambre, mamá, ¡tengo hambre! Otro y otro nos fastidiaban. Nos preguntamos con las demás mujeres: ¿Qué vamos a hacer para atender a estos niños? Acordamos hacer una cuota, luego las ollitas nos prestamos. Después empezamos a cocinar.*

Paulatinamente, en la Casa del Maestro, local del SUTEH, se formó un comedor, principalmente para los niños y niñas que habían sido desplazados de sus zonas de origen. En su inicio, todas las socias aportaban desde sus mínimos recursos, para que sus hijos pudieran alimentarse. Las familias habían aprendido por necesidad a visitar a los mercados y pedir algo de alimento.

*Estando en la Casa del Maestro, cuando preparábamos nuestros alimentos, cuidábamos todo: pelando las zanahorias, pensando que podría disminuir, sólo le dábamos unas pequeñas rascaditas, ya no las pelábamos, y luego ya los picábamos. Ya no alcanzaba nuestro presupuesto. Íbamos al mercado a pedirnos [alimentos], aumentando con eso, preparábamos la comida. Ya después, cuando hemos presentado nuestros papeles [gestiones institucionales], nos han dado carne y otras cosas. (Juana Tenorio)*

Las precarias condiciones socio-económicas y la ausencia de la figura paterna obligaron a la mayoría de los niños y niñas a trabajar. Muchos, desde su infancia, asumían roles y responsabilidades de adultos; los niños trabajaban en lo que fuera necesario: como ambulantes, trabajadoras de casa, etc., con la única finalidad de poder ayudar económicamente a su familia. Esta responsabilidad los hizo madurar emocionalmente más rápido de lo normal. Por lo tanto, estos niños, convocados a una acción, la realizaban de una mejor manera que sus compañeros de la misma edad. Sin embargo, se formaron niños y niñas que no gozaron de un

---

1) Se refiere a la búsqueda del familiar desaparecido. En aquellos tiempos era muy común que las mujeres de ANFASEP caminaran largas distancias en búsqueda de sus familiares desaparecidos, en los denominados "Botaderos de cadáveres".

proceso natural de crecimiento, por la exigencia laboral. Muchos de ellos sacrificaron su infancia, para contribuir al bienestar de su familia; especialmente los hermanos mayores que tuvieron que asumir el papel de la figura paterna.

Cuando empezó a funcionar el comedor, los pequeños comensales no sobrepasaban la veintena y las comidas que se les preparaba no eran consecutivas. A medida que se difundía la existencia del comedor, muchas socias se integraron con sus hijos, llegando a un número aproximado de 300 niños y niñas.

*Cuando daban comida, más o menos comenzó de manera intercalada; solo sábados o sólo domingos, pero no fue todos los días. Después, como los niños aumentaban y parte que, la gente ayudaba, más que nada de afuera [extranjero], y había más posibilidad, se daba ya todos los días, desayuno y almuerzo. (Olga Palomino)<sup>1)</sup>*

Para la implementación plena del comedor, aportaron y participaron algunas personalidades y organizaciones, con donativos económicos y materiales. Un grupo de madres lideradas por Mama Angélica<sup>2)</sup> viajó a la ciudad de Lima, a solicitar apoyo al Padre Neptalí Liceta del SERPAJ y al CEAS, quienes hicieron donativos para que se implementara el comedor. El Padre Neptalí apoyó en varias ocasiones. El comedor funcionó de manera improvisada desde finales del año 1984, pero recién el 7 de noviembre del año 1985 fue abierto formalmente como Comedor de Niños “Adolfo Pérez Esquivel”. El Comedor adoptó el nombre de Pérez Esquivel, en memoria de la visita del Premio Nobel de la Paz en abril de 1985, quien también apadrinó el comedor.

ANFASEP está integrado mayoritariamente por mujeres; sin embargo, los varones también tienen su aporte a la historia de la organización, a pesar que estos eran excluidos por las mismas madres de las actividades de ANFASEP, puesto que corrían más peligro. En aquellos años, los varones eran objeto continuo de las desapariciones forzadas; no obstante ello, algunos participaron en ANFASEP, unos ligados a la Junta Directiva, otros como activos socios o, como en el caso del señor Andrés Lozano, quien cumplió el papel de cocinero. Andrés fue el primer cocinero del comedor y desempeñó ese rol de manera voluntaria, por un promedio de dos años.

*El señor Andrés, me recuerdo, era gordito... Era una persona buena, te decía: “Ya, ya, te aumento [comida]”. Quería a los niños. (Sonia Palomino)*

1) Joven ex comensal del comedor, pertenece a la primera generación de niños comensales. Ingresó al comedor en el año 1984.

2) Nominación de señora en quechua.

En los años siguientes, las socias se turnaban para cocinar de manera voluntaria o remunerada. Entre las cocineras figuran Maura Tineo, Felicitas Delgadillo, Adelina García y Lorenza Quispe. Además, muchas otras socias desempeñaron el rol de asistentes o ayudantes de cocina, de forma permanente.

*Después de todo lo que pasó, llevé a mis otros hijos al comedor de niños huérfanos en la Casa del Maestro, para que coman. Yo también me puse a ayudar a cocinar. (Victoria Pariona)*

### **Niños y niñas del comedor**

*[Yo] tomaba el desayuno y comía en el comedor de ANFASEP. Luego me encargaba de recoger la comida para mis hermanos que estaban buscando a mi papá. (Vladimir López)*

Mientras la violencia se desarrollaba y generaba más víctimas, cientos de cadáveres eran arrojados entre tunales y rocas; el sol y los animales carroñeros encubrían las evidencias, algunos de los cuerpos amanecían en las calles de la ciudad, con los cuales a veces los niños se topaban. A pesar de todo ello, los niños y niñas comensales fueron agrupándose en momentos muy tristes y lograron levantar sus alegrías, en una ciudad en la que sus calles se despoblaban.

Por estas razones, gradualmente muchos niños empezaron a ser comensales, mayoritariamente a raíz de la desaparición de su padre o madre. Sin embargo, también fueron atendidos aquellos cuyos hermanos habían desaparecido. Los niños y niñas fueron incorporándose al comedor sin comprender los hechos de violencia que sucedían en sus alrededores; pero se vieron confrontados con el dolor de sus madres y la ausencia del padre o familiar desaparecido. En el comedor, niños con historias similares se hicieron hermanos y hermanas:

*Pasamos momentos muy bonitos. Había niños, me acuerdo de Jorge, Katy, Olga y muchos. Ahora ellos son jóvenes y algunos son profesionales. A veces hasta ahora todavía nos visitamos. Al menos con Jorge siempre nos visitamos, nos recordamos. A veces él viene a la casa, me dice hermanita; aunque no somos parientes de sangre, existe un vínculo, porque en el comedor hemos crecido juntos como hermanos. (Juana Flores)*

El comedor de ANFASEP funcionó por un promedio de doce años. Existen dos generaciones de ingresantes al comedor: la generación 80 (1984-1991), y la generación 90 (1991-1996). Hubo niños que asistían regularmente, otros que participaban esporádicamente y otros que, después de un lapso de tiempo de asistencia ya no volvieron más. Algunos niños migraron con sus familias a otras partes del país, principalmente a Lima, con la finalidad de trabajar y buscar un mejor futuro o básicamente para salvarse de la violencia.

El comedor también recibió apoyo de la alcaldesa Leonor Zamora y de los Padres Carlos Smith y Neptalí Liceta, quienes gestionaron la donación de alimentos, ropas usadas, juguetes y materiales educativos. Más allá de esta ayuda, para las madres fue muy difícil conseguir algún tipo de apoyo por la estigmatización a las familias afectadas por la violencia política. Los familiares de los desaparecidos solían ser tildados de “terroristas” y, por lo tanto, eran excluidos por organizaciones e instituciones estatales. A consecuencia de esta marginación hubo momentos en los cuales los recursos existentes del comedor sólo alcanzaban para cubrir las necesidades elementales en la alimentación; por ejemplo, el consumo de carne fue un lujo que los niños podían disfrutar sólo en escasas oportunidades.

Para 1991, gracias al apoyo de distintas instituciones, ANFASEP adquirió un local propio, que constaba de un piso y un jardín, en el que se instaló nuevamente el comedor. El nuevo local fue más amplio y permitía implementar diversos talleres de manualidades, artesanías y talleres de expresión artística, con el auspicio de la ONG Chirapaq. A consecuencia de esta formación artística, algunos de los niños comensales orientaron sus perspectivas de futuro en el arte, la música y la producción de artesanía. En los años subsiguientes, en un proceso paulatino, se realizó la construcción de las paredes del segundo piso, en la que participaron todos las socias y socios: madres, niños y colaboradores. Para el techo ayudó el organismo estatal Programa de Apoyo al Repoblamiento – PAR (1998).

También hubo personas que brindaron un acompañamiento a los niños del comedor, de manera voluntaria o remunerada, una de ellas es Ana Ascarza, que trabajó en el comedor hasta el año 1994. Además, entre los años 1986 y 1991, algunas cooperantes jóvenes nacionales y extranjeras realizaron voluntariado. Gracias a este trabajo voluntario, los niños desarrollaron actividades lúdicas y recreativas; se implementaron talleres de arte, música y deporte, así como la organización de paseos.

A finales de la década de los 80 y principios del 90, el Comedor de Niños “Adolfo Pérez Esquivel” desarrolló un protagonismo institucional considerable. Para ese entonces, el comedor se vinculaba con otras instituciones y organizaciones ayacuchanas que también trabajaban con

niños afectados por la violencia, participando en actividades recreativas, competencias deportivas y representaciones institucionales. Las actividades de incidencia siempre las dirigían las madres de ANFASEP, pero en aquellas actividades también los niños apoyaban, acompañándolas en las marchas u otras actividades.

*Salíamos los niños a las marchas, llevábamos nuestras pancartitas... gritábamos: "¡Vivos los llevaron, vivos los queremos!" Nosotros adelante y ellas después. (Sonia Palomino)*

En el año 1999 surgieron las primeras raíces de lo que en el 2002 será la organización Juventud ANFASEP. Un grupo de adolescentes estaba ingresando a la etapa de la juventud e intentaba también incorporarse a las actividades de las madres. El mismo año lamentablemente, el Comedor de Niños "Adolfo Pérez Esquivel" se cerró definitivamente, la razón principal fueron las deficiencias presupuestales. Hasta ese momento todavía asistió un grupo de niños, pero en su mayoría ya eran adolescentes y uno que otro joven.

### **Enfrentando la discriminación y la exclusión social**

*Cuando salíamos haciendo marchas, nos miraban de arriba abajo, nos decían: "¡Las madres de los terroristas habían salido!" Nos odiaban (Angélica Mendoza).*

Una de las raíces del conflicto armado interno fue la exclusión y discriminación de la población rural, una práctica que caracteriza a la sociedad peruana hasta la actualidad. A lo largo de su lucha por la verdad y la justicia, las mujeres de ANFASEP muchas veces tuvieron que enfrentar a una sociedad excluyente y discriminadora. Por estar integrada por mujeres andinas, quechua-hablantes, cierto sector de las autoridades, políticos, funcionarios del Estado, así como integrantes de la sociedad, excluyeron a ANFASEP, estigmatizando a sus socias al calificarlas como "madres de terroristas". Por lo tanto, las denuncias y actos de la asociación fueron silenciados y tergiversados.

En 1986, ANFASEP organizó la primera marcha hacia la ciudad de Lima. Por primera vez, los limeños veían a un grupo de mujeres andinas exigiendo respeto y denunciando las violaciones a los DDHH. En esta visita, las integrantes de ANFASEP fueron discriminadas y marginadas, pero a pesar de ello continuaron demandando justicia.

*Después viajamos a Lima, llegamos al Palacio de Justicia; me quedé en la puerta porque no había sacado mi DNI. La gente de la capital decían que éramos terrucos; pero yo seguía parada, sin hacer caso; [...]. Hemos caminado, a veces sin comer y llorando.*  
(Constantina Vilca)

## **Fujimori y ANFASEP**

El 5 de abril de 1992, Alberto Fujimori dio el denominado “autogolpe”, en el que impuso un régimen autoritario y dictatorial, disolviendo el Parlamento e interviniendo en el Poder Judicial, el Consejo Nacional de la Magistratura, el Tribunal de Garantías Constitucionales, el Ministerio Público y la Contraloría de la República. Durante su gobierno autocrático, Fujimori persiguió a organizaciones y personalidades que tuvieran postura diferente a su régimen autocrático.

En este contexto, el 15 de setiembre, Mama Angélica, Presidenta de ANFASEP, fue acusada por el gobierno de Fujimori de ser “embajadora del terrorismo en Francia”. A consecuencia de esta persecución política, ella se vio obligada a esconderse en la ciudad de Lima. Ello debilitó la organización, más aún al crearse un clima de impunidad e inseguridad para un organismo de DDHH como ANFASEP; por lo tanto, las actividades institucionales de la asociación se limitaron. Además, cuando se atendía a los niños comensales en el comedor, se producían seguimientos a las cocineras y acosos a la seguridad del local, posiblemente por agentes del estado.

A mediados de 1994 se intentó reorganizar ANFASEP; con esa finalidad se eligió como presidenta a la señora Lorenza Quispe. En setiembre del mismo año el Poder Judicial dictaminó que no existían pruebas para la acusación contra Mama Angélica. En el año 1995, ella asumió nuevamente el cargo de presidenta. En 1997 ANFASEP denunció los casos de las desapariciones forzadas a la Defensoría de Pueblo, que se había creado recientemente:

*Con fecha 13 de octubre de 1997, la Defensoría del Pueblo contestó el petitorio formulado por ANFASEP, señalando en primer lugar la posición institucional de profunda comprensión y solidaridad con las personas afectadas por la violencia política. (Defensoría del Pueblo 2000: 3)*

### 3. LOS JÓVENES DE ANFASEP

*Nosotras siempre estamos andando... Pero aquí, nuestros hijos ya son mayores, ya empezarán a luchar... Algunos saben expresarse mejor que nosotras. Nosotras hablando mal o bien, como sea, hemos abierto el camino para ellos. (Sergia Flores)*

Los niños y niñas del comedor, en el año 2002, ya eran adolescentes y jóvenes; algunos de ellos se habían organizado en la Asociación de Jóvenes Huérfanos Víctimas de la Violencia Socio-Política (AJOHVISOP), buscando algo de reparación del Estado<sup>1)</sup> así como buscar el desarrollo personal.

A finales del año 2001, AJOHVISOP ganó las elecciones en la Mesa de Concertación de Jóvenes de Ayacucho (MCJ), con el apoyo fundamental de otros jóvenes hijos de socias de ANFASEP. A consecuencia de ello, surgió la idea de conformar una representación juvenil en el interior de ANFASEP. Los jóvenes que anteriormente fueron comensales del comedor, en su mayoría, estaban ausentes en las actividades de ANFASEP. Hasta esa fecha, sólo los estaba acompañando el colectivo de activistas del Grupo de Iniciativa "Ama Qunqanapaq" (GIAQ), quienes fueron un colectivo importante de jóvenes universitarios y profesionales ligados a la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga (UNSCH) y a algunas ONGs ayacuchanas. El apoyo de este colectivo fue fundamental en varias oportunidades y por sus actos de desprendimiento es recordado positivamente en la memoria de las madres.

#### **Fundación y acciones de la Juventud ANFASEP**

*Hasta que en un aniversario de ANFASEP me atreví a entrar. Vi a muchos chicos que no conocía. Pero los chicos me trataron bien, pese a que yo no los conocía. (Vladimir López)*

---

1) En esas fechas, el PAR otorgaba algunos beneficios a los jóvenes afectados por la violencia política.

La Juventud ANFASEP se organizó con la finalidad de apoyar el trabajo de las madres de ANFASEP. Se realizó una convocatoria a los jóvenes que anteriormente fueron comensales del Comedor de Niños “Adolfo Pérez Esquivel”. El 27 de enero del año 2002, en un inicio, ocho jóvenes conformaron una Junta Directiva Transitoria, con la idea de que, en el aniversario de ANFASEP; se elegiría una junta de consenso y con la presencia de una mayoría de socios y socias. A partir de esa fecha, los jóvenes de ANFASEP se organizaron en la Juventud ANFASEP. Este colectivo de jóvenes no representó una organización aparte, sino que se formó con el objetivo de apoyar el trabajo institucional de ANFASEP. Las acciones de la Juventud ANFASEP comenzaron con la presentación a la Junta Directiva de ANFASEP y seguidamente la presentación ante los organismos de DDHH, a la cual la CNDDHH respondió, felicitando la iniciativa de los jóvenes y augurando buenos deseos:

*Yo creo que ANFASEP está en la gran responsabilidad de dar la posta a quienes puedan continuar esta tarea de exigencia de verdad, justicia. Y que de alguna manera ya lo empezó. (Francisco Soberón)<sup>1</sup>*

Una de las áreas en las que la Juventud ANFASEP concentró sus acciones fueron las actividades artísticas. Por ejemplo, para el 10 de diciembre (aniversario de la Declaración Universal de los DDHH) del año 2002, construyeron el “Retablo de la Memoria”<sup>2</sup>. En la elaboración del retablo, los jóvenes integraron sus testimonios y reconstruyeron una representación simbólica de los acontecimientos de la violencia política, desde sus perspectivas juveniles.

*Cuando hacían cabezas rotas y cuando pintaban, me imaginaba cosas... Me recordaba lo que mi mamá me contaba, la masacre de Llusita [...]. Me gustó porque había muchos jóvenes, me gustaba estar allí. (Ada Bautista)*

Asimismo, la Juventud ANFASEP incidió para la formación del Área de DDHH en la Mesa de Concertación de Jóvenes de Ayacucho (MCJA), asumiendo la coordinación del área. Asimismo, los y las jóvenes de ANFASEP participaron en diferentes escuelas de liderazgo, en las cuales se formaron y fortalecieron sus capacidades organizativas. Con respecto a las otras actividades de incidencia, representaciones institucionales y actividades institucionales, la Juventud ANFASEP desempeñó tales acciones en estrecha coordinación con las y los socios adultos de ANFASEP.

1) En el año 2002 Francisco Soberón cumplía el rol de secretario ejecutivo de la CNDDHH.

2) Retablo gigante de más de dos metros, fue elaborado con el apoyo económico del artista plástico Jorge Baldeón.

ANFASEP, con la organización de los jóvenes, en cierta manera se fortaleció; por ello, las madres también mostraron su satisfacción, porque veían el seguimiento de su lucha emprendida. Los jóvenes, intentando emular el legado de la lucha de las madres de ANFASEP, impulsaron procesos importantes: siendo voluntarios de la CVR, organizando y liderando colectivos que pudieran fortalecer el proceso de búsqueda de la verdad y la justicia.

## 4. ANFASEP LUEGO DE LA VIOLENCIA POLÍTICA

El Gobierno de Alberto Fujimori se caracterizó por su carácter dictatorial, por la corrupción generalizada, el control de los medios de comunicación las violaciones a los DDHH. A finales del año 2000, cuando Fujimori intentaba ser reelegido por tercera vez como presidente, se intensificó la lucha por la recuperación de la democracia. En la ciudadanía, se organizaron colectivos de jóvenes estudiantes de las universidades, organizaciones sociales y de DDHH para luchar contra el Gobierno y recuperar la democracia. ANFASEP también participó muy activamente en estos procesos, juntamente con sus aliados: la CNDDHH, COMISEDH y GIAQ. Por ejemplo, ANFASEP participó en los actos simbólicos del “lavado de bandera”<sup>1)</sup> en la ciudad de Lima.

En noviembre del 2000, un vídeo de un acto de corrupción evidenció públicamente el perfil corrupto del gobierno fujimorista, revelando una serie de escándalos que conllevaron la fuga de Fujimori a Japón. El 22 de noviembre del 2000, Valentín Paniagua fue proclamado como presidente del Perú, luego de la renuncia de Alberto Fujimori desde Japón, vía fax. Durante el gobierno de transición democrática de Paniagua se dieron cambios importantes, como la desinstalación del Servicio de Inteligencia Nacional (SIN), que había sido utilizado por la gestión fujimorista para arremeter y espiar a sus opositores. Pero la tarea más importante en el tema de los DDHH fue la creación de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), con la finalidad de investigar los hechos de la violencia política (1980 - 2000).

La creación de la CVR fue impulsada por un proceso de varias campañas a nivel nacional, realizadas por organizaciones de DDHH. ANFASEP participó activamente en las campañas, tanto en Ayacucho como en Lima. Un grupo de la Junta Directiva de ANFASEP viajó a

1) Los grupos de lucha contra la dictadura organizaron actividades simbólicas, una de las más importantes fue el lavado de banderas que consistía en lavar la bandera peruana, con la finalidad de “limpiar del país las prácticas antidemocráticas”.

Lima, para exigir al nuevo Gobierno y a la ciudadanía la creación de una Comisión de la Verdad. Ello fue una demanda de muchos ciudadanos y principalmente de los afectados por la violencia política. La señora Lidia Flores recuerda el día en el que se aprobó la creación de la CVR:

*Estábamos al medio día; entonces hablaron que va a crearse la Comisión de la Verdad. Entonces con toda la gente nos empezamos a alegrarnos. Después de eso nos regresamos alegres.*

## **ANFASEP y la CVR**

Cuando la CVR inició su trabajo, una de las primeras acciones que realizó fue visitar a ANFASEP, ya que, como lo dijera Sofía Macher<sup>1)</sup>, la CVR se creó por la lucha incansable de ANFASEP. Por tal razón, las madres ofrecieron todo su apoyo a la CVR con sus recursos humanos; pero, al mismo tiempo acompañaron el trabajo de la Comisión, para que su labor se realice de una manera adecuada. ANFASEP denunció las presiones políticas que recibía la CVR de parte de partidos políticos y grupos comprometidos con violaciones a los DDHH durante el período de la violencia política.

La Juventud ANFASEP no se creó por la CVR. Pero cuando este inició su trabajo en Ayacucho, varios de los jóvenes se incorporaron voluntariamente, apoyando en el proceso de búsqueda de la verdad. También fueron co-fundadores de colectivos importantes que acompañaron el trabajo de la CVR. Uno de estos colectivos con trascendencia nacional fue la Red de Integración por la Paz y la Vida (RIPV) en la que confluyeron más de una veintena de organizaciones de DDHH, grupos de iglesia (evangélicas y católicas), grupos juveniles, entre otros. En dicho colectivo los jóvenes de ANFASEP cumplieron el papel de coordinadores, juntamente con las ONGs Paz y Esperanza y COMISEDH. A partir del año 2003, la Juventud ANFASEP sólo asumía la coordinación de la RIPV y desempeñó esta responsabilidad hasta el año 2005, cuando la RIPV adoptó el nombre de Movimiento Ciudadano Para Que No Se Repita - Ayacucho. Cuando en algún lugar del país se obstaculizaba el trabajo y funciones de la CVR, ANFASEP y otras organizaciones de DDHH denunciaban el hecho.

El 28 de agosto del año 2003 se realizó la entrega del Informe Final de la CVR al Estado peruano, lo cual fue un acontecimiento de suma importancia para los afectados por la violencia política. El Informe Final

---

1) Fue secretaria ejecutiva de la CNDDHH y una de las Comisionadas de la CVR. Actualmente preside el Consejo Nacional de Reparaciones.

reconocía a ANFASEP como una de las organizaciones más importantes que había luchado por el respeto y reconocimiento de los derechos de las familias afectadas por la violencia política:

*En tal contexto, la CVR destaca y reconoce la persistencia de la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú (ANFASEP), conformada en su abrumadora mayoría por mujeres ayacuchanas quechua hablantes de escasos recursos. Aún en los peores momentos, con tenacidad y valentía, dichas mujeres mantuvieron viva la llama de la esperanza en la recuperación de sus seres queridos y en la justicia para los responsables de su desaparición. (CVR 2003: conclusión N° 148)*

Sin embargo, la alegría de las y los socios de ANFASEP por el reconocimiento público de su labor de parte de la CVR, se mezcló con el duelo por el deceso inesperado de uno de los jóvenes más activos de Juventud ANFASEP, Rolando Quispe Vega. Rolando había sufrido un derrame cerebral luego de participar en los preparativos para la recepción del Informe Final en Ayacucho y falleció pocos días después. Su muerte significó una gran pérdida para ANFASEP y su familia.

### **ANFASEP y la difusión del Informe Final**

Luego de participar activamente en el proceso de búsqueda de la verdad, ANFASEP asumió el rol de analizar, observar y difundir el Informe Final de la CVR. Con esa finalidad, realizó un convenio con Consejería en Proyectos (PCS), que le permitió difundir el Informe Final y las recomendaciones de la CVR en distintas partes de la región Ayacucho. La difusión se realizó en cuatro momentos. Primero, ANFASEP analizó el Informe Final con sus socias y socios en su local institucional. En un segundo momento, realizó campañas de difusión en las provincias de Huamanga, Huanta, La Mar, Víctor Fajardo y Cangallo, las zonas más afectadas por el conflicto armado interno.

La estrategia de difusión aplicada por ANFASEP fue la manifestación de experiencias y testimonios propios de madres y jóvenes de la asociación. La respuesta de la población rural a dichas campañas de difusión fue positiva. Posteriormente, en las zonas intervenidas se conformaron organizaciones de afectados por la violencia política. El tercer momento se realizó básicamente en la ciudad de Ayacucho, mediante la difusión del Programa Radial “Memorias del Silencio”, el cual fue dirigido por jóvenes de ANFASEP.

El cuarto momento de difusión se realizó de manera permanente, con la realización de pronunciamientos y comunicados de respaldo al Informe Final de la CVR. ANFASEP se mantuvo vigilante cuando sectores de las FFAA, políticos implicados con violaciones de los DDHH y algunas personas ligadas a los círculos conservadores de la Iglesia Católica realizaban ataques en contra del Informe Final. Asimismo, la asociación realizaba acciones de incidencia para que el Gobierno cumpliera con las recomendaciones de la CVR.

## 5. ANFASEP Y EL MUSEO DE LA MEMORIA

*ANFASEP nos da, de esta manera, un ejemplo más de lucha y tenacidad, esta vez para preservar la memoria, y procurar, asimismo, involucrar en el proceso de verdad, justicia y reconciliación. (Vargas 2006:03)*

Los antecedentes del Museo fueron el “El Muro de la Memoria” (2000) y el “Retablo de la Memoria” (2002). El primero se ubicó en la parte lateral de la fachada de la asociación. Fue promovido por un grupo de jóvenes activistas de los DDHH, el GIAQ<sup>1)</sup> y su elaboración la realizó un grupo de artistas de la Escuela de Bellas Artes “Felipe Guamán Poma de Ayala” de Ayacucho, en el que también participaron los jóvenes artistas de ANFASEP, dirigidos todos por el pintor Claudio Martínez, autor del boceto.

Por su lado, el “Retablo de la Memoria” fue un referente, porque antes del museo se exhibía en lugares públicos, así como a los visitantes de la asociación como parte de la memoria colectiva de ANFASEP. Este surgió a partir de una actividad de incidencia que se preparaba para el aniversario de la Declaración Universal de los DDHH en diciembre del 2002. Fue realizado por los propios miembros de la Juventud ANFASEP y su contenido es la consolidación de sus testimonios de la violencia. Se representaron las etapas antes, proceso y futuro (construcción de la cultura de paz), en dicho proyecto también participaron las madres, pintando la tapa del retablo. Las fotografías de sus familias adornan los alrededores del retablo.

Luego de la violencia, las madres recordaban con nostalgia sus dos principales herramientas. Estas anduvieron con ellas en momentos muy críticos. Son la cruz de madera y la banderola. En sus testimonios se refieren a la banderola como “La luchadora”; porque en varias oportunidades la defendieron arriesgando su integridad física: en las plazas mayores de Ayacucho y Lima, cuando la policía se las quiso arrebatar por las marchas

---

1) A tal proyecto se sumaron algunas ONGs: Vecinos Perú, CEDAP, entre otros.

que realizaban; cuando fueron a recibir al Papa Juan Pablo II y, en el año 2001, cuando un grupo de apristas<sup>1)</sup> intentó quitarles nuevamente su banderola por otra protesta que realizaban. En varias oportunidades, las madres salvaron la banderola enrollándosela en las manos, recibiendo golpes. Por ello, la banderola tiene parches en los costados.

Las madres entretejían propuestas para que sus herramientas acompañantes (“símbolos de incidencia”, además de sus cocinas, con las cuales dieron de comer a cientos de niños), puedan ser valoradas, en un lugar memorable.

*Desde más antes hablamos, tenemos nuestra cocina, nuestra cruz, también la banderola. Estos a qué museo irían, podríamos llevar al museo de Jirón 28 de Julio. Decíamos ¿como podríamos solicitar?*  
(Adelina García)

## **La creación del Museo de la Memoria de ANFASEP “Para que no se Repita”**

*Entre lágrimas, las mujeres han reunido sus recuerdos, sus últimas cartas, ropa y fotos de sus parientes y han documentado su sufrimiento y su lucha en el Museo de la Memoria. (Göbels 2005: 15)*

ANFASEP, a lo largo de su vida institucional, aplicó diversas estrategias para hacer frente la violencia política. Una de estas estrategias fue el uso de una cruz y una banderola como “símbolos de incidencia” y herramientas para enfrentar la violencia y construir la paz.

Desde el encuentro con el Premio Nobel Pérez Esquivel, las madres de ANFASEP marcharon por las calles del Perú con la compañía de una cruz de madera, con la inscripción de “No Matar”, la cual simbolizaba además de su cristiandad, su dolor, esperanza y clamor de justicia. La otra compañía simbólica fue una banderola, hecha de costalillos de harina, el nombre está pintado con pinceles<sup>2)</sup>: “Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados Detenidos – Desaparecidos en las Zonas Declaradas en Estado de Emergencia del Perú”<sup>3)</sup>. También el lema: “*vivos los llevaron –*

---

1) Partidarios del grupo político: Partido Aprista del Perú. Este grupo político tiene implicancias con violaciones de los DDHH durante su gobierno (1985-1990).

2) Por los escasos recursos económicos de la asociación, la inscripción fue realizada con un pincel y no con la técnica más costosa del estampado, la que normalmente se utiliza para fabricar las banderolas institucionales.

3) En los años 1980 los departamentos que representaba la asociación, además de Ayacucho fueron Huancavelica y Apurímac, por ello la denominación de asociación nacional.

*vivos los queremos”*, más la referencia a la pertenencia de la asociación al colectivo de FEDEFAM.

La idea de crear un Museo en el local institucional de ANFASEP surgió con la iniciativa de preservar los símbolos de incidencia y específicamente la banderola en el año 2003. Algunos integrantes de la Junta Directiva propusieron deshacerse de la banderola antigua, la cual estaba ya gastada y maltratada por los años, la idea fue reemplazarla por otra nueva; pero, en ello surgió la idea de preservar y exponer aquel símbolo de lucha pacífica en el propio local. Con esa finalidad se ideó establecer una vitrina como lugar de exhibición para la banderola y la cruz, para de esa manera mostrar a los visitantes que aquellos símbolos acompañaron a las mujeres de ANFASEP durante los años más difíciles de su lucha incansable.

Al principio se pensó ubicar la vitrina en una esquina de la sala de reuniones del segundo piso del local institucional. La asociación socializó esa idea con varias organizaciones de DDHH, pero ellas no mostraron interés en apoyar la implementación de la vitrina. Sin embargo, en una reunión de la Junta Directiva con una delegación del Servicio Alemán de Cooperación Social-Técnica (DED), los integrantes de esta delegación se entusiasmaron con la idea de crear un lugar de memoria en la oficina de la asociación y, propusieron que no se instalase solamente una vitrina, sino que se estableciera una exposición más grande. Retomando esta sugerencia, las socias de ANFASEP juntaron sus ideas sobre qué artefactos e informaciones deberían exponerse aparte de la cruz y de la banderola. Al final, se decidió armar la exposición en su local del tercer piso, recién construido<sup>1)</sup>. Así, poco a poco, nació la idea de construir un Museo de la Memoria.

*Podría haber un Museo, ¿por qué no?, [Ahí] podría estar lo que ha pasado... Qué tal podríamos concluir el museo, decíamos nosotras, con un poco de duda. Podríamos hacer así... (Lidia Flores<sup>2)</sup>)*

*Las propias mujeres han decidido lo que debe exponerse en el museo, expresa Reiner Ort<sup>3)</sup>, Nadie les ha indicado desde fuera lo que un museo debe incluir. (Goedeking 2005)*

Después, las ideas iniciales se materializaron en un proyecto. A ello siguió la elección de prendas y artefactos a exhibirse; a lo cual acompañó la organización de talleres de intercambio de ideas y arduas reuniones de trabajo. En la planificación e implementación del proyecto del Museo participaron activamente la Junta Directiva de las socias y jóvenes,

1) El tercer piso originalmente estaba destinado para un hospedaje para las socias y los socios de las provincias distantes.

2) Parte de la Junta Directiva de entonces, ahora presidenta de la asociación.

3) Fue experto internacional del DED y asesor del Programa de Apoyo al Repoblamiento-PAR del MIMDES, quien participó en la planificación e implementación del Museo de la Memoria.

igualmente otros socios y socios, también el asesor local, profesionales diversos y los expertos internacionales del DED. El Museo de la Memoria se implementó gracias al aporte económico de la Embajada Alemana, DED, la Cooperación Técnica Alemana - GTZ, Ministerio de la Mujer y Desarrollo Social - MIMDES, Consejería en Proyectos y la CNDDHH.

En el transcurso de la ejecución del proyecto, la idea del Museo se amplió aún más. Aparte de la composición del interior del Museo, se creó el "Parque de la Memoria", ubicado frente al local institucional, en el cual se construyó un "Tótem de la Memoria". Asimismo, se instaló un "Santuario de la Memoria" en el patio del mismo local. Toda la obra se concluyó en aproximadamente un año.

El 15 de octubre del 2005 se inauguró el Museo de la Memoria de ANFASEP "Para que no se Repita". En la ceremonia de inauguración participaron muchas autoridades regionales, nacionales e internacionales, entre ellos: el Alcalde Provincial, el Presidente Regional y representantes internacionales. El embajador de Alemania Dr. Roland Kieslow y la señora Sofía Macher, ex integrante de la CVR, fueron los encargados del acto central de la inauguración.

## Un recorrido por el Museo de la Memoria

*Es increíble, es muy difícil de explicar justamente lo que siento, porque yo no sabía qué voy a encontrar aquí, en este edificio. Yo trabajo con museos en los EEUU; yo trabajé con un cierto porcentaje del diseño del "Holocaust Museum" y tiene una cosa similar para explicar al público, y ellos usaron millones de dólares y empresas muy grandes para hacerlo. Y Uds. hicieron en poco espacio, con recursos muy sencillos, yo creo que tiene igual de impacto. (Toby Raphael<sup>1)</sup>)*

El Museo de la Memoria "Para que no se Repita" está dividido en cuatro espacios: el Parque de la Memoria, los Murales, el Santuario de la Memoria y el Museo conjuntamente con la tienda artesanal<sup>2)</sup>.

---

1) Visitó el Museo el 30 de julio del 2007.

2) Véase mas información: Implementación del Museo de la Memoria de ANFASEP "Para que no se repita" por Emilio Laynes. En "Memoria histórica y cultura de paz, experiencias en América latina" (MINDES y DED. 2006).

## EL “PARQUE DE LA MEMORIA”

El parque está ubicado en el frontis exterior del Museo. Este parque anteriormente se denominó “Parque Maravillas”, fue cambiado por la gestión de ANFASEP ante la Municipalidad Provincial de Huamanga - Ayacucho, el cual mediante una Resolución Provincial otorga el nombre de “Parque de la Memoria”. En el centro del parque se ubica el “Tótem de la Memoria”, una estatua triangular de metal, levemente inclinada; la cual representa tres escenarios:

- **EIPASADO: LA VÍCTIMA Y LOS ACTORES DEL CONFLICTO (1980-2000).** La representación hace referencia a los principales actores del conflicto, quienes están expresados juntamente con sus instrumentos de consumir la violencia: dinamitas, hacha, cuchillos (SL); fusiles, metralletas (FFAA). Estas rodean a una víctima, que se ubica en la parte inferior del Tótem, con los ojos vendados.
- **EL PRESENTE: EL DIFÍCIL PROCESO DE LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD Y JUSTICIA.** Este lado del tótem representa las secuelas de la violencia, el proceso de las exhumaciones y el Informe Final de la CVR. La justicia tiene una representación central, con el símbolo de una balanza; pero, la balanza está inclinada, desfavoreciendo a las víctimas de la violencia y favoreciendo a los victimarios y violadores de los DDHH.
- **FUTURO: RECONCILIACIÓN Y PAZ.** Es el tercer lado del tótem, contiene una representación de un fusil quebrado, del cual emerge una planta, simbolizando el proceso de construcción de la paz; para construir dicho proceso deben destruirse los instrumentos de la guerra. En la parte superior, se puede ver dos manos entrelazadas, las que simbolizan la conquista de la reconciliación. Este escenario representa a uno de los objetivos de ANFASEP: el proceso de construir la reconciliación y la cultura de paz.

## LOS MURALES

Los murales exteriores están ubicados en la parte lateral y frontal de la fachada del segundo y tercer piso del local de la asociación: en ellos están plasmadas las escenas de la violencia, testimoniando la violación de los DDHH, perpetrados por SL y las FFAA. Estos murales están recreados a partir de los testimonios de las socias y socios de ANFASEP. Existen

representaciones del proceso de adoctrinamiento e imposición de la ideología de SL, también los actos de violencia que realizaba, asesinatos y el miedo que ejercía. Así mismo, los actos de terror de las FFAA como las violaciones sexuales, matanzas o arrasamientos de pueblos. También están plasmados los “botaderos de cadáveres”. Igualmente se hallan representados los grandes desplazamientos.

Se muestra que, como resultado de la ola de violencia, se creó ANFASEP; en aquella sección está expresado el proceso de lucha de ANFASEP, el Comedor de Niños “Adolfo Pérez Esquivel”, las marchas que realiza la asociación con su cruz y su banderola. En la parte superior están las fotografías de las víctimas de la violencia, familiares de los socios y socias de la asociación, también esta plasmados los logotipos de ANFASEP y de la Juventud ANFASEP.

### EL “SANTUARIO DE LA MEMORIA”.

El santuario está ubicado en el patio del local institucional. El espacio está dedicado a la memoria de los desaparecidos y asesinados en tiempos de la violencia política. En el segundo piso del mismo lugar existe la representación estilizada de tres manos extendidas, las que muestran la relación de los familiares desaparecidos de las socias de ANFASEP.

Al frente, se levanta un pequeño altar, en el que se ubica el santuario, que tiene la réplica de la cruz de madera ANFASEP, que simboliza su lucha pacífica. En los alrededores existen espacios pequeños, incrustados en la pared, los que se pueden utilizar para conmemorar a los ausentes, encendiendo una vela.

### EL “MUSEO DE LA MEMORIA”.

Esta muestra es la parte central de todo el museo, está ubicada en el tercer piso de la asociación y consta en tres ambientes: el primero muestra la historia consolidada de la afectación de Ayacucho, prendas de los desaparecidos, los “símbolos de incidencia” de ANFASEP, testimonios, recortes de periódicos, obras de arte, publicaciones de ANFASEP; en la segunda sala se recrea el “cuarto de la tortura” y el proceso de exhumaciones, que están acompañados de la emisión de un vídeo; en la tercera sala se muestran las fotos de las socias y los jóvenes de la asociación, junto a la “línea histórica de ANFASEP”, la que relaciona la historia de ANFASEP y el proceso de la violencia.

Como parte del museo también se halla la “Tienda artesanal”. En esta tienda se exhiben y venden productos artesanales realizados por las

propias socias de ANFASEP, sus productos tienen motivos ilustrativos sobre la lucha de ANFASEP y la violación de los DDHH. La venta de las artesanías contribuye a la difusión del Museo de la Memoria y de alguna manera ayuda a algunas socias de la asociación a superar su condición de pobreza.



## 6. ANFASEP Y LA LUCHA POR EL “SANTUARIO DE LA HOYADA” EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA

ANFASEP, como se ha señalado, es la única organización de afectados por la violencia política que, desde el año 1983, viene demandando al Estado Peruano la verdad, la justicia y la reparación sobre las graves violaciones a los Derechos Humanos ocurridos en nuestro país. La Comisión de la Verdad y Reconciliación, en una de sus conclusiones, justamente reconoce la sacrificada labor de ANFASEP y sus integrantes durante el periodo del conflicto armado interno.

ANFASEP ha venido acompañando muy de cerca los procesos de búsqueda de verdad y justicia, de la mano con organizaciones de la sociedad civil como APRODEH, denunciando las graves violaciones a los derechos humanos ocurridos en la región Ayacucho, en especial lo acontecido en el Cuartel Los Cabitos BIM 51 de Ayacucho durante los años de 1983 a 1985. Es en ese proceso de acompañamiento y búsqueda de los desaparecidos que ANFASEP participó en las diligencias de exhumación en el lugar denominado La Hoyada, campo de entrenamiento del Cuartel Cabitos. Las exhumaciones estuvieron a cargo del Ministerio Público, con el apoyo del Equipo Forense Especializado y se prolongaron de enero del 2005 a noviembre del 2011. En los inicios de la investigación, las autoridades militares dificultaron el trabajo de investigación emprendido por el Ministerio Público e inclusive condicionaron el ingreso de familiares de las víctimas a las diligencias de exhumación en la Hoyada.

Durante estos años de investigación y exhumación, ANFASEP ha estado presente en todas las diligencias, un grupo de socias, por turnos, se constituían conjuntamente con la fiscal, los peritos y los abogados de APRODEH al sector La Hoyada a fin de acompañar las diligencias que

empezaban entre las ocho de la mañana y concluían a las cinco de la tarde. Las primeras evidencias fueron encontradas el 8 de enero del 2005 y con el correr de los días se fueron encontrando mayores elementos (fosas comunes, restos óseos, tanque de combustible, horno donde cremaron restos, etc.). Las socias que acompañaban el proceso fueron entendiendo y procesando lo que realmente había ocurrido en dicho lugar, para ellas estaba claro que, en muchos casos, ya no podrán encontrar a sus seres queridos, pues las evidencias señalaban que cientos fueron cremados en el horno. La nostalgia, el sufrimiento y la pena de no encontrar al familiar, de no vivir el duelo y no poder enterrar a sus seres queridos las invadía permanentemente, dando paso a la necesidad de contar con un lugar para recordarlos, para prenderles una vela, para realizar una misa, un lugar para seguir reflexionando sobre lo que realmente sucedió en nuestro país, un lugar que nos recuerde permanentemente lo vivido, pero que a la vez nos proyecte con optimismo y esperanza al futuro, ese lugar estaba cerca, estaba allí, ese lugar era la Hoyada.

ANFASEP, en reuniones de trabajo, va fortaleciendo la idea de generar un espacio de memoria, pues el lugar donde se derramó la sangre de muchos peruanos, donde hubo dolor y sufrimiento, donde yacen polvo y ceniza, debía erigirse en un lugar de memoria. Se concluyó demandar a las autoridades locales, regionales y nacionales la declaratoria de dicho lugar como Santuario de la Memoria y su transferencia correspondiente. La idea concebida en el seno de ANFASEP es implementada a través de documentos, que son presentados a las diferentes autoridades del Gobierno Local, Regional y Nacional. Las demandas se iniciaron un 4 de diciembre de 2007, fecha en que se presentaron los primeros documentos, pero que no tuvieron eco en los sucesivos gobiernos, hasta el pasado mes de agosto del 2014, en que el Ministro de Justicia, Dr. Daniel Figallo, anunciara en ceremonia pública en la misma Hoyada la transferencia de los predios de la Hoyada al Gobierno Regional de Ayacucho con fines de construcción del Santuario en Memoria de las Víctimas de la Violencia. Se señalaba, además, que constituía un compromiso del Gobierno y del Estado la implementación de espacios de memoria en nuestro país y en especial en la Hoyada.

Veamos a continuación los antecedentes, la justificación, los objetivos y componentes presentados por ANFASEP para la Declaratoria del Santuario de la Memoria

## Antecedentes y justificación

Para la mejor comprensión del lector, es necesario trasladarnos a mayo de 1980, en donde el Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso, inicia el conflicto armado con la quema de ánforas electorales en Chuschi. En un primer momento, esta agrupación centró sus ataques en los miembros de las fuerzas policiales y en las autoridades políticas y civiles. El entonces presidente Fernando Belaunde Terry dispuso el ingreso de las fuerzas armadas en la lucha contra subversiva en Ayacucho, instalando el Comando Político Militar, a cargo del General Roberto Clemente Noel Moral como Jefe Político Militar y de esta manera comienza el denominado periodo de la militarización del conflicto armado interno en el departamento de Ayacucho, a fines de 1982.

A partir de enero de 1983, se inicia un proceso sistemático de detenciones ilegales, secuestros, torturas, desapariciones forzadas y ejecuciones extrajudiciales en la región. En esta fase, la cifra de violaciones a los derechos humanos, tanto por parte de los miembros de las fuerzas del orden, como de los integrantes del PCP-SL, crecen en forma alarmante. Las propias víctimas y familiares de los afectados por la violencia política denunciaron que el principal centro de detenciones, torturas y ejecuciones extrajudiciales eran la llamada Casa Rosada (ubicada en la Urbanización Mariscal Cáceres) y el Cuartel “Los Cabitos”, y que dentro de dicho cuartel existían cementerios clandestinos donde se enterraban los muertos en fosas comunes.

Desde ANFASEP, igualmente se denunció que miembros del Ejército acantonados en el Cuartel Los Cabitos, incursionaban en los domicilios en horas de la noche, detenían a diversas personas y los trasladaban al interior del Cuartel Los Cabitos de Ayacucho, de donde nunca más volvieron a salir. Existía el convencimiento de que en dicho cuartel se interrogaba, asesinaba y enterraba a los detenidos.

Por información proporcionada por Jesús Sosa Saavedra, miembro del Servicio de Inteligencia del Ejército Peruano que trabajó en Ayacucho durante los años de violencia y que fue publicada en el libro “Muerte en el Pentagonito, Los Cementerios Secretos del Ejército Peruano” del periodista Ricardo Uceda, se confirmó la aseveración de los familiares de las víctimas desaparecidas y de ANFASEP, ya que, en efecto, el Cuartel Los Cabitos de Ayacucho era un centro de detención, tortura y ejecución extrajudicial de personas, cuyos cuerpos yacían a un metro bajo tierra en los terrenos de dicho Cuartel. Aquí algunos párrafos del libro:

Los detenidos eran interrogados, asesinados y enterrados en fosas: “...no se les dieron mucha importancia y la mataron junto con el resto

de detenidos, casi sin interrogarla". "Fueron llevados de uno en uno al cementerio del cuartel, donde había dos fosas para el grupo. Iban encapuchados, como era común, por una razón funcional..."

Los familiares de las víctimas así como los Organismos de Derechos Humanos ya daban cuenta de los entierros clandestinos: "... En un viaje a Ayacucho, cuando las investigaciones de la matanza de Accomarca estaban por iniciarse, el general Jorge Flores, ministro de Guerra, anunció una posible visita de Alan García a los Cabitos. Aunque la posibilidad de una inspección presidencial a los Cabitos, era remota, los cadáveres enterrados allí podían convertirse en un dolor de cabeza para el Ejército. Los organismos de derechos humanos tenían la certeza de que centenares de personas habían sido sepultadas a pocos metros de donde fueron torturadas y ejecutadas..."

La decisión de cremar los restos vino del Comando del Ejército Peruano: "... Entre la matanza de Accomarca, el 14 de agosto, y la destitución del general Mori, el 17 de septiembre, el Comando del Ejército decidió desaparecer todos los cadáveres enterrados en Los Cabitos desde 1983. Uno de los más interesados era, obviamente, el General Wilfredo Mori. Ya tenía suficiente con dar explicaciones por dos matanzas cometidas a sus espaldas, como para dejar abierto el riesgo de que se descubriera el Cementerio Clandestino del Cuartel, con muertos ajenos y propios. ¿Cuántos habría bajo tierra? Por lo menos quinientos, según el personal más antiguo."

El desentierro y la quema de los cuerpos estuvo a cargo de los agentes de inteligencia del Ejército Peruano: "... Con el propósito de desenterrar y desaparecer los cadáveres a fines de agosto el comandante Martínez puso a trabajar a un piquete de agentes de inteligencia armados con instrumentos de labranza. Cuando anochecía, iban al sureste del Cuartel, y picando con una barreta el territorio contiguo a la pista de aterrizaje del aeropuerto de Huamanga, un descampado de unos dos mil metros cuadrados donde yacían los muertos..." "... Martínez le explicó luego a Jesús Sosa que debía identificar los posibles lugares de entierro de muertos en los predios del cuartel, y ayudar a desenterrarlos y calcinarlos en un horno construido para el propósito..."

El Jefe Político Militar de Ayacucho ordena la construcción de horno en que se cremaron los restos desenterrados: "... Entre el cementerio y el comienzo de la pista de aterrizaje, el general Mori había mandado hacer un horno para fabricar ladrillos, aparentemente con miras a continuar la ampliación de Cabitos iniciada el año anterior. En realidad, su primera función fue reducir a cenizas todo vestigio de las ejecuciones. Consistía en cuatro paredes de cuatro metros de alto, hechas cada una con dos

filas de adobe grueso, reforzadas por columnas externas de base ancha, levemente triangulares. No tenía techo, y en lado este, al centro, había una entrada de un metro de ancho, simplemente un pedazo de pared que se dejó sin construir. Allí se colocó un lanzafuego conectado por una cañería de cobre a un depósito de petróleo, y por una manguera a un compresor de aire. Expelía llamas de combustible gasificado al centro del ladrillar. La cosa era poner los cadáveres en el medio, agrupados según iban saliendo de la tierra, y aplicarles el chorro de fuego hasta que desaparecieran.”

El desentierro y cremación de los cuerpos se hicieron en horas de la noche: “... La ladrillera funcionaba a todo dar. En una buena noche, comenzando a las diez, a las doce ya había en la puerta del horno dos o tres cadáveres, y con ellos se iniciaba la ignición. El chorro de fuego devoraba un grupo de tres muertos en treinta minutos, convirtiendo rápidamente los cuerpos en figuras que se iban encogiéndose y adoptando una posición fetal, hasta volverse masas negras que se consumían entre crepitaciones de la masa quemada. Si todo iba bien, cada hora debía alimentarse el horno con una porción de cadáveres, con el fin de que, hacia las cinco, sólo quedaran huesos y vísceras achicharradas que aún no eran ceniza...”

En mérito a la información señalada líneas arriba, en enero de 2005, la Primera Fiscalía de Derechos Humanos, empezó las diligencias de cateo y exhumación en el territorio contiguo al Cuartel “Los Cabitos” denominado “La Hoyada”, las mismas que continuaron durante los años 2006 al 2011. Durante este largo proceso de exhumación se ha logrado encontrar fosas individuales y colectivas conteniendo restos óseos de 109 personas entre varones, mujeres y niños (54 corresponden a cuerpos íntegros) la mayoría con prendas de vestir, las manos atadas, la cabeza cubierta y presentan orificios en el cráneo; asimismo, se ubicó el cimiento y base de la construcción del horno, el tanque de combustible, tuberías PBC con cables eléctricos, tubos galvanizados y otros elementos que habrían servido para el encendido y alimentación de combustible al horno, donde se habrían incinerado los restos de las víctimas desaparecidas. En las cercanías del horno se encontraron, además, abundantes fragmentos de restos óseos calcinados y carbonizados asociados a ladrillos, caucho y otros.

Los hallazgos señalados son pruebas fehacientes e irrefutables de la existencia del cementerio clandestino en el Cuartel los Cabitos - Sector la Hoyada y el horno donde se cremaron restos. Ahora, con absoluta certeza podemos señalar que el Cuartel BIM 51 “Los Cabitos” era un centro clandestino de reclusión, tortura, ejecución extrajudicial y desaparición forzada de personas. Consecuentemente, existen razones humanas, históricas, éticas y jurídicas suficientes para declarar el territorio del Cuartel “Los Cabitos” denominado “La Hoyada” como “*Santuario en*

*Memoria de las Víctimas de la Violencia*". Y es en base a estos fundamentos que se solicitó a las autoridades la protección, declaración y transferencia de los predios de la Hoyada con fines de Santuario. Los documentos presentados por ANFASEP especifican sus objetivos.

### **Objetivos del Santuario de la Memoria**

- Conservar y proteger el escenario natural y actual donde se instalaron los cementerios clandestinos del Cuartel "Los Cabitos".
- Conservar las estructuras internas y externas del horno, tanque de combustible, cables de alimentación y otras instalaciones.
- Promover el Santuario como un centro de memoria acerca de las violaciones a los derechos humanos ocurridas en Ayacucho y el Perú.
- Generar que el Santuario sea un espacio público de cultura viva para la reconciliación entre peruanos, así como para la reflexión sobre un futuro en el que no se repitan episodios como el del Conflicto Interno.
- Propiciar el equilibrio entre la edificación y el entorno natural del lugar.
- Tener como ejes transversales elementos que vinculen el Santuario con el idioma quechua, la cosmovisión andina y la cultura ayacuchana tradicional y contemporánea.
- Institucionalizar el Santuario como un eje articulador entre las diversas instituciones de la Sociedad Civil y el Estado preocupadas en los temas de Reconciliación y Derechos Humanos.

### **Componentes del Santuario de la Memoria**

- Museo de sitio, en el que se conservarían y exhibirían los restos óseos, muestras calcinadas, prendas de vestir, documentos, casquillos de bala y otras pertenencias con los que fueron hallados los cuerpos en el cementerio clandestino, al momento de las exhumaciones.
- Casa de la fotografía, se edificaría un local donde se exhibirían las fotografías de los cuerpos y evidencias encontradas en el cementerio clandestino, las que fueron registradas por el

fotógrafo forense durante las exhumaciones y las fotografías de los desaparecidos que guardan sus familiares.

- Bosque de la Memoria, conservando la flora natural actual, se instalarían nuevas plantas nativas de la región, las que serían sembradas por las víctimas y familiares de los torturados, ejecutados extrajudicialmente y desaparecidos, así como por los representantes de las instituciones públicas y privadas, la iglesia y el movimiento de los derechos humanos nacionales e internacionales, además servirá como el pulmón que oxigenará la ciudad.
- Paseo de los desaparecidos en piedras y lajas de la zona, debidamente talladas, se registrarían los nombres de los desaparecidos y de las demás víctimas de las violaciones a los derechos humanos.
- Escultura y arte de la Memoria, con participación de las facultades de Arte y Escultura de las Universidades del país, Escuelas de Bellas Artes, organizaciones artesanales de Ayacucho y del País, se exhibirían obras de arte que expresen las violaciones a los derechos humanos e historia regional de Ayacucho en el periodo del conflicto armado interno.
- Camposanto o nichos para conservar y enterrar los restos óseos que no logren ser identificados y devueltos a sus familiares. Servirá también para que los familiares de los desaparecidos recuerden a sus seres queridos en fechas emblemáticas.
- Casa de la reconciliación: espacio multifuncional y centro de acogida. Espacio implementado para dar asesoría psicológica y legal a los afectados por el conflicto armado interno. Este recinto estaría habilitado también para eventos, reuniones y talleres.
- Otros que el Estado, las víctimas y familiares de los afectados por la violencia política, la sociedad civil, entidades humanitarias y redes de memorias históricas y museos, puedan sugerir.

### **La lucha no ha sido fácil**

La demanda de declaratoria de La Hoyada ha sido un largo proceso que se encuentra en curso. Si bien ha habido recientemente importantes avances como la transferencia del predio al Gobierno Regional y el inicio de la construcción del cerco perimétrico, consideramos que es sólo el inicio, aún falta mucho por hacer, como el saneamiento definitivo del predio, el

cambio de uso y, lo más importante, la construcción del Santuario con los componentes descritos líneas arriba.

Cabe precisar que, si bien esta demanda nació de ANFASEP, en el camino han ido sumándose las organizaciones de afectados en el país como la CORAVIP y la CONAVIP, instituciones de la sociedad civil como APRODEH, COMISEDH, Paz y Esperanza, Centro Loyola, Apoyo Para La Paz, SER, Casa Mateo Ricci, y algunas instituciones del Estado como la Defensoría del Pueblo, que ha tenido un papel fundamental en todo este proceso, a quienes reconocemos y agradecemos por hacer suya esta demanda y en general a toda la colectividad ayacuchana.

Fue un 4 de diciembre del 2007, cuando por primera vez ANFASEP decide poner en marcha su demanda de declarar la Hoyada como Santuario en Memoria de las Víctimas de la Violencia, cursando carta a la Fiscal de la Nación, solicitando interceda para la protección de dicho espacio y posteriormente se declare Santuario de la Memoria como parte de las políticas de reparación simbólica previstas en la Ley 28592, que crea el Plan Integral de Reparaciones - PIR. Pedido que luego se dirigiera al Presidente del Consejo de Ministros, a la Defensoría del Pueblo, al Secretario Técnico de la Comisión Multisectorial de Alto Nivel encargado de hacer seguimiento a las Políticas de Estado en Materias de Reparación - CMAN. Y, a nivel regional, se remitieron documentos al Presidente Regional y al Alcalde de la Municipalidad Provincial de Huamanga, a fin de que declaren la Hoyada como Santuario en Memoria de las Víctimas de la Violencia y soliciten su transferencia respectiva, también como parte de las obligaciones emanadas de la ley que crea el Plan Integral de Reparaciones antes señalado.

En vista que los pedidos por escrito realizados no tenían respuesta, una comisión de la Directiva de ANFASEP encabezados por su Presidenta señora Lidia Flores Viuda de Huamán y la Presidenta Honoraria señora Angélica Mendoza de Ascarza, viajó a Lima en noviembre del 2008 a fin de sostener reuniones y entrevistas con diversas autoridades, personalidades y representantes de instituciones como la Embajada de Alemania, el Ministerio de Transportes, el Ex Presidente de la CVR Salomón Lerner, Consejo de Reparaciones, Ministerio de Defensa, Coordinadora Nacional de Derechos Humanos, representantes de la FIDH, Defensoría del Pueblo, Comandante General del Ejército, secretario de la CMAN, Organismos de Derechos Humanos (APRODEH), entre otros. En dichas entrevistas se buscó la adhesión y respaldo a la demanda iniciada por ANFASEP, así como intercedan ante el Gobierno Central.

Los pedidos de declaratoria de La Hoyada continuaron ante las nuevas autoridades electas, tanto a nivel local, regional y nacional,

habiendo remitido solicitudes ante la Segunda Brigada de Infantería de Ayacucho, a la Municipalidad Provincial de Huamanga, al Gobierno Regional de Ayacucho, al Ministro de Justicia y Derechos Humanos, al Ministro de Defensa, al Consejo Regional de Ayacucho, a la Presidenta de Comisión de Justicia y Derechos Humanos del Congreso de la República, Marisol Pérez, al Presidente de Consejo de Ministros, entre otros.

Paralelamente a las solicitudes presentadas para la transferencia de La Hoyada, ANFASEP y el Movimiento de Derechos Humanos de Ayacucho “Para que no se repita” ha desarrollado un conjunto de acciones encaminadas por un lado a proteger el lugar colocando cerco de alambres de púas en el perímetro, realizando el plantado de árboles de la región, colocando una cruz y así evitar las invasiones y, por otro lado, a fomentar la discusión y debate sobre los contenidos del Santuario de la Hoyada, suscribiendo para ello acuerdos con diversas instituciones que han ido aportando en la construcción de una propuesta que recoja los objetivos y componentes de la demanda de ANFASEP; hecho que dio lugar al desarrollo de mesas de trabajo tanto en la ciudad de Ayacucho como de Lima, contando en esta etapa con la participación de funcionarios del Gobierno Central, Regional y Local, así como instituciones de la sociedad civil y organismos autónomos como la Defensoría del Pueblo.

Del mismo modo, se promovieron reuniones a fin de presentar la propuesta del Santuario con instituciones internacionales como la Unión Europea, la Embajada de Alemania, entre otros, quienes han mostrado bastante interés en acompañar la necesidad de generar estos espacios de memoria y en especial la Hoyada. Una de las reuniones promovidas el 07 de agosto del 2014, fue la tercera mesa temática ampliada de La Hoyada en la ciudad de Lima, con participación del Ministerio de Justicia, CMAN, Defensoría del Pueblo, entre otras instituciones estatales y el Movimiento de Derechos Humanos de Ayacucho y Lima, así como el Gobierno Regional de Ayacucho, a fin de unificar criterios y propuestas, reunión en la que el Vice-Ministro de Justicia y Derechos Humanos señaló que el Gobierno del Presidente Ollanta Humala no tiene ninguna propuesta sobre el contenido del Santuario de La Hoyada, que corresponde a los ayacuchanos decidir al respecto. Es en esta tercera mesa de trabajo ampliada donde se aprueba incorporar la propuesta de la sociedad civil trabajada por Shicras como guía para la construcción del Santuario y su cerco perimétrico.

La propuesta de Santuario que venimos proyectando de manera dialogada con el apoyo de arquitectos de Awaq y Shicras, contará con una rampa que conecta, a través de su descenso por el acantilado, la zona contigua al ingreso principal con la capilla y, posteriormente, la plaza en torno a la cruz, uno de los caminos y estancias más importantes.

Dicha rampa, que conecta de norte a sur, posibilita el rito en su trayecto por medio de romerías o expresiones sociales inesperadas y prepara al visitante para su encuentro con lo ocurrido en la Hoyada.

Luego de haber descendido, hacia el sur-oeste, se concibe un espacio de Capilla que tendrá la posibilidad de extenderse al exterior o retraerse, según se requiera, para dar lugar a ceremonias íntimas o públicas de mayor tamaño. Por otro lado, a nivel del casco urbano colindante, hacia el sur, se desarrollará una plaza de piedra construida en torno a una cruz levantada por diversas organizaciones civiles, valorando y creando un espacio ceremonial y de acogida para los visitantes. Mientras que hacia el sur-este, con disposición aterrizada, se encontrará el Samay Wasi o Casa Abierta. Este edificio es un espacio multifuncional y centro de acogida, implementado para dar información y acoger eventos, reuniones y talleres.

Ahora bien, el Santuario de la memoria está articulado por un tejido de caminos peatonales (Away Pacha), que nacen de la plaza en torno a la cruz y se desarrollan sobre el tejido de búsqueda o área de excavación. Esta red de caminos permite el encuentro y rito, mientras conecta el paisaje natural, el paisaje construido, la trama de búsqueda y los espacios de hallazgos. Al tejido de caminos se le suma un tejido que revela las huellas de los individuos encontrados en La Hoyada. En cada lugar donde haya habido hallazgos y se haya ejecutado el procedimiento de exhumación, se desarrollará una trama escultórica que enmarque una huella o signo para la peregrinación y reconocimiento.

La fuente para la vida (Kawsaypukyu) es el elemento central del Santuario, un espacio donde confluyen todos los caminos de búsqueda o hallazgos. La fuente constituye un elemento de resignificación. Es así que el tanque de combustible sería entendido como un tanque de agua, del cual brota este elemento por una primera fuente, y cae a un canal de piedra tallada que recorre el mismo circuito que las retiradas tuberías, y dejándola caer en el centro de donde antes hubo un horno. Ahí donde antes había fuego, se propone una fuente que llevara agua cíclicamente para “tratar”, calmar y buscar sanar los hechos allí ocurridos.

Hacia el norte, sobre el acantilado, se ubica el Museo del Santuario, un espacio para la construcción continua de la Memoria. En base a los mismos ambientes y conceptos museográficos de un museo de sitio, la Sala de Exposición Permanente conservará y exhibirá los restos óseos, prendas de vestir, documentos y otras pertenencias con los que fueron hallados los cuerpos en el cementerio clandestino, al momento de las exhumaciones. A su vez, como una casa de la fotografía, se exhibirán las fotografías de los familiares y su búsqueda. Por otro lado, la Sala de Usos Múltiples tendrá la capacidad de funcionar como auditorio para eventos, como un

espacio creativo para diversas iniciativas o como sala de exposición que tenga la capacidad de acoger exposiciones importantes como Yuyanapaq, el Gran Quipu de la Memoria, entre otros.

Finalmente, sobre un promontorio con una vista direccionada hacia la pampa de la Quinoa, se encontrará ubicado el Wayra Pata (Lugar del Viento). Este espacio acogerá los más de 1500 individuos no identificados, que actualmente se encuentran en el área de medicina legal de Ayacucho, en un memorial escultórico constituido por bandas longitudinales de piedra de baja altura en donde podrán inscribirse los nombres de los desaparecidos que yacen dispersos en la ladera.

### **El estado actual del Santuario de la Memoria**

Si bien el predio La Hoyada estaba inscrito a nombre del Ejército Peruano, ello no fue impedimento para que dicho espacio sea considerado de hecho como Santuario en Memoria de las Víctimas de la Violencia, donde desde el año 2005, las madres de ANFASEP empezaron a desarrollar actividades conmemorativas de reconocimiento y dignificación a sus familiares víctimas de la violencia, romerías, plantones, etc.; del mismo modo, tuvieron que proteger por años de los invasores y negociantes de terrenos llegando en varias oportunidades a colocar alambres de púas en todo el perímetro para su protección, arborizar con plantas de la región y evitar la depredación e inclusive formular denuncias ante el Ministerio Público.

Uno de los hechos más significativos y que puso freno a las invasiones fue precisamente la colocación de una inmensa cruz denominada “La Cruz de La Hoyada”, símbolo de lucha de las madres de ANFASEP, pues ellas iniciaron sus luchas portando una cruz de madera. Se suma a ello la presencia del Presidente del Congreso, del Ministro de Agricultura, del Defensor del Pueblo, del Ministro de Justicia entre otras importantes autoridades que estuvieron en el Santuario de la Hoyada en diversas ceremonias que se desarrollaron.

El predio La Hoyada ha sido transferido por el Ministerio de Agricultura al Gobierno Regional de Ayacucho, el mismo que procedió a solicitar el cambio de titularidad ante los Registros Públicos, estando a la fecha registrado a nombre del Gobierno Regional de Ayacucho, esto luego de haberse declarado la extinción de los contratos de cesión en uso dados al Ministerio de Guerra, Ejército Peruano, quienes venían conduciendo el predio hasta que fue intervenido por el Ministerio Público. Se espera la independización y cambio de uso.

El Gobierno Regional de Ayacucho ha declarado al sector denominado La Hoyada como Santuario de la Memoria en el marco del programa de reparaciones simbólicas y como zona de conservación y protección, esto mediante Ordenanza Regional Nro. 021-2013-GRA/CR, de fecha 25 de noviembre del 2013.

El Gobierno Regional conformó la Comisión Multisectorial Pro Construcción e Implementación del Santuario de la Memoria de La Hoyada, mediante Resolución Ejecutiva Regional de fecha 12 de agosto del 2014, precisando que ANFASEP forma parte de dicha comisión.

ANFASEP, su junta directiva encabezados por su presidenta Adelina García Mendoza, el Movimiento Ciudadano por los Derechos Humanos de Ayacucho, la Defensoría del Pueblo entre otras instituciones del Estado a lo largo de estos años, logramos que tanto a nivel regional y nacional, nuestra autoridades se comprometieran con esta demanda y dieran señales positivas. Nos queda seguir trabajando ahora por la construcción del Santuario de la Memoria en base a la propuesta que hemos presentado y apoyar en la gestión para la búsqueda de recursos antes las diversas instancias del Estado Peruano y la Cooperación Internacional.

## 7. RECONOCIMIENTO A LAS HACEDORAS DE PAZ

A lo largo de su existencia, ANFASEP ha recibido premios nacionales e internacionales muy importantes de distintos organismos, que le han valido la nominación de: “organización emblemática en la lucha, defensa y conquista de los DDHH” para las familias afectadas por la violencia política. Otro logro importante está relacionado con el proceso de integración de las organizaciones de afectados a nivel nacional, el cual ha sido liderado muchas veces por ANFASEP.

La asociación está ligada estratégicamente a FEDEFAM, lo cual le permite una mayor participación a nivel nacional e internacional. En algunos momentos, FEDEFAM sirvió de “puente” para la comunicación y el contacto con las organizaciones internacionales de las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos (Youngers 2003). Asimismo, por esta vinculación y desarrollo de su protagonismo, ANFASEP fue invitado a otros países: Holanda, Bélgica, Alemania, Venezuela, entre otros. En dichos lugares, sus representantes realizaron acciones de incidencia política y denuncias de las violaciones a los DDHH en el Perú.

ANFASEP, a lo largo de los años, ha ido evolucionando en su rol social. Ha tenido que lidiar contra un Estado indolente con las víctimas de la violencia política, que postergan permanentemente el proceso de reparación, y privilegia sólo a aquellos que están cerca al poder político. Para superar estas barreras, ANFASEP incidió para unificar esfuerzos, impulsando la formación de colectivos de organizaciones de afectados.

En febrero del año 2003, con la finalidad de tener una mayor presencia e integración de las familias afectadas por la violencia política en la región Ayacucho, ANFASEP, AJOHVISOP y GIAQ organizaron el Frente Regional de Organizaciones de Base por la Verdad y la Justicia (FROBAVEJ). En el 2007, FROBAVEJ se reorganizó, adoptando el nombre de Coordinadora Regional de Víctimas de la Violencia Política (CORAVIP).

A dos años del aniversario de la entrega del Informe Final de la CVR, a iniciativa del Movimiento Ciudadano “Para que no se Repita”, se organizó la “Caminata por la Paz y la Solidaridad”, junto a la Mesa de Concertación y la Defensoría del Pueblo, para sensibilizar a la comunidad peruana a fin de iniciar el proceso de reparación a las víctimas de la violencia política, así como el cumplimiento de las recomendaciones de la CVR. Cuatro caminantes, una de ellos la representante de ANFASEP, Aydee Soto Quispe, recorrieron a pie 2200 km en cuatro meses, desde Piura hasta Puno. En una entrevista, Aydee dijo: “La caminata fue un esfuerzo grande; luchar contra el cansancio y el dolor” (Soto 2005: 7).

A inicios del año 2003 nació la idea de organizar una representación nacional que personificara a todas las organizaciones de afectados del país. En un evento organizado por la CVR, al cual asistieron representantes de todas las 14 regiones afectadas por la violencia, las regiones de Apurímac y Ayacucho fueron nombradas para gestionar ante los organismos aliados y promover actividades para la integración de las organizaciones. En octubre del año 2004 se realizó la Gran Marcha de Sacrificio con la denominación “Justicia y Reparación ¡Ahora!”, en la que participaron todas las regiones afectadas por la violencia política. La marcha fue liderada por las organizaciones de Ayacucho y Apurímac, entre las que se encontraban ANFASEP y FROBAVEJ. Meses después se formó una junta directiva de cinco regiones: Ayacucho, Cerro de Pasco, Apurímac, Junín y Lima, dando los primeros pasos hacia la consolidación de la Coordinadora Nacional de Organizaciones de Afectados por la Violencia Política (CONAVIP).

La región de Ayacucho lidera el proceso de integración nacional de las organizaciones de afectados, con la representación de ANFASEP en el cargo de Presidente Transitorio. En el mes de junio del 2007, en la ciudad de Huancavelica, después de varios intentos de organización, se consolidó la CONAVIP, con una participación de 13 regiones del país.

Desde el año 2007 la CONAVIP se ha ido consolidando, con el aporte de las organizaciones de afectados, siendo una de las principales ANFASEP, como se ha señalado líneas arriba, incluso llegando a formar parte de la Directiva de la CONAVIP.

ANFASEP con el fin de seguir fortaleciendo a las organizaciones de afectados a nivel nacional, en el marco de sus 30 años de existencia organizó el 2013, el Encuentro Internacional con dirigentes de organizaciones de víctimas de la violencia denominado: “Latino América y sus esfuerzos en la búsqueda de los desaparecidos, la necesidad de justicia y memoria, ANFASEP 30 años de Lucha”. Encuentro en la que participaron todos los integrantes de la CONAVIP y que tuvo como objetivos fortalecer los

vínculos entre las organizaciones de afectados, evaluar el proceso de la implementación de las políticas de reparación, entre otros; llegando a elaborar conclusiones a ser presentados a las autoridades del Gobierno, siendo una de ellas la de demandar al Estado Peruano la construcción del Santuario de la Memoria en la Hoyada.

ANFASEP ha sido también impulsora para el relanzamiento de un nuevo espacio de articulación entre la sociedad civil y las organizaciones de afectados, así como de personas naturales comprometidas con la defensa de los derechos humanos, espacio denominado: Movimiento Ciudadano por los Derechos Humanos de Ayacucho “Para que no se repita”. Desde este espacio las voces de los afectados se han ido fortaleciendo hasta ser escuchados por las autoridades del Gobierno y como muestra de ello es el logro de la Declaratoria del Santuario de la Memoria en la Hoyada, su transferencia al Gobierno Regional de Ayacucho y el inicio de la construcción del cerco perimétrico.

### **Reconocimientos de las “Mujeres Imprescindibles”**

ANFASEP, desde su fundación el 2 de septiembre de 1983, luchando para conquistar la verdad, la justicia, y la reparación, ha sido un ejemplo e inspiración para diferentes colectivos, activistas de DDHH y la sociedad en general. La comunidad nacional e internacional ha reconocido el valor de la lucha de estas madres, mediante diversos reconocimientos, algunos de los cuales fueron dirigidos a Mama Angélica como una de las fundadoras y Presidenta de ANFASEP.

- 1997: La Defensoría del Pueblo reconoce la constancia y tenacidad en la lucha por la verdad y la justicia; entre los años 1980 a 1996.
- 1999: En la persona de Angélica Mendoza, ANFASEP recibió el Premio “Ángel Escobar Jurado” de parte de la CNDDHH. Tal acto de reconocimiento se reafirmaría en la persona de Aydee Soto en 2005.
- 2002: La Asociación Paz y Esperanza reconoce públicamente a ANFASEP en su aniversario por su trabajo perseverante por los DDHH, como “Hacedoras de la Paz”.
- 2003: La Comisión de la Verdad en su Informe Final reconoce a ANFASEP por su lucha de 20 años.
- 2003: La Red de Integración por la Paz y la Vida reconoce nuevamente la lucha y trascendencia de ANFASEP durante 20 años.

- 2003: El Centro Internacional por los Derechos Humanos y el Desarrollo Democrático de Canadá otorga el Premio “John Humphrey a la libertad 2003”, a la persona de Mama Angélica.
- 2004: El Gobierno, mediante el Ministerio de la Mujer y Desarrollo Social (MIMDES) reconoce a ANFASEP en la persona de Mama Angélica, con la condecoración “Orden del Mérito de la Mujer 2004
- 2011: ANFASEP gana premio en el “Primer concurso nacional de iniciativas concertadas por una cultura de paz” organizado por el Centro Bartolomé de las Casas, con la presentación del proyecto “Construyendo una Educación Regional para la Paz”.
- 2012: “Medalla Defensoría del Pueblo” es otorgado a Angélica Mendoza de Ascarza, mamá Angélica, Presidenta Honoraria de ANFASEP, en reconocimiento a su incansable labor en la promoción y defensa de los derechos humanos y la búsqueda de los desaparecidos.
- 2012: La Derrama Magisterial, rinde Homenaje a nuestra Presidenta Honoraria Angélica Mendoza de Ascarza, por su constante labor en defensa de los derechos humanos.
- 2012: Municipalidad Provincial del Cusco, en ceremonia pública rinde Homenaje y reconocimiento a ANFASEP, por la defensa de los derechos humanos.
- 2013: El Ministerio de Justicia y la CMAN en ceremonia de reconocimiento a ANFASEP colocan placa en su local institucional con el texto: “Gobierno Peruano, En reconocimiento a las personas integrantes de la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú - ANFASEP, en homenaje a sus 30 años de inquebrantable búsqueda de la verdad y la justicia. Por ellas y las personas desaparecidas durante el proceso de violencia de 1980 al 2000 renovamos nuestro compromiso de trabajo conjunto para resarcir los daños ocasionados y alcanzar la reconciliación nacional. El Estado peruano nunca más dejará a sus hijas e hijos solos. Huamanga septiembre de 2013”.
- 2013: El presidente del Congreso de la República del Perú, Víctor Isla expide el Diploma de Honor a la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú ANFASEP. En reconocimiento a la labor que realiza en la defensa de los Derechos Humanos.
- 2013: La Alcaldesa de la Municipalidad Metropolitana de Lima, Susana Villarán, otorga la medalla de Honor al Mérito a la Presidenta

- Honoraria de ANFASEP Angélica Mendoza de Ascarza, en el marco del los 10 años de la entrega del Informe de la CVR.
- 2013: El Presidente Regional de Ayacucho, Wilfredo Ocorima, reconoce a “La Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú ANFASEP, por el Día Internacional de la Paz y por sus 30 años de entrega incondicional y persistente lucha a favor de la vida y la defensa de los derechos humanos, y por su contribución a la construcción de una cultura de paz en nuestra región y el país”.
- 2013: Diploma de reconocimiento por alcalde del Concejo Provincial de Huamanga, Amílcar Huancahuari: “Expresa reconocimiento y gratitud a la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú ANFASEP. Por conmemorar sus 30 años de creación Institucional y su lucha constante en la búsqueda de justicia y defensa de los derechos de nuestros hermanos que sufrieron los estragos de la violencia política entre los años 1980 y 2000.
- 2013: La Municipalidad Distrital de San Juan Bautista, expresa el reconocimiento y felicitación a la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú ANFASEP, por su incansable lucha constante y decidida en búsqueda de la justicia para sus familiares.
- 2014: Embajada de Francia en Perú. El Jurado del Premio de Derechos Humanos Javier Pérez de Cuellar 2014, otorga distinción a la Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú ANFASEP. Por la presentación de su lucha por lograr el Santuario de Memoria en la Hoyada.
- 2014 El Movimiento Ciudadano por los Derechos Humanos de Ayacucho, en el marco de las celebraciones por su 5to. Aniversario, otorga el reconocimiento al mérito de la labor de Promoción y Defensa de los Derechos Humanos a la Sra. Angélica Mendoza de Ascarza fundadora de ANFASEP.

## **Bibliografía:**

### **CVR**

2003 Informe Final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación Nacional. Lima. CVR.

### **Defensoría del Pueblo**

2000 La desaparición forzada de personas en el Perú (1980 – 1996). Lima. Defensoría del Pueblo.

2007 Situación de las personas desaparecidas en el Perú. Lima. Defensoría del Pueblo

### **FEDEFAM**

1984 Revista de la Federación de Latinoamérica de Asociaciones de Familiares detenidos – Desaparecidos. Volumen II. Caracas. FEDEFAM.

1987 Revista de la Federación de Latinoamérica de Asociaciones de Familiares detenidos – Desaparecidos. Volumen III. Caracas. FEDEFAM.

2005 ZFD seis días en octubre de 2005 - Goedecking, Ulrich y Göbels, Werner. Lima. DED.

### **SER**

2004 Ayacucho Informe Final 1980 – 2000. Una compilación del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Lima. Asociación Servicios Educativos Rurales – SER.

### **Soto, Heeder**

2005 Entrevista a la chaski Aydee. Boletín virtual “Willachkaykim” Edición I. Ayacucho. ANFASEP.

### **Vargas, Germán**

2006 El rescate de la memoria: una lucha más de ANFASEP. Boletín virtual “Willachkaykim” Edición II. Ayacucho. ANFASEP.

### **Youngers, Coletta**

2003 Violencia política y sociedad civil en el Perú: historia de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos. Lima. IEP.

**Internet**

**Adehrperu**

2007 GuadalupeCcallocunto. <http://www.adehrperu.org>  
Revisado el 18/06/07

**PUCP**

2007 Las alternativas a la violencia. <http://blog.pucp.edu.pe>.  
Revisado el 18/06/07



PARTE II

TESTIMONIOS  
Y DE DOLOR  
CORAJE

ADA D. BAUTISTA ESQUIVEL  
SONIA PALOMINO TENORIO  
WILBER SALVATIERRA GÓMEZ

PARTE II  
TESTIMONIO DE VALOR Y CORAJE



# DESPLAZAMIENTO

## SERGIA FLORES VDA. DE QUICAÑO

FECHA DE NACIMIENTO	: 07/10/1949
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: CANGALLO
DISTRITO	: TOTOS
LOCALIDAD	: VERACRUZ
NÚMERO DE HIJOS	: SIETE
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1983
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, ALVINO QUICAÑO

## CAMINABA CARGANDO SU ROPA, PENSANDO QUE LO IBA A ENCONTRAR

**A**ntes que llegue la violencia, teníamos una vida muy tranquila, mi familia vivía sembrando cereales en Hualchancca<sup>1</sup>. El primero de julio de 1983, mi esposo, que en ese entonces tenía 41 años y trabajaba como profesor en el Centro Educativo de Pacopata, estaba durmiendo, como todos nosotros. A eso de las 3 de la mañana, mis animales empezaron a corretear en el patio de la casa. El portón estaba cerrado por dentro, pero algunas personas habían entrado por la pared. En ese instante sentimos un disparo cerca del dormitorio y una voz que decía: “¡Levántate carajo, prende la vela!” En ese entonces no tenía ni luz eléctrica, ni nada. Cuando prendí la vela, entraron tres encapuchados y le ordenaron a mi esposo que se levante de la cama. El estaba sólo con su ropa de dormir puesta, sin zapatos, se lo llevaron así como estaba. Intenté seguir a mi esposo e iba detrás de él, pero uno de los encapuchados me exigía que traiga más luz y mi esposo también me decía que vaya a prender más velas. Entré al cuarto donde estaban las velas y prendí una; mientras tanto, me seguían otros tres encapuchados. Después de prender la vela quería salir del cuarto, pero ya no me dejaron.

Me pusieron un arma en el oído, otra en mi pecho y uno me miraba de frente, preguntándome: “¿Dónde están las armas y las municiones?” Encontraron varios libros de mi esposo y un fólder con el nombre de Aquiles Hinostroza y, golpeándome, me preguntaban: “¿El también es terruco?” Les respondía que no sabía nada. “¡Ah! ¡Concha su madre! Sabida, ahorita te voy a matar”. Les respondí: “Mátenme, no tengo miedo a la muerte, hoy o mañana, la muerte es igual”. Uno de ellos se acercó y me golpeó en la espalda. Luego de sacar a mi esposo, se quedó uno, también encapuchado, ordenándome que ponga mis manos a la nuca, amenazándome de rato en rato con dispararme. En ese momento ya había perdido el miedo y le dije: “¡Mátame!”. Me preguntaba a mí misma: “¿Qué he hecho? ¿Qué delito he cometido?” Pocos minutos después él

---

1) Anexo del vecino distrito de Pampa Cangallo.

salió, yo salí tras él, pero ya no vi a nadie más que a este último soldado que quedó, que iba con dirección a Pampa Cangallo. Los que entraron esa noche a mi casa eran fuerzas combinadas, sinchis y militares, en total eran seis encapuchados. No podía identificarlos, porque solo se veían sus ojos y su boca, estaban vestidos con ropa de militar.

Al amanecer fui al puesto policial de Pampa Cangallo, pero no me dieron razón y regresé a mi casa. A eso de las diez de la mañana vino la sobrina de mi esposo y me contó que había entrado al puesto policial de Pampa Cangallo, a vender gelatina. Ella decía que había visto a mi esposo en ese puesto policial. Enseguida regresé a exigir que lo suelten, pero en ese instante dispararon y la bala pasó raspando a la niña. Ella se asustó y ya no quiso hablar más. Yo también tenía miedo, porque me golpearon con la culata del arma, diciéndome: “¿Acaso tú lo has visto? ¿Acaso tú lo has dejado aquí? ¡Seguro que se lo han llevado a Ayacucho! ¡Quizás a Cangallo!” Se negaron totalmente. Me dio mucho miedo y regresé a mi casa. Al día siguiente viajé a Cangallo a hacer la denuncia. El día domingo en la tarde vine para Huamanga. El día lunes 4 de julio hice la denuncia ante el Fiscal de Huamanga. A pesar que he hecho la denuncia, ni el Fiscal, ni el Colegio de Abogados, ni ninguna otra institución me han dado razón sobre la desaparición de mi esposo.

Vivía viajando, iba a Cangallo, regresaba a Huamanga; tiempo después, he decidido vivir aquí en Huamanga. El día 13 de setiembre de 1983 vine a Huamanga con mis cuatro menores hijos, yo estaba embarazada, con cuatro meses de gestación. Desde entonces no he vuelto a Hualchancca. Al inicio, me fue muy difícil vivir aquí en la ciudad, porque no tenía casa ni conocía a nadie. Alquilé un cuarto, de allí me botaron diciendo que yo era terrorista. A pesar de eso, nunca he dejado de buscar a mi esposo. Siempre estaba pensando, averiguando, caminaba cargando su ropa, pensando que lo iba a encontrar, pero hasta la fecha no sé nada de su paradero. Mi esposo no estaba comprometido con ninguna organización partidaria o algo parecido, él es inocente.

El mes de agosto de 1983 conversé con la señora Angélica, por recomendación de mi cuñada. Desde entonces, empecé a encontrarme seguido con la señora Angélica, en aquel entonces aún no había Junta Directiva de la Asociación de ANFASEP, solo eran simples reuniones. Iba donde el abogado Roca a preguntar, pero era en vano, porque él no podía responder a mi pedido. Después apareció un hombre cuyo nombre no recuerdo, él nos decía que los desaparecidos estaban en el Cuartel y solo necesitaba dinero para sacarlos. La señora Adelina, Angélica, yo y otras señoras le dimos el dinero a ese hombre, pero después desapareció. Así pasaba el tiempo, hasta que el abogado Roca nos sugirió formar una

Asociación, porque uno por uno era difícil luchar, por eso decidimos formar la Asociación de ANFASEP. Posteriormente empezamos a organizarnos y a reunir plata para ir a Lima, a una marcha. Yo no pude ir, porque no tenía con quién dejar a mis hijos menores, pero supe que los que han viajado durmieron en el Campo de Marte.

También hemos buscado los cadáveres en los barrancos, en Purakuti, en Infiernillo y otros lugares. Solo hemos encontrado pedazos de personas que habían sido comidos por los perros y los chanchos. Era difícil reconocerlos, porque solo quedaban algunas extremidades. Buscábamos justicia, pero hasta el momento no hay nada de justicia.

En el tiempo de la violencia, las socias de ANFASEP éramos marginadas, nos decían que éramos esposas de terroristas, madres de terroristas o familias de terroristas. Pero pienso que si fuera así, con tanta muerte, con tanta matanza, quizás ya habrían exterminado a los terroristas y hubiera terminado la violencia, pero esto no es cierto, porque vemos que la violencia aún sigue. Ahora los cocaleros que se declaran en paros, aliándose con los narcotraficantes quienes también matan, también son delincuentes.

Por otra parte maldigo al jefe de Sendero, a Abimael Guzmán, quien ha incitado y ha engañado a mucha gente, quien ha generado tanta muerte. Así mismo, al Gobierno de ese entonces, porque decían: “Matar a 100 campesinos de los cuales uno es terrorista”. Entonces yo me pregunto ¿Las 99 personas muertas son inocentes o no?

Ahora estoy un poco mejor, pero siempre estoy recordando y cuando recuerdo ese momento, siempre lloro porque me parece que apenas fue ayer. No puedo olvidar lo que pasó, a veces mis hijos también recuerdan, porque muchas veces no encuentran ni trabajo, ni ningún tipo de apoyo por parte del Gobierno y pienso que si mi esposo hubiera vivido, los hubiera apoyado. Actualmente tengo una pequeña pensión de viudez, con eso educo a mis hijos.

Espero que el gobierno nos dé alguna reparación individual, no queremos una reparación colectiva, porque eso es trabajo del Gobierno. Por ejemplo hacer carreteras, centros educativos o postas médicas, es obligación del Gobierno, eso no es reparación. Por eso pido justicia para todas las víctimas, para los jóvenes huérfanos, especialmente reparación en cuanto al seguro, educación y trabajo.





# CANDELARIA PINO MARQUINA

FECHA DE NACIMIENTO	: 27/02/1954
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUANTA
DISTRITO	: HUAMANGUILLA
NÚMERO DE HIJOS	: TRES
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1983
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, GILBERTO CONDORI ZAMORA (27/06/1983)

## CAMINÁBAMOS LLORANDO

**M**i esposo y yo vivíamos tranquilos en Huamanguilla, dedicándonos al comercio. Teníamos una tienda. También nos dedicábamos a la agricultura, a la siembra de hortalizas. Ya en la época de la violencia, los marinos fueron destacados a Huamanguilla. Durante el mes de junio de 1983, invadieron una casa que también tenía una tienda. Los marinos sacaron todas las cosas de esa casa y vivían ahí. Una noche, estábamos durmiendo; a las 2 de la mañana empezaron a patear la puerta de la tienda, era en la plaza principal. Mi esposo salió rápidamente, diciendo: “¿Qué hay?”

Entonces, yo salí por la otra puerta, que era la cocina, y vimos que la puerta de la tienda estaba destrozada. Los marinos ya habían entrado a la tienda y a la cocina. Estaban hablando entre ellos. Agarraron a mi esposo, gritándole: “¡Conchatumadre! ¡Carajo! ¡Terruco de mierda, carajo!”. Mi esposo les dijo: “¿Qué ha pasado jefe, a quién buscas? Yo soy dueño de la casa”. Entonces, uno de ellos dijo: “A mí no me importa, ¡carajo!”, entonces yo dije: “¿Qué pasa señor?” Aquella vez, yo estaba delicada de salud, tenía un mes y medio de haber dado a luz. Me agarraron del pecho y me botaron al rincón. Mis niños salieron gritando y los demás marinos, eran como ocho, empezaron a agarrar las galletas y buscaron nuestra plata.

Mi esposo había salido descalzo. Le llevé sus zapatos para que se los ponga. Cuando lo vi, estaba ya afuera, hacia la pared, con las manos en la nuca. No me dejaban salir, pero yo, gritando, salí hasta la puerta y vi que estaban sacando a mis vecinos de sus casas. A Julio Pinto, Fortunato de la Cruz, a su hijo y a mi primo Nicanor Marquina que estaba a nuestro lado, era huérfano de madre y padre. Los marinos empezaron a llevarse a mi esposo y a mis vecinos; mis hijitas de 7 y 4 años, llorando, lo han seguido. No dejaron que yo lo siga, diciéndome: “Te mato, ¡carajo!, ahorita, si nos sigues”. Yo les dije: “¿Por qué se van a llevar a mi esposo, señor? ¿Qué tiene?” “¡Cállate!” Me encerraron en la tienda, pero rompí el seguro y con dificultad abrí la puerta. Le dije a mi hijito que vaya donde estaba su papá, que se lo estaban llevando. He ido hasta el parque, pero un marino

me obligó a regresar, a patadas. No les dijeron nada a mis niños, porque lloraban. Yo estaba sentada con los demás vecinos, decíamos: “¿Por qué, para qué se los llevan? Cuando amanezca, los buscaremos”.

Ni bien amaneció, mis vecinos y yo les llevamos su desayuno, con su pan. Los policías nos lo recibieron: “Ya les voy a dar”. A las 9 de la mañana llegaron los carros de los marinos de Huanta y se estacionaron. Botaron a la gente de la puerta, haciendo disparos al aire. Las personas se retiraron de ese sitio y nosotros imaginamos que en ese carro estaban cargando a mi esposo. Habrán demorado una hora, entonces el hijito del señor Fortunato subió a un carro y empezó a gritar: “¡Mamá! ¡Mamá! Se están llevando a mi papá en ese carro. ¡Allí están!” Los marinos estaban yendo parados en el carro y disparando al aire. En ese carro se llevaban a los detenidos, en costales, pisándolos y golpeándolos.

Bajamos a Chupán y pensamos que seguramente se los habrían llevado a Huanta y decidimos ir. Cuando llegamos, los marinos estaban en el Coliseo, fuera de Huanta, allí era su campamento. Estaban unos policías y unos cuatro marinos y le dije a uno de ellos: “¿Señor, por qué han traído a mi esposo de Huamanguilla, sin nada, ni siquiera con su chompa?” Pero nos dijeron: “No, aquí no pertenece, vayan a Ayacucho, allá se lo habrán llevado”. Dijimos que seguramente se los habrían llevado a la PIP o a la Comisaría en Ayacucho. Llegamos a la PIP y a la Comisaría. Preguntamos y nos gritaron: “Aquí no tenemos ni un detenido. ¡Vayan! ¡Carajo! Acaso aquí pertenece, vayan a Huanta”. No los pudimos ubicar ni en Huanta ni en Ayacucho. Fuimos al Fiscal de Huanta y él nos dijo: “Si dicen que se los han llevado a Ayacucho, estarán allí, no creo que mientan”. Entonces, regresamos a Ayacucho.

Así pasaban los días, ya eran cuatro, cinco días, caminábamos llorando, diciendo que seguramente los iban a soltar esa noche. Viajábamos de Ayacucho a Huanta, de Huanta a Ayacucho. Seis días después, de noche, soltaron en Cinco Esquinas al señor Julio Pinto, a don Fortunato, a Ferrer de la Cruz y a mi primo. Ellos, todas las noches y todos los días habían estado con las cabezas y los cuerpos amarrados. Cuando los soltaron, no podían ubicarse, no sabían dónde estaban. Tuvieron que preguntar a las señoras en la calle si estaban en Huanta o en Ayacucho. Luego de eso, recién vinieron a Ayacucho y llegaron a la casa del señor Fortunato de la Cruz, ahí nos enteramos que habían estado en Huanta. Me hicieron llamar y el señor Fortunato me dijo: “Señora Candelaria, a tu esposo se lo han llevado en helicóptero”. Los señores estaban bien golpeados, ni podían orinar, ni levantarse, con la cabeza hinchada, sus cuerpos estaban verdes, eran cuatro personas. Yo, llorando, le pregunté: “Don Fortunato, ¿dónde está mi esposo?”.

Entonces, el señor Ferrer me dijo: “Él estaba a mi lado y me dijo: ‘Oye, Ferrer, vas a ver a mis hijitos, porque yo no aguanto, ya estoy mal, parece que me voy a morir. Te suplico que cuides a mis hijitos, por favor, me los ves’. Así me dijo y yo le respondí: ‘No, Condori, ¡carajo! Ponte fuerte, por qué vas a morir’. ‘No, me siento mal, te recomiendo a mis hijitos’. Esas palabras me dijo tu esposo y se lo llevaron en el helicóptero. Nosotros estábamos en el piso, día y noche, tapados con jebe, en el calor y en el frío. Antes de llevárselo nos han hecho cantar y Gilberto también ha cantado Adiós Pueblo de Ayacucho. Más tarde llamaron a tu esposo y se lo llevaron en el helicóptero. No regresó. Yo decía: ‘Condori, Condori’, y ya no me contestaba, ni he visto cuando se lo llevaban”. Entonces, yo pensaba que habían traído a mi esposo a Ayacucho y empecé a denunciar lo que había pasado, presentado documentos con el doctor Roca y con Cavalcanti. Ahí conocí a la señora Angélica y a la alcaldesa Leonor. Posteriormente nos juntamos las personas que habían sufrido la desaparición de sus familiares. Había noticias de que en Totos había personas detenidas.

Ya habían pasado días, semanas, un mes, dos meses. Mandamos dos veces a la señora Angélica y a tres personas más a Lima, dando una colaboración de dos y de cinco soles para sus pasajes, para que los busquen en Lima, no los han encontrado, hasta ahora no se sabe nada. Cuando lo estaba buscando en Huanta, trajeron varios detenidos de afuera. Entonces, un señor llamado Elías Carhuapiña apareció a mi lado y me dijo: “Señora Candi, ¿y tu esposo Gilberto no aparece?”. Le miré y estaba con la chompa de mi esposo. Le dije: “Don Elías, esa es la chompa de mi esposo, ¿quién te la ha dado, de dónde la has recogido?” “Los marinos de Huamanguilla me han dado diciendo: ‘Oye, cojudo, ponte con esta mierda’, me han botado, porque me habían llevado sin chompa”. Él me dio la chompa de mi esposo. En otra ocasión, a tres o cuatro meses de la desaparición de mi esposo, un marino fue a mi tienda. Compró una gaseosa y me dijo: “Señora, ¿dónde están tus hijitos?” “Acá están, señor” “¿Y tu esposo?” Y yo le dije llorando que habían desaparecido a mi esposo. “Señora, cálmate, qué vas a hacer, tienes que resignarte, aquí tienes a tus tres hijos, tienes que salir adelante, trabaja tranquila, haz estudiar a tus hijos, vas a pasar tu vida con tus hijos”, me dice. Yo le respondí: “Señor, ¿por qué me dices así, de repente usted esa vez estaba aquí?” Me dijo: “No, cómo vas a pensar así”, y se fue.

Pasado medio año, nuevamente los marinos entraron a mi tienda, diciendo: “¡Carajo, ustedes son terrucos!” Yo, rapidito, he cargado a mi hijita y les dije: “Qué terrucos, basta que se hayan llevado a mi esposo, ahora a mí también me quieren matar”. Uno de ellos empezó a

manosearme, otro estaba manoseando a mi sobrina. Grité: “¡Qué quieres tú, grandísimo mierda, ¿abusar de mí?” Llamé a mi sobrina: “¡Vidalina, ven aquí!” Se fueron, pero se llevaron todo lo que había en mi tienda, mi plata, gaseosas, galletas, caramelos y otras cosas más.

Ahora me siento muy sola, mi esposo me hace mucha falta para la educación de mis hijos. Cuando mi esposo vivía, yo no pensaba en nada, ni en su educación, ni en su ropa, ni en su alimentación, en nada, él se ocupaba de todo. Ahora, he asumido todas esas responsabilidades, soy padre y madre, trabajo mi chacra prestándome del banco, para sacar adelante a mis hijos. Yo quiero tranquilidad y paz, no quiero que vuelva el peligro, jamás. Yo creo que Dios tampoco quiere. Yo quiero que me den una indemnización. Si hubiesen encontrado en mi casa alguna prueba de que era culpable, entonces yo diría que por su culpa se lo han llevado. Ahora nos hace mucha falta. Hoy en día, mis hijos también me dicen: “Mamá, si mi papá estuviera vivo, no sufriríamos así, tendríamos una casa propia en Ayacucho”, porque vivimos en casa arrendada y su dueño habla mucho de la luz y del agua.



# CONSTANTINA VILCA DE CCALLUCUNTO

FECHA DE NACIMIENTO	: 11/03/1936
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: CANGALLO
DISTRITO	: CHUSCHI
ANEXO	: QUISPILLACCTA
NÚMERO DE HIJOS	: CINCO
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1984
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, TEÓFILO CCALLUCUNTO CHIUITINCCA (04/08/1984 HERMANO, JORGE VILCA (04/08/1984

## NO SABÍA CÓMO MANTENER A MIS HIJOS

**A**ntes de la violencia vivíamos tranquilos en nuestro pueblo de Quispillacta, sembrando cereales. Entre pobres nos hemos casado. Mi esposo sabía utilizar la máquina de escribir, así servía al pueblo, a la vez tejía mantas y chalinas. No teníamos animales propios. Mi esposo asumió varias veces el cargo de Juez de Paz y terminó siendo Secretario de la Administración del Presidente de la Comunidad, ha sido secretario casi diez años, de todos los Presidentes de la comunidad. La gente del pueblo se iba hacia las punas con sus animales a partir del mes de agosto, por eso no podían recibir ningún cargo, porque no tenían tiempo; nosotros no teníamos animales, ni tierras en la puna, siempre estábamos en el pueblo.

El cuatro de agosto de 1984, a las diez de la noche, entraron tres hombres vestidos con pantalón de bayeta, ponchos y encapuchados a mi casa. Estaban armados. Mi esposo, que tenía 35 años, estaba trenzando una correa para una falda. No sabía si eran terroristas o guardias, pero estaban con botas. Yo dije: “¿Por qué vienen visitas a estas horas?” Cuando entraron a mi casa, yo no sabía qué hacer, sólo mi hijo Pascual agarró de las manos a su papá, gritando: “¿Señor, para qué se llevan a mi papá?” Yo también les dije: “¿Para qué se llevan a mi esposo?” Se lo llevaron diciendo que iban a conversar en la puerta, lo sacaron por el callejón, hacia la calle. Luego traté de seguirlos, pero no podía levantarme porque uno de mis hijos estaba en mis brazos y el otro dormía a mi lado. Ellos me dijeron: “¡Cállate, carajo!, lo vamos a llevar afuera para interrogarlo, no griten, porque si gritan les voy a matar a todos”. Después dije: “¿Señor, por qué nos van a matar a todos?” No había nadie a quién pedir auxilio, los vecinos se habían ido a las punas con sus animales. Era toque de queda, nadie caminaba por la calle después de las seis de la tarde. No podíamos prender velas ni candela. Después de un rato sonó un disparo, no sé por dónde habrá sido. Empecé a llorar cargando a mi hijo, mirando hacia la puerta. Luego escuché otro disparo por la plaza, otro en el puente Chacawayqu. Así se lo llevaron al Puesto Policial de Chuschi, disparando a cada instante. Al día siguiente, a las cuatro de la mañana, fui al Puesto

de Chuschi pensando en mi esposo, pensando en cómo habrá amanecido, sin poncho, con la espalda descubierta y descalzo.

Cuando llegué a la plaza no había nada, entré al puesto policial y dije: “Señor, ¿para qué han traído a mi esposo? Yo soy pobre e ignorante ¿Con qué voy a mantener a mis cinco hijos? Mi esposo tejía mantas y ponchos, con eso nos mantenía, también era autoridad; pero no molestaba a nadie, no robaba a nadie, aunque somos pobres”. También le dije: “Señor, no puedo quedarme sola. ¿Con qué voy a mantener a mis hijos menores? ¿Con qué? Yo no sé hacer nada. Bueno, señor, mátanos a todos en la puerta de este puesto policial”, allí empecé a llorar. Entonces, un militar me dijo: “Al terrorista como tú, se habrán llevado sus compañeros. Busca en los barrancos y ríos, por allí lo habrán botado”. Yo le dije: “No, señor, no se lo han llevado los terrucos, ustedes lo han traído aquí, con sus armas”. Pero él me dijo: “¡Carajo! ¡Busca adentro, a ver si lo vas a encontrar...!”

Mi hermano Jorge también desapareció al igual que mi esposo, esa misma noche lo sacaron de su casa. Habíamos ido al puesto con su familia, los militares agarraron a uno de los familiares de mi hermano, del cuello. Le hicieron pasar al puesto policial haciéndole golpear la cabeza en la pared, diciendo: “A ver, sácalo, ¡carajo!, a ver, si no vas a sacarlo...” Entonces, yo me quedé en la puerta del puesto y felizmente salió mi hermano. He ido dos días seguidos al Puesto Policial de Chuschi, llorando y a veces sin llorar, allí le dije a uno: “Señor, no puedo dejar a mi esposo”. Los militares me dijeron: “Anda a tu casa, tal vez ha regresado tu esposo, tus hijos estarán de hambre”. También uno de mis paisanos me dijo: “¿Qué haces aquí sentada? Tus hijos están de hambre, llévalos de comer ¿Acaso cuando estás sentada va a salir tu esposo?”. Yo dije: “Lo han traído aquí, ¿cómo no va a salir? Siquiera lo voy a ver”. A tanta insistencia, al tercer día me dejaron entrar al puesto, diciendo: “A ver si lo vas a sacar...”. No encontré nada y me decían: “Está encerrado en un cuarto, allí está tejiendo esteras”, otros me decían: “Está tejiendo un poncho”, todo era mentira, no había nada, sólo había cuartos vacíos y cerrados.

No sé porqué han hecho desaparecer a mi esposo, tal vez por envidia o venganza, porque era autoridad. He buscado a mi esposo entre arbustos, en los barrancos, pedregales y llevaba a mi perro para que nos ayude a encontrarlo. Íbamos junto a la familia de mi hermano. La gente decía: “Están tirados los cadáveres, en el agua”. Sólo hemos encontrado perros muertos, no he encontrado a mi esposo. Lloraba todos los días, no sabía cómo mantener a mis hijos. Empecé a hilar, también ayudaba a mis paisanos a sembrar y a deshierbar en la chacra. Criaba cuyes, gallinas y

cabras y luego los vendía. Mis hijos iban a la escuela, para que aprendan a escribir su nombre y aprendan a firmar. En Ayacucho lavaba ropa en las casas, también lavaba quesos en el mercado, para mantener a mis hijos. Dionisio Vilca, mi padre, había presentado los documentos de la denuncia de mi esposo a ANFASEP, mientras yo buscaba a mi esposo con mis hijos. Mi padre me llevó a la Casa del Maestro, allí estaban reuniéndose todas las socias de ANFASEP. Después viajamos a Lima, llegamos al Palacio de Justicia, me quedé en la puerta porque no había sacado mi DNI. La gente de la capital decían que éramos terrucos; pero yo seguía parada, sin hacer caso; también he subido por el ascensor, para mí era novedoso. Hemos caminado, a veces sin comer y llorando. Al día siguiente, un padre de la Iglesia nos ha invitado comida; así hemos pasado. En el año 1984 venía de vez en cuando con todos mis hijos al comedor de ANFASEP, que funcionaba en la Casa del Maestro. Allí comíamos mis hijos y yo, luego regresábamos a mi pueblo.

Hoy sólo hilo para hacer frazadas y venderlas. A veces hilo para otras personas, para un plato de comida o me dan propinita, así paso mi vida. A pesar que me hace mal el polvo de la lana, sigo hilando. A falta de su padre, mis hijos han quedado sin profesión. Ahora, mis hijos pasan su vida criando gallinas, patos y otros animales. Ya no quieren regresar a mi pueblo, dicen: "Sólo iríamos a ponernos tristes y a llorar, ¿a qué vamos a regresar?, mejor vamos a pasar la vida en otro lugar". Aquí en Huamanga yo soy forastera, no tengo casa, vivo en casa ajena, si tuviera una casa propia, allí viviría tranquila. Me encuentro sola, llorando, apenada y triste, estoy caminando, agotando mis lágrimas. Ya no me siento bien, me duelen los huesos. Ahora estoy tejiendo cintas para el cabello, para vender en la tienda artesanal de ANFASEP. Pido al gobierno actual que me compren una casita, quiero platita para mis gastos, con eso puedo estar alegre.





# DESAPARICIONES FORZADAS

## PAULINA

FECHA DE NACIMIENTO	: 04/05/1927
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: LA MAR
DISTRITO	: SAN MIGUEL
NÚMERO DE HIJOS	: DOCE
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1983
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: HIJO, GILBERTO DELGADILLO YARANGA (22/07/1989)

## A VECES VEO EN OTRA PERSONA A MI HIJO

**A**ntes de la violencia política, aunque nos faltaba un poco de dinero, vivía con mi esposo y mis hijos, feliz y tranquila. Mis hijos estaban estudiando en el colegio y uno de ellos, Gilberto, en la Universidad. Cuando mi esposo viajó a Lima a trabajar, yo sostenía a mis ocho hijos, de día era lavandera y de noche hilandera. Mis hijos dependían de mí. Después, mi esposo compró un terreno en Lima, en el Distrito de Villa el Salvador, nos llevó a vivir con él durante 6 años. Regresé a Ayacucho porque Gilberto seguía en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga. Antes que empiecen sus clases, él trabajaba en construcción alrededor de la Universidad y en el Colegio Mercedes. El trabajaba en cualquier cosa, con tal de mantenerme. Ese año empezó el peligro.

En Ayacucho, vivíamos al costado de un puente, en el jirón Libertad. Una noche, salió mi hijo Gilberto a orinar, río arriba, detrás del puente, porque en la casa no teníamos baño. Cuando yo le decía que no saliera, él decía: “¿Qué me van a hacer?” Más arriba vivía una señora, ella me dijo: “Cuando salió tu hijo a orinar, muchos militares lo han agarrado en la carretera y se lo han llevado”. Pero eso me dijo cuando ya habían pasado tres días y mi hijo no volvía. En esos días había muchos militares en Pisco Tambo, todas las noches estaban allí, con sus carros. Se han llevado a varias personas hacia Pisco Tambo y las han hecho desaparecer. Cuando desapareció mi hijo, hemos caminado y lo hemos buscado donde los investigadores, donde los militares, fuimos al aeropuerto, me dijeron: “No hay nada, no hay nada”. El investigador no me dio ninguna razón. Finalmente, fui a la Comisaría y allí me dijeron: “Estará por allí, estará muerto, perra, como lo estarás tú”. Y fui a buscar a Purakuti, allí había una pampa donde botaban la basura. Yo había tejido una chompita para mi hijo anteriormente, por eso dije: “Con eso lo voy a reconocer”. Allí había muchos muertos, mujeres y varones, los chanchos y los perros se los estaban comiendo, ya estaban acabando con las botas de uno de ellos; había jóvenes, señores, señoritas, solo eso vi. Cuando estaba allí, aparecieron los investigadores, estaban escondidos detrás de un molle, en un carro. Uno de ellos se acercó cuando estaba caminando, con miedo, llorando con mi niñita, y me dijo: “Estás buscando a terrucos como tú”. Respondí: “No

estoy buscando nada, solo estoy recogiendo leña". Disimulé e hice como que estaba recogiendo leña, cabuya, palitos secos, disimuladamente me fui.

Hasta hoy no he encontrado a mi hijo. Cuando la gente me decía que él estaba por algún lado, caminaba llorando, en los ríos, en muchos lugares. Solo lo encontré en mi sueño, pero en la realidad no lo encuentro. Me dijeron también que en el hospital había muchos muertos, que los habían traído de Waywacondo, que uno de ellos era mi hijo. Fui y encontré a alguien igualito a él. Salté diciendo: "Papay". Lo abracé. "Señora, te has equivocado, es de nosotros" dijo una señora, que era su madre, "nosotros lo hemos traído de Waywacondo". "Es mi hijo", dije. "No, señora, por Dios, es mi hijo", insistió ella, "nosotros lo hemos traído desde Waywacondo". Lo pusieron en su cajón y se lo llevaron, allí lo vi otra vez. Igualito a mi hijo.

Cuando estaba caminando me dijeron que había una Asociación, que estaban en la Casa del Maestro, que era de los familiares de los desaparecidos. Entonces, sacando todos los papeles, los he presentado a la señora Angélica, allí ya estábamos juntos. Teníamos una Junta Directiva y con ellas hemos denunciado la desaparición de mi hijo, los niños huérfanos también estaban allí. Leonor Zamora era la alcaldesa, hemos presentado papeles ante ella, copias acerca de la desaparición de mi hijo Gilberto, en varias oportunidades. ¿Por dónde no hemos caminado? Cuando pasaron tres años de la desaparición de mi hijo, uno de los militares que había estado en el cuartel de Quicapata y que había regresado a Villa María del Triunfo, tomó con mi hijo en Lima. Ya borracho, le dijo: "A tu hermano, en Quicapata, lo han metido al pozo y lo han matado". Entonces, mi hijo me dijo: "Mamá, lloras demasiado, ya no llores más, olvídate, mejor haz una misa para la salvación de mi hermano, así le han hecho, no llores, mamá" y me envió dinero.

Ese militar se escapó a Estados Unidos, que será de él. Habrá desaparecido o muerto, recién ahí me enteré. También dijeron que en el Cuartel de los Cabitos habían quemado a mi hijo, que hicieron un horno, la verdad no sé si será cierto; pero puede ser verdad, porque allí se llevaron a todos. Ciertamente, digo, qué cosa voy a hacer, Dios ya sabrá, con cualquier cosa me conformo. Ahora estoy como loca, me siento mal del corazón, de la cabeza y de los huesos, de tanto caminar buscando. A veces veo en otra persona a mi hijo, como si estuviera vivo, como si estuviera viniendo hacia mí. Quiero que en el futuro haya tranquilidad y no más peligro, ¿para qué? Ya estoy cansada, quiero vivir tranquila y feliz, comiendo o sin comer. Quiero ayuda del gobierno para sanar de mi enfermedad, para ayudarme en mi necesidad. Que me ayude cualquier persona, tendrá la bendición de Dios.



## MAURA SAYAS DE QUISPE

FECHA DE NACIMIENTO : 20/02/192  
REGIÓN : AYACUCHO  
PROVINCIA : HUANTA  
DISTRITO : HUAMANGUILLA  
ANEXO : ARUHUAY  
NÚMERO DE HIJOS : UNO  
AÑO DE INGRESO A ANFASEP : 1984  
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO : PADRE, CLAUDIO SAYAS DELGADO  
(27/08/1984)  
HERMANO, HERMINIO SAYAS  
GÁLVEZ (27/08/1984)

ANTES NO PODÍA HABLAR, TAMPOCO PODÍA  
 MOVER MIS LABIOS,  
 NI MIS OJOS, NI MI CUERPO

**A**ntes del tiempo de la violencia tenía una vida tranquila, éramos cuatro hermanos, dos mujeres y dos varones. Teníamos animales: vacas, cabras, burros y gallinas en cantidad. Teníamos nuestras chacras y comíamos mucha carne. Ahora no tenemos nada, ni una vaca, ni una cabra, no comemos ni carne. Cuando llegó la violencia a Aruhuay, nuestras vidas han cambiado totalmente. Empezamos a vivir ocultándonos en los huaicos y en las arboledas. La violencia era cada vez más intensa. Aparecieron los Comités de Autodefensa, con ellos pensábamos que estaríamos seguros, pero no fue así. A las cinco de la mañana del día 27 de agosto de 1984, mi padre Claudio y mi hermano Herminio estaban tranquilos en mi casa. Esa mañana, escuché un disparo a poca distancia de mi casa. En ese instante, cuando me di cuenta, ya estábamos frente a frente con los militares. Mi papá recién estaba levantándose de la cama, en ese momento entraron y le detuvieron. De inmediato, le sacaron de mi casa. En cambio, en el caso de mi hermano, sus hijos quisieron impedir su detención llorando. Pero fue en vano, los militares los apartaron y lo sacaron. De allí se los llevaron con dirección a Huamanguilla, donde los subieron a una tanqueta y de allí los trasladaron a Huanta.

Esa mañana, mi casa quedó totalmente en ruinas, han hecho un desorden e incluso se han llevado maíz, queso y otras cosas; echaron al piso lo que no se llevaron. Los que han entrado y han hecho desaparecer a mi padre y a mi hermano eran los mercenarios<sup>1)</sup>, eran en total quince personas encapuchadas. Cuando sacaron a mi padre y a mi hermano, mi madre y yo los hemos seguido hasta Huanta. En Huanta hemos buscado un abogado y hemos presentado denuncias al cuartel, donde nos informaron que a mi papá y a mi hermano los habían devuelto a Huamanguilla. Al regresar, supimos por las autoridades de Huamanguilla que, efectivamente, mi

---

1) Militares.

papá y mi hermano estaban allí. Pero ahí estuvieron pocos días, desde el 27 hasta el 30 de agosto de 1984. A partir del 30 de agosto, los hicieron desaparecer en forma definitiva.

Nuevamente regresamos al Cuartel de Huanta, ahí nos dijeron que mi papá y mi hermano ya no estaban en ese cuartel y que vayamos al Cuartel de Huamanga. De inmediato fuimos al Cuartel de Huamanga. En eso, en el Parque Sucre me encontré con la señora Angélica. Ella también estaba buscando a su hijo y decía que en el cuartel había muchos presos. Entonces yo pensaba que quizá uno de ellos era mi padre o mi hermano. Por eso me animaba a continuar buscando. Además, la señora Angélica nos animaba a caminar en busca de nuestros desaparecidos; ella estaba muy segura de que a todos los presos los iban a sacar del cuartel. Entonces, yo también empecé a caminar junto a ella y con mi mamá, Justina Gálvez de Sayas. Yo no sé por qué hicieron desaparecer a mi papá, no sé por qué. Le sacaron de mi casa diciendo que les acompañe solo un momento; pero nunca más ha regresado. Mi padre es inocente, no era culpable de nada, era una persona muy amable. Andaba chacchando su coca y trabajaba mucho para mantenernos; ahora nosotras no somos nada, no podemos hacer nada. Mi hermano también es inocente, por eso lo he buscado y sigo buscándolo, pidiendo justicia. Porque tanto mi padre como mi hermano son inocentes, eso es lo que me duele mucho.

Ahora no encuentro trabajo, ni dinero, ni comida. Haciendo los modos posibles mantengo a mi mamá y a mi hijo. También hemos cuidado, dando comida y educación, a los hijos de mi hermano desaparecido, porque su mamá, o sea mi cuñada, se fue con otro hombre. Hemos educado a la mujercita en el colegio de Huamanguilla y al varoncito en el colegio "Mariscal Cáceres" de Huamanga. Ahora, ellos ya son jóvenes, incluso ya tienen sus parejas e hijos. Hace poco supe sobre una declaración de mi padre en la Defensoría del Pueblo. Según el abogado de la Defensoría, mi papá se declaraba que era inocente, esta declaración no sé si fue en Huanta o en el mismo Huamanguilla. Cuando me estaba informando empecé a llorar, el abogado no quiso informarme más. Tenía muchos papeles sobre las denuncias que hice con el abogado en Huanta, pero como en esos años era peligroso y con tanta muerte tenía mucho miedo, entonces los he quemado.

Cuando me asocié a ANFASEP, en un principio nos reuníamos en la Casa del Maestro, desde allí iniciábamos nuestro andar, viajábamos a Huanta. Allí, en una oportunidad hemos encontrado cadáveres botados. Vi lo que nunca he visto en mi vida. Lloraba de rabia y de indignación. Así andábamos en los huaicos, encontrábamos muchos cadáveres. Cuando recuerdo todo eso, me pongo a llorar, por eso a veces no quiero recordar,

porque me duele la cabeza. Desde la fecha que me encontré con la señora Angélica, han pasado ya 24 años. Hasta ahora no sabemos nada, ni dónde están, ni cómo están. De tanto sufrimiento, me quedé un tiempo paralítica y muda, antes no podía hablar, tampoco podía mover mis labios, ni mis ojos, ni mi cuerpo. Gracias a Dios he recuperado el habla, mover mis ojos, pero estuve mucho tiempo en el hospital. He descuidado mucho a mi hijo, quizá por eso ha muerto.

Amaba a mi padre y a mi hermano, eran muy buenos conmigo y con los demás. Mi papá me amaba, mi hermano también me apreciaba mucho y compartía todo conmigo, por eso me duele mucho, por eso busco justicia. Tengo otros hermanos, ellos me dicen que estoy perdiendo mi tiempo, me dicen que gasto el dinero en vano. Pero no puedo dejar de buscar a mi padre y a mi hermano, porque ellos son inocentes, incluso pienso que si yo muero, mis sobrinos continuarán buscando la verdad y la justicia. Ahora me siento un poco mejor, pero con algunos dolores de cabeza. Actualmente seguimos viviendo en la chacra, sembrando maíz y otros cereales.

Quiero que les den la reparación a mis sobrinos que han quedado huérfanos, ellos sufren mucho. En el Día del Padre siempre se ponen muy tristes diciendo: "Si tuviéramos papá, nuestras vidas serían distintas o si supiéramos que está muerto, llevaríamos flores a su tumba". Con más urgencia pido reparación para mis sobrinos, para mi mamá, que ya está anciana y para mí también. Porque he caminado mucho e incluso mis dientes se han caído, por tanto andar. Actualmente vendo cuyes, con eso pago mis gastos.





# LUCIA PARIONA LLAMOCCA

FECHA DE NACIMIENTO	: 15/10/1931
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUAMANGA
DISTRITO	: VINCHOS
ANEXO	: PUTACCA
NÚMERO DE HIJOS	: DIECISÉIS
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1985
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: HIJO, GERARDO PABLO ALBITES PARIONA (24/06/1984)

## CAÍ SOBRE LOS CADÁVERES

**Y**o me casé a los 15 años y tuve 16 hijos, de los cuales murieron 12 con sarampión. Vivíamos en Putaqa, pero cuando empezó la violencia nos mudamos aquí a Ayacucho. Aquí en la ciudad preparaba comida y la vendía para mantenernos. Mi esposo trabajaba como artesano, incluso mi hijo Gerardo tejía bonitas figuras de patitos y leoncitos. Yo ayudaba también a enrollar las lanas para tejer, las teñía y las amontonaba en orden. Algunas veces yo también tejía. Mi hijo Alfonso también tejía; así vivíamos tranquilos. El lugar donde vivo actualmente se llama "Sector Pueblo Libre". Cerca de mi casa vivía una chica llamada María, ahora ya está muerta. En ese entonces, en el Huaico de la Alameda habían muerto unas personas. Entonces, María culpó a mi hijo Gerardo sobre la muerte de esas personas.

Un día, que era el aniversario del Distrito de San Juan Bautista, a las doce del día, mi hijo estaba tejiendo. Salió un momento para ver a los guardias que estaban mirando hacia la casa de María y de su hermana Alicia, que vivían juntas, eran mis vecinas. Yo estaba cocinando con mi nuera. Eran algo de ocho guardias y varios carros. Casi todos entraron a mi casa. Los carros estaban estacionados cerca. El conviviente de Alicia era un guardia, ése también había venido, ése es el que se ha llevado a mi hijo, diciendo: "¡Este es el que ha matado a esas personas en el Huaico de Alameda!" Mientras, el resto de los guardias me estaba preguntando: "¿Dónde está tu hijo?" Cuando me di cuenta, ya se estaban llevando a mi hijo. Quise impedir que se lo llevaran, pero me dijeron: "Que nos acompañe, dentro de un rato va a volver". Yo fui al Cuartel, pero ya lo habían metido adentro. Me quedé en la puerta del Cuartel, de allí me botaron golpeándome con la culata de un arma, caí al suelo; salió mucha sangre de mi nariz. Al día siguiente fui nuevamente, pero no me dejaban entrar. Casi una semana esperé, porque ese día los guardias me dijeron que mi hijo iba a volver. Al ver que no llegaba, recién he denunciado.

Después de un tiempo, supe que mi hijo Gerardo había ido acompañado por los guardias, a la casa de mi hija Clelia, en Yuraq Yuraq. Allí, mi hijo le había contado a Clelia que María y Alicia lo estaban

inculpando de la muerte en el Huaico de la Alameda, diciendo: "Ellas son las que me están metiendo en estos problemas". Le dijo también que el arroz, el aceite y el azúcar que a mi esposo le daban mensualmente en el Concejo, Gerardo se lo daba a María, porque ella le decía: "Si no me los das, esta noche o mañana en la noche vas a volar". El se los daba por miedo a morir. También le daba el queso y la carne que yo le mandaba de Putaqa cada vez que viajaba. Todo para que no lo mate. Igualmente le contó que ellas reunían los víveres para llevárselos a los compañeros<sup>1)</sup>. Yo estaba a punto de meter a la cárcel a María, porque ella era la culpable de que detengan a mi hijo. Pero esa mujer, ante la Fiscalía, negó todo, más bien decía que mi hijo era terrorista. Sin embargo, la gente dice que María y Alicia eran terroristas. Después, el guardia que se llevó a mi hijo entró a la cárcel, por violar a la hermana menor de Alicia. Cuando pasó todo esto, esa mujer Alicia se volvió alcohólica y murió en el hospital. Tiempo después, se supo que el que había matado a esos compañeros en el Huaico de la Alameda era otro. El se había declarado culpable por esas muertes.

Después, me asocié a ANFASEP, cuando mi esposo aún estaba vivo. Luego de asociarme, andaba junto a las demás socias de ANFASEP, iba a las reuniones, a las marchas y llegamos a viajar a Lima, para hacer la marcha nacional. Una vez, en una marcha, en la puerta del Cuartel, un guardia le dijo a la señora Angélica: "¡Te voy a matar!" Y todas nos hemos agarrado de la mano, diciendo: "¡Mátanos a todas!" Yo he caminado mucho buscando a mi hijo, lo he buscado en todas partes. Con la señora Angélica también hemos buscado en Puracuti y Sacrarumi, allí encontrábamos a los perros comiéndose a los muertos. Los cadáveres estaban botados, eran de señoritas, jóvenes y señoras. Una vez, alguien me dijo que mi hijo estaba muerto en Infiernillo, fui pero no lo encontré. Allí había muchos muertos, algunos cadáveres estaban quemados. Algunos se parecían a mi hijo, en ese instante me sentí muy confundida y me lancé al barranco, pensando que allí estaba mi hijo. Me habían acompañado mis sobrinos, ellos me agarraron de mi falda y no me dejaron caer al barranco. Allí sufrí un ataque, pero de inmediato me llevaron a mi casa. También fuimos a Huanta, allí hemos encontrado tres filas de cadáveres. Entré donde estaban los cadáveres y estaba buscando a mi hijo, allí también sufrí otro ataque. Caí sobre los cadáveres y luego me llevaron al hospital de Huanta. Allí me ubicaron mis otros hijos, cuando desperté mi hijo varón me estaba abrazando y mi hija mujer estaba sentada, cogiendo mis manos, llorando.

Pasaba el tiempo y no encontraba a mi hijo. Entonces empecé a caminar de pueblo en pueblo, me decían que se lo han llevado preso a tal lugar, iba a ese lugar. Fui a lugares que no conocía, fui a Ica y a Palpa,

---

1) La testimoniante se refiere a senderistas.

vendí 21 reses para pagar los gastos. Cuando empezaron los ataques de epilepsia, ya no viajaba mucho. Mi esposo me decía: “Podrías morir, ya no viajes”, entonces él viajaba solo. Así, mi esposo fue al sur de Ayacucho, a Canaria y a Cangallo, cuando me dijeron que quizá se habían llevado preso a mi hijo a uno de esos sitios, ¿acaso tú no irías a buscar a tu hijo? En Canaria, nadie quería dar alojamiento a mi esposo, absolutamente nadie, porque pensaban que él era terrorista o algo sospechoso, tenían miedo. Entonces durmió en los cerros, en quebradas, entre espinas y entre el ichu<sup>1)</sup>. Después de ese viaje, mi esposo falleció.

Mi hijo tenía 15 años cuando desapareció, trabajaba haciendo tejidos y estudiaba en el colegio “Los Libertadores”. Perder a mi hijo me ha afectado demasiado, estoy con epilepsia y casi siempre mi estómago, mis manos y mis pies están hinchados. Me siento muy mal, mi cabeza da vueltas. Con el ataque de epilepsia, siento en el estómago que muero y que revivo. Por ahora, no hago nada, me atienden mis nietos, ellos lavan mi ropa y me dan de comer. Cada vez que lloro, me dan ataques de epilepsia, por ejemplo, noté que la chompa con la que estoy vestida, está sucia, porque antes de ayer la manché con los remedios, por las convulsiones. Pero no puedo dejar de llorar. Al dormir, estoy pensando en mi hijo Gerardo. La otra noche soñé que mi hijo estaba tocando una mandolina, estaba cantando, estaba silbando y me decía: “Levántate, vamos”. Entonces me levanté como sonámbula, caí y me golpeé la cabeza. Sufro demasiado por mi hijo, antes no comía, durante dos o tres días, vivía solamente tomando agua.

Ahora también sigo sintiendo mucha tristeza, cuando veo a sus compañeros del colegio, ellos ahora son abogados y otros son profesores. La vez pasada me encontré con uno de sus compañeros, me dio un sol y me dijo: “Ya no llores, déjalo a Dios”. Ahora estoy viviendo en la casa de uno de mis hijos, allí me han construido un cuartito pequeñito, con techo de calamina, ahí estoy. Quiero sanar de mi enfermedad, ojalá que haya algún remedio para curarme o, a lo mejor, el gobierno me dé dinero para curarme. En este momento me puede dar otro ataque, porque estoy llorando.

---

1) Planta silvestre que crece en las zonas frías del Perú.





# SABINA VENTURA DE CUETO

FECHA DE NACIMIENTO	: 29/08/1937
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUAMANGA
DISTRITO	: SOCOS
NÚMERO DE HIJOS	: NUEVE
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1985
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: HIJO, FRANCISCO CUETO VENTURA (23/04/1985)

## CAMINABA COMO ENTRE SUEÑOS, GRITANDO

**V**ivíamos en el Barrio de Belén, en la ciudad de Ayacucho, éramos artesanos, tejíamos frazadas en telar y vendíamos por docenas. Así pasábamos la vida. Mi hijo Francisco trabajaba como artesano y estudiaba, con eso se mantenía, primero diseñaba los modelos para tejer frazadas y tapices. Mi hijo había terminado la secundaria en el Colegio Mariscal Cáceres y estaba preparándose para que se presente a la universidad. Había tramitado sus papeles en la PIP. Fue tres días después de hacer ese trámite y de haberse tomado fotos que él desapareció. Cuando empezó a morir y desaparecer la gente, yo había dicho: “¿Qué diría llorando si desapareciera mi hijo?” Cuando miraba a otras señoras que lloraban, yo no sabía que me iba a pasar a mí también, tampoco mi hijo pensaba que iba a desaparecer.

El 23 de abril del 1985, después de haber teñido de noche las frazadas en una lata, nos pusimos a dormir; yo no podía dormir, me revolcaba en la cama, decía: “¿Por qué no me da sueño?”. Él estaba durmiendo en el cuarto y yo dormía junto a mis hijos menores. A eso de las dos de la madrugada los guardias entraron a mi casa, vestidos con ropas verdes, con poncho y todos encapuchados. Eran varios, no recuerdo cuántos. En esos momentos una linterna alumbró el segundo piso de mi casa, la luz de la calle también alumbraba mi casa. Cuando la luz de la linterna alumbró de frente al cuarto de mi hijo, yo dije: “¡Mamallay mama, imataq wakqa, ima achkitaq! ¿Qué es eso, qué luz es?” Y me levanté rápido. Entró un hombre, alto, gordo, con ropa oscura, haciendo bulla en las gradas con sus botas, yo empecé a decir: “¿Qué pasa!” y el hombre dijo: “¡Cállate, cállate! Échate, échate, duerme”, y me tapó con la frazada. Yo seguía hablando: “¿Qué cosa quieres, a quién buscas?” Entró de frente al cuarto de mi hijo y yo, entre mí, dije: “Ese hombre no conocía el cuarto de mi hijo”. Él le dijo a Francisco: “¡Levántate muchacho! ¿Dónde está tu libreta?” En ese momento se levantó mi hijo con su bivirí y truzza y, recogiendo de la mesa, le dio su libreta electoral. Entonces el hombre le dijo que se vistiera rápidamente y mi hijo se puso un pantalón, polo y zapatos. Yo le pregunté al hombre: “Señor, ¿para qué haces levantar a mi hijo?” De miedo, no podía hablar bien. Los guardias agarraron a mi hijo por la cintura. Yo también me agarré de su cintura y nuevamente pregunté: “Señor, ¿para qué te lo vas a llevar, a dónde lo vas a llevar?” En eso entraron más guardias, todos eran altos, todos tenían armas, me agarraron y me tiraron al rincón, en eso escuché la voz de mi hijo que decía: “¡A mi mamá no! Está enferma,

no la tiren". Cuando me soltaron, me había quedado desmayada. Hasta entonces, a mi hijo se lo habían llevado, lo hicieron bajar por las gradas hacia la calle. Cuando me desperté se lo habían llevado, entonces empecé a gritar "¡Auxilio, auxilio!, me están quitando a mi hijo". Mis hijos menores se despertaron asustados, llorando.

Salí a la calle con mi hija, pero ya no había nadie, luego fui a la comisaría, estaba vestida solo con un fustán. Caminaba gritando hasta el centro de la ciudad, no sabía dónde se habían llevado a mi hijo. Caminaba como entre sueños, gritando, llegué a una esquina que se llamaba Señor de Qurupila, ahí estaba parado un guardia, me acerqué y le pregunté: "Señor, ¿a dónde se habrán llevado a mi hijo?, avísame, te voy a dar mi televisor". Pero el guardia me contestó: "No he visto a nadie, nadie ha venido por acá", luego he ido corriendo hacia la comisaría, no había nada, allí me dijeron: "¿A dónde se lo habrán llevado?" Luego fui a la PIP, tampoco no había nada. Gritaba alrededor del parque, casi sin ropa, descalza, con un solo fustán. En un rincón de la plaza, gritando sentada, me había quedado dormida. Allí he amanecido. Mis hijos y mis vecinos vinieron a buscarme trayendo mi ropa.

Cuando estaba en la Comisaría, una señora me había dicho que vaya a la Fiscalía, allí anotaron el nombre de mi hijo y me dijeron que vaya a averiguar y que regrese después. En el parque caminaba llorando y me encontré con una señora, que me dijo que vaya a la Casa del Maestro. Allí estaba la señora Angélica y le conté lo que había sucedido con mi hijo. Ella me anotó y desde ese día estoy en ANFASEP. Cuando estaba parada en la puerta de la Comisaría, alguien me dijo que había un tal Cueto en el cuartel. Repitió: "Está en el cuartel tu hijo", no sé quién habrá sido, pero me decía que vaya al cuartel. Yo grité: "Wawa, (bebé) ¿dónde estas?", era su nombre de cariño. Entonces de ahí he regresado a la Fiscalía diciendo que mi hijo estaba en el cuartel. El abogado fue al cuartel y regresó sin ninguna novedad. Después, mi hija y yo hemos ido al cuartel, pero no nos han dejado entrar, sólo dos puertas hemos abierto a la fuerza.

Cuando encontraba muertos en las calles, decía que tal vez es él, cuando los volteaba y miraba no era, también viendo a los loquitos decía que tal vez se había vuelto loco, lo miraba, pero no era él. Mi vecino, que era sastre, me contó luego de tres meses que un hombre había entrado por el techo a mi casa y cuando había visto bien por la ventana, salió un grupo de guardias llevando a mi hijo, lo llevaban envuelto en una sábana. Entonces yo dije: "¿Cómo se lo habrán llevado envuelto en una sábana, sin que él vea? ¿Dónde se lo habrán llevado?" Todas las tardes, sentada en mi puerta, esperaba su regreso mirando la calle, llorando, decía que tal vez va a aparecer por algún lugar.

Tengo otros hijos; pero ninguno es como él, era cariñoso y amoroso. Todas las noches soñaba con mi hijo, recién dejé de soñar cuando mandé hacer la misa, una vez soñé que mi hijo caminaba delante de mí con el cuello chueco, yo le decía: “Wawa, ¿por qué caminas así?, pon derecho tu cuello”, pero no he visto su carita. Luego él me decía: “Mamá, me han roto el cuello y después me han cerrado en una iglesia, mi cuello está roto, ahora ya no estoy sano”. Al confesor le he contado que había soñado con mi hijo y el padre me dijo: “Haz su misa y entrégale al Señor, olvida ya, no recuerdes, sólo dale oraciones y manda la misa”.

Pienso que tal vez se lo han llevado por envidia, porque mi hijo jugaba fútbol, en uno de los partidos había peleado con un chico, cinco días antes de desaparecer. El chico vino a mi casa gritando: “¡Cueto, ven, vamos a pelear!”, yo dije: “¿Quién será que le llama a mi hijo?”, en eso salió mi hijo poniéndose las zapatillas y me contó una vecina que se habían peleado. Nuevamente, el chico regresó amenazando: “Espérate, carajo, Cueto, tres o dos noches nada más vas a dormir en tu casa”. Hilando he mantenido a mis hijos. También iba a sembrar a la chacra. Ahora todos mis hijos ya son casados, sólo mi esposo y yo vivimos en mi casa. Hasta ahora seguimos tejiendo; pero en poca cantidad, tejemos adornos para la sala. Nos hemos inscrito en una tienda artesanal, a donde llevamos nuestros tejidos para vender. Ahora sólo mi esposo teje cubrecamas.

Con la señora Angélica hemos caminado buscando justicia, hemos ido a buscar a Infiernillo, Puracuti y a Huanta. Allí llorábamos encontrando cadáveres, volteábamos los cadáveres para reconocer a nuestros familiares, sin miedo, hemos encontrado algunas partes del cuerpo, comidos por perros y chanchos. Ahora me siento mal, ya no estoy bien. No puedo dejarlo así nada más; si yo muero, mis hijos van a seguir viniendo a ANFASEP. Me duele el corazón, me duele la cabeza, si hubiera enterrado a mi hijo tal vez ya no recordaría todo esto, siempre me acuerdo cuando veo a sus amigos, que ahora son profesionales, siempre lloro. Si alguien me habla, estoy pensando en mi hijo. A veces no atiende bien cuando converso con alguien, estoy desatenta pensando en mi hijo. Solamente quiero alcanzar la justicia, ya no vivo bien. Cuando vivía él, estaba alegre, ahora ya no puedo sonreír. No trabajo, sólo tejo medias y chompas; pero ya no ven bien mis ojos. Ahora ya no puedo hilar, sólo mis hijos me dan propina. Yo espero estar bien en tranquilidad y paz. No quiero que regrese la violencia política, ya no quiero que se repita lo que ha pasado. Yo pido al Presidente Alan García reparación por la desaparición de nuestros familiares. Hay apoyo para personas que viven en el campo y para las personas que tienen sólo hijos pequeños, con 100 nuevos soles al mes.





## MÁXIMA TENORIO DE PALOMINO

FECHA DE NACIMIENTO	: 08/11/1948
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: CANGALLO
DISTRITO	: PAMPA CANGALLO
ANEXO	: PACOPATA
NÚMERO DE HIJOS	: CUATRO
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1984
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, ALEJANDRO PALOMINO DE LA CRUZ (27/09/1983)

## DORMÍAMOS DE MIEDO EN LOS CERROS

**A**ntes de la violencia, nosotros vivíamos bien en nuestra chacra de la comunidad de Pacopata, junto a mi mamá, mi esposo y mis hijos. Mi esposo siempre viajaba a Lima y también fue autoridad del lugar. Sembrábamos diferentes cereales y no teníamos problemas. Cuando empezó el peligro, mi esposo y yo nos escondíamos cerca de los caminos, detrás de las rocas, detrás de los corrales y en los cerros, llevando nuestra ropa de la casa, para dormir. Dejábamos a nuestros hijos en nuestra casa, envueltos con las frazadas en la cama, y nosotros dormíamos de miedo en los cerros, en los montes, toda la noche. Volvíamos al amanecer, a veces encontrábamos a nuestros hijos tal como los habíamos dejado y otras veces fuera de la cama. Luego de dos semanas de persecución por parte de los terroristas, volvimos a nuestra casa y decidimos no salir de noche. Pensábamos encontrar seguridad en nuestra casa; cuando los militares llegaron a nuestro pueblo estábamos tranquilos por un tiempo corto, dormíamos en nuestra casa, yo dormía con mi esposo en una cama, en la cocina, y mis tres niños en otra cama, en otro cuarto.

El 27 de septiembre de 1983, cuando estábamos durmiendo, aproximadamente a las 10 de la noche, escuché que gritaban en mi puerta: "Levántate, terruco". Golpearon y abrieron la puerta, que estaba cerrada con candado. Eran los sinchis y los cabitos, encapuchados, llevaban botas y ropa de color verde oscuro. Nos arrojaron a los dos al piso, diciéndole a mi esposo: "Levántate, terruco". Sacaron a la fuerza a mi esposo, él estaba vestido con un pantalón viejo con el que siempre dormía y yo vestía una faldita; a mí me arrojaron al suelo de la cocina, eran dos personas, un sinchi y un cabito, luego me violaron, amenazándome: "Si gritas, te vamos a matar". Luego escapé a un rincón, toda maltratada, y me preguntaba preocupada si me iban a matar, "no importa, aunque sea que me maten", decía. Ellos se fueron dejándome en la cocina, asegurando la puerta con alambre, y no vi qué más hicieron con mi esposo.

Una de mis hijas me dijo que vio por debajo de la cama y me contó que los militares obligaron a mi esposo a que se vista y se lo llevaron jalándole del cabello. Más tarde, pude salir de la cocina destrozando la puerta, no sé cómo tuve tanta fuerza en ese momento, estaba enfurecida. La casa estaba totalmente a oscuras, apenas pude entrar a mi cuarto, mi hija la más grande buscaba fósforos para alumbrarme, luego pude ver a mis hijas, asustadas; luego, las cubrí con las frazadas y les dije que esperaran

mientras iba donde la vecina. Me fui descalza, con la misma ropa con que me encontraba. Encontré a mi vecina, que estaba llorando con sus hijos y me dijo: "Comadre, se llevaron también a mi esposo, los sinchis se lo han llevado". Luego, empezamos a llorar juntas, diciendo: "¿Qué vamos a hacer ahora?", en seguida nos dirigimos a la casa de otra vecina, pensando que a ella no le había sucedido lo mismo. Cuando llegamos, nos dijo que también se habían llevado a su esposo.

Pregunté, desesperada, si es que alguna de ellas había preguntado a dónde los llevarían. Una me dijo: "Yo pregunté '¿a dónde se los llevarán, para poder venir?', y me dijeron que los llevarían a Cangallo". Fuimos desesperadas por la carretera, justo cerca a Pacopata estaba un carro militar que empezó a irse hacia Cangallo. Acordamos con mi comadre la hora en que iríamos a Cangallo, porque a esas horas no había carros que nos llevaran. Regresamos a nuestras casas, todavía desconsoladas, yo me preguntaba: "¿Qué va a pasar ahora con mi esposo?" En la madrugada, mi comadre y yo nos fuimos a Cangallo, allí fuimos al puesto policial y preguntamos a los sinchis, ellos nos dijeron que no habían traído a ningún detenido, se los habían llevado a otro lugar. Luego, buscamos un abogado, con él pudimos informarnos que las personas detenidas esa noche sí estaban en Cangallo. El abogado nos pidió que llevemos suficiente dinero para poder hacer algo, para hacer un escrito y poder sacarlos. Estábamos ya tres días en Cangallo, los sinchis solo nos decían que posiblemente estarían presos, pero no nos decían los nombres. Luego retornamos a nuestra chacra en Pacopata, para traer más dinero. Al día siguiente, cuando regresamos nuevamente a Cangallo, vimos que trasladaban a tres presos; pude conversar con uno de ellos sobre mi esposo y él me dijo: "En Cangallo no está tu esposo, nos separaron cuando nos llevaban, quisimos escapar pero nos detuvieron. A tu esposo se lo llevaron a Pampa Cangallo".

Yo me pregunté como podía estar gastando mi dinero en Cangallo y en un abogado, si mi esposo no estaba allí. Entonces regresamos mi comadre y yo a Pampa Cangallo, allí preguntamos en el puesto, pero todos nos respondían lo mismo, contradecían nuestras palabras y nos decían: "Seguramente se los llevaron a Huamanga o a Vilcashuamán, no sé"; también nos decían que éramos terrucas; en verdad, yo no conocía a ningún terruco, ni cómo eran, ni cómo se vestían. Los esposos de las demás señoras habían sido asesinados cuando los trasladaban; ellas encontraron sus cadáveres y pudieron enterrarlos; pero hicieron desaparecer a los esposos de nosotras, no nos dieron más información, pero yo seguía buscando. También fuimos al cuartel de Ayacucho, allí tampoco nos dijeron nada, solo nos amenazaban diciéndonos que si seguíamos buscándolos, nos iban a matar, así, nos hacían ver sus ametralladoras,

no nos permitían entrar al cuartel. Caminé mucho, pero no encontré a mi esposo, no encontré justicia.

Luego me vine a Huamanga con mis tres hijos, me alojé en la casa de una profesora llamada Olga; busqué un lugar donde vivir, no tenía casa propia en Huamanga, dejé mi pueblo, mi casa y mi chacra para sufrir ahora en Huamanga. Alquilé un cuarto y ahí vivía con mis tres hijas, seguía buscando a mi esposo. Fui nuevamente al cuartel y cuando traté de entrar, me botaron diciéndome que allí no había ningún preso, que si estaba en la ciudad, debía estar en la Comandancia o en la Comisaría. Fui a la Comandancia y puse la denuncia contando lo sucedido, pero ahí me dijeron que no tenían detenidos, que ellos siempre están en la PIP y que debía ir allí. Luego, fui a la PIP, pero tampoco conseguí nada. Caminaba diariamente buscando por toda Huamanga, también puse una denuncia en la Fiscalía, pensando que allí encontraría justicia. Nada. Pasaron tres, cuatro, cinco meses, no encontraba a mi esposo. Fui al local de Investigación llevando comida para mi esposo; un joven me recibió la comida y la llevó con el nombre de mi esposo, me alegré; pensaba que mi esposo estaba allí y había recibido la comida. Pero habían llevado la comida a otro preso.

¿Por dónde no he caminado? Caminé por todas partes, pero no encontré a mi esposo. Nos hemos reunidos con varias para asistir a ANFASEP. La señora Angélica nos alentaba a todas, diciendo que todas juntas podíamos lograr algo mejor, por eso me agrupé con ellas y seguimos buscando a nuestros familiares. Ya me olvidé de mi pueblo, con el tiempo mi casa también se ha derrumbado. Busco justicia hasta ahora. Vivo en una casa que se cae, sin agua; no pude educar a mis hijos, dos de ellos no tienen educación y a los dos últimos, de todas maneras, traté de educarlos. Los mayores trabajan para mantenernos. Ahora estoy enferma y no puedo trabajar, antes podía trabajar para pagar el alquiler de la casa, para comer, ahora ya no puedo. Por lo que le pasó a mi esposo estoy dolida, mis hijos siempre me preguntan por su padre: “¿A dónde se fue mi papá, por qué no viene, dónde está?”, yo quisiera encontrarlo, aunque sea sus huesos, para estar conforme. Quisiera alguna reparación para poder vivir bien, quisiera que me ayuden a conseguir una casa y a cuidar de mi salud. Siempre reclamando mis derechos, reclamo una reparación y pido que me ayuden. Y, en el futuro, que no vuelvan los peligros que hemos pasado; quiero vivir sin violencia, sin problemas. Vivo en la casa de otra persona, quisiera tener una casa propia, quisiera que le den trabajo a mis hijas para que puedan mantenerme; yo vivo con mi mamá que ya tiene 80 años, ella necesita mi ayuda, sufrimos juntas. Pido que el gobierno me ayude de cualquier forma.





## SILVIA LLALLAHUI VDA. DE TITO

FECHA DE NACIMIENTO	: 28/06/1951
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUAMANGA
DISTRITO	: ACOCRO
ANEXO	: YANAHUANCCO ALTA
NÚMERO DE HIJOS	: TRES
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1983
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, FABIÁN TITO GÓMEZ (15/07/1983)

## EN CADA MUERTO VEÍA EL ROSTRO DE MI ESPOSO

**V**ivíamos en Yanahuancco Alta, por Acocro, trabajábamos en las chacras. Mis hijos iban a la escuela, todos vivíamos bien. La noche del 15 de julio de 1983 habíamos dormido tranquilos en mi casa; casi a las seis de la mañana, llegaros montoneros y militares, todos armados. Yo recién estaba preparándome para hacer el desayuno. En ese momento, entraron a mi casa diciéndome: “¡Terra!” me defendí con el cucharón que me servía para hacer el desayuno. Mientras tanto, se llevaron a golpes a mi esposo, hacia la escuela, allí lo hicieron echar boca arriba y lo golpearon. De allí se lo llevaron a Quwisa, donde estuvo una noche, también lo torturaron; mi esposo gritaba como un animal. Se llevaron también a otros, casi los mataron a golpes, los hacían aullar como perros, los hacían chillar como cabras. Cuando se llevaron a mi esposo, yo salí tras él; pero uno de los que se lo llevaban me disparó. La bala pasó casi raspando mi falda, pero yo continuaba, diciendo: “¡Mátanos a los dos!” Éramos cuatro mujeres las que íbamos tras ellos. Esa noche, en Quwisa<sup>1)</sup>, dormimos en el suelo. Veíamos a escondidas lo que hacían con los detenidos. Los ronderos se dieron cuenta que los estábamos viendo y llegaron a donde estábamos. Nos quisieron matar, pero todas las mujeres nos pusimos a llorar y no nos hicieron nada.

Al amanecer, casi a las nueve de la mañana, se llevaron a todos los detenidos a Ocos. Allí les amarraron las manos y los pusieron al calabozo. Estuvieron allí 15 ó 20 días aproximadamente; nosotras, a escondidas, les alcanzábamos comida al calabozo. También allí los torturaron, incluso mataron a algunos. Un día mataron a muchos, pusieron los cadáveres en la tanqueta y se los llevaron a los cerros de Ocos, para botarlos. Nosotras, a escondidas, veíamos por una ventana. Mi esposo aún estaba vivo, esa noche pude alcanzarle un lonche. Después sacaron a todos los detenidos y se los llevaron hacia los cerros de Ocos. Uno de los jefes de los montoneros me dijo: “Si quieres que soltemos a tu esposo, tienes que

---

1) Anexo del distrito de Acocro.

pagar". Entonces vendí el ganado y me recibió el dinero; sin embargo, no lo soltaron. También llevé caballos para darles, para que lo dejen en libertad. Cuando les pagaron, soltaron a algunos presos, pero a muchos los desaparecieron.

Cuando pregunté por mi esposo, me dijeron: "¡El perro está en Ayacucho, anda a buscarlo en Ayacucho!" Vine aquí, pero no lo he encontrado. Regresé a mi pueblo y lo buscaba por Killaqasa y Pomaqahuana, por Ocros. Mientras caminaba, sentí un olor feo, a unos pasos vi algunos huecos. Allí estaban los cadáveres de algunos detenidos que se llevaron junto a mi esposo. Había mucha sangre, los cadáveres estaban amontonados unos sobre otros, como sacos de papa. Estaban tapados con unos cuantos ichus<sup>1)</sup>. Empecé a buscar a mi esposo, pensaba que seguro estaba allí, muerto, jalaba a uno, lo volteaba, jalaba a otro, lo volteaba, y en cada muerto veía el rostro de mi esposo. Allí encontré los cadáveres de mis sobrinos Marcelino y Donato. Lloraba, gritaba y corría por todos lados, pensando en encontrar a mi esposo, estaba como una loca, me sentía como en sueños, perdí la conciencia. Alguien me ayudó a llegar a mi pueblo. Le conté a la gente lo que había encontrado. Fueron de noche a traer los cadáveres para enterrarlos.

Los que fueron a mi pueblo esa mañana, probablemente eran de Concepción, de Chungui, Chontaca<sup>2)</sup> y del mismo Ocros. Eran muchos montoneros y militares, no conocía a ninguno, solamente a dos jefes de los ronderos. Estos dos han matado a mucha gente de Quwisa, de Chontaca, de Yanahuancco Alta y de otros pueblos.

Después de casi diez días, nuevamente vine aquí a la ciudad. Una mañana, vi que cuatro señoras estaban conversando en el Parque. Intentaba escuchar disimuladamente lo que hablaban, pero tenía miedo y me fui. Al día siguiente, nuevamente regresé, también estaban las señoras, esta vez ya eran cinco, entonces recelosamente me acerqué. Allí me dijeron: "No podemos dejar de buscarlos, hay que caminar, hay que buscar, tenemos que saber lo que pasó con nuestros familiares desaparecidos". Yo también pensaba igual. Luego me dijeron: "Presenta la denuncia al Fiscal", y eso fue lo que hice. Desde entonces, andábamos juntas, íbamos al Cuartel, hacíamos las marchas y cuando vino el Papa Juan Pablo II, también fuimos donde él. Pero, a la marcha en Lima no viajé, porque confundí la fecha del viaje, cuando vine ya habían viajado. En esa época, el local de ANFASEP estaba por Cinco Esquinas, en el local de la "Casa del Maestro", allí nos reuníamos. Después de asociarme a ANFASEP, decidí quedarme a vivir en mi pueblo, cuidando a mis hijos. Me puse a trabajar para mantener y educar a mis hijos. También arrendé mis chacritas, con eso educaba

---

1) Una planta silvestre que crece en las zonas frías del Perú.

2) Anexos del distrito de Ocros.

a mis hijos. Ahora todos mis hijos ya terminaron la secundaria, aquí en Ayacucho. La pérdida de mi esposo me ha afectado mucho. Mis hijos siempre están llorando, justo ayer me decían: “Si tuviéramos papá, seguiríamos nuestros estudios, seríamos profesionales”.

Hace poco, a uno de los jefes de esos ronderos, varios de ellos están vivos, le pregunté sobre mi esposo y me dijo que estaba en la cárcel. No sé en qué cárcel estaría, solo me dijo que está en la cárcel, ¿dónde será?, ¿qué cárcel será?, me pregunto. Mi esposo era totalmente inocente. Siempre estoy preguntándome si mi esposo está vivo o está muerto. De tanto pensar, me duele la cabeza y siento dolores en la espalda. Cuando recuerdo todo esto, a veces no puedo ni dormir. Sigo viviendo en mi pueblo, vengo solamente el 15 y el 30 de cada mes a las reuniones de ANFASEP. En mi pueblo, pastero el ganado de otras personas a cambio de un pago, junto ese dinero para mi pasaje, para venir aquí a ANFASEP, me alcanza solo para eso. Quisiera lograr algún apoyo para mis hijos, para que ellos sigan estudiando. La gente me dice: “Tienen que repararte”, no sé si me darán alguna reparación.





## FELICITAS DELGADILLO VDA. DE RAMOS

FECHA DE NACIMIENTO	: 05/04/1949
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUAMANGA
DISTRITO	: CARMEN ALTO
NÚMERO DE HIJOS	: SEIS
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1986
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, TEÓFILO RAMOS GAMBOA (18/05(1986))

## ESTOY DECIDIDA A LLEGAR HASTA EL FINAL

**M**i esposo trabajaba en el Concejo de San Juan Bautista, como registrador, en el área de Registro Civil. En aquel tiempo, mi esposo, mis hijos y yo estábamos tranquilos y muy felices. Una persona, que estaba con los terroristas, había sacado una partida con el nombre de otra persona en ese Concejo. Luego, esa persona escapó a Lima. Pero fue capturado con un documento de identidad y con la partida que había sacado. Entonces, lo involucraron a mi esposo, porque el que había sellado y firmado en la partida, fue mi esposo, como registrador. Posteriormente, un amigo de él me dijo: "Señora, los miembros del Servicio de Inteligencia lo están buscando a tu esposo". Entonces le dije a mi esposo: "Dice que los miembros de Servicio de Inteligencia te están buscando, será mejor que escapes". Pero él me respondió: "¿Por qué voy a escapar?, yo no he hecho nada, al contrario, voy a presentarme ante el juez, con un abogado". Efectivamente, se presentó, quizá pensaba que no lo iban a detener, pero lo detuvieron. Luego lo encarcelaron en el penal. Estuvo siete meses preso, después salió y se reincorporó a su trabajo.

Luego, nuevamente los miembros del Servicio de Inteligencia empezaron a buscarle, porque en el penal mi esposo estaba junto con los senderistas. El 18 de mayo de 1986, como había fallecido un compañero de trabajo, entonces mi esposo fue al entierro, con cuatro amigos; ellos compraron cervezas y empezaron a tomar. Era un día sábado y en esas fechas constantemente estaban reventando dinamitas y bombas. Ese día era el aniversario de Sendero Luminoso. Y más o menos a las 12 de la noche, mi esposo volvió solo, venía por la carretera, llorando y cantando. Llegó a la casa de mi suegra, estábamos todos allí porque mi suegra se encontraba enferma, estaba muy grave. Entró y le abrazó a su mamá, y le decía: "Mamá, si yo muero, espero que alguien te cuide como yo, porque aunque sea de borracho, yo estoy viniendo a verte". En ese momento reventó otra dinamita, entonces le dije: "Ya, duerme", estábamos durmiendo con mis hijos Katy, Randy y Reyder; el resto de mis hijos estaba en mi casa.

Mientras tanto, los militares ya lo estaban buscando en mi casa, allí le habían preguntado a mi hijo Juan por mi esposo, y él les dijo: "Mi

papá está en la casa de mi abuelita, acompañándola, porque mi abuelita está muy grave". Entonces le dijeron: "Carajo, llévame", lo habían sacado descalzo. Mi hijo vino a la casa de mi suegra, diciendo: "Están buscando a mi papá", enseguida entró un hombre vestido de civil, llevaba una chompa negra, pantalón vaquero y zapatillas, sin capucha. Era más o menos las cuatro de la mañana y preguntó: "¿Dónde está Teófilo Ramos?" "¿Para qué, señor?", detrás de él ya estaban entrando militares. Entonces, desperté a mi esposo diciéndole: "Dicen que te van a hacer preguntas", pero lo sacaron afuera: "Un ratito vamos a hacerle preguntas allá". Les dije: "¿Qué cosa le van a preguntar?", "cosas secretas", pero después empezó a gritar: "¡Concha su madre, ¡carajo!" Mientras, otros se quedaron a buscar entre las cosas de la casa. Cuando salí a la calle, vi que habían amarrado a mi esposo con su saco. Allí grité: "¿Por qué están amarrando a mi esposo?, ¿por qué?" "¡Cállate, terruca; si gritas o pides auxilio, te voy a disparar!" Mientras tanto, ya se lo estaban llevando. A dos cuadras estaba estacionado un carro militar. Ya eran casi las cuatro y media de la mañana, fui corriendo a mi casa, ocultándome por los maizales. Llegué: "¿Papá, trajeron a Teófilo?", "no, no lo han traído aquí". Fui hacia donde estaba el carro militar, en el camino encontré sangre derramada. En la esquina lo habían golpeado, luego lo habían subido al carro.

Luego de eso, no sé nada, no sé a dónde se lo habrán llevado. Esa noche, los que entraron a mi casa eran algo de 20 militares y uno estaba vestido de civil. Al amanecer, fui directo al Cuartel y pregunté: "¿Han traído aquí a mi esposo?", "no". Luego fui al local del Servicio de Inteligencia, nada. Al día siguiente, lunes, presenté una denuncia ante el Fiscal. El me aconsejó que hablara con el general, éramos tres señoras las que hemos pedido hablar con el general. Y justo fue con este general que nos encontramos en la Prefectura, no quiso hablar, allí empezamos a gritar: "Señor, nuestros esposos son inocentes, ¿dónde están?", "¡Carajo!, ¡ah!, ¿eran inocentes sus esposos?, ¡sus esposos eran terroristas!, han atacado en Toccto a un carro militar, en el puente del ejército y en la selva; tienen cara todavía, ¡terruca!", diciendo así, se fue. También presenté un Habeas Corpus, pero nada.

Después, conocí a una lavandera del Cuartel, se llamaba Rosa, esa mujer me contó que mi esposo estaba detenido en el Cuartel. Que lo habían masacrado, que estaba botando sangre. Entonces le di carne, queso, gallina, cuy, las mejores frutas, todo. Luego me pidió dinero, también le di casi 150 ó 200 soles. Me aseguró que muy pronto iba a hacer que lo suelten, pero no fue así. Después me dijo: "Anoche estaban seleccionando detenidos, quizá se lo han llevado". Luego, otro día, cuando estaba pasando por la puerta de la Municipalidad, me puse a mirar el lugar en

que trabajaba, me paré en la puerta del Concejo y me puse a llorar. Salió un cabito, me preguntó: “¿Por qué estás llorando?, “han hecho desaparecer a mi esposo, no encuentro ni siquiera su cadáver”. Entonces me dijo: “Hay ocho personas que están seleccionadas, esta noche van a ser llevadas con un helicóptero, a Totos”. Yo lloraba: “Joven, por favor, dime dónde están detenidos”, “hay un subterráneo, en el Cuartel Los Cabitos, ahí están los detenidos”, le pregunté cuál era su nombre, no me quiso decir.

Luego, decidí viajar a Apacheta, donde mis ahijados, para pedir ayuda. Llegué y le dije a mi ahijado: “Jorge, han detenido a tu padrino y dicen que probablemente se lo habrían llevado a Totos, tú conoces, acompáñame”. Llegamos al Cuartel de Totos, preguntamos a los militares que estaban ahí. Pero nos dijeron: “Aquí no hay detenidos, no hay nada”. Mientras nosotros preguntábamos, se escuchaba bulla, seguramente estarían torturando a alguien. Se oía mucha bulla durante la noche en ese Cuartel, amanecimos cerca. Los perros ladraban, parecía una fiesta. La gente decía que adentro torturaban a la gente. Al día siguiente, nuevamente nos acercamos: “Hemos venido desde Ayacucho, dicen que a los detenidos los han traído aquí, tan solo quisiera ver a los detenidos”. Pero empezaron a gritarnos: “Aquí no están, carajo”. Entonces, regresé a Ayacucho, mi ahijado se fue a Apacheta. Luego empecé a buscar en los huaicos y barrancos, en Puracuti, Infiernillo, Yanama, Kasaurqu y en Quinoa. Al encontrar cadáveres, los volteaba, también encontraba a los perros devorando cadáveres. En Lambras Huaico encontré tres cadáveres, pero no encontré a mi esposo. Por último, mi cuñado me dijo: “Dicen que tu esposo está enterrado en Chaqui Huaico”. Fui con dos de mis hijos y mi hermano. Llevé coca y cigarros, encontré sangre y algunas moscas. Había una casa cerca al huaico, me presté un pico y empecé a escarbar, pensando en encontrar a mi esposo, pero nada. Durante tres meses estuve buscándolo, sola.

Después me encontré con la señora Lidia, ella me decía: “Ya no llores, así habrá sido nuestro destino”. Luego me invitó a la asociación ANFASEP, que estaba dando comida a los niños huérfanos. Entonces llevé a mis hijos, a Lucy, Eder, Katy, Randy y Reyder, los cinco comían en el comedor. Después de casi cinco o seis meses, la oficina de Chirapaq nos contrató a la señora Maura, a la señora Adelina y a mí para seguir cocinando ahí, durante cinco años. Me eligieron como responsable del comedor, me pagaban 90 soles mensuales. Adelina y yo cocinábamos, Maura hacía las compras. Con ese trabajo estaba un poco mejor, venían los periodistas, conversábamos con ellos y siempre estábamos pronunciándonos. Luego, nos botaron del local de la “Casa del Maestro”. Entonces, tuvimos que comprar un local propio, para seguir con nuestros casos; además, no

podíamos dejar sin comer a nuestros niños. Luego de buscar mucho, hemos encontrado este terreno, donde estamos ahora. Nos apoyaron tres instituciones, todas eran de Lima. Después, ya llegaba apoyo para el comedor. Yo, desde que ingresé a ANFASEP, he participado mucho, he ido a la primera marcha de sacrificio a la ciudad de Lima, fuimos 64 mujeres y 7 niños. Después, muchas veces hemos ido en marchas de sacrificio a la ciudad de Lima, exigiendo al gobierno que cumpla con nuestras peticiones.

Luego de la desaparición de mi esposo, yo caminaba medio traumada; estaba como una loca, llevaba caña conmigo y tomaba, aprendí a chacchar coca. Cuando en las noches ladraban los perros, esperaba, pensando que quizá recién está volviendo, quizá recién va a llegar; al ver su ropa lloraba. Pero nunca más volvió, hasta ahora. Ni siquiera encuentro su cadáver, ni su ropa, ni nada. El proceso por la desaparición de mi esposo continúa, la semana pasada mi cuñada, que fue testigo la noche que ingresaron a la casa de mi suegra, ha declarado ante la Fiscalía. También puse como testigo a esa mujer que era lavandera del Cuartel, pero esa mujer se ha negado. Ahora me dedico a hacer papa seca, mis hijos me ayudan. Aquí en ANFASEP también estoy ocupando un cargo, en la Junta Directiva. Ya estoy casi 20 años acá y no pienso abandonar a las mujeres con quienes hemos luchado, más bien tengo la necesidad de lograr algo del Estado, para todas las víctimas de la violencia.

Mi esposo ha desaparecido en el anterior gobierno de Alan García, ahora ese señor disimula, no quiere reconocer todo lo que ha hecho. Por eso tengo mucha rabia hacia el gobierno, porque no tiene ningún tipo de consideración con las víctimas, ningún gobierno ha tomado en cuenta nuestras peticiones, ni siquiera juzgar a los culpables. Por eso, exijo al menos una reparación. Ahora, mis hijos ya están grandes, dos ya son profesionales y el resto aún está estudiando. Mis hijos me dicen: "Mamá, ya no sufras más, aléjate de ANFASEP". Porque a veces, como estoy en la Junta Directiva de la asociación, reniego por algunas cosas que no me parecen bien. Entonces, mis hijos también reniegan, porque no quieren verme mal. Pero no pienso dejar ANFASEP; he estado tanto tiempo luchando, voy a llegar hasta el final. También les digo a mis hijos: "Cuando yo muera, ustedes tienen que continuar". Entonces, mi hija Katy me dice: "Yo siempre voy a continuar luchando por mi papá". Ahora, solamente deseo que no se repita la violencia, porque no quiero que sufra tanta gente. Porque con la violencia, han quedado muchos huérfanos y ahora están sin trabajo, sin estudios por falta de plata. Pero sigo insistiendo en que todo depende del Gobierno, porque el Gobierno tiene la obligación de velar por el pueblo.



## NÉLIDA ROJAS DE SINCHITULLO

FECHA DE NACIMIENTO	: 12/07/1938
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUANTA
DISTRITO	: HUANTA
NÚMERO DE HIJOS	: DOCE
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1983
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: HIJA, DINA CRESENCIA SINCHITULLO ROJAS (28/11/1983)

## TENGO ESPERANZAS DE SABER LA VERDAD

Vivía tranquila en Huanta, trabajaba en mi tiendita y mi esposo trabajaba en el hospital. Pero, la noche del 28 de noviembre de 1983, más o menos a las doce y media o una de la madrugada tocaron la puerta, pero no salí; empezaron a patear la puerta, tampoco salí. Luego empezaron a golpear la puerta con un palo. Mi hija mayor se levantó y me dijo: “Mamá, anda a abrir la puerta porque, si no, van a entrar por la pared y nos van a matar, pensando que somos terrucos”. Entonces me acerqué a la puerta y dije, sin abrir: “¿Quién es?” Y me respondieron: “¡Concha su madre! ¡Vieja, carajo! ¡Abre! ¡Abre la puerta!” Y abrí la puerta.

Entonces, se metieron tres encapuchados, no podía reconocerlos, pero dos eran altos y uno mediano. Mis hijos estaban durmiendo, los hicieron levantar. Se levantaron temblando de miedo, mi hija mayor seguramente estaría mirando tras una cortina y le dijeron que salga. Mientras mis tres hijas mayorcitas salían del cuarto, ordenaron a mis hijos pequeños: “¡Concha su madre, vayan a la cama!”. Luego, sacaron a mis hijas a la calle. Yo estaba saliendo, cargando a mi hijita menor, para ir detrás de mis hijas. Al salir, vi que al costado de la vitrina de pan estaba parada una persona vestida de civil, estaba encapuchada. Mientras tres militares ordenaban a mis hijas: “¡Manos a la nuca!”, al verme, me dijeron: “¡Concha su madre!, ¡Métete o te mato!” y uno de ellos dijo: “¡Disparen!”

Entonces, de miedo, me metí al cuarto, pensando que las soltarían. Mi hija Dina estaba parada en medio de sus hermanas, la sacaron de ahí y se la llevaron, Luego, también se llevaron a mis otras dos hijas. Y después de un rato volvieron, pero solamente dos de mis hijas. Al ver que no venía Dina, pregunté: “¿Y Dina? ¿Dónde está?” Mis hijas gritaban: “A Dina se la llevaron, se la llevaron”. Mi casa está al costado del hospital.

En esa época, el hospital estaba rodeado por varios policías. Yo salí en medio de ellos, gritando por mi hija. Había una tanqueta, alguien de ahí gritó: “¡Disparen a esa vieja! ¡Maten a esa vieja!” Mientras, mis hijas gritaban: “¡Regresa, mamá, te van a matar!” Regresé pensando que iban a soltar a Dina, pero no la han soltado.

Esa noche, amanecí detrás de la puerta. Ya eran las dos, las tres, las cuatro y cuatro y media, cargué a mi hijita y fui a la Comisaría. Ahí les dije: “Ustedes han traído a mi hija”. “¿Nos conoces?”, me respondieron y yo les dije: “Sí, ustedes han sacado a mi hija”. Me dijeron que esa noche no habían salido para nada, me decían: “Seguramente han sido los terrucos, vayan a preguntar a los terrucos”. Allí me quedé, parada, suplicando por mi hija y queriéndoles explicar que no conocía a ningún terrorista, lloraba demasiado. Al día siguiente fui a la Fiscalía, a presentar la denuncia. Me decepcionaron allí, porque el Fiscal me gritó: “¿A qué vienes a aullar? ¡Estás aullando como un perro con cría! Anda a preguntar a los terrucos, seguramente ellos se llevaron a tu hija”. Yo seguía llorando, “¿A qué terruco voy a preguntar?”, pensaba. Luego, vine a Huamanga, a presentar la denuncia ante el Fiscal Superior.

Hasta ahora no entiendo por qué hicieron desaparecer a mi hija, no sé nada, absolutamente nada. Ella era tranquila, estaba en tercer año de media, en el colegio “Gonzales Vigil”. Cuando pasó todo eso, la gente me decía: “¡Vete, escapa! Te van a matar, van a matar a todos tus hijos”, me asustaban. Esa vez, mis hijos estaban estudiando. Mi hijo mayor trabajaba como profesor en la Universidad, el resto estaba estudiando en Huamanga y otros en Huanta. A pesar que la gente me asustaba, me quedé en Huanta. En mi conciencia sabía que era inocente y no tenía miedo, por eso no me escapé. Yo decía: “Si me matan, que me maten, pero en mi casa”. Además, ¿a dónde iba a escapar con doce hijos?, ¿quién me iba ayudar a cuidar a todos mis hijos? Entonces me quedé en mi casa, en Huanta.

En esa época, fue la señora Angélica a Huanta, entonces me asocié a ANFASEP; desde entonces, al igual que muchas socias de ANFASEP, estoy buscando a mi hija. Al inicio éramos varias socias de Huanta, pero ahora soy la única que sigue asistiendo a ANFASEP. La desaparición de mi hija me afectó totalmente, caminaba como una loca, había bajado de peso y estaba hueso y pellejo. Andaba preguntando a uno y a otro, lloraba a diario. Ahora me siento más o menos bien, estoy trabajando para pasar mi vida, a veces hago tejidos, pero la vista ya me está fallando. Ha pasado mucho tiempo pero no puedo olvidar. Cuando veo la ropa y las fotos de Dina, me pongo a llorar, llevo conmigo una foto suya a donde vaya. Por eso pido una reparación individual. También quiero que los culpables de la desaparición de mi hija sean juzgados. Tengo esperanzas de saber la verdad, por eso vengo a ANFASEP.



# MARGARITA ESQUIVEL QUISPE

FECHA DE NACIMIENTO : 19/12/1934  
REGIÓN : AYACUCHO  
PROVINCIA : VÍCTOR FAJARDO  
DISTRITO : HUANCARAYLLA  
ANEXO : LLUSITA  
NÚMERO DE HIJOS : CINCO  
AÑO DE INGRESO A ANFASEP : 1983  
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO : ESPOSO, VALENTÍN BAUTISTA  
CHIPANA (14/04/1983)  
HIJO, PELAYO BAUTISTA ESQUIVEL  
(../05/1983)  
HERMANO, VALERIO ESQUIVEL  
QUISPE (01/05/1983)

## HABÍA EMPEZADO A COMER TIERRA

**V**ivíamos bien en nuestro pueblo de Llusita. Mi esposo trabajaba como profesor ahí mismo, también sembrábamos en la chacra y criábamos animales. En 1982 empezó el peligro, los terroristas empezaron a entrar a pueblos como Llusita, también entraban a las casas. Mi esposo estaba buscado por los militares y por los terroristas. Era Director encargado del Centro Educativo de Llusita. Él recibió a los terroristas en la escuela por miedo a sus armas y a la muerte. Ellos entraban siempre a la escuela y daban clases a los alumnos; a los nueve profesores los reunían en otro lugar. Eso me contó mi esposo y así también hablaba la gente. Los militares se enteraron de eso; por eso buscaban a mi esposo; pero él no estaba metido en ese partido. Cuando fueron los militares a mi casa, buscando a mi esposo, no lo encontraron. Por eso quemaron mi casa. Un paisano que viajó a Lima dio una mala información a los que radicaban allá. Ellos, los que vivían en Lima, pensaban que en la comunidad de Llusita todos éramos terroristas y decían que nos habíamos apropiado del pueblo. Ellos trajeron a los militares de Cangallo y de Pampa Cangallo, diciendo: “Vamos a hacer desaparecer a esos terroristas, con toda su familia, y así el pueblo se va a tranquilizar”.

El 14 de abril de 1983, a eso de las cinco de la mañana, los militares rodearon el pueblo de Llusita. Los que venían de Lima estaban con ellos y se habían vestido de militares para que no los reconozcan. Poco antes, esa misma noche, mi esposo no tenía sueño y me dijo: “Voy a salir a esconderme, estoy escuchando balaceras, mejor me voy al cerro”. Yo no sabía qué darle, no había nada, entonces él me dijo: “Prepara canchita”. No recuerdo en qué envolví la cancha, si en plástico o en un mantel. Así se fue. Después de 10 ó 15 minutos salí a la puerta, vi que un grupo de personas estaban paradas en los cerros, algunos bajaban. Entonces llevé a mis hijos a la casa de mi suegra y, dejándolos allí, escapé para esconderme. Cuando estaba por amanecer, vi que los militares venían de todas partes, disparando. No sabía qué hacer, solo me quedaba seguir caminando hacia Occollo, de allí seguí caminando hasta otra comunidad

llamada Alcamenca. Allí pensaba: “Tal vez ya mataron a mi esposo. Me senté llorando, pensando también en mis hijos. Ese mismo día regresé al pueblo, porque una vecina que estaba por ahí me contó que los militares se habían ido. También me dijo: “Tus hijos están llorando en tu chacra”. Al volver, dormí en la casa de mi hermano, pero él me dijo: “Hermana, no puedes estar aquí, los que han venido de Lima, están pensando hacerlos desaparecer a ti y a tu esposo, mejor vete”. A las tres de la madrugada escapé hacia la puna, junto a mi hija Zenayda, dejando a mis hijos menores en la casa de mi hermano.

En la puna estuve dos días. Allí llegaron mis hijos Enver e Irma, diciendo: “Mamá, dicen que vayas a presentarte, si no, va a ser peor”. Cuando regresé a mi pueblo, las autoridades me preguntaron por mi esposo. Les dije que no sabía nada. Yo no quería acercarme a las autoridades, pero la gente del pueblo me llevó ante ellos a la fuerza. Allí empezaron a preguntarme: “¿Qué hacía tu esposo en la escuela?”. Yo les dije que no sabía nada, que mi esposo era solamente un profesor, que por las amenazas habría recibido a los terroristas, les dije también: “¿Acaso han visto que caminaba con ellos”. Me dijeron: “Tú, cómo esposa y como mujer, ¿no vas a saberlo?”. Les dije: “¿Cómo no voy a saber? Si es mi esposo y vivimos juntos”. Después, las autoridades me soltaron, me vigilaban todo el tiempo, diciendo: “Su esposo vendrá con su partido”. Durante cuatro o cinco días me vigilaron. Pero mi esposo nunca más volvió a la casa.

El 24 de abril de 1983, los terroristas mataron a 12 personas en el estadio de Llusita. Antes de que eso sucediera, los cabitos nos habían dicho: “Vamos a disparar tres veces, y entonces deben salir a reunirse en el estadio”. Los terroristas se habían enterado de eso y, de verdad, la noche de ese 24 de abril, dispararon tres veces. Salimos a reunirnos en el estadio, al escuchar los disparos. Yo salí cargando a mi hija, junto a otras personas. Cuando estábamos por llegar al lugar, escuchamos el lloriqueo de algunas personas, alguien decía: “Hay muertos, hay muertos”. Inmediatamente, de miedo, regresamos a donde habíamos estado durmiendo, en nuestros escondites. No dormíamos en nuestras casas. Dormíamos en los rincones de las chacras, en los huaycos.

Al día siguiente, los militares nos reunieron a todos en el estadio. Allí separaron a las madres, a las esposas. Yo estaba con mis dos hijos, a una la cargaba en la espalda y al otro le llevaba de la mano. Los militares nos encerraron a todas las mujeres en la escuela. Luego entró un teniente y allí empezaron a golpearnos. Mi hijo Enver, de miedo, pudo salir por una ventana rota. Los militares nos decían: “Ustedes han matado a estas personas, ¿dónde están los terrucos?” Y a mí me preguntaban: “¿Dónde

está tu esposo?" Luego nos llevaron a pie, golpeándonos, hacia el Cuartel de Cangallo. Tuve un aborto por tantos golpes, estaba embarazada de dos meses. Estuve ocho días en el Cuartel de Cangallo. Dormíamos en el suelo, en el frío, no teníamos con qué abrigarnos, casi sin comer, sólo nos daban sopa de trigo, con papas grandes como para los chanchos. Sólo comíamos para sobrevivir. Pero mi hija lloraba de hambre, hasta había empezado a comer tierra; ella me decía: "Apúrate mamá, vamos a la casa, vamos a cocinar". Unos cabitos, por compasión, habían comprado una bolsa de panes y me la dieron. Yo tenía que repartir los panes entre las demás presas, cada una de nosotras teníamos hijos, éramos nueve ó diez mujeres presas. Los últimos días ya no nos castigaban como al principio, pero sí nos hacían preguntas a cada una, nos decían: "A ver, terrucas, hablen". Yo les dije: "No sé nada, qué será terruca", ellos me decían: "¿Quién es tu esposo? ¿Él era cabecilla, él era el presidente?, ¿Dónde está tú esposo? ¡Entrégalo!". Los cabitos me decían: "Regálame a tu hija, porque vas a morir". Yo les dije: "Mátennos a las dos". Después, nos soltaron.

15 días después, los militares me llevaron al Cuartel de Huancapi, con mi hija Zenayda. Allí me pidieron una declaración, me preguntaron muchas cosas, pero yo contestaba que no sabía nada de lo que hacía mi esposo. Le hicieron cargar armas a mi hija, le hacían preguntas poniéndole el arma en la cabeza, ella estaba asustada, no sabía nada, por eso hasta ahora mi hija se ha quedado traumada.

Por otra parte, mi hermano Valerio desapareció el primero de mayo de 1983. Se lo llevaron al Cuartel de Cangallo. Cuando salí en libertad fui a buscarlo con mi comadre. Ella sola se acercó a preguntar al Capitán y, cuando regresó a mi lado, me dijo: "Comadre, ya no vive tu hermano, ya no llores". Regresé a mi pueblo, llorando. Según cuentan, los militares de Cangallo lo han matado y lo han enterrado en algún lugar. Mi hijo Pelayo desapareció a fines de mayo de 1983, tenía 17 años. El estudiaba el Tercer Grado de Secundaria en el Colegio San Juan de Ayacucho. Pero como empezó una huelga de profesores entre marzo y abril, él estaba en Llusita, en la puna llamada Urquwasi. De allí, los comuneros lo trajeron diciendo: "Tú has matado, junto con tu padre, a esas 12 personas". Lo entregaron a los militares de Huancapi. Cuando me enteré de esto, fui con una profesora al Cuartel de Huancapi y allí nos dijeron: "¿Qué quieren, quieren vivir o morir?" La profesora les dijo: "Ella es madre de Pelayo, ¿qué han hecho con su hijo?" Ellos respondieron: "El hijo de la terruca se fue de viaje a Lima, de allá le va a mandar una encomienda, anda, ve a la agencia y pregunta". Después nos botaron, diciendo: "Qué cosa quieren, ya no vengan, ya les conté que desapareció, olvídense, ya no vengan acá". Regresé con la profesora, pues ella me dijo: "Si seguimos fastidiando,

nos van a disparar". Regresé llorando al no encontrar a mi hijo. Cuando salíamos del estadio de Huancapi, una señora corrió hacia mí y me dijo: "Ya lo habrán matado, señora, ya no llores".

No he denunciado estas cosas ante las autoridades de Ayacucho, por miedo, no se podía hablar de estas cosas. Y, sola, no podía hacer nada. El señor Pascual Chipana me ayudó a entrar a ANFASEP y me daba aliento, diciendo: "No llores, cálmate". Aquí en Ayacucho nos reuníamos en una zapatería, ocultándonos, después de la reunión salíamos de una en una. La señora Leonor Zamora, Alcaldesa de la Municipalidad de Huamanga, nos dio un espacio en el Concejo. Allí nos reuníamos sin miedo, para buscar justicia. Allí conocí a la señora Angélica y a la señora Ccallucunto. En 1985 me vine de Llusita con todos mis hijos, cuando empezó a funcionar el comedor de ANFASEP. Yo ayudaba en la cocina del comedor. Allí han comido y crecido todas mis hijas, desde esa fecha vengo a ANFASEP. Yo empecé a recibir la pensión de mi esposo, aunque sea poquito, desde noviembre de 1985. El señor Pascual Chipana me ayudó bastante en hacer la gestión. Antes de eso, caminaba pidiendo limosna en las tiendas, para mantener a mis hijos. También trabajaba como ayudante de una vendedora de comida, pero no alcanzaba para mantener a mis hijos. Los amigos de mi esposo, los huancarayllinos y algunos profesores de la Casa del Maestro, me apoyaban con algunos víveres, así he sobrevivido.

Mi hija mayor Zenayda ha quedado traumada y también mi hijo Enver tiene mal comportamiento, porque ellos han visto todo lo que ha pasado conmigo, también han visto la masacre de Llusita. Me siento mal, me duele el estómago, tomo remedios, sólo con eso me pasa. Así me quedé toda preocupada; cuando recuerdo a mi esposo, me enfermo. Los militares me han golpeado en la cabeza, tal vez por eso me duele hasta ahora. No escucho bien, mis ojos no ven bien. Ahora cuido a mis nietos y ayudo a mis hijas en las cosas de la casa. Quiero que no haya más problemas, no más violencia, que ya no pase lo que ha pasado, que nunca más se repitan estos crímenes y desapariciones. La organización ANFASEP debe caminar para adelante, con más jóvenes. Quiero una indemnización, porque los que vienen de lejos gastan su plata. Por gusto nos reunimos, no alcanzamos nada, solo gastamos en pasaje. No hay confianza en el gobierno de Alan García, porque en cualquier momento puede pasar cualquier cosa. Que cumpla sus promesas.



## LORENZA QUISPE ROMERO VDA. DE SOTO

FECHA DE NACIMIENTO : 10/11/1953  
REGIÓN : AYACUCHO  
PROVINCIA : HUANTA  
DISTRITO : HUANTA  
ANEXO : ORQUWASI  
NÚMERO DE HIJOS : SEIS  
AÑO DE INGRESO A ANFASEP : 1985  
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO : ESPOSO, MARCELO SOTO GUILLÉN  
(14/01/1984)  
CUÑADO, VÍCTOR SOTO  
(../01/1985)  
CUÑADO, ALEJANDRO HUAMÁN  
(../01/1985)

## POR MIEDO, NO DORMÍAMOS EN CASA

**N**osotros vivíamos en la comunidad de Tinkuy, criando animales para comer. También teníamos una chacra en la selva, allí trabajábamos, había suficiente para mantenernos. Cuando empezó el peligro, hemos empezado a sufrir por muchas cosas. Los “sinchis” entraron el 14 de enero de 1984 a mi casa, a las 4 de la tarde. Eran más o menos 17 ó 18, llegaron en un carro, se separaron, unos entraron a varias casas y otros estaban vigilando la carretera. Cuando entraron a mi casa, mi esposo estaba cargando a mi hijo. Hicieron que lo deje y yo les dije: “¿Para qué se van a llevar a mi esposo?”, ellos me dijeron: “No vamos a hacer nada, sólo le vamos a enseñar cómo se maneja el arma, aquí nos vamos a quedar esta tarde; cuando le enseñemos, nos va a cuidar”. Después de sacar de la casa a mi esposo, que tenía 29 años, y a dos comuneros, Ignacio Guerra y Aurelio Martínez, se los llevaron a la Casa Comunal, allí prendieron la radio a volumen alto y hacían bulla. No sé qué cosa harían. A nadie han dejado entrar. No querían que nos acerquemos, cuando nos acercábamos nos amenazaban con sus armas. Yo daba vueltas a la Casa Comunal, pero como mis hijos lloraban de hambre, me fui a cocinar.

Hasta que cocine, ya eran las siete de la noche, entonces los vecinos me dijeron que los militares se habían llevado a mi esposo en un carro y a dos comuneros más. Recién a esa hora salí de mi casa; no he podido seguirlos porque era de noche, no había carros después de las siete de la noche. Además, las Rondas Campesinas no dejaban pasar a los carros. Por eso no he podido seguir a mi esposo y no lo he buscado a esa hora. Después no supe nada más de él. Si lo hubiera seguido, quizás los dos estaríamos muertos. Al día siguiente, fui por la madrugada al Puesto Policial de Tambo llevando a mis hijos. Les dije a los guardias: “¿Dónde está mi esposo? ¡Entréguenmelo!” Ellos me dijeron: “Lo vamos a devolver, sólo lo hemos traído para hacerle algunas preguntas, luego lo vamos a devolver, regresa a tu casa, anda a cocinar para que coman tus hijos”. Pero, sin hacerles caso, he estado sentada durante dos días en la puerta del puesto, junto a mis hijos. Después de un día, los militares, de compasión, les han

dato quaker a mis hijos. Los militares me decían: “¿Por qué no regresas a tu casa? A tu esposo le vamos a devolver después de tomarle una declaración”. También pregunté al cocinero de los militares dónde estaba mi esposo, pero él me dijo: “Señora, a tu esposo se lo habrán llevado a San Miguel o a Huanta, de noche nada más se llevan a los presos”.

Después de estar tres días en la puerta del puesto policial de Tambo, he regresado a mi pueblo con mis hijos, para dejarlos con mi suegro, ya anciano. Luego viajé a Huanta y estuve allí dos semanas, escuché que habían matado a comuneros por allí. Por eso he ido a reconocer a mi esposo, pero no dejaron que me acerque. Me hicieron regresar apuntándome con sus armas, sólo me quedé llorando. Después de esperar dos semanas en Huanta, regresé sin saber nada. De allí viajé a San Francisco, pensando que podrían habérselo llevado a la selva, allí tampoco he encontrado nada.

Tal vez haya sido una venganza, por parte de personas que nos odiaban, por eso se habrán llevado a mi esposo. Los militares, ese día, habían estado caminando por todos los cerros; como no encontraron nada, entraron a mi casa y sacaron a mi esposo, diciendo: “Estamos buscando terrucos”. Después vine a Ayacucho, he denunciado ante la Fiscalía, también en Huanta y Tambo; no me devolvían el documento de la denuncia, recibían y se lo guardaban, luego me decían que no hay nada. La gente me decía: “Anda a la organización de DDHH, allí te van a ayudar a sacar a tu esposo de donde sea”. Hasta esa fecha no conocía todavía ANFASEP. Después de denunciar, regresé nuevamente a mi pueblo. En Tinkuy, cuando se ocultaba el sol, nos íbamos a los cerros, montes y rocas; allí dormíamos junto a nuestros hijos, tratando de abrigarnos, al aire libre, a veces debajo de los árboles, al pie del cerro o en pedregales. Yo protegía a mis hijos del frío y del viento. La gente de esa comunidad no dormía en sus casas, por miedo, porque los militares o los terroristas entraban de noche a las casas y hacían desaparecer o mataban a la gente. Por eso, por miedo, no dormíamos en casa.

En diciembre de 1984, entraron los terroristas a las cuatro de la tarde a la comunidad de Tinkuy. Se habían vestido como militares para confundir a la gente, reunieron a la comunidad y empezaron a matar a los comuneros a hachazos. Les partieron la cabeza; cuando se quedaba el hacha en la cabeza, lo sacaban pisando la cabeza y nuevamente les daban de hachazos. Así mataron a doce comuneros, entre ellos mis dos cuñados, delante de mí. En ese momento, llorando, me había quedado como desmayada. Cuando desperté, los terroristas ya se retiraban llevando todos los animales, cargando cereales, después de haber quemado todas las casas. El charco de sangre de los muertos me estaba alcanzando, no sabía qué hacer. Antes de eso, los terroristas nos habían dicho: “Yana

umas, les voy a matar a todos, cuidado que lloren por sus amigos". Pero mi corazón no decía eso, no podía aguantar, ver tanta muerte, y empecé a llorar, en eso me había quedado como desmayada, no sé si habría estado dormida, no sé, no recuerdo qué me ha pasado.

En 1986 regresé a mi pueblo con mi hijo menor. Cuando estábamos durmiendo, entraron a mi casa tres militares, eran las 11 de la noche, me ordenaron que me levante. Allí intentaron violarme y yo empecé a defenderme; pero me ganaron porque ellos tenían más fuerza que yo. Allí abusó de mí uno de los militares, eran unos malditos, mientras otro cuidaba la puerta. Luego conversaron entre ellos. No sé qué conversarían. Aproveché para escapar por entre sus piernas. Allí me amenazaron: "Cuidadito que cuentes, cuidadito que denuncies, donde sea te vamos a buscar, porque te conocemos". Escapé donde mis vecinos, de miedo no conté a nadie lo que pasó, tampoco lo he denunciado. Así quedé embarazada, por eso ahora tengo un hijo, está jovencito, lleva el apellido de mi esposo. Este mi hijo no ha terminado sus estudios, le pasó un accidente en el ojo, quedando inválido. Cuando iba a trabajar a una panadería, regresando a casa se tropezó y cayó en un alambre, que le dañó el ojo y le vació el líquido. Con un solo ojo no puede ver, por eso ha quedado inválido. Fui al hospital para que me den un certificado de invalidez. El médico me dijo: "Solamente son para aquellas personas que no tienen manos ni pies". Mi hijo ya no quiere estudiar con un solo ojo, dice: "¿Cómo voy a estudiar?" y además tiene vista corta, no le ayuda el otro ojo.

Cuando mataron a mis dos cuñados, me vine a Ayacucho dejando mis animalitos, entre ellos a mi perrito. Me vine triste, con el alma destrozada; no tenía dónde vivir y llegué a Puente Nuevo. Una señora panadera me alojó en su casa con todos mis hijos, allí he vivido. Después de un tiempo, una señora me trajo a ANFASEP diciendo: "Allá hay un comedor para que coman tus hijos". Ahí conocí al señor Andrés, cocinero, y a la señora Angélica. Después, dejando a mis hijos en el comedor, iba a trabajar a la selva. Además, he vivido en Carmen Alto, en Barrios Altos y también en la Casa del Maestro, donde funcionaba la Asociación y el comedor de ANFASEP. Allí viví cinco meses como guardián. Después viví al frente del Hotel de Turistas, en otra panadería, allí trabajé como cocinera. Pero mis hijos se habían conseguido un perrito, la señora tenía asco por el perro, por ese motivo, me retiré a la Casa del Campesino, donde también viví por un tiempo. Últimamente, en el año 1991, he conseguido un lote de terreno, en el terreno de la Universidad de Huamanga; le rogué al Rector y él me dio un terreno. En ese tiempo, aún no había gente por allí, esperé a que llegue más gente. Después, unos trabajadores de la universidad me

dijeron que se estaban agrupando para invadir los terrenos donde tenía mi lote; en dos oportunidades me han desalojado, por eso lloraba, en mis sueños, un viejito me decía: “No llores, te voy a dar una casa, entonces mi sueño se ha cumplido, tengo ahora mi casita”.

Durante 22 años trabajé como ayudante de cocina para mantener a mis hijos. He sido padre y madre para ellos. Vine de mi pueblo sin nada, ya trabajando recién compré mis ollitas y otras cosas. Cuando lavaba ropa en panaderías y en casas me regalaban ropita para mis hijos. A veces lavaba todo el día, sin comer. De tanto lavar ropa me enfermé, tuve una inflamación al ovario, por eso ahora ya no lavo. Tenía que trabajar dejando a mis hijos en el comedor de ANFASEP. Me quedé triste, no vivo bien como antes, caminaba como en sueños. Me afectó mucho. Si mi esposo estuviese vivo, yo me sentiría joven. Ahora estoy acabada, enfermiza, preocupada porque no han terminado sus estudios mis hijos, aunque algunos han terminado de estudiar. Ahora camino muy preocupada, mi vida se va acabando cada día más. El Presidente Alan García también está en contra de nosotras. Debemos estar unidos, no nos deben discriminar. Quiero apoyo para que estudien mis hijos y para que trabajen. Debe haber Seguro Integral para las ancianas, para los familiares. También pido indemnización, algunas socias ancianas están muriéndose sin alcanzar nada.

También ya nos va a alcanzar la muerte a nosotras. Los jóvenes están marginados. No hay ayuda para los jóvenes, ni para las ancianas; debe haber un cambio. Cualquier apoyo que venga debe ser directamente para las socias. Muchos no tenemos dinero para hacernos curar, por eso hay enfermos y algunos no tienen ni para comer. Estamos preocupados, por eso no comemos bien. ¿Acaso nuestros hijos no necesitan comer, estudiar y trabajar? Antes, las autoridades no nos escuchaban y cuando recibían alguna denuncia, la guardaban o la ocultaban, no contestaban, todos tenían miedo en esa época. Ahora recién hay grupos de Derechos Humanos.



## **ANGÉLICA MENDOZA DE ASCARZA**

FECHA DE NACIMIENTO	: 01/10/1928
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: VILCASHUAMÁN
ANEXO	: HUAMBALPA
NÚMERO DE HIJOS	: SIETE
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: HIJO, ARQUÍMEDES ASCARZA MENDOZA (02/07/1983)

## LES DARÉ LOS CINCO SOLCITOS QUE TENGO, POR LA PÉRDIDA DE SU BALA

**M**i esposo, mis hijos y yo vivíamos en Vischongo. Mi esposo era profesor. Luego nos mudamos aquí, a la ciudad de Ayacucho. Al inicio vivíamos en Tenería, en una casa alquilada, después nos trasladamos a Santa Bertha, de Santa Bertha a Conchopata, allí también vivía en una casa alquilada. Después pudimos tener este terrenito, aquí vivía más tranquila y más alegre con mi esposo y mis hijos.

En 1983, mi hijo Arquímedes viajó a Lima diciéndome: “Mamá, voy a ingresar a la Guardia Civil”. Entonces le dije: “Está bien, si no quieres estudiar, haz lo que quieras hacer”. Entonces se fue hacia Lima, pero regresó porque la plata no le había alcanzado. Aquí, mi hijo estaba tranquilo, tocaba guitarra con sus amigos. Un día, fue a la tienda de una vecina a comprar gaseosa, allí encontró a mi vecina con otro hombre, seguramente estaría engañando a su esposo. El esposo de la vecina era de la Guardia Civil. Por eso, sospecho que la vecina ha pensado que mi hijo le iba a avisar a su esposo; y pienso que se ha anticipado en contarle cosas a su esposo (seguro muchas mentiras sobre mi hijo). Entonces, ese guardia civil vino a mi casa y me dijo: “¿Dónde está Arquímedes?”, “ha salido con sus amigos, fueron a estudiar”, mi hijo tenía un amiguito cojo, con él siempre iban a su casa, por Cinco Esquinas. Mi hijo era tranquilo, no se metía en nada.

El primero de julio del 83, ya casi al atardecer, ese guardia civil estaba tomando trago en mi puerta, junto a otro vecino. Mi hijo había ido a tocar guitarra con su amigo. Salí a la puerta y le dije: “¿Eutemio, por qué tomas a estas horas?”, él me respondió: “Estoy cuidando a un drogadicto, dicen que ellos hacen droga”. Cuando regresó, mi hijo me dijo: “Mamá, solo quiero tomar agüita”, le di agüita, luego ya se durmió, mientras ese Eutemio seguía tomando en mi puerta.

Esa misma noche, casi a las 2:30 de la madrugada, tocaron a mi puerta, era el dos de julio de 1983, en ese momento pensaba: “¿Quién toca mi puerta a estas horas?, seguro ese Eutemio”. Cuando me di cuenta, los

militares ya habían entrado por la pared, algunos estaban encapuchados, otros sin capucha. Y había un carro del ejército estacionado en mi puerta. Cuando entraron, nos hicieron levantar a todos diciendo: “¡Dónde está!, ¡dónde está!”, “¿quién?”. Luego empezaron a rebuscar por toda la casa, hicieron un desorden. Pero no encontraron nada, ni un antecedente, nada. Luego los militares me dijeron “vamos a llevarnos a tu hijo”. Ahí, mi hijo me dijo casi en secreto: “Mamá, no te preocupes, no tengo ninguna culpa, voy a salir”. Se lo estaban llevando así como estaba, con su ropa de dormir, con su chompita y descalzo.

Ya en la puerta le dije a mi esposo: “Alcánzale su frazada y su zapatito”, le alcanzó; pero, le recibió otro militar. Al rato les pregunté: “¿Por qué se están llevando a mi hijo?” Me respondieron: “Cállese o ahorita los vamos a terminar a balas”. Allí yo les dije: “¡Mátenme, termínenme!, pero a mi hijo no te lo lleves”, le agarré, pero casi cerca a la puerta, uno me dobló mi mano, me pisó en el suelo, me pateó y me quitó a mi hijo. Luego lo subieron al carro del ejército. Después me dijeron: “Mañana vienes a la puerta del cuartel, estamos llevando solamente para que dé una declaración, ¡carajo!, ¡vieja de mierda!” Al amanecer, fui a la puerta del cuartel, pero allí me dijeron: “Nosotros no lo hemos traído, no hemos visto nada”. Desde ese día empecé a caminar, ¿qué sitios no he recorrido?, fui donde el guardia civil, donde los investigadores, donde el ejército; pero nadie sabía nada.

Caminaba como en sueños, vivía como en pesadillas, pensaba: “¿Qué hago, cómo hago?”, caminaba. Aún no había puesto la denuncia. Después de 15 días me llegó un papelito, allí, mi hijo me decía: “Mamacita estoy aquí, me están deteniendo en vano, consigue plata y busca a un abogado, para que me pasen al juzgado.” Entonces, puse la denuncia ante la Fiscalía, el doctor Roca me ayudó a preparar los documentos. Pero nada.

Luego de recibir esa papeletita, ya estaba segura que mi hijo estaba adentro, le pedí un favor al Padre Acuña, le dije que me lleve a la capilla del Cuartel. Entonces él me llevó y me permitieron entrar, pero los militares dijeron: “No, aquí no hemos traído a nadie, pero lo averiguaremos”. Después, al Padre Modesto Medina, también le supliqué, él también me ayudó a ingresar al Cuartel, pero negaron que mi hijo estuviese allí. Luego, ese desgraciado, un tal capitán Blanco, también me pidió dinero diciéndome: “Voy a sacar a tu hijo del Cuartel”, pero este no sacó a mi hijo. Más tarde, un señor llamado Juan de Dios Chuchón también me dijo: “Mi sobrina trabaja dentro del Cuartel, te voy a ayudar”, entonces le daba de comer e incluso le he pagado, pero nada.

A mi hijo se lo llevaron sin ninguna prueba, si se lo hubieran llevado con pruebas, entendería el porqué, ya no andaría buscando

justicia, en cambio ahora sin ninguna prueba se lo han llevado, ese es el motivo para seguir buscando justicia, por mi hijo. Los que se llevaron a mi hijo eran fuerzas combinadas: El Ejército, la Guardia Civil, la Guardia Republicana, Investigadores. Muchos estaban con ropa militar, algunos estaban encapuchados y otros con ropa civil, estos últimos creo que eran los investigadores. Luego de sacarlo de mi casa, primero se lo habían llevado donde los investigadores, de allí los habrían llevado al Cuartel “Los Cabitos”, así escuchaba noticias, comentarios.

Después empecé a buscar en los barrancos, en las cuevas. Al principio buscaba sola y encontraba cadáveres amontonados. Los cadáveres estaban siendo devorados por los perros, por los chanchos. Eran cadáveres de jóvenes bonitos, algunos tenían dientes de oro. En ese tiempo ya no me importaba vivir o morir. Un día fui a Puracuti, había un socavón, de allí estaban saliendo moscardones, entonces inclinándome llamaba: “Arquímedes”. Entonces, cuando estaba llamando, ¡bam!, me pasó una bala por encima. En esos tiempos aún no había casas por ahí, era una loma limpia. Cuando vi hacia arriba, el lugar estaba lleno de militares y me gritaban: “¡Carajo!, ¡mierda!, vieja, sal de allí, sal de allí o te voy a matar”. “¡Mátenme mierda, dónde está mi hijo”, respondí, ya había perdido el miedo a morir. Luego, me exigieron que suba a donde estaban, entonces subí, allí me acorralaron todos y decían: “Debemos matar a esta vieja loca”. Pero uno de los soldaditos dijo: “No, no hay que hacer eso, nosotros también hemos nacido de una mujer, no hagamos eso a esta pobre señora, debemos dejarla ir”. Por decir esto, sus compañeros lo empezaron a patear, casi lo matan a patada limpia.

Luego vino un capitán, diciendo: “Carajo, debemos matar a esta vieja”. Allí le dije: “Señor, yo no tengo miedo de morir, moriré, les daré los cinco solcitos que tengo, por la pérdida de su bala; pero, primero díganme donde está mi hijo, cuando sepa dónde está mi hijo voy a morir tranquila”. Luego vino otro señor y dijo: “En vano hacen eso, llévenla al carro”. Pero yo no quise ir, diciéndoles: “No me pueden llevar, yo tengo mis pies y mis ojos, me iré sola, no necesito de ustedes, miserables”. Salí corriendo. Más abajo, subí a un colectivo, llegué a mi casa. Tomaba solamente agua, casi no comía. Y algunas veces no regresaba a mi casa y, si regresaba, comía como en mis sueños y luego nuevamente me iba a buscar a mi hijo.

Un día fui a la Fiscalía. Cuando estaba ya saliendo, me encontré con una señora que me dijo: “Mamá, quiero preguntarte sobre algo”. Entonces me doy la vuelta, “¿que cosita, mamá?”, en ese instante casi por mi nuca pasó una bala, chocó contra la pared de una iglesia. Si no me hubiese volteado, ahora estaría muerta, el agujero de la bala sigue hasta hoy.

Así, buscando en los barrancos, un día fui a Lambrashuayqo, en el valle de Huatatas, en esos lugares también encontré cadáveres. También fui a Infiernillo, encontraba cadáveres amontonados. Con otras personas, fui a Qaqarumi, allí encontramos como 25 o 30 cadáveres, casi todos estaban sin cabeza. Luego llevé al Fiscal, a los investigadores, allí les pregunté: “Señor, ¿dónde están las cabezas de estos cadáveres?”. Me respondieron: “Qué habrán hecho los terroristas, tus compañeros”. Queríamos traer los cadáveres, pero nos negaron, entonces, esa tarde los dejamos allí. Al día siguiente, a las demás señoras les dije: “Pueden ir a reconocer, los cadáveres están con ropa, de repente son sus familiares”. Cuando fueron, ya no había ni un cadáver, ¡ni uno! Esa noche los habían desaparecido, a dónde se los habrán llevado. Sospecho que desaparecieron porque eran los mismos militares los que los asesinaron.

En una oportunidad fui a Infiernillo. Allí también encontré cadáveres, luego los sacamos y los llevamos al Hospital. Allí el señor Tenorio, actual socio de ANFASEP, ha reconocido a su hijo. En esos tiempos era peligroso reunirnos, nos encontrábamos en la puerta de la Fiscalía y en las puertas de los abogados y así hemos empezado con ANFASEP. Incluso las fotos nos tomábamos por atrás y no de frente, estaba prohibido tomarse fotos de frente. En esas fechas llegó un Padre de Bélgica y me dijo: “¿Por qué no han avisado a Monseñor Richter Prada?”. Yo le dije: “le hemos avisado, Padre, pensando que nos ayudaría, pero nada, no nos recibía ni los documentos”. Entonces, el Padre de Bélgica se molestó y seguramente le habría llamado la atención al Padre Richter; porque después el Padre Richter me reclamó diciendo: “¿Cuándo han presentado sus documentos?”, allí nos sentamos debajo de la cruz del Señor y le dije: “Señor, ¿de quién es esta firma?, ¿quién ha firmado?, ¿va a mentir al lado del Señor?”

También por ese entonces, llegaron de Lima el padre Neptalí Liceta y el abogado Pablo Rojas. El padre Neptalí nos dijo: “No pueden estar así, cómo van a estar así. No está bien, voy a escribirle a Pérez Esquivel, premio Nobel de la Paz, para que venga y ustedes van a contratar una misa, para ir a Acuchimay”.

El padre Richter no quiso hacer la misa. Entonces, fuimos al cura de la Iglesia de San Francisco de Paula, él aceptó. El 20 de marzo de 1984 fue la primera misa. El señor Pérez Esquivel salió de la misa cargando una cruz y seguidamente hicimos la primera marcha libremente. Al terminar la marcha, me hizo cargar la cruz, diciéndome: “Desde hoy día vas a andar con esta cruz”. Desde ese momento ya no teníamos mucho miedo y ya no nos tomábamos las fotos de espalda, sino de frente.

Lo que pasó, fue algo cruel, no había compasión en esta tierra, por eso hay un dolor muy grande dentro de mí. Tengo resentimiento para las

autoridades, porque ellos no pensaron: “Estas mujeres o estos niños están caminando, buscando a sus familiares”, más bien nos odiaban. Cuando salíamos en las marchas nos decían: “Las madres de los terroristas habían salido”, por eso hoy siento algún resentimiento hacia la gente de Ayacucho. Los que nos apoyaron en su mayoría fueron las organizaciones de Lima. Recuerdo que ese tiempo, cuando íbamos donde los abogados pidiendo ayuda, para hacer alguna denuncia o algún documentito sobre nuestros casos, nos decían: “¿Para qué?, para eso no”, no eran capaces de decirnos “te voy a ayudar”.

La desaparición de mi hijo me ha afectado mucho, me duele mucho cuando recuerdo a mi hijo, siempre me pongo triste. Hasta hoy no lo encuentro ni alcanzo justicia. Las organizaciones de Derechos Humanos me han ofrecido encontrar a mi hijo, pero no fue así. Cuando veo a las socias de ANFASEP, también me duele mucho, porque al igual que yo, han caminado buscando a sus seres queridos, buscando justicia, pero no hemos alcanzado la justicia; pero a la vez, todo esto me da fuerzas para no callar.

Actualmente, me siento muy enfermiza, sin mucha alegría, siempre con la tristeza en el corazón, porque lo que siento no se borrará nunca. Por el momento estoy en mi casa, voy a ANFASEP (no puedo dejar ANFASEP) porque es lo que formé, es lo que hice; por eso no puedo dejar de ir a ANFASEP, cuando dejo de ir a ANFASEP estoy extrañando, ya es como una costumbre.

Ahora, quisiera que en esta tierra haya tranquilidad, que haya trabajo, estudio para los hijos huérfanos. Quiero que en el futuro todos progresen, que tengan buenas ideas y el Perú esté mejor.





# ALEJANDRA ARANGO VARGAS

FECHA DE NACIMIENTO	: 01/03/1925
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUAMANGA
DISTRITO	: SAN PEDRO DE CACHI
ANEXO	: MOLINOS
NÚMERO DE HIJOS	: OCHO
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1983
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: HIJA, JULIA MELGAR ARANGO (08/12/1983)

## LOS GUARDIAS LA HABÍAN TORTURADO TRES VECES

**A**ntes de la violencia vivía con mis hijos trabajando en mi chacra, sembrando todo tipo de cereales. Muy joven enviudé de mi esposo. Pedía préstamos del Banco para poder trabajar, luego llevaba a vender mis productos a Ica y a Pisco. Así mantenía a todos mis hijos. Tiempo antes de su desaparición, mi hija me contó que los guardias la habían detenido y torturado tres veces, haciéndole preguntas. En la primera, los guardias la habían sacado de su cuarto y la habían torturado. Mi hija les dijo entonces: “No sé nada, no soy terruca”. Los guardias decían: “¿Por qué niegas? ¿Por qué no dices la verdad?” La segunda vez también había sido torturada y en la tercera vez, mi hija había dicho: “¿Por qué me castigan de esta manera? ¡De una vez mátenme! ¿Por qué me castigan tanto?” Un día de diciembre, me dijo: “Mamá, voy a terminar con los exámenes y regreso”. Yo le dije que no vaya, porque había mucho peligro; pero los de la Zonal de Educación le habían dicho: “¿Acaso eres terrorista?, por eso no quieres ir”. Por esa razón, mi hija ha ido a trabajar. Desde entonces, ya no regresó nunca más. Mi hija Julia tenía 22 años, era profesora en la localidad de San José de Secce. Ella había sido enviada por la Zonal de Educación de Ayacucho para que vaya a trabajar.

La cuarta vez, fue detenida aproximadamente a las tres de la madrugada del 8 de diciembre del año 1983; entraron los sinchis encapuchados y con ponchos negros cuando estaba durmiendo en la casa del señor Alcalde, en San José. Las que dormían allí eran cuatro profesoras, dos con bebés y dos sin bebés, entre estas estaba mi hija. A las dos profesoras con bebés las taparon con una frazada y las patearon. Al Alcalde y a su esposa los encerraron en un cuarto. Luego se llevaron a mi hija y a la otra profesora diciendo: “Son terrucas”, inculpándolas por la muerte de un Teniente, porque en esos días habían matado dentro de su carro a un teniente, por la zona de Tambo (La Mar). Sin embargo, mi hija era inocente. La habían llevado con su saquito, sin zapato, pero luego le habían dejado ponerse sus medias y sus zapatos. Mi hija les había

dicho: “¿Por qué me llevan? ¿Qué culpa tengo? ¿Por qué cada noche me castigan? Yo no soy terruca”.

Al día siguiente, el Alcalde envió un documento al Puesto Policial del mismo lugar, diciendo: “¿Por qué se llevaron a nuestras profesoras de noche?” Los guardias respondieron: “Aquí no las han traído, no hay nadie”. También el Alcalde me mandó una papeleta en que decía que había desaparecido mi hija Julia Melgar, por la noche. Cuando me enteré de esta noticia, fui a buscar a un Abogado, él envió documentos al Cuartel de Ayacucho. Después de 15 días se ha recibido respuesta, negando que tuvieran a mi hija. Muchas veces mandé documentos. Siempre me decían que no había nada. Después de un mes, fui a San José de Secce a averiguar qué es lo que había pasado con mi hija. Cuando llegué, los guardias me dijeron: “¿Qué buscas, qué quieres?” Y otro cachaco me dijo: “Te están buscando para matarte, te están esperando, también me han dicho que avise si vienes, para que te maten”. Así me dijo el cachaco. Por la tarde, la esposa del señor Alcalde me dijo: “Anda a descansar a la comunidad de Lirio, no te puedes quedar aquí, corre peligro tu vida”. Al día siguiente, regresé a la casa del señor Alcalde, él me entregó las cosas de mi hija, sus zapatos, sus ropitas, sus utensilios, entre otras cosas más. En el cuarto donde vivía mi hija, había huecos hechos con un pico, pues habían buscado entre sus cosas diciendo: “Seguro esconde algo esta terruca”; pero no encontraron nada.

El Alcalde me exigía que le pague por el alojamiento de mi hija, pero yo le dije que aparezca primero mi hija, para pagarle. Dos veces fui a San José de Secce a buscar a mi hija; pero ya no recibí noticias suyas, daba miedo de hablar de estas cosas. Últimamente, la gente negaba haberla conocido. Cuando yo preguntaba me decían: “¿Quién habrá sido?”. Solo hablaban de una profesora flaca, alta, buena y cariñosa con los niños. Después presenté denuncias en el Cuartel de Ayacucho, en Huanta y en San José de Secce. También fui a la Zonal de Educación para pedir el sueldo de mi hija, para mandar hacer su misa; pero el Jefe de la Zonal de Educación me dijo: “¿Cómo vamos a separar el sueldo de tu hija? No te preocupes, va a regresar de 25 o 26 años”. Por eso no pude mandar hacer una misa cristiana para mi hija, hasta ahora. Si viviera, habría alguna noticia de ella...

A ANFASEP ingresé el año 1983, cuando desapareció mi hija Julia. Me encontré en el parque con la señora Angélica, cuando la buscaba. Con ella hemos viajado tres veces a Lima. Una de esas veces, había una reunión donde unas periodistas comentaban que habían caminado en Huanta, en San José de Secce, en Quinua y Tambo. Decían también que los militares no tenían consideración alguna, que estaban torturando a una

pobre señorita, amarrándole las manos hacia atrás; y que era “flaquita, gringuita”. Yo creía que se referían a mi hija, que después habían tenido el valor de colgarla de un eucalipto y de luego balearla. Pero en ese momento, la esposa del profesor Canchari dijo: “Aquí está su mamá”, indicándome. Y las periodistas cambiaron de conversación. Eran cuatro periodistas y también decían: “No tenían compasión, como si no hubieran nacido de una mujer la torturaban”. Hablaban de todas las características de mi hija, pero no llegué a saber más de esa noticia.

Cuando desapareció mi hija Julia, yo lloraba; cuando ladraba el perro yo tenía miedo y decía tal vez sea mi hija. Miraba por la ventana y esperaba su regreso, ya no era igual, era diferente. Cuando toda mi familia estaba junta, a mi lado, yo me sentía alegre. Ahora me siento mal, tengo dolor de cabeza, dolor del corazón, dolor de todo el cuerpo, dolor de hueso, ya no ven mis ojos, mis oídos ya no escuchan bien, me olvido de todas las cosas. Ahora, no trabajo por mi edad, sólo me dan propina mis hijos, hoy he venido sacando valor y fuerza, ya no puedo caminar. Yo quisiera para el futuro que construyan mi casa, como recuerdo de mi hija y solo espero la justicia, hasta que Dios me recoja.





# MAURA TINEO DE GUTIÉRREZ

FECHA DE NACIMIENTO	: 14/11/1955
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUAMANGA
DISTRITO	: ACOCRO
ANEXO	: MATARÁ
NÚMERO DE HIJOS	: CINCO
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1984
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, JULIO GUTIÉRREZ QUISPE (11/05/1984)

## MIS HIJOS ME DABAN FUERZA Y VALOR PARA SEGUIR ADELANTE

**A**ntes de la violencia vivíamos tranquilos en el Antiguo Aeropuerto San José, en la ciudad de Ayacucho. Mi esposo trabajaba como chofer y también como albañil; yo atendía a mis hijos en la casa. El 11 de mayo de 1984, mi esposo Julio salió a las 10 de la mañana de la casa, a comprar tubos para hacer instalar el agua. También llevaba dinero en su bolsillo, 200 soles. Como él no regresaba, yo pensaba que seguramente llegaría tarde o en la noche; pero no llegó. Al día siguiente fui a buscarlo. Cuando estaba caminando por la puerta del cementerio, me encontré con mi compadre y él me dijo: “Comadre, a mi compadre le han detenido, siete investigadores de Servicio de Inteligencia, han salido de un bar, casi ebrios, a eso de las 11 de la mañana, le han cogido como en una batida en San Juan Bautista y le han metido a un taxi de color celeste. Pero antes le habían golpeado, tenía todo el rostro ensangrentado; también le habían revolcado en el suelo, estaba lleno de tierra, luego le han traído hasta el Puente Nuevo, con dirección al cementerio ¿Lo habrán llevado al Cuartel? ¿A dónde van a llevarlo, si no lo llevan al cuartel? También a tu hermano le han tirado una bala y está en el hospital”. Yo fui inmediatamente al hospital, pero no me dejaron entrar, me decían: “Tienes que entrar a las dos de la tarde, hora de visita”, y regresé a mi casa, estaba como loca, descontrolada. En ese momento le conté a mi suegra; ella también comenzó a llorar y decía: “Ahora, ¿qué haremos?”, no sabía qué hacer.

Nuevamente fui al hospital y encontré a mi hermano, estaba con la mano fracturada. Mi hermano Sabino me contó que él y mi esposo habían estado caminando y, de repente, bajaron de una camioneta blanca tres del Servicio de Inteligencia, después de agarrarlos, los trajeron más abajo y uno de ellos había dicho: “Agarra y enmarroca al otro más”. Entonces, como mi hermano había sido militar, se escapó corriendo en zigzag, lo siguieron disparándole. Entonces, cuando estaba escapando, se le cayó la zapatilla cerca a la Posta de San Juan Bautista. Entonces, cuando estaba levantando su zapatilla, le dispararon en la mano izquierda; así herido,

seguía escapando. También mataron a un joven que caminaba por ahí. Mi hermano me decía: “Qué va a vivir mi cuñado, lo habrán matado, en ese momento le estaban golpeando, enmarrocándolo, me ha dado pesadilla, déjalo, ya no denuncies”. Yo dije: “¿Por qué no voy a denunciar, si es mi esposo?, él es inocente”. Al tercer día fui a la Fiscalía, tomando valor, para denunciar la detención. En eso, me encontré con la señora Angélica y nos hemos organizado para ir a buscarlo a Infiernillo, ahí hemos encontrado cuatro personas muertas, todos varones, los perros se habían comido sus piernas, sus caras y sus brazos. Solo una parte de una mano había quedado intacta; por eso no hemos podido reconocer a nuestros familiares. Yo buscaba a mi esposo tratando de reconocerlo por un lunar grande que tenía en la espalda, por su cabello crespo; llevaba una corona de oro en el lado derecho de su dentadura, pero no lo he encontrado hasta ahora, ni su ropa.

¿Dónde se lo habrán llevado? Solo he encontrado otros cadáveres. Con la señora Angélica hemos ido al cuartel, no nos han dejado entrar ni preguntar, allí estaban las Fuerzas Armadas, la Policía, Investigadores, militares y de la FAP. También dicen que había una Casa Rosada, en la entrada del cuartel, allí eran torturados los presos. Desde ese momento ya no he vuelto a ver a mi esposo. No sé, ¿dónde estará mi esposo? ¿Vivirá, qué será?, no sé nada. Ya son 24 años que ha desaparecido mi esposo. Yo quedé a cargo de mis cuatro menores hijos, mi último hijo tenía tres meses, el mayor tenía cinco años, el otro tenía tres años y uno de dos años y medio. Yo trabajaba lavando ropa, con eso mantenía a mis hijos, algunas veces no podía trabajar como empleada, no me recibían por tener hijos. No sabía qué hacer, lloraba y lloraba, mis hijos eran aún niños, no se daban cuenta de lo que pasaba, sólo mi hija, la mujercita, se acordaba y decía: “Cuando mi papá estaba vivo, yo comía bien”. Casi me vuelvo loca, me sentía sola, pero mis hijos me daban fuerza y valor para seguir adelante, trabajaba para hacerles comer y vestir. Con la plata que ganaba lavando ropa no alcanzaba para mantener a mis hijos, sólo alcanzaba para pagar la luz y el agua.

Después, en el año 1986, trabajé en el comedor de la Casa del Maestro, allí ganaba 30 soles por mes, luego nos aumentó a 60 soles. Estos 60 soles alcanzaban para todo, para comprar la ropa de mis hijos. Ahora no alcanzan 60 soles para nada. El PRONAA nos daba alimentos para cocinar, ahora ya los chicos son jóvenes y no funciona el comedor. También Caritas nos daba productos como: harina, trigor, soya, avena y aceite. No he podido educar a mis hijos por falta de plata. Si su padre viviera, les hubiera hecho terminar sus estudios y hubieran sido profesionales. Soy

analfabeta, no sé leer ni escribir. Si hubiera alfabetización en ANFASEP, yo participaría.

Cuando me acuerdo digo: ¿Dónde estará mi esposo? Como no lo he enterrado, pienso que tal vez puede estar vivo. La gente habla que han mandado a los presos a otra nación. Las prendas que fueron exhumadas en el Cuartel los Cabitos eran exhibidas en el local de ANFASEP. Algunas de las prendas se parecían a las de mi esposo, pero eran de un joven que tenía 18 a 22 años de edad, como una camisa de color amarillo bajo, las medias de diferentes colores, azul y guinda, los dientes completos sin ninguna curación; la estatura casi igual a la de mi esposo. Cuando desapareció, mi esposo tenía 35 años. Mis hijos tienen familia, ya no me ven como a su madre, ya no me dan propina. Hasta ahora lavo ropa en diferentes casas, con eso me mantengo; si no trabajo, no hay plata. Me pagan dos nuevos soles por lavar una docena de prendas. Cuando no has estudiado, no hay trabajo. Para ser empleada doméstica también debes haber estudiado. Ahora no hay trabajo, seguiré así, qué voy a hacer, estaré así hasta morir. Pero qué se puede hacer si no tengo trabajo, no tengo estudios, no hay esperanza. Hasta que se acaben mis fuerzas trabajaré.

Mi preocupación es: ¿Cómo voy a estar cuando llegue a ser anciana? No voy a poder trabajar. ¿Qué va a cambiar?, porque yo no tengo estudio. Imposible que cambie el futuro, seguirá igual, ¿qué haciendo puede cambiar?, si sigo así no cambia; así estaré hasta la muerte. Pero si voy a llegar a la vejez, peor será, ya no encontraré ni para comer. Qué va a cambiar, más y más están subiendo los precios de los productos, azúcar, arroz y otras cosas. Alan García en este gobierno, ha prometido que iba a cambiar todo, pero no cambia nada y está haciendo subir las cosas. Toledo no ha hecho que suban los precios de los productos como ahora. Ya no pienso nada para el futuro, voy a ser vieja, ANFASEP no mejora, no hay apoyo, no hay proyectos, no hay nada. Hay apoyo, pero en poca cantidad.





# ESPERANZA ZA VALETA OCHATOMA

FECHA DE NACIMIENTO	: 17/05/1935
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUAMANGA
DISTRITO	: SOCOS
NÚMERO DE HIJOS	: SEIS
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1984
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: HIJO, ARTEMIO ESPINOZA ZA VALETA (22/07/1984)

## NO ESTÁ ACÁ, INDIA, CHUTA, TE VOY A DISPARAR

**R**ecuerdo que antes vivíamos bien, en el barrio de Belén, en la ciudad de Ayacucho. Yo vendía camotes asados. Mi hijo Artemio se dedicaba a la artesanía, me mantenía con eso, él no tomaba, si faltaba plata se preocupaba y trabajaba para que podamos comer, estudiaba en la escuela de Soquiacato. Entonces. El domingo 22 de julio de 1984, a las 9 de la mañana, mi hijo Artemio salió de la casa a comprar una lata para teñir los hilados para tejer, él tenía 25 años de edad. Cuando regresé por la tarde a mi casa, después de vender los camotes asados, mi segundo esposo me contó que mi hijo no había regresado a casa, que los militares lo habían cogido en el parque y que se lo habían llevado al Cuartel “Los Cabitos”. Como había toque de queda, no fui a buscarlo, pero toda la noche me la pasé chacchando coca, allí aprendí a chacchar. Al día siguiente, agarrando valor, fui a la Comisaría, a la Fiscalía y también a la Investigación. No lo encontré, ellos me decían: “No lo han traído”.

En el parque, lloraba como loca. Unas personas que decían ser amigos de mi hijo me decían: “Los militares se llevaron a tu hijo a las once o doce del día”. Cuando estaba caminando, buscando a mi hijo por el parque, me encontré con la señora Angélica. Allí recién se estaba formando la Asociación de ANFASEP, en el año 1984. La señora Angélica me dijo: “Vamos a caminar juntas” Fui a denunciar junto a la señora Angélica; ella ha sido para mí como una madre. ¿A dónde no hemos ido?, hemos ido a Ñeque, a Infiernillo y a Huayhuacondo. Allí encontramos tres cadáveres enterrados bajo la arena, los hemos traído. Regresábamos entre las 9 y las 10 de la noche a nuestras casas. Mis familiares me decían: “Anda a la Comisaría, a la Investigación, allí se lo habrán llevado”. Yo no conocía el Cuartel los Cabitos. Recién cuando nos pasa algo, sabemos dónde entrar. Fui llorando al cuartel, allí, un guardia me dijo: “Te voy a matar, ¿sabes qué lo han traído acá?” Yo dije: “Sí sé, por eso vengo”. El me respondió: “No está acá, india, chuta, te voy a disparar”. Yo le dije: “Hazme desaparecer junto a mi hijo”. Así me puse fuerte. Además, yo no

conocía dónde se encontraban las instituciones y las autoridades, no sé leer ni escribir. Caminaba como entre sueños.

También fuimos con la señora Angélica a Huanta, allí encontramos cadáveres en una hondonada, eran más o menos 80 ó 90, entre mujeres y varones. Los genitales de las mujeres estaban llenos de gusanos; con tantos cadáveres, los gusanos estaban gordos. Ahí me desmayé. La gente le decía a la señora Angélica: “Tienes que dejarla a la señora, está grave”; entonces la señora Angélica dijo: “Vamos a llevarla de regreso, si muere, nosotras vamos a llevarla a Ayacucho”. Yo escuchaba todo lo que hablaban. Después, fuimos a Saqrarumi y a Socos, buscando por los huaycos, allí hemos encontrado cadáveres de jovencitas y de jovencitos, con alguna ropa y objetos: libreta, aguja, botón, carrete, platita, poncho y pantalón. Hemos traído algunas de esas cosas, pero no recuerdo a quién se las dimos.

La segunda vez que fui al Cuartel, un soldado que estaba desfilando se me acercó y me preguntó: “¿Eres mamá de Artemio?” Él me contó que mi hijo había sido torturado día y noche, lo habían castigado preguntándole: “¿Eres terrorista?” El soldado decía que era su compañero de estudios, también me dijo: “No llores, señora, ya no vengas, estos malditos te pueden hacer cualquier cosa”. Ni aún así he dejado de buscarlo. Tres veces fui al cuartel. La tercera dije, sacando valor: “Mátenme junto a mi hijo, háganme desaparecer, acaben con mi vida. Mi hijo, ¿qué culpa tenía?, si luego de matarlo, lo hubieran puesto en la puerta de mi casa, yo lo hubiera enterrado ¿Por qué razón se lo llevaron? ¿Acaso con armas y cuchillos lo han encontrado?” Tres veces he discutido con los cabitos en el Cuartel. Ellos me decían: “Te voy a disparar y voy a llamar a otro guardia”. Y yo decía: “¡Llámale, llámale!, hazme desaparecer, acaben con mi vida, qué tipo de padres tendrán”. También fui con una señora al cuartel y nos dijeron: “Viejas valerosas, ¿que quieren?”. Nosotras les dijimos: “Tú también serás hijo de viejas, también vas a ser viejo y vas a tener la joroba más grande que la de nosotras”.

Después de que desapareció mi hijo, me dediqué a hilar. Cuando decían que en algún lugar había muertos y que vayan los familiares de los desaparecidos, yo iba llevando mi coca y mi cigarrito, no recuerdo si iba comiendo o sin comer, estaba como entre sueños. Después de caminar me sentía bien, tranquila. Mi esposo me decía: “No vayas, es una preocupación para mí, ha desaparecido tu hijo, no lo vamos a encontrar”. Desde entonces he aprendido a chacchar coca. Chacchando me siento bien.

Cuando vengo a ANFASEP, regreso alegre a mi casa, si no vengo, estoy llorando. Cuando vengo es como si conversara con mi hijo. Durante este tiempo ya no sueño con él, sólo una vez soñé que mi hijo había hecho

su casa al pie del barranco. Yo le estaba diciendo que le iban a robar sus cosas y su televisor; él había hecho en mi chacra un arco de chalas de maíz y yo le dije: “¿Por qué has hecho tan poquito?” Mi hijo me dijo que había escogido solo los maduros, en eso desperté. No tengo pasaje para venir a ANFASEP. A veces vengo a pie, otras veces vengo en carro, tengo que rogar al cobrador y me traen gratis. Otros ya me conocen, no me cobran, seguro mi hijo me ayuda desde donde está. He quedado como traumada, sufro de desmayos. Desde que desapareció mi hijo me da pena y lloro. Cuando escucho las canciones que le gustaban a mi hijo, me pongo mal. Ese mismo año, mi esposo falleció en un accidente y mi hija murió dando a luz. Todo eso me afectó. Desde ese año empezaron a dolerme los huesos, el cuerpo, me duele la cabeza, ya no tengo ganas para nada. A veces me duele la espalda, no tengo ideas para conversar con las personas. Todavía hago tejer frazadas, a veces no encuentro personas que me las tejan. Ayudo a mis familiares y ellos me dan un platito de comida.

Tengo una cuñada, Isabel, que vive al costado de la Investigación. Ella me invita lo que tiene, si tiene carne o comidita me da, ella sabe lo que me hace falta. A veces, chacchando coca y conversando, nos quedamos dormidas. Ella me dice que me quede a dormir en su casa. Pero no puedo quedarme, porque tengo animalitos en mi casa. Hasta ahora tengo fuerzas, puedo hacer algo; pero, ¿cuando ya no tenga fuerzas para trabajar? ¿Con qué voy a comer? ¿Quién me va a ver cuando esté tirada en un rincón? Sólo en la calle, con las socias, nos preguntamos: “¿Cómo estamos? Cuando no pueda sostenerme, ¿qué va a ser de mi vida?” Si viviera mi hijo, me mantendría, aunque sea trabajando de cargador. Venimos hasta sin comer a ANFASEP. ¿Para qué tantos años de lucha? Para nada.

Yo quiero una reparación por lo que sucedió con mi hijo, que nos apoyen con algo, puede ser con ropa u otras cosas. El Presidente Alan García debe hacer eso. Desde 1984 no hemos recibido ni un centavo. Por gusto caminamos, nos sacrificamos; algunas socias y socios han muerto, pero Dios todavía no me llama. Si muero, nadie vendrá; los hijos de otras mamás tampoco vienen a ANFASEP, no toman interés. Tampoco mis nietos le dan importancia, cuando vengo a ANFASEP me dicen: “Por gusto vas a llorar en ANFASEP, cuando mueras no vamos a ir a ANFASEP, lo vamos a dejar”.





# BASILIA GÓMEZ ALARCÓN

FECHA DE NACIMIENTO	: 24/06/1959
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: CANGALLO
DISTRITO	: PAMPA CANGALLO
ANEXO	: PARIHUANCA
NÚMERO DE HIJOS	: OCHO
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1983
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: HIJOS, ELOY CALDERÓN GÓMEZ (24/06/1983) CELESTINO CALDERÓN GÓMEZ (22/12/1984) SEBASTIÁN CALDERÓN GÓMEZ (22/06/1983) SOBRINO, REINALDO GÓMEZ DE LA CRUZ (24/06/1983)

## NO SÉ SI ESTÁN VIVOS O ESTÁN MUERTOS, ¡NO SÉ!

**A**ntes de la violencia vivía tranquila, mi esposo había fallecido mucho tiempo antes, dejándome con ocho hijos. Entonces, me dediqué a cuidar a mis hijos. Algunos murieron con tos y otros con bronco pulmonía, quedando solamente cuatro. Cuando falleció mi esposo, he cuidado a mis hijos haciendo todo lo posible. Algunas veces trabajaba haciendo hilados y otras veces moliendo cereales. Pensaba: “Cuando sean grandes mis hijos, me van a cuidar”.

Mi hijo Eloy y mi sobrino Reinaldo vivían en Pampa Cangallo, con su abuelo. Aquel 24 de junio de 1983, mi hijo y mi sobrino habían ido al río después de salir de la escuela, más o menos a las tres de la tarde. Dicen que estaban bañándose en el río. Allí, una persona les había entregado a los sinchis, diciendo: “He detenido a los terroristas”. Pero era mentira, porque ellos apenas eran estudiantes de la escuela, incluso estaban con su cuaderno en la mano, aún eran niños. Recién al día siguiente, sábado, vino mi compadre a la puna y nos dijo: “Comadre, se han llevado a tu hijo y a tu sobrino ¿O ellos están aquí?” Ahí me enteré y luego pensé en ir de inmediato a Cangallo, porque de Pampa Cangallo se llevaban a los detenidos a Cangallo. La madrugada del domingo llegué a Pampa Cangallo y fuimos con mi hermano, papá de Reinaldo, al Puesto Policial y ahí nos dijeron que se los habían llevado a Cangallo. En aquel entonces los militares no hablaban quechua, solamente hablaban castellano y era difícil comunicarme, porque yo no hablaba castellano. En Pampa Cangallo nos pegaron y nos gritaron diciendo: “¡Vayan a Cangallo!”.

En el Cuartel de Cangallo nos dijeron: “Regresen el día sábado, trayendo carneros”. Entonces, el día sábado regresamos llevando dos carneros, nos los recibieron y nos dijeron: “Se los han llevado a Totos, vayan a Totos y a Huamanga”. Hemos ido a Totos, hemos venido aquí, pero no los hemos encontrado. Desde ese día hasta hoy, no encuentro a mi hijo Eloy ni a mi sobrino Reinaldo. Esto pasó en Pampa Cangallo, en el río que está a una distancia de la ciudad, en el lugar llamado Suka Wayqun. Después, en ese lugar se ha instalado una base militar. Dicen

que el que ha entregado a mi hijo y a mi sobrino estaba con el Servicio de Inteligencia, que venían de Quskaymarka. Después me he quejado a las autoridades de mi pueblo: “¿Por qué razón han entregado a mi hijo?”. Cuando las autoridades han buscado a la persona que ha entregado a mi hijo y a mi sobrino, ya se había escapado a Lima. Era poblador de Pampa Cangallo, actualmente está muerto, al igual que los testigos. Ahora en la Fiscalía me dicen que los haga llamar, pero si ya todos están muertos ¿Ya para qué?, ahora, ¿quién me va responder de la desaparición de mi hijo?

El testigo que vio que estaban obligando a entrar a mi hijo y a mi sobrino al Puesto Policial de Pampa Cangallo, también ha muerto. Ahora me dicen que lleve a ese testigo a la Fiscalía, pero si ya está muerto. En esos tiempos, hablar de estas cosas era peligroso, porque los sinchis mataban y también mataban los que andaban<sup>1)</sup>. En los años de 1983, 1984, 1985 y 1986 había mucho miedo. Ahora estamos muy bien, ya no hay muchas matanzas y desapariciones. Cuando pasó esto, buscaba a mi hijo llorando, después nos hemos mudado aquí a Huamanga. Al llegar aquí, nos alojamos en la casa de mi hermana, en Carmen Alto. La noche del 22 de diciembre de 1984, yo estaba durmiendo con mis sobrinas. Más o menos a las 12 de la noche, entraron a la casa militares y miembros del Servicio de Inteligencia, acompañados de varias personas de mi pueblo, que habían detenido. Estas personas los trajeron a la casa donde estábamos alojados. Todos estaban encapuchados y vestidos de militar, en cambio mis paisanos estaban vestidos de mujer. Al entrar a la casa, uno de ellos dijo: “Señor jefe, allí están los hermanos Calderón”. Entonces les dije a esas personas: “¿Por qué estás entregando a mi hijo? ¿Acaso mi hijo es tu enemigo?” Los miembros del Servicio de Inteligencia me golpearon con sus armas y me taparon con la cama. A mi hijo Sebastián le amarraron las manos con una cadena, le pusieron un pantalón con imperdible y una zapatillita simple que tenía y se lo llevaron. Entonces, mi hijo Celestino dijo: “¿Por qué se están llevando a mi hermano menor?” Le contestaron: “¡Acompaña a tu hermano!”, y también se lo llevaron.

Teníamos dinero porque había vendido todo mi ganado. Lo estábamos guardando en el cajón de una mesa para comprar una casita, era un total de 800 soles. Se llevaron también ese dinero. Igualmente se llevaron la grabadora y la libreta electoral de uno de mis hijos. También sacaron a varios vecinos, todos han desaparecido. Al día siguiente, fui a la Casa Rosada, porque me decían que allí se habían llevado a mis hijos. Pero allí me dijeron que vaya al Puesto Policial. La gente me decía que mis hijos volverían, entonces yo le rogaba a un policía, incluso le daba de comer, porque me decían que mis hijos saldrían. No sé por qué han

---

1) La testimoniante se refiere a los senderistas.

hecho esto, no sé por qué han hecho desaparecer a mi hijo Eloy. Sospecho que los sinchis han pagado a las personas que han entregado a mi hijo. Entonces, esas personas los han entregado a los sinchis haciéndose pasar por una autoridad. En ese entonces no había seguridad, era peligroso, era difícil, había tanta sangre, tanta muerte y llanto.

En cuanto a mis hijos Sebastián y Celestino, también sospecho que se los han llevado por envidia, porque mis hijos eran negociantes de ganado y estaban muy bien con su negocio. Bueno, solo Dios sabe. Yo era una mujer viuda y vivía junto a mis hijos; ellos eran muy tranquilos, siempre hacían sus negocios. Incluso iban a Cangallo con su negocio. Cuando pasó todo esto, al inicio muchas mujeres íbamos individualmente donde el doctor Zósimo Roca y donde Sergio Canchari. Con ellos íbamos a la Fiscalía y a la Prefectura. Así conocí a la señora Angélica, desde entonces andamos juntas. En una oportunidad, fuimos al Cuartel con la señora Angélica. Allí, los militares amenazaban con matarnos y la señora Angélica contestó: “A ver, mátanos a todos”. También los hemos buscado en los huaicos y en los cerros. Un día, hemos ido a Huanta y encontramos 15 cadáveres. También un día hemos ido a Lambras Wayqu y hallamos al hijo del señor Severino, socio de ANFASEP. Su hijo estaba muerto en Lambras Wayqu. Había sido devorado por los perros; su padre lo reconoció y lo trajo para enterrarlo.

Hasta ahora, no sé ni dónde están, ni cómo están mis hijos. Los he buscado en todas partes, no he encontrado ni su ropa, ni sus huesos. Ahora, están exhumando cadáveres en el Cuartel Los Cabitos, allí tampoco los he encontrado, no sé si están vivos o están muertos, ¡no sé! También hemos ido a Lima, junto a las demás socias de ANFASEP, pero nada. Ni cadáveres, ni nada. A veces, mi familia me dice que ya deje ANFASEP, pero no puedo dejar de buscar a mis hijos, por eso sigo hasta hoy. El quince y el treinta de cada mes vengo desde mi pueblo a las reuniones que hacemos en ANFASEP. A veces no tengo dinero para mi pasaje, entonces me presto de alguien, con eso viajo y siempre estoy viniendo aquí a Huamanga. Al inicio, ANFASEP funcionaba en la “Casa del Maestro”. Allí empezó a funcionar el comedor para niños huérfanos. Ahora tenemos local propio, por eso, al llegar de mi pueblo, vengo directo aquí al local, me siento como en mi casa.

Ahora, yo ya no tengo ni animales. La casa que tenía en Pampa Cangallo está derrumbada y abandonada. Estoy viviendo en la puna, allí tengo una chocita, porque en Pampa Cangallo no tengo con quién estar. El único hijo que me queda también vive en la puna, con su esposa y sus hijos. Por eso exijo una reparación. Quizás una casa aquí en Ayacucho. Si tuviera una casa, me quedaría a vivir aquí. Y si me dan dinero, compraría una casa, viviría tranquila y dejaría de sufrir.





## **NATIVIDAD BARZOLA PRADO**

FECHA DE NACIMIENTO	: 14/07/1946
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: CANGALLO
DISTRITO	: PAMPA CANGALLO
ANEXO	: CHICHUCANCHA
NÚMERO DE HIJOS	: SEIS
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1984
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: HIJO, ELOY BARRÓN BARZOLA (28/07/1984)

## ¿POR QUÉ SE LLEVARON COMO LOBOS A MI HIJO?

**Y**o vivía en Barrios Altos, en la ciudad de Ayacucho, con mi hijo Eloy y con mis otros hijos. Desde pequeño hice que Eloy estudiara en el jardín de Vista Alegre, le alentaba: “Tú serás mi apoyo, te haré terminar tus estudios, aunque yo ande sin plata, yo soy una ciega, analfabeta, pero a ti te sacaré profesional”. Con esas palabras, alegremente, educaba a mi hijo. Mi hijo Eloy estudiaba en el colegio San Ramón de Ayacucho. Era el primer alumno, todavía hasta hoy tengo sus diplomas. El 27 de julio de 1984, había desfilado en el parque conformando la escolta de su colegio, desfilaba llevando la bandera. Ese año, era el gobierno del presidente Belaúnde, la gente ya no caminaba por la calle a partir de las 6 de la tarde, porque había toque de queda. Mi hijo dormía en mi casa. El sábado 28, a las dos de la mañana, ocho militares entraron a mi casa, con linternas grandes, alumbraban cada rincón de mi casa. Eran un gordo y cuatro flacos. Otros estaban parados en la puerta. Uno de los cinco agarró a mi esposo y a todos mis hijos, les puso boca abajo y yo, llorando, le dije: “¿A dónde llevas a mi hijo? ¿Qué hizo mi hijo?”, y él me gritó: “Cállate, vieja de mierda”. No pude hablar con mi hijo, lo jalaron. Había una canasta grande donde estaba la ropa de mi hijo. Cuando se lo llevaban lo hice vestir, un pantalón de color azul marino, de corduroy, nuevo, con su hebilla, su chompa de alpaca, con cuello blanco, con su bolsillo de llamita, su polo de color crema, de malla y su zapatilla de cuero color blanco, así vestido se lo llevaron.

Mi hijo dijo: “Jefe, cuál es mi pecado, si ayer nomás yo estuve desfilando” y él contestaba: “Lleva tu libreta”, y le encadenó las manos. Así se lo llevaron de mi casa, de mis brazos. Uno de los militares me dijo: “Mañana volverá, vienes a la Comisaría”. En ese instante, los seguí, cargando a mi hijo Wilber de dos años, pero uno de los militares cerró la puerta. También mi sobrino Alfredo, que era un loquito y que ya murió, me agarró de la espalda, diciéndome: “Tía, no le sigas, a ti también te pueden matar”, yo solo escuchaba la voz de mi hijo y el sonido del carro, mas no lo pude ver. Yo los hubiera seguido si no hubiesen cerrado la

puerta, no podía salir. No supe a dónde se fueron, la calle estaba oscura, se hicieron humo. Esa misma noche también sacaron al hermano de mi vecina, de la señora Agripina Conga Ataucusi, que vivía frente a mi casa. Ella me dijo: “Se han llevado a tu hijo y a mi hermano Amalquino en el carro de los militares, ellos subieron al carro a tu hijo, lo taparon con una frazada y se lo llevaron golpeándolo, yo no miento”. La señora Agripina y yo los buscábamos.

Al día siguiente, fui a la Comisaría y me dijeron: “Nosotros no hemos hecho batida”; fui a la Investigación y me dijeron: “Seguro que se ha ido con su chica”. Volví a mi casa, cargando a mi hijo menor. Al encontrarme con mi vecina dijimos: “Juntas caminaremos y los buscaremos”. El domingo, al amanecer, fuimos al Cuartel, a la Comisaría, a la Investigación, no nos dieron ninguna razón. Entonces, el lunes denuncié la desaparición de mi hijo; esto no es mentira ni un cuento. Se lo llevaron de mis brazos, de mis manos. Después, me enteré que mi hijo estaba en el Cuartel. Fui a reclamar, pero me pidieron testigos. ¿Cómo conseguir un testigo? Si había toque de queda, la gente no caminaba, ni los perros ladraban, hasta los perros se escondían en la cama, los pollos hacían sonidos viendo al cielo de miedo, cuando las balas sonaban.

Ahora me siento mal, preguntando ¿Dónde está mi hijo? ¿Estará vivo? ¿Qué habrá sucedido con mi hijo querido, qué habrá pasado? Si mi hijo estuviera vivo, seguro me ayudaría, estoy segura que sus hermanos menores no llorarían en pueblos ajenos. Como su papá, los hubiera educado, ayudado y hubiera hecho respetar a sus hermanos. Ya hace mucho tiempo que estoy caminando, buscando, ya son 24 años. No sé nada de mi hijo, no tengo noticias. ¿Está vivo o muerto? Ya he envejecido, mis ojos ya no ven, ya las fuerzas no me alcanzan, qué noticia encuentro hoy en día de mi hijo: Nada. Mi hijo era un hombre con fuerza y así se lo llevaron, él no era un manco o ciego, estaba lleno de fuerza y de vida, por eso yo lloro. Nunca olvidaré a mi hijo, mientras esté viva voy a caminar, hasta hacer temblar y romper mi bastón. Cuando yo muera, recién olvidaré a mi hijo, pero mientras esté viva, no voy a olvidar a mi querido hijo; era muy querido por su padre, quiero saber dónde está, qué le pasó. ¿Qué le ha sucedido a mi hijo? Tal vez la tierra se lo tragó o el mar se lo llevó, mientras esté viva quiero tener alguna noticia de él, quiero saber, no sé nada hasta ahora.

En el futuro, no quiero que vuelva el tiempo de la violencia, ¿Para qué? No quiero ver más muertos; que ya no saquen de sus casas a personas inocentes para matarlas. Yo quiero justicia, para eso está la Ley, si cometen algún delito deben castigarlos de acuerdo a la Ley. No a estudiantes inocentes. Sacándolos de sus casas, los mataban como a

perros, los quemaban en los hornos, como carne de chanco, eso no debe hacer el gobierno. El gobierno, como tal, debe gobernar a toda la gente. ¿Por qué soltó a sus soldados? A gente inocente han matado, sin antes ver o preguntar las causas. Ya no quiero que las mamitas sufran como yo, que este pueblo sea tranquilo, ya no vivamos en un charco de sangre, con lágrimas. Queremos que los jóvenes vivan tranquilos, que los niños que nacen crezcan para servir a la patria. ¿Por qué se llevaron como lobos a mi hijo, en la noche, como si fuera una oveja? ¿Por qué no dicen aquí está tu hijo, en la Comisaría o en la Investigación o en el penal, vamos a preguntarle y lo soltaremos?, ¿por qué no dicen eso? Niegan todo estos generales, por qué terminaron matando a los jóvenes. Si lo mataron, ¿por qué no lo ponen en mi puerta para enterrarlo?, así ya no lloraría ni sufriría tanto. Con cariño hice que crezca, ¿es justo que lo mataran? No.

Otros han sido quemados en el horno. ¿Acaso ya no encontraron carne de chanco para que quemaran a humanos? Por eso yo ya no quiero volver atrás, quiero que esté tranquilo nuestro pueblo de Ayacucho. Para el futuro, yo quiero una pensión, porque el hijo al que he criado me hubiera ayudado, no sólo tres años, sino hasta que yo muera. El era un estudiante, el no era un cojo, ni manco, hoy en día sus compañeros de estudio son ingenieros, profesores, e incluso están ayudando a sus padres ahora que son viejos. Así, mi hijo también me hubiera ayudado a mí.





# MAXIMILIANA QUISPE MONTE

FECHA DE NACIMIENTO	: 11/02/19--
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: LA MAR
DISTRITO	: TAMBO
ANEXO	:
NÚMERO DE HIJOS	: TRES
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1990
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, CONSTANTINO SAAVERDRA MUÑOZ (01/10/1990)

## PUEDES ENCONTRAR PLATA, PERO LA VIDA NO...

**Y**o vivía con mi esposo en la casa de mis suegros, en el jirón Libertad, en Ayacucho. Mi esposo era estudiante de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, ya había sustentado su tesis para ser ingeniero agrónomo. Nosotros nos dedicábamos a la agricultura, sembrábamos trigo, papa, maíz; no nos faltaba nada, él estudiaba y yo me dedicaba a la chacra. En Quinua teníamos un terreno, allí sembrábamos trigo. Un día, los comuneros de Quinua le dijeron a mi esposo: "Ingeniero, ayúdanos a sacar maquinaria, nosotros no podemos, por favor, hay que gestionar para sacar maquinaria, porque usted también va a necesitar para voltear su terreno". Entonces, mi esposo aceptó. Yo viajé a Quinua a cortar el trigo, llevando costales, porque mi esposo se quedó con los comuneros. El día lunes por la mañana mi esposo salió de mi casa para ir a CORPAC<sup>1)</sup>, para solicitar el alquiler de maquinarias, como tractores. Ese lugar está a media cuadra del aeropuerto; mi esposo y los señores Gilberto y Plácido habían ido a esa oficina, para gestionar el alquiler. El ingeniero que atendía les recibió los documentos para darles la maquinaria, pero otro ingeniero dijo: "No, así nomás no podemos soltar esta maquinaria, puede haber problema. Hubieras traído todos los papeles firmados por el Presidente de la Comunidad, el teniente de Quinua. Ahora tienes que volver a Quinua y pedir que firmen y sellen, el alcalde y el teniente, para soltar la máquina". Entonces, ellos salieron de la oficina, como a las 10 de la mañana.

Ese día, yo estaba en Quinua haciendo cortar el trigo, él iba a llegar al mediodía a Quinua, no llegó ni por la tarde. Entonces, viajé a Ayacucho llevando trigo. Ya en mi casa, le pregunté a mi hijo dónde estaba su papá y él me respondió: "Mi papá me dijo que iba a CORPAC, para llevar maquinaria a Quinua y que él ya no iba a volver a la casa". "No, tu papá no ha llegado". "No, mamá, mi papá está con los señores Gilberto y Plácido". Yo pensé que los tres estaban tomando. Pero después llegó

---

1) Lugar donde se alquila maquinaria pesada.

la esposa del señor Plácido Juscamayta y me dijo: “Señora, ¿tu esposo?” Respondí: “No sé, señora, yo estoy viniendo de Quinua”. Ella me dijo que su esposo tampoco había vuelto hasta ese momento y me preguntó si conocía la casa del señor Gilberto. Yo le dije que sí y fuimos. Cuando llegamos, igual la esposa del señor Gilberto nos dijo: “Ellos han ido a contratar una máquina, seguro que ya están en Quinua, voy a comunicar a mi familia en Quinua, para saber”. Cuando se comunicó, le contaron que no habían llegado. Ese día, a las 8 de la noche, volví a mi casa y mi familia también me dijo que no habían llegado. Qué habrá pasado, seguramente ha habido batida y lo han recogido, pensaba yo. Fuimos a la Comisaría, a la Policía de Investigaciones, a la 77, preguntando y nadie nos dio razón. El día martes soltaron a Gilberto y a Plácido Juscamayta, en Totorilla, a mediodía, pero no a mi esposo. Fui hasta el Fiscal y él me dijo: “Tiene que pasar 24 horas desde la desaparición”. Pero ya habían pasado 24 horas.

El día miércoles, a las 5 de la mañana, el señor Gilberto y el señor Plácido vinieron a mi casa, y me dijeron: “Señora, siento mucho lo que ha pasado, estábamos con tu esposo y cuando salimos de la oficina de CORPAC, a media cuadra, nos han agarrado los del Servicio de Inteligencia, nos llevaron al Cuartel. Estuvimos detenidos, durante la noche nos han torturado y de día estábamos sin comer. Luego nos soltaron a mí y a Plácido, pero a tu esposo le hicieron quedar”. Yo dije: “Si mi esposo está todavía vivo, ¿por qué no lo han soltado?”. “Los militares nos hicieron firmar y nos amenazaron, para que no te contáramos, mas bien para que te dijéramos que estábamos tomando estos días”.

Yo presenté una denuncia ante la Fiscalía, contando lo sucedido, pero el Fiscal, con más curiosidad, me pidió que trajera a los amigos de mi esposo para que contaran lo que sucedió, pero ellos ya habían viajado a Lima. Ese mismo día le conté eso al Fiscal y él me dijo que fuéramos al Cuartel, porque teníamos una prueba. Al llegar, nos recibió el general y me dijo: “¿Cómo sabes que tu esposo esta aquí?” Yo le dije: “Señor, yo sé que él esta aquí detenido, porque estaba detenido juntamente con sus dos amigos y ellos me contaron que toda su plata y sus cosas, como su reloj y sus dólares, le habían quitado”. “Mentira es lo que tú me dices, me estás difamando” me dijo el general. “Tráeme a esas personas implicadas y así voy a investigar lo que sucedió con tu esposo”. Cuando salimos, el Fiscal me dijo: “Tienes que viajar a Lima y traer a esas personas, para que den su testimonio, así nomás no podemos empezar el proceso”. Entonces, viajé a Lima a buscarlos; encontré a uno de ellos y le dije: “Tenemos que volver a Ayacucho”. Le ofrecí pagar su pasaje, y me dijo: “Yo no puedo volver allá, me van a matar”. Sin embargo, declaró ante el Fiscal en Lima, declaró todo, cómo los habían torturado, cómo habían dejado a mi esposo en el

cuartel y describió la celda donde estaban detenidos. El Fiscal Superior de Lima me mandó un escrito para el Cuartel de Ayacucho.

En ese tiempo, el Capitán era el señor Santa y el General era Noel. Entonces, al llegar al cuartel me recibió el general y me dijo: “¿Sigues buscando a tu esposo?” Yo le dije: “General, usted me pidió una prueba de que mi esposo esta aquí y le traigo un escrito de la declaración de una persona que está en Lima y no quiere venir”. El general me dijo: “Lo siento mucho, hija, yo no te puedo responder, pero yo quiero conversar muchas cosas contigo, quiero que mañana vengas tú sola, no quiero que vengas acompañada del Fiscal, porque yo escuché que tú me estás difamando en el Canal 5, Canal 7, eso no me gusta. Tú me vas a decir quién es su amigo y yo también te voy a colaborar buscando a tu esposo”. Y le dije que mi esposo era educado, que ellos lo conocían, que era el Teniente Alcalde de Quinua, que colaboró donando puntales<sup>1)</sup> al ejército. El me respondió que sí recordaba esa donación y dijo que me iba a ayudar en mi problema, pero que yo me presentara sola, al otro día. Al salir, le conté al Fiscal y él me dijo que también me querían detener. Viajé a Lima, conversé con Pancho Soberón, fui a la Cruz Roja, a la Comisaría y a los amigos de mi esposo, a Javier Diez Canseco y a otros senadores.

El general, en Ayacucho, les respondió que se estaba investigando el caso. Aún yo creía que mi esposo estaba con vida. Un albañil que trabajaba en el Cuartel me confirmó que todavía mi esposo estaba vivo y estaba detenido en un cuarto, con las manos amarradas, vestido solo con una trucita y que se le había acercado y le había preguntado: “Saavedra, ¿qué haces tú acá?” El le respondió: “Dile a mi esposa, por favor, que estoy detenido, no sé que culpa estoy pagando, que vaya a Lima y reclame por mí, porque estoy ciego”. Le dije esto al Fiscal, pidiéndole que me ayude, pero él me pidió el nombre del albañil. El albañil me había dicho que no dijera su nombre, porque podría perder su trabajo o podría ser asesinado por los militares. Nuevamente, le pedí al Fiscal que por favor me ayude, me dijo que pasara 15 días. Entonces, un capitán me preguntó: “¿Saavedra es tu esposo? Yo quiero conversar contigo, en el parque me esperas y vamos a conversar, porque tu esposo sigue adentro”. Esperé en el parque, vino en un carro de los Cabitos, me mostró un papel y me preguntó: “¿Conoces esta firma?” Yo le dije que la firma era de mi esposo y el capitán me dijo que estaba pidiendo plata y me preguntó si tenía. Yo le dije que sí, que tenía mil dólares en la cooperativa; “saca esa plata y danos, a tu esposo lo vamos a soltar”. Dije: “¿A quién voy a dar el dinero?” “Nosotros somos varios, si te conviene, puedes sacar esa plata y traerla”. “Ya, señor, voy a conversar con mi cuñado”, le dije. “¿La plata vale más o la vida de tu

---

1) Tronco fuerte y macizo de los árboles y arbustos.

esposo?, puedes encontrar plata, pero la vida no". Entonces, quedamos en encontrarnos al día siguiente.

Hablé con mi cuñado y él me dijo: "Sí, plata, con el tiempo vamos a encontrar. Él no es cualquier persona, es un profesional, si ellos piden, dales, pero tienen que ser claros, que no te engañen, primero que lo suelten. Dale solo 400 dólares, porque tus hijos son bebés y van a necesitar". Saqué la plata de la cooperativa, ese capitán sabía dónde vivía, justo cuando salía de mi casa ya me estaba esperando en la esquina y me dijo: "Un ratito", me llevó a una tienda a comprar una gaseosa y me dijo: "¿Qué dice tu cuñado?" Yo le dije que tenía la plata pero que quería que me diga cómo iba a soltar a mi esposo, "¿Cómo usted va a soltarlo, en el Cuartel o va a pasar por la Fiscalía?, tiene que decirme la verdad". "No quieren soltarlo, no sé donde quieren mandar a tu esposo, tampoco quieren matarlo; será esta noche o mañana, no se sabe. De repente lo vamos botar en el carro, con la basura, yo ya he sacado a muchas personas, pero tienes que confiar en mí. Yo quiero colaborar". Le di los 400 dólares y él me dijo: "Esto no alcanza, tú tienes más". "Sí, Capitán, yo tengo más, yo te voy a dar, no niego de la plata, pero quisiera que lo suelten primero, después de soltarlo vienes a mi casa y yo te voy a pagar lo que falta. Primero quiero ver a mi esposo". "Pero no pierdas la esperanza, esta noche o mañana en la tarde será, o a la medianoche, va a aparecer en tu casa. Pero que ya no viva aquí en Ayacucho, que se largue".

Yo le creí, confiada volví a mi casa, conversé con mi familia. Estábamos esperando, pasó un día, dos y nada. Fui al Cuartel a buscarlo, porque él me había dicho: "Me haces llamar con los moroquitos, díles llámalo al señor Bobi, ellos me conocen, y allí conversaremos". Le hice llamar y me dijeron que espere un rato. Entraron y luego salieron para decirme que el día anterior ya había viajado, que ya no estaba, que lo habían cambiado a Mazamari. Cuando regresaba a mi casa, subí a un colectivo, llorando. Por coincidencia, un joven también subió y se sentó a mi lado y me preguntó por qué lloraba. Yo le respondí que mi esposo estaba detenido en el Cuartel. Me preguntó su nombre, cuánto tiempo estaba y por qué lo habían detenido. Le dije que habían pasado más de 20 días desde su detención y le conté todo. Me dijo que no le gustaba ver a la gente llorar y que me quería ayudar, también me dijo: "Ven mañana, a las 10 de la mañana, para darte una nota". Antes me preguntó si sabía leer y le dije que un poco, porque me iba a entregar una nota escrita por mi esposo, que tenía que leerla solo en mi casa.

Cuando fui, el joven se acercó de manera disimulada y me dio el mensaje, luego volví a mi casa, para hacer leer la nota con mi hijo y él me dijo: "Mamá, en esta nota, mi papá te pide un favor, que si alguna

persona te pide dinero u otra cosa, tú dale". También decía la nota que durante seis años fue teniente alcalde en Quinua y que por tal razón habían personas que le tenían envidia, que ellos habían dicho que era terrorista. Después de tres días busqué nuevamente al joven y lo encontré en la Av. Mariscal Cáceres, en un carro de morocos<sup>1)</sup>. Él era el chofer y me preguntó a dónde iba y le dije que iba al Cuartel. El me dijo que ahí nos encontraríamos. Llegué al Cuartel, pero él ya estaba saliendo con el mismo carro a otro lugar, se paró un momento para decirme que mi esposo seguía detenido con vida y que dos días después debería ir a la oficina de la Policía de Investigaciones y que posiblemente saldría libre. Fui ese día llevándole comida a ese lugar, vi como trajeron detenidos en una ambulancia, embolsados en costales negros, pero sólo hicieron bajar a dos personas y las llevaron a la oficina de la Policía de Investigaciones. Yo imaginaba que uno de ellos era mi esposo, entré y me preguntaron en la puerta a quién buscaba, les respondí que a mi esposo. Les di su nombre, pero me dijeron que a él no lo habían traído, que debería buscar en el Cuartel, añadiendo que al inicio iban a traer a las tres personas, pero que decidieron traer solo a dos.

Era el mediodía cuando busqué desesperadamente en el Cuartel al joven, al que le decían Rambo, le hice llamar por una persona que luego me respondió que aquel joven había salido a un operativo a Huanta, que volvería esa noche. Regresé a mi casa y le conté todo a mi hijo, él me dijo: "Mamá, ¿el joven te pide dinero?" Nunca me lo había pedido para ayudarme. Luego lo encontré un domingo, en un desfile en la Plaza Mayor de Ayacucho, sólo quería que me responda si mi esposo seguía con vida. El me dijo que todos somos mortales y que no me mentía, además, que mi esposo iba a ser enviado ese día a la oficina de la Policía de Investigaciones para luego salir libre con esas dos personas, pero que lamentablemente llegó una información, no se sabe si de Quinua o de otra parte, para que cambien de decisión, reteniéndolo. También me dijo que fuera a Lima para contarles este caso a mis conocidos y denunciar en la televisión.

Cuando fui al Cuartel, un militar me dijo: "Tu esposo y otros detenidos fueron trasladados a otro Cuartel, el 501, en Lima". Inmediatamente fui a Lima y busqué a mi esposo en aquel Cuartel, me dijeron que estaba retenido como rancharo, fui ese mismo día llevando comida y frutas para que comiera. Caminé casi todo el día buscándolo en el inmenso Cuartel. Uno de los oficiales me preguntó a quién buscaba y si mi esposo era oficial. Le dije que sí porque sólo de esta manera me dejarían entrar. Me dejó entrar diciéndome que allí sólo se encontraban soldados castigados, "perros". Vi como esas personas estaban paradas

---

1) Soldados.

en fila, todo el día sin poderse mover, orinaban en el mismo lugar en que estaban parados, habían algunos militares que los golpeaban. Más tarde salió un general y me preguntó a quién buscaba, le respondí que mi esposo estaba detenido como ellos. “Espera hasta el medio día y nosotros daremos atención, estará acá como uno de esos perros, qué vas a hacer”. Me impresioné y casi llegué a desmayarme viendo tal castigo. Me compadecí de aquellas personas dándole mi fruta a cada uno de ellos. Justo salía un carro fuera del cuartel, al chofer le pedí que me llevara hasta la puerta, me sentía mal, me llevó, luego tomé un carro y me fui, dos días más estuve enferma, busqué a mi esposo con perseverancia pero nunca más le encontré. Gasté todo mi dinero en la búsqueda, de nada me sirvió.

La violencia nos afectó perjudicialmente a mí y a mis hijos. Perdí mi casa, mis bienes, dinero del banco, descuidé a mis hijos. Pero hasta ahora no he encontrado nada, ni siquiera justicia. Hoy en día estamos resentidos, estoy prácticamente enferma, actualmente me dedico a la venta de comida y apenas puedo mantener mi casa y mis hijos. Espero en el futuro que haya justicia, que el gobierno nos indemnice de alguna manera individualmente. No permitamos que el gobierno nos siga engañando, dándonos reparaciones colectivas, ahora está empezando a subir el precio de las cosas. Buscamos la verdad y la justicia.



# ANTONIA RODRÍGUEZ TUPÍA DE ENCISO

FECHA DE NACIMIENTO	: 04/05/1956
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUAMANGA
DISTRITO	: ACOSVINCHOS
ANEXO	: LUCASPATA
NÚMERO DE HIJOS	: NUEVE
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1990
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, MARCELO ENCISO GARCÍA (19/07/1990)

## QUIZÁ VOY A MORIR BUSCANDO A MI ESPOSO

**A**ntes de la violencia vivíamos tranquilos, cultivando en nuestras chacras, teníamos animales. Pero cuando empezó la violencia, ya era peligroso, había problemas, mi esposo no quería meterse en nada, por eso hemos venido a vivir aquí en Ayacucho. Desde el año 1983 vivíamos en Conchopata<sup>1)</sup>. Pero después se ha tranquilizado la violencia, entonces hemos regresado a sembrar en nuestras chacras. Pero, cuando regresamos a mi pueblo, nuevamente empezó este problema. En Lucaspata han quedado algunas personas, mientras nosotros vivíamos en Ayacucho; pienso que esas personas que se quedaron, se han metido en algo. Sin ninguna razón, se llevaron a mi esposo, él era inocente. El solamente había ido a mi pueblo para la cosecha.

Los que han hecho desaparecer a mi esposo son las mismas personas de Huayhuas, de Seccelambras y los ronderos. Los conozco a todos, sé los nombres de cada uno de ellos. Mi esposo estaba en Acocro, ya de regreso para Ayacucho el 19 de julio de 1990. Mi sobrina me dijo que mi esposo estaba en la casa de mi prima en Acocro, era muy temprano, recién se estaba levantando de la cama para venir aquí a Ayacucho. A una distancia de Acocro hay un lugar que le llamamos Kurunya, allí los ronderos habían reunido a mucha gente y les preguntaban por mi esposo. Algunos decían: "Ya se fue para Ayacucho, él vive en Ayacucho", pero alguien dijo: "¡El está aquí, justo ayer le vi!" Entonces los ronderos le dijeron a esta persona: "¡Anda a traerlo!" En aquel entonces, mi sobrina aún era una niña, ahora ya está casada, ella le decía: "Tío no vayas, aunque sea te encierro en esta casa" y él dijo: "Debo ir, tengo que saber por qué me están llamando, voy a saber por qué siempre me están buscando ¡Tengo que saber!" La persona que lo buscó vivía en Huamanccochoa. El le dijo: "Te están llamando los Gavilanes, ¡vamos!", "¿para qué me llaman a mí?", "para que conversen, ¡vamos!"

Entonces se fue a la Capilla que está a una distancia muy cerca de Acocro. Ya cerca del lugar, lo agarraron a patadas y puñetes y lo

---

1) Barrio en la ciudad de Ayacucho.

encerraron en la Capilla. Detrás de él había ido mi prima, pero ya no le dejaban verlo. Me contaron que ese era un día jueves y que ese mismo día se lo llevaron a Patipampa. Todo el día estuvo en Patipampa, al día siguiente, viernes, igualmente estuvo allí. El día sábado los habían llevado nuevamente a Acocro, donde habían detenido a más personas. Entonces, recién en Secceslambras me dejó un recado con mi sobrino, diciéndole: “Nos están llevando a Huayhuas, que no venga tu tía, no quiero que lloren mis hijitos”. El me avisó el sábado por la tarde, yo no sabía qué hacer, aún estaba un poco mal porque recién había dado a luz por cesárea a mi hija Maritza. No podía ir a ningún lado.

Habían detenido a varios, eran mis paisanos. El día domingo, nuevamente estaban en Patipampa y aún seguían allí, en un hueco. Después habían detenido al Alcalde de Acocro, ya eran muchos detenidos. Mi tío Lázaro, que vino de Lima, había ido a Chontaca a ayudar a recoger papa, también le habían detenido. Igualmente, habían detenido a los hermanos y a la esposa del señor Donato Mendoza, de Acocro. Entonces él fue a Patipampa, encontró dos fosas muy grandes y profundas, tapadas con tablas de madera, allí hacían permanecer a los presos cada noche. A los familiares que siguieron a los detenidos, también los detuvieron y los encerraron en otra casa, no les dejaban ver a sus parientes. Al día siguiente, lunes, los ronderos hicieron como que se llevaban a los detenidos a Huayhuas, los familiares fueron por allí, pero en realidad se habían ido por otro camino, nunca los hicieron llegar a Huayhuas. Dónde, qué habrán hecho, esas personas que se los han llevado son los ronderos.

Luego de enterarme, fui casi una semana después, con mi hijo Raúl, cargando a mi hija Maritza, caminaba como en mis sueños. Cuando llegué, unos ronderos nos querían matar. Decían: “Soldados ¡Levántense! ¿Quién ha llamado a esta mujer? ¿A qué ha venido esta mujer? Deténganla y fusílenla ¡Ahora! ¡Concha tu madre, carajo! ¿Quién te ha llamado? ¿Quién ha dicho que vengas?”. Mi hijo Raúl me jalaba llorando y mi hija también lloraba. Estaban mis paisanos, pero no me dejaban conversar con ellos, a ellos también les han llevado, no sé a dónde. El sol ya se estaba ocultando, mi hijo Raúl me decía: “Mamá, vamos, nos van a matar, escapemos aunque sea al barranco” y lloraba. Yo le respondía: “Si nos matan, ¡nos matarán! Esperemos, tienen que entregarnos a tu padre, tenemos que encontrar a tu padre”. El viento corría demasiado, ellos nos botaban, nos decían que vayamos a dormir a una casa.

Allí, a uno de ellos le vi puesto el poncho de mi esposo, su poncho era nuevo, color nogal, con eso estaba puesto. Entonces pensaba: “Seguro que está aquí, por eso se ha puesto el poncho de mi esposo”, pero no podía reclamar por su poncho, me quedé callada por miedo a que me mate. Esa

noche no podía dormir, abrigué a mis hijitos con mi rebozo y permanecí toda la noche despierta. Al día siguiente, ni bien amaneció me dijeron: "Aquí no han traído a tu esposo, ¿quién te ha dicho que nosotros lo hemos traído?". Yo le dije que me habían contado las personas de Patipampa. "¿Quién, cómo se llama? Ahora mismo le vamos a llamar, le vamos a matar. ¿Cómo era? ¿Grande, pequeño?" "No sé cómo era, señor. Era persona, señor", le respondí. Ese día uno de ellos me vigiló casi hasta las 10 de la mañana; después se levantó y se fue. Recién una de mis paisanas se volteó hacia mí y me dijo: "Señora Antonia, mejor vete, a mi esposo también ayer le han llevado, casi moribundo ¿No te has encontrado en el camino? Por eso yo también estoy aquí, presa. Tú conoces Huamanga, sabes cómo conseguir el dinero ¡Vete ya! ¡Vete!"

Entonces le dije a uno de los ronderos: "Señor, dame un pase de seguridad, para que no me hagan nada, me voy", "¡Ya! ¡Ya! ¿A dónde vas?" "Voy a ir a Acocro, de allí me iré a Huamanga, porque yo vivo hace mucho tiempo en Huamanga". Había dos señores de Mayopampa, a ellos le dijeron: "¡Oye! Llévale a esta señora hasta Mayopampa". Entonces le dije: "Yo no puedo ir con desconocidos. Iré hasta Huaychau, hasta donde pueda, después mañana cruzaré a Acocro, de allí me iré a Huamanga". Entonces me dieron un pase de seguridad hasta Huaychau. De Huaychau a mi pueblo Lucaspata, llegué casi al anochecer. Al día siguiente fui hasta Acocro y de allí vine para Huamanga. Así he caminado, pero no he encontrado a mi esposo, lo han hecho desaparecer definitivamente, no sé si se lo han comido, o no sé que habrán hecho, desde ese día hasta hoy no encuentro a mi esposo.

En Patipampa preguntaba a la gente, me decían que se lo han llevado a Huayhuas, voy a Huayhuas me decían: "Ha desaparecido, ha escapado". Yo sé que no ha escapado, sé que ellos lo han matado. Cuando preguntaba, me decían que no lo habían visto. No solamente ha desaparecido mi esposo, ni tampoco las otras cuatro personas únicamente, sino son muchos los que han desaparecido. A mi esposo le han echado la culpa sin motivo. La gente dice que en un inicio, ellos mismos han andado en Sendero, después se convirtieron en ronderos y empezaron a matar a gente inocente. Los verdaderos culpables están vivos, a ellos no les han hecho nada, porque los verdaderos culpables se han pagado entre ellos y se han puesto en libertad. Mi esposo era inocente, pienso que lo han hecho desaparecer por envidia, como mi esposo vivía en Huamanga, quizá han dicho: "¿Cómo él se va ir a Huamanga todo tranquilo?" Entonces, han puesto su nombre en una lista que manejaban, por eso se lo han llevado. Por eso en Huayhuas reclamé diciendo: "Están deteniendo a personas armadas y no les hacen nada. ¿Por qué, a mi esposo que es inocente, le

están haciendo esto? ¿Acaso como ustedes ha caminado matando gente? ¿Dónde, en qué cordillera lo han detenido a mi esposo? A mi esposo lo han sacado de una casa.” Solo me miraban, no me decían nada.

Ese mismo rato he hecho la denuncia, hemos hecho capturar a uno de los comandos. Los que hicimos la denuncia éramos los familiares de los cuatro desaparecidos, o sea, los familiares del Alcalde de Acocro, del señor Donato Mendoza de La Cruz, del señor Eliseo Tineo Yupanqui, del señor Lázaro Paqui Canchari y yo. No sólo capturaron a ese comando, sino a otros más, pero no han confesado, todos se han negado. Mas bien, ahora han capturado nuevamente a uno de ellos, dicen que ése sí está hablando. En esa fecha, estas personas han declarado ante la Fiscalía, estuvieron en la cárcel casi un año y un poco más, en cambio uno de ellos solo estuvo cerca a un año. Los ha sacado uno de los jefes del Comité de Auto Defensa, además, el cuartel les ha garantizado y un capitán los ha apoyado, por eso salieron todos en libertad. El Cuartel apoyaba a los ronderos, porque los ronderos llevaban ganado para que coman.

Ahora sigo en juicio. Sigo caminando en busca de mi esposo. Quizá voy a morir buscando a mi esposo, pero aunque me muera, mis hijos continuarán, ellos van a buscar hasta saber la verdad, hasta encontrarlo. Hoy, uno de los implicados está en la cárcel, él dice: “Efectivamente, los hemos llevado hasta Huayhuas, pero después los ronderos de Huayhuas, qué habrán hecho”. Y los de Huayhuas dicen: “Los de Patipampa, qué habrán hecho”, ahora se echan la culpa entre ellos. En esa misma época me he asociado a ANFASEP, casi una semana después de la desaparición de mi esposo. Me decían que había una Asociación de Desaparecidos, entonces los busqué y me asocié. Allí comían mis hijitos; gracias a la señora Angélica mis hijitos tenían algo para comer. Mientras yo, casi no tenía ganas de comer, a veces me olvidaba de comer, andaba en denuncias, buscando a mi esposo, con mis faldas cayéndose, porque había bajado de peso por tanto andar.

Han pasado más de 17 años, yo sigo caminado en busca de mi esposo, incluso fui hasta la selva. He buscado en toda la selva, en Pichari y otros lugares. En el mismo Patipampa también he buscado, una y otra vez, preguntando a la gente, pero nadie sabía. Durante los primeros cinco años he caminado sola, he denunciado a los responsables, pero nunca han aceptado su culpa. He cuidado a mis hijos, trabajando en lo que pueda y haciendo muchos esfuerzos, por eso ahora me siento un poco mal de salud, por trabajar demasiado. Mis hijos mayores no han estudiado, porque no podíamos gastar sus estudios, ahora las menorcitas están estudiando, pero cómo estarán en el futuro, si les falta ayuda. Cuando llegamos recién a la ciudad, vivíamos en casa ajena, no teníamos casa

propia, teníamos nuestro terrenito, pero andando en esto me he olvidado, ahora el Presidente de ese barrio me está quitando. Sin embargo, he hecho una casita en el mismo terrenito, donde estoy viviendo hasta ahora.

Como consecuencia de la violencia, en mi pueblo ya no tengo ni una casa, porque mi casa también la han quemado, por eso aunque sea llorando estoy aquí, sola tampoco puedo sembrar en la chacra. Tengo que educar a mis hijos, no tengo dinero y tengo que trabajar. Pero me siento mal, siempre estoy enferma, me han operado dos veces, una de la vesícula y otra de un tumor en el estómago. Por eso ya no puedo hacer nada, ahora la vista también me falla, me duele la cabeza y mis oídos ya no escuchan, con todo eso camino como borracha. Ahora estoy solamente en ANFASEP, ahora digo: "Que la ley juzgue a esos malditos". Estoy en la Labor Terapia de ANFASEP, haciendo manualidades. Pero quisiera trabajar, quiero hacer negocio, quisiera trabajar en un puesto, vendiendo algo. Quiero estar sana, si tuviera plata me haría curar en el Hospital, pero no tengo.





# ADELINA GARCÍA MENDOZA

FECHA DE NACIMIENTO	: 30/01/1965
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: VILCASHUAMÁN
DISTRITO	: ACCOMARCA
ANEXO	: WARKAS
NÚMERO DE HIJOS	: DOS
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1983
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, ZÓSIMO TENORIO PRADO (01/12/1983)

## SIEMPRE RECUERDO EL PELIGRO, COMO SI FUESE AYER

**Y**o vivía con mi esposo y mi hija aquí en Huamanga, teníamos un taller de cerrajería, allí trabajaba mi esposo. El nunca salía de mi casa, cuando tenía que comprar materiales, salíamos juntos. Vivíamos tranquilos, felices, sin pensar en el peligro, solamente pensando en nuestro futuro. Mi esposo estudiaba en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, Agronomía. Vivíamos en una casa alquilada en una quinta, ahí teníamos el taller. El primero de diciembre de 1983, a las 12:30 de la noche, cuando estábamos durmiendo en el cuarto, entraron 20 a 25 militares encapuchados a la quinta. En la quinta vivían muchas personas más, pero entraron solamente a buscar a mi esposo. Lo hicieron levantar y se lo querían llevar sin zapatos. Yo me puse a decir por qué se van a llevar a mi esposo, descalzo, sin ropa; uno de los militares me dijo que solamente iban a tomar su manifestación en la Comisaría. “Pero no le van a sacar así, violentamente”, le dije y me puse furiosa, le agarré a mi esposo para que no se lo llevaran y lo hice vestir, no lo quise soltar, “¿por qué a estas horas se lo van a llevar?”, diciendo. Dos militares me agarraron a golpes y me apuntaron con sus armas a la cabeza. Me dijeron que me iban a volar los sesos, porque yo era terruca como mi esposo, por eso se lo estaban llevando, pero en realidad no era así. Yo me había quedado desmayada; cuando reaccioné, estaba en el suelo. Pero ya no estaba mi esposo, solo mi hijita estaba en el suelo, llorando; mi cama y mi ropero estaban volteados.

Muchos vecinos de la quinta vieron cuando sacaban a mi esposo. Salí al patio de la quinta, gritando “¡Auxilio!”, y entonces mi esposo le dijo a Edgar: “Cierra la puerta, cierra la puerta de la calle”. En esa época había toque de queda, desde la 6 de la tarde hasta las 6 de la mañana, nadie podía salir a la calle. Cuando estaba en mi puerta, un señor me dijo: “Ya no llores, ya, porque se han llevado a Zósimo. Yo vi por la ventana que le amarraron las manos y la cabeza con su casaca, lo llevaron hacia abajo”. Lloré toda la noche, no pude dormir. Al día siguiente, me encontré con la señora Angélica, estaba caminando sola. Ella había

perdido a su hijo, se lo habían llevado al cuartel. Un día después fui a la casa de la señora Angélica para hablar de mi esposo, contándole lo que habían sucedido. Ella me dijo: “No creo que le pase cualquier cosa, él es totalmente inocente”. Ese día me calmó. Fui a la Comisaría y un policía me dijo: “Anoche no fueron de esta Comisaría, no salieron”. Insistí. “Por mentirosa, te vamos a detener y meter al calabozo, ¿por qué tienes que mentir?, no hay ningún Zósimo Tenorio aquí”, me gritó. Él me mandó a la Policía Investigaciones y allí, igual, me dijeron que no, que allí no llevaban de inmediato a los detenidos, sino que los dejaban en la Comisaría o el Cuartel y que recién a los 15 días los llevaban ahí. Entonces fui al Cuartel, tampoco me dieron razón. El primer día lo pasé preguntando, el segundo día fui al abogado y presenté una denuncia ante la Fiscalía, donde me dijeron: “no solo el tuyo ha desaparecido, sino muchos esa noche. Dos, tres, cada noche están apareciendo muertos”. Conocí al señor Chuchón y él me dijo: “Yo trabajo en el Cuartel, conozco capitanes y autoridades del Cuartel. Yo te puedo ayudar con el capitán Blanco”. Entonces la señora Angélica y yo lo buscamos; el señor nos presentó al capitán Blanco y él nos dijo que, efectivamente, esa noche había salido, había hecho una redada con miembros del Servicio de Inteligencia, de la Comisaría, de la PIP y del Cuartel. Él comandaba esa redada esa noche. Llorando, le conté lo que había pasado con mi esposo y me dijo: “Yo también, así, estoy corriendo riesgos, señora; así llorará mi familia porque a nosotros, los terrucos también nos pueden matar en cualquier momento, por eso también tengo pena de la gente, si hubiera conocido a tu esposo, señora, no lo hubiera sacado esa noche. No te preocupes, te voy ayudar”. Pero ya por gusto, hasta plata hemos pagado 50 mil soles de oro aquella vez. Una chica también me dijo que había sacado a muchos y que le pague el taxi y la comida, y que le pagara para que saque a mi esposo. Yo acepté porque tenía el dinero para pagar por mi terreno. La chica me presentó también al Capitán Llerena y al Coronel Quiñones, pero me estafaron. El capitán Llerena no quería saber nada, me dijo: “Tu esposo está detenido, lo han golpeado, después de 15 días va a pasar a la PIP, espera”.

Pasaron 15 días y yo esperaba, pero no lo soltaron. Recién ahí nos juntamos con varias señoras en la puerta del doctor Zósimo Rúa Roca, era el abogado que nos ayudaba a todos, a veces no nos cobraba por los documentos que hacía. Él nos dio la idea de juntarnos y andar juntas, con otras señoras. Hicimos una junta pero no teníamos un local propio y nos reuníamos en la Municipalidad, en ese tiempo era alcaldesa la señora Leonor Zamora, hoy finada. No mencionábamos los nombres de la Junta Directiva, por miedo a los militares.

Cuando me dijeron que había muchos muertos en Huatatas, una vez, por ejemplo, fui. En Huatatas había un muerto, bajo un molle. Mi cuñado y yo vimos al muerto, yo estaba cargando a mi hijita. Estaba vestido con camisa celeste y pantalón guindo, se movía, yo pensé que él estaba semi muerto y bajamos rápidamente para ayudarlo; ahí vimos que un perrito chiquito se había metido debajo del muerto y lo estaba jaloneando. Le tiré una piedra pensando que a mi esposo también, por ahí, se lo estarían comiendo los perros. Justo en ese instante, alguien empezó a dispararnos, no sé de dónde estaría vigilando. Me parece que eran del Cuartel, ese disparo no me llegó; por mi costado, por detrás mío, por delante, caían las balas, solo veía chispas en las piedras, yo tenía miedo.

En Infiernillo había cuatro muertos, una chica y tres varones, pero en la televisión dijeron que eran nueve muertos, tenían las caras totalmente desfiguradas, no se podían reconocer. Yo busqué a mi esposo, tenía una cicatriz en el pie. Esto me ha afectado totalmente, económicamente y psicológicamente. Antes, mi esposo no quería que yo trabaje, él tenía un taller y mantenía a la familia, el taller nos daba nuestros mayores ingresos. El no quería que yo trabaje, por mi hijita, ella aún era bebe, por eso yo no sabía hacer nada y he sufrido bastante, porque mi hijita no me dejaba trabajar.

Siempre recuerdo el peligro, como si fuese ayer. Ahora yo digo que nos han quitado un proyecto de vida, a mí y a mi hija. Ahora, yo maldigo a los que se han llevado a mi esposo, a los militares, tengo un rencor, un odio hacia ellos. Ahora viajo a la chacra y traigo cereales, vendo eso y así sostengo mi hogar, mi hija trabaja para poder sacar su título y también para ayudarme un poco. En estos momentos estoy en ANFASEP, porque me han dado trabajo en la venta de artesanía, en la tienda de ANFASEP. Ahora ya no quisiéramos que vuelva el peligro, a veces escuchamos sobre los peligros que hay en la selva. Tenemos que trabajar, tenemos que luchar nosotros también, como Asociación aquí en ANFASEP, para que no vuelva a repetirse. Pedir al gobierno para que pueda ayudar a todas las víctimas, en la ciudad y en el campo. Para el futuro, quiero que el gobierno de más prioridad al campo y a las personas afectadas. El terrorismo apareció por el olvido del gobierno. Los más humildes hemos pagado, los que tienen plata han escapado. También pediría justicia y reparación, y que los culpables sean sentenciados. Nosotros hemos pedido al gobierno para que funcione la CVR. Yo pediría una reparación económica para las víctimas, en la asociación ANFASEP necesitan justicia y una reparación económica.





# ELENA GONZALES CHINQUILLO

FECHA DE NACIMIENTO : 13/08/1958  
REGIÓN : AYACUCHO  
PROVINCIA : VÍCTOR FAJARDO  
DISTRITO : VILCANCHOS  
NÚMERO DE HIJOS : CINCO  
AÑO DE INGRESO A ANFASEP : 1998  
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO : ESPOSO, MARCIANO CLAUDIO  
CHOQUI (29/04/1983)  
PADRE, MARTÍN ARCADIO  
GONZALES ROJAS (27/10/1983)  
MADRE, JULIA CHINQUILLO  
MIRANDA (27/10/1983)  
HERMANO, SANTIAGO GONZALES  
CHINQUILLO (27/10/1983)

## QUIERO ENCONTRAR LOS CUERPOS DE MIS DESAPARECIDOS, PARA DARLES UN ENTIERRO DIGNO

**M**i papá era de Espite y mi mamá de Vilcanchos. Yo nací en el pueblo de mi mamá. Más tarde, mis padres se fueron a vivir a Espite. Cuando tuve mi familia, me fui a vivir con mis esposo y mis hijos aún pequeñitos - Wilber, Mérida y Crístian - a la comunidad San Jacinto, del centro poblado de Espite, distrito de Vilcanchos. Tenía una tienda comercial llenecita y no faltaba nada, ropa, abarrotes, herramientas de trabajo y alcohol. En 1980 se terminó de construir la carretera a Paras, así que tuve mi puesto de venta en la feria de ese lugar. Aprendí a comerciar en las ferias y nuestro negocio crecía; vivíamos sin problemas, con nuestros animalitos y sembrando cereales y tubérculos en nuestras chacras. Llegaba la fiesta patronal en el mes de junio, San Pedro y San Pablo, luego la Virgen Candelaria el dos de febrero y la alegría duraba una semana. Se hacía el pago a los cerros y luego, con el permiso de los santos patronos festejábamos a nuestros animales los días de agosto, colocándoles cintas en sus orejas. Nos vestíamos muy alegres, con colores vivos, color rosado, guindo, rojo y los varones con sus ponchos de color nogal y vicuña.

Antes de la llegada de los senderistas, los que saben mirar el rostro de los santos y santas de la iglesia, decían que el rostro de los santos mostraba algo de tristeza y poca alegría, decían que algo pasaría.

El dos de febrero de 1983, en la fiesta patronal de la Virgen Candelaria, aparecieron dos personas desconocidas con sus capuchas y sus armas en Espite. Yo no di importancia, dije "¿quiénes serán?" y atendía mi negocio, luego desaparecieron y decían que habían entrado varios. Ya en el mes de marzo se escuchaba que estaban apareciendo muchos desconocidos en el pueblo de Paras.

Después llegaron a San Jacinto. Una noche, al costado de mi casa, mataron un perro y dejaron escrito: "Así morirán los soplones". Cuando fui a la feria de Paras, habían llegado militares, caminaban bien armados y yo me preguntaba quiénes serían. Un día, no recuerdo la fecha, los

desconocidos llegaron a Espite, pero antes habían saqueado la tienda del Sr. Crisanto Quispe y por eso se decía que estaban merodeando ladrones.

En marzo de 1983 llegaron a San Jacinto cinco hombres y dos mujeres que llevaban capuchas. Entraron a mi tienda, han pedido apoyo a mi esposo y les dimos víveres. Luego, hicieron cerrar la tienda y reunieron a todo el pueblo en la escuela, allí dijeron: "Vamos a castigar a los que no hacen caso, a los que no escuchan". Luego, escogieron a los jóvenes y les dijeron: "Con ustedes vamos a trabajar". Estuvieron casi una semana en San Jacinto. Como era Semana Santa, me fui a Huamanga y a mi retorno había noticias de que los desconocidos habían matado a mucha gente en Lucanamarca, eso habría sucedido el día 3 de abril de 1983. Luego, los días 4 y 5 de abril, la gente de Lucanamarca había entrado a las punas de Espite y se habían llevado a la gente de sus chozas. Los desaparecieron a casi todos. De ellos, solo vive don Fabián Vega. Los militares se llevaron a Fabián en un helicóptero. El día 9 de abril aparecieron 3 helicópteros rojos y nos rodearon. Ahí traían a nuestro paisano. Han bombardeado los cerros, montes, quebradas. En el cerro Oqulla, un helicóptero dejó a más de 20 militares y policías bien armados. Llegaron al pueblo caminando por Pisqupata. Fabián iba con ellos, cargando el equipo de comunicación.

Pero ese día la gente, con mucho miedo, se había escapado. También mi esposo se había retirado. Yo, que tenía seis meses de gestación, me quedé en la tienda. Los militares, al llegar, me preguntaron por mi esposo. Decían que éramos terroristas. Me hicieron arrodillar, me apuntaron con un arma y me pusieron una honda alrededor del cuello, "te vamos a ahorcar si no avisas", diciendo, "¿dónde están los terroristas?" Entraron a mi casa, hicieron todo lo que querían, se tomaron gaseosas, cervezas, se comieron galletas. Nos obligaron a preparar caldo y se fueron a otras casas, destrozando puertas, saqueando casas. Preparamos comida con mi paisano Fabián. Saqué la olla grande, recados de la tienda. Él buscó seis gallinas, las desplumamos rápidamente e hicimos el caldo. Regresaron como a las 8 de la noche y comieron el caldo. Vieron la leche que tenía y me dijeron que también prepare la leche, pero les dije que estaba malograda. Mi paisano trajo frazadas para que duerman, pero toda la noche se tomaban mis licores, mis cervezas, yo no podía dormir, estuve sentadita junto con mis hijitos en mi cocina, llena de miedo. Empezamos a cocinar a las dos de la mañana y así comieron como a las cuatro de la mañana y a las seis se fueron hacia Paras. Uno de ellos, ya viejo, cuando yo lloraba al ver mi tienda, me ha dicho: "señora, no llores, nosotros también venimos mandados". Llegando a Paras, asesinaron a don Virgilio Huarancca, a Estilo Ayala, a don Patrocinio y luego se fueron hacia Huamanga.

Antes, una noche, Sendero había matado a dos varones y a una mujer por no asistir a la reunión, a Isabel Vega, Plácido Gutiérrez, Serapio Arango. Ya después llegaron los militares.

A mi esposo lo mataron el 29 de abril de 1983. Seguramente estábamos “marcados” porque habíamos atendido a los senderistas y también a los militares. Ese día, mi esposo había bebido y estaba descansando. Al levantarse vio que, en el campo deportivo, los jóvenes estaban jugando. Como era pelotero, se fue para allá. Pero no regresó. A las seis de la tarde, el sol ya estaba amarillo y no volvía. A las nueve fui a buscarlo, pensando que estaría tomando. Pregunté a un grupo de muchachos si lo habían visto, pero me dijeron que no. Lo busqué con mi linterna de mano, regresé a mi casa, me senté un ratito y luego me fui a la casa de mis padres, como a las tres de la mañana. Volví a mi casa con mi papá y a eso de las cuatro y media de la mañana miró su coquita me dijo: “ya no está tu esposo, ya no hay”. Después, mi papá encontró sangre en un huayco y siguiendo la huella encontró a mi esposo, muerto, botado en el río. Lloramos y pedí ayuda a los comuneros que nos ayuden a recogerlo, pero no querían porque había mucho miedo. A mi esposo lo mataron ahorcándolo con su poncho. Recogimos su cadáver el 30 de abril por la noche y lo enterramos en el cementerio. Al quinto día lavé su ropa.

Como me decía la gente que también podían desaparecerme, dejé a uno de mis hijitos con mis papás y me fui a Ayacucho. Eso fue el 15 de mayo. En Ayacucho nació mi hijita Marlene. En agosto me enteré que los militares de Paras habían saqueado mi casa y se habían llevado la mercadería. Cuando fui a Paras a reclamar mi mercadería, el teniente que se hacía llamar “Puma” me detuvo dos días y mató a mi perrito de dos balazos.

La noche del 27 de octubre de 1983, los militares de la Base de Totos se llevaron a mi papá, a mi mamá y a mi hermano. Se llevaron con ellos a mis tíos Tomás Claudio Valdez y Marino Ramos Tudelano y a las dos profesoras del centro poblado de San Jacinto. Las profesoras salieron después. Una vez me encontré con una de ellas y, al preguntarle, me contó: “Luego de hacernos llegar, nos encerraron a cada uno en cuartos separados y ahí les dejé a tus padres, en Totos”.

Volví a Espite, recogí a mi hijo, a mis hermanitas Nery y Epifanía, pero no pude llevarme mis animalitos. Regalé algunos. En Huamanga caminaba y preguntaba. Los familiares de desaparecidos nos reconocíamos porque vestíamos de negro. Puse una denuncia en la Fiscalía. En el parque había mucha gente que buscaba a sus familiares y alguien me dijo que en el Concejo se estaban reuniendo los que perdieron a sus familiares. Cuando fui, había mucha gente. La señora Angélica decía: “Pueden traer

la foto de sus familiares, con sus fotos, para exigir que busquen". Yo no tenía las fotos de mis padres, eso habrá sido en enero de 1984. A más reuniones no podía asistir, pues tenía que trabajar para vivir, me iba a las cosechas para traer papitas, maicitos, habitas. Ya después, mi paisana la señora Julia Mendoza me preguntó por qué no me preocupaba por mis familiares, me contó que otros se estaban organizando. Me llevó al local de ANFASEP, eso habrá sido en 1998. Ya después tuve permanencia con ANFASEP, allí encontraba distracción, se iba mi preocupación y mejoraba mi castellano, porque siempre estuvimos en reuniones y luego me eligieron su presidenta y trabajé para el bien de nuestra institución.

Exijo justicia, quiero encontrar el cuerpo de mis desaparecidos, para darles el entierro digno y olvidarme, pues ahora no puedo olvidar. La justicia debe llegar, hasta cuándo vamos a esperar. Solo en mis sueños mi mamá me dice: "hija, ya no llores, ya me llevaron a Lima, ya no llores".



## EUDOSIA CONDE HUAMANÍ

FECHA DE NACIMIENTO	: 02/11/1960
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: CANGALLO
DISTRITO	: CHUSCHI
ANEXO	: CANCHA CANCHA
NÚMERO DE HIJOS	: TRES
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1983
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, ALEJANDRO QUISPE ACHAS (27/10/1983)

## DESDE AQUEL ENTONCES PERDÍ LOS RETOS DE MI ESPOSO Y HASTA AHORA LO SIGO BUSCANDO

**S**oy de Cancha Cancha. Antes de que lleguen los terroristas, vivíamos tranquilos con mis padres. Ya después me casé, muy jovencita, tenía 15 años y mi esposo, Alejandro Quispe, 18. Luego nos fuimos a La Oroya y ahí vivíamos tranquilos. Cuando nos comunicaron el fallecimiento de mi suegro, volvimos a mi pueblo. Mi esposo empezó a trabajar como telefonista, sembrábamos la chacra y cuidábamos nuestro ganado. Después escuchamos lo que pasó en Chuschi y no sabíamos nada de terroristas, la gente decía que eran ladrones que hacía reventar bombas en los cerros.

Una mañana de julio de 1983, llegaron unos desconocidos a Cancha Cancha, mientras estábamos en nuestra choza de la puna, con los animales. Preguntaron por mi esposo y, al no encontrarlo, obligaron a mi hermanito Máximo, de 8 años, a darles la llave de la oficina telefónica. Entraron y destrozaron todo. Antes de retirarse, dejaron en la puerta un dibujo, era un perro con la cabeza cortada, lleno de sangre, y un escrito: “así van a morir los chupamedias de los militares”. Por eso pensábamos en irnos a Ayacucho, a La Oroya o a Lima.

Pero en agosto de 1983 llegaron desconocidos que parecían ser de Chuschi y de Pampa Cangallo. Nos reunieron en la plaza y nos decían: “Estamos buscando a los ladrones, adúlteros, a los asesinos, a los borrachos”. Ahí buscaron a mi esposo, preguntando por el telefonista, se lo llevaron detenido al medio de la plaza, junto con Ernesto Cayllahua quien era tinterillo y un loquito borrachito. Les amarraron de las manos y les hicieron arrodillar en medio de la plaza. Yo lloraba, con mis tres hijitos. Mi José solo tenía año y medio, mi Magno tres añitos y mi Eduardo tenía cinco añitos, pensaba que los iban matar. Los terroristas dijeron: “Levanten la mano para matar a estos miserables”, pero nadie lo hizo. Yo seguía llorando, sin saber qué hacer y don Tomás Tineo, que era un pastor evangélico, me decía: “Pide a nuestro señor, nos puede ayudar”. Entonces tomé valor, como ayudado por nuestro señor divino, cargué a mi último hijito, al otrito lo puse en mi brazo y jalando al mayorcito entré a la plaza, pedí apoyo a nuestro señor Jesucristo y les dije a los terroristas: “¿Por qué nos vas a matar, si Dios quiere mátennos a todos, primero a mis hijitos luego a mí y después a mi esposo, qué culpa tenemos nosotros para

que nos maten”, y me agarré de mi esposo. Luego trajeron a la señora Victoria Asto, diciendo que era chismosa y le tiraron treinta chicotes y le cortaron sus cabellos como raspándole carne, solo dejaron una de sus trenzas y estuvo llena de sangre que le goteaba. Luego empezaron a castigar a don Ernesto, cien chicotazos, el pobrecito ya estaba como nuestro señor Jesucristo, le sangraba la espalda, después le cortaron el cabello y sangraba. Después dijeron que el telefonista debía recibir cincuenta chicotes y empezaron a castigarlo. Me agarré de él, trataba de protegerlo, hasta que lo dejaron de castigar. Luego, se fueron, llevándose sus banderas rojas.

Tres días después, mi esposo se fue a Ayacucho. Yo me quedé un tiempo y después viajé también. Vivíamos en Sector Miraflores. Mi esposo trabajaba en CORFA, como maestro de construcción. Después, mi compadre don Cirilo Gonzales, que era profesor, nos dijo que había una oportunidad para ser profesor y nos ayudó a sacar una resolución. En agosto de 1983, mi esposo empezó a trabajar como profesor en la comunidad de Satica, que pertenece a Cangallo, y vivíamos en una casita. Después llegó el otro profesor, Edgar Palomino, y trabajaban los dos. Había miedo, se escuchaba de los senderistas y se hablaba que llegarían los militares a las comunidades. Yo le decía a mi esposo que mejor deje de trabajar, pero mi esposo decía que si llegaban los militares los iban a proteger, porque “son del Estado y nosotros somos del Estado”.

En octubre de ese mismo año, mi esposo me dice: “anda, hija, a sembrar a nuestra chacra para ayudarnos, no sabemos todavía cuándo van a pagarme, ya nos encontraremos el día de tu cumpleaños el dos de noviembre”. Nos separamos y, cuando llegué a mi pueblo, supe que otra vez habían entrado los senderistas y habían asesinado a mis familiares, a don Indalecio Conde, Cirilo Achas, Albino Tacuri, Jesús Flavio y Mariano Conde. Sembré en mis chacras con mucho miedo y luego viajé un día viernes llevando un chanchito para Ayacucho, ya estando en mi casa, esperaba que llegue mi esposo, pero no llegaba. Al día siguiente, por la noche, fui a preguntar a mi madrina Gregoria Valdez, ella me contó que los militares habían recogido a hombres y mujeres de Satica y de otros pueblos y los habían traído para Ayacucho. Al día siguiente, que era un domingo, fui en busca de mi esposo y me encontré con los comuneros de Satica en el Parque Sucre; les pregunté por mi esposo y me dijeron que a toditos los habían traído. Fuimos al Cuartel Cabitos, a la Comisaría, a la Fiscalía y no lo encontramos. Fue ahí que conocí a mama Angélica y muchas mujeres buscamos a nuestros familiares, después se formó ANFASEP. La detención y la muerte de mi esposo ha sido el día 27 de octubre de 1983, junto a 13 personas de la comunidad de Satica. En aquel

entonces él tenía 27 años y yo me quedé viuda a los 23 años. Después de buscar en Huamanga me fui a Cangallo. Mi padrino estaba de cumpleaños, llamó a su amigo militar y le suplicamos que nos ayudara a encontrar a mi esposo, solo nos dijo que los soldados habían matado a terroristas en los cerros. No quiso hablar más y se fue.

Indagando, escuché que los soldados se habrían llevado a mi esposo junto a los 13 comuneros, entre ellos Alejandro Arango, Quintín Flores, Edgar Palomino, Maxi Carrasco, Candelario y otros, a quienes los llevaron a la cueva de Tocctomachay, muy cerca de la carretera y antes de matarlos los habrían torturado. Por la noche, cuando los militares se fueron, los familiares recogieron los cuerpos para enterrarlos en Satica. El cuerpo de mi esposo, el del profesor Edgar y el de un comunero los habrían dejado en la misma cueva de Tocctomachay. Sabiendo esto, buscaba la forma de llegar y recoger a mi esposo, pero siempre vigilaban los militares y había mucho miedo. Mis compadres Santos Huarancca y mi comadre Maruja tenían un carro y, como sabían el lugar donde estaba muerto mi esposo, al momento que pasaban se habían decidido a llegar al sitio porque no había nadie y encontraron el cuerpo de mi esposo. Yo llegué al lugar junto a mi hijito, encontré el cuerpo de mi esposo, tenía intacta la cabeza, pero parte del cuerpo ya había sido comido por los animales y aves de la zona. Pedí ayuda para recogerlo y llevármelo pero nadie me ayudó y todos me dejaron, pues podrían venir los militares y me quede solo con mi primo Lucio Conde. Nos escapamos a Huamanga. Había encontrado a mi esposo después de un mes de búsqueda en esa cueva. Yo había puesto el hecho en conocimiento del Fiscal, pero no me han ayudado a recoger sus restos, me hicieron comprar gasolina y no han ido. Me dijeron “capaz ha sido terruco”. Después de tres días regresamos con la familia del profesor Edgar, pero ahí estaban los militares y no pudimos llegar, ya en Minas Cucho esperamos que anochezca y rogamos a un volquetero para que nos ayude a recoger los restos. Cuando llegamos al sitio ya no encontramos los restos, solo recogimos su ropita, su pantalón, su casaca, nada más. Desde aquel entonces perdí el rastro. Me dijeron que los trabajadores de transportes los habían enterrado al ver que los restos de mi esposo estaban siendo devorados por perros y aves de carroña, pero no sé por dónde lo habrían enterrado, no encuentro sus restos. Pero en mis sueños me dice: “estoy desnudo, ahí en el mismo sitio, ¿por qué no me ves?”

He estado en ANFASEP, pero tenía que trabajar para educar y mantener a mis hijos y de vez en cuando asistía, ya después de la CVR iba con frecuencia, luego he sido parte de la Junta Directiva como tesorera. Siempre estamos buscando justicia y reparación digna.





# ROSA CUBA GÓMEZ

FECHA DE NACIMIENTO : 23/09/1973  
REGIÓN : AYACUCHO  
PROVINCIA : CANGALLO  
DISTRITO : PAMPA CANGALLO  
NÚMERO DE HIJOS : CUATRO  
AÑO DE INGRESO A ANFASEP : 2012  
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO : PADRE, TEODORO CUBA HUAMÁN  
(13/03/1985).  
Tío, VÍCTOR ARANGO DE LA CRUZ  
(13/03/1985)

## MI MADRE ME HIZO PROMETER A FIN DE SEGUIR BUSCANDO A MI PADRE

**M**i madre, Marina Gómez Arango, fue socia de ANFASEP hasta que falleció, en el 2013. Me hizo prometer que me incorporaría a ANFASEP para seguir buscando a mi padre.

Mi padre se dedicaba a amansar caballos y fabricaba takllas para arar la tierra. Todos nos dedicábamos a la agricultura, sembrando cebada, trigo, maíz, entre otros, en nuestra chacra de la comunidad de Unión Paccha, del distrito de Vinchos. Vivíamos con mis padres Teodoro Cuba Huamán, Marina Gómez Arango y mis hermanos, Eusebia, que en 1985 tenía diez años, Fortunato de ocho, Isaías de cuatro y Rae, de dos. Yo tenía doce años y mi hermana mayor, Emilia, tenía quince. Ella trabajaba en un restaurante en Toccto.

Para cuando sucedió lo que voy a contar, ya habían fallecidos varias personas, uno de ellos era el padrino de matrimonio de mis padres, él fue quemado por los militares en la comunidad de Allpachaca, en 1984.

La tarde del 12 de mayo de 1985, dos señoras que vendían duraznos y panes se alojaron en nuestra casa en Unión Paccha. Ellas nos comentaron que en la comunidad de Rosas Pata se habían reunido los ronderos y los militares, todos armados y que estaban planeando algo. Pasada la medianoche del 13 de mayo de 1985, mientras todos dormíamos, se escuchó mucho ruido. Despertamos y al poco rato entró un grupo de sinchis y ronderos, eran ocho encapuchados, unos de uniforme y otros de civil. Agarraron a mi padre, lo sacaron de la casa y le pidieron sus documentos, mientras a nosotros nos vigilaban dos sinchis. Nos decían: “¡carajo! dejen de llorar o los mató”. A mi madre, que exigía saber a dónde se llevaban a mi padre la amenazaron con una pistola, apuntándole en la frente. Ellos se llevaron a mi padre, Teodoro Cuba Huamán, y a mi tío, Víctor Arango de la Cruz, al que sacaron de su casa, cerca de la nuestra. Mi madre, cargando a mi hermanito menor y yo, salimos y seguimos a los militares para ver a dónde llevaban a mi padre. Pero, en eso, un rondero empujó a mi madre a un pozo que había por ahí.

Se los llevaron con dirección a la base militar de Putaqa. Más arriba escuchamos la voz de mi padre: “señor, ¿a dónde me llevan?, por favor, no me peguen, ¿a dónde me están llevando?” Al día siguiente, mi madre y mi tía, Lucia Alarcón Huamán, esposa de mi tío Víctor Arango, se fueron a buscar a los detenidos a la base militar de Putaqa. En el camino se encontraron con comuneros de la zona, que regresaban montados a caballo y mareados. A ellos les preguntaron sobre sus esposos y estos les insultaron, les dijeron que ellos no sabían nada y que no habían traído a nadie. Mi madre y mi tía, por temor, solamente preguntaron en el poblado y alrededores y no llegaron a la base militar, por temor a que algo les pudiese pasar. Algunos comuneros de Putaqa les dijeron que vayan a Casacancha. El 25 de marzo de 1985, mi madre denunció lo ocurrido en Huamanga.

Al cabo de unos días, los ronderos hicieron llamar a mi madre y mi tía para que vayan a Ingahuasi, allí los comuneros les dijeron: “¿por qué han denunciado?, vamos a tener reunión en Rosaspata y tienen que venir”. En Rosaspata encontraron comuneros de distintos lugares como Manzanayoc, Putaqa, Ccochapampa, Ingahuasi y Millpo. Amenazaron con matarla, pero ante sus ruegos la dejaron ir. Mi madre estaba convencida de que fueron los ronderos de esas comunidades, conjuntamente con los militares, los que detuvieron y desaparecieron a mi padre.

Mi madre regresó a mi pueblo y día a día se la pasaba llorando en mi casa, rezando a diario con sus siete hijos, nosotros también aprendimos a rezar. Era muy triste, teníamos miedo, temblábamos cuando veíamos hombres montados en caballo, nuestros dientecitos chocaban, éramos niños. Ella siempre indagaba por el paradero de mi padre, pero nunca nadie nos dio información. Luego, empezó a vender sus animalitos y nos fuimos a Huamanga, al terreno de mi abuelita. Los seis hermanitos nos quedábamos en la ciudad y mi madre regresaba a mi pueblo, a cosechar sus productos para poder alimentarnos.

Las mayores empezamos a trabajar en restaurantes y otros negocios, para ayudar a nuestra mamá. Así mantuvimos a los menores, ellos también, a medida que crecían, trabajaban en lo que podían. Mi madre atendía partos y curaba del ñati y del susto, con eso nos mantenía.

Yo quisiera alcanzar justicia, que paguen los que han desaparecido a mi padre. A veces extrañamos a mi padre, no hay a quién abrazar en el Día del Padre, en su cumpleaños.

En una oportunidad, cuando construían la obra del Río Cachi, por la zona de Alpachaca, un volquete que llevaba materiales se volteó y un trabajador quedó muy grave. Este mandó llamar a mi madre, al Hospital. Ella fue y el trabajador, con mucha dificultad, le pidió que le perdona

por haberle hecho daño. Luego empezó a decir: “a tu esposo...”, pero no terminó de hablar, se murió. Seguramente habría querido decirle qué le hicieron a mi padre y dónde está su cadáver. Mi madre me contaba eso y lloraba. Antes de fallecer me dijo: “Rosa, prométeme que vas a ir a ANFASEP, no lo dejes, trata de encontrar a tu padre, como sea, y juntas sus huesos con mis restos”. Por eso yo me incorporé a ANFASEP, para cumplir con ella. El caso de mi padre está archivado provisionalmente en la Fiscalía, voy a retomar la investigación.

Todos mis hermanos han quedado afectados, son bien tímidos, siempre están con miedo, las mujeres no logramos terminar la secundaria, muy pronto nos comprometimos y tuvimos pareja, en mi caso a los 17 años de edad. Mi madre, al poco tiempo de llegar a Ayacucho, se incorporó a ANFASEP y acompañó en todas sus luchas hasta que murió el 23 de febrero del 2013. Yo, en su reemplazo, me incorporé como socia de ANFASEP.

Es mucho el sufrimiento que soportamos con mis hermanos. No había qué comer, nuestra comida era solo sopa y muy pocas veces comíamos algo bueno, recordar es bastante doloroso. Para contar mi historia he pedido a Dios que me dé valor, porque es bastante doloroso, yo no quisiera que se repita esto.





## SIVIRINA AUQUI CUBA

FECHA DE NACIMIENTO	: 20/05/1934
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUAMANGA
DISTRITO	: AYACUCHO
NÚMERO DE HIJOS	: NUEVE
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1983
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: Hijos, FIDEL MENDOZA AUQUI (19/09/1983) LEONARDO MENDOZA AUQUI (01/11/1984)

## AL NO ENCONTRAR CONSUELO ENCONTRÉ PERSONAS COMO YO Y COMENCÉ A CAMINAR CON ELLOS

**V**ivíamos en la comunidad de Andamarca, del distrito de Ayacucho, con mis hijos y mi esposo. Mi familia se dedicaba a la agricultura y a la artesanía, tejíamos mantas para vender en el mercado. Así nos manteníamos y educábamos a nuestros hijos.

Era como la medianoche del 19 de septiembre de 1983. Estábamos durmiendo todos cuando un grupo de ocho o diez militares, todos fuertemente armados, entró a los cuartos. Nos despertaron a todos. Ahí fue que detuvieron a mi hijo, Fidel Mendoza Auqui. Le pusieron la boca en el suelo, lo golpearon mucho mientras le preguntaban por armas y dinamita. Le decían: “dónde están las armas, donde están las dinamitas”, revisaron toda la casa. Mi esposo, mis otros hijos y yo no queríamos que se lo lleven, pero los militares nos arrinconaron y nos amenazaron con sus armas, no pudimos hacer nada. No encontraron nada en la casa, pero igual se lo llevaron, a pie, hasta la carretera. Ahí estaban sus carros. Los subieron a uno de ellos y se lo llevaron hacia la ciudad.

Los que detuvieron a mi hijo Fidel eran soldados del ejército, por el uniforme, las capuchas y las armas que utilizaban. Cuando los carros se retiraron, mi esposo y yo tratamos de seguirlos pero no pudimos alcanzarlos. Entonces, fuimos a la Comisaría, en el Jr. 28 de Julio para preguntar si ahí lo habían llevado. Nos dijeron que no, así que nos fuimos al Cuartel Los Cabitos, sin que nos dieran razón. También presentamos denuncias en varios lugares, también la Fiscalía, pero hasta la fecha no hemos recibido ninguna respuesta. Mi hijo Fidel tenía 26 años de edad, era soltero y sin hijos, se dedicaba al tejido de artesanía.

Al año siguiente, mi otro hijo, que se llamaba Leonardo Mendoza Auqui, también fue detenido por los militares y hasta hoy día no ha aparecido. Ninguno de mis hijos, ni Fidel ni Leonardo, tenía antecedentes de nada, eran de su casa y los dos trabajaban en la artesanía, no tenían vicios.

En mi desesperación, he ido a diferentes lugares, buscando a mi hijo Fidel. Como no encontraba apoyo ni consuelo, ubiqué a personas como yo que, igualmente, buscaban a sus familiares. Comencé a caminar con ellos, en la búsqueda de nuestros familiares, ahí fue que conocí a Angélica Mendoza y otras personas más. Organizamos nuestra Asociación a finales de 1983 y desde aquella fecha no he parado de buscar a mis dos hijos. Mi esposo, Román Mendoza, también acompañó a la organización cuando yo estaba enferma, el me reemplazaba y participaba en mi lugar, hasta que la muerte se lo llevó, sin haber alcanzado la verdad, la justicia y una reparación digna.



# MARGARITA ALVÍTES OCHOA

FECHA DE NACIMIENTO	: 22/02/1937
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUAMANGA
DISTRITO	: SAN ANTONIO DE SAPI
NÚMERO DE HIJOS	: TRES
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1985
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, ALBINO FLORES CASTÁN (07/02/85) HIJO, ANTONIO FLORES ALVÍTES (08/02/1985)

## TAL VEZ ME HUBIERA DICHO “ADIÓS MAMÁ”

**A**ntes de la violencia, yo vivía con mi esposo y con mis hijos, tranquilos, en Barrios Altos, en el jirón Pisco, en Ayacucho. Mi esposo y mi hijo trabajaban en mi casa, en el telar, haciendo frazadas, alfombras para piso y pasadizo, los pedidos eran para la ciudad de Lima. El señor comprador venía con su carro y recogía los pedidos. Para cumplir con los pedidos, trabajaban hasta de noche, buscando otros tejedores u operarios; así era mi esposo, no estaba metido en cosas malas. Teníamos ropa suficiente, comida también, mi hijo tenía esposa y un hijo, él tenía su propio telar en el taller y con lo que ganaba ayudaba a sus hermanitos, les compraba ropa.

Una noche, nosotros dormíamos en mi casa, en Barrios Altos. Cuando ladraron los perros, desperté con miedo y dije: “¡Dios mío!, ¿que será eso?, ¿que pasará?” Era la una de la mañana del 7 de febrero de 1985; escuché que pateaban la puerta, que era de madera, la patearon tres veces y el seguro se rompió. Entró un grupo de personas encapuchadas al cuarto de mi hijo. Otro grupo prendió la luz en el pasadizo y entró al cuarto donde dormíamos mi esposo y yo. Preguntaron a mi esposo cuál era su nombre y él respondió: “Albino Flores”; entonces, uno de los Investigadores le dijo: “Levántate viejo”, yo le pregunté al investigador para qué despertaban a mí esposo, yo no podía hablar bien el castellano, y él me gritó: “Cállate, vieja”, me empujó hacia la cama y me tapó con una frazada. Entonces, mis hijos dijeron: “¿Para qué despiertan a mi padre?, ¿para qué se lo van a llevar?, ¿por qué?” En ese momento, me levanté y les dije: “Mi esposo no es ratero, ni mucho menos terruco para que se lo estén llevando. Mi esposo trabaja en mi casa, es inocente”. Le pidieron su Libreta Electoral, mi hijo se la alcanzó porque estaba en su casaca, colgada en la pared. Mi esposo le pidió sus zapatos a mi hijo, no los encontró, insistió en que los buscara. Cuando por fin los encontró, mi esposo se los puso, eran viejos y estaban parchaditos, eran los que usaba en su trabajo. También un chaleco de color crema, casi nuevo, que mi hijo se lo había

cosido. Uno de los investigadores le dijo que lleve una frazada, entonces mi esposo sacó una que él mismo había hecho y se la llevó.

Entré al cuarto de mi hijo y vi que estaba poniéndose los zapatos, quise abrazarlo pero no pude, porque un investigador me lanzó al piso. Luego me empujó hacia la puerta, donde estaba el otro investigador, él me agarró y también me lanzó nuevamente a la puerta, que era de madera, bien dura. En ese momento, mi hijo menor Mariano le dijo: “Deja a mi madre, ella está enferma, no está sana”, entonces el señor sacó su revolver y con la culata le dio en la cabeza, varias veces, mi hijo cayó desmayado. Para entonces, los demás investigadores ya habían sacado de la casa a mi esposo y a mi hijo. Ellos no pudieron decirme nada. Uno de los investigadores se quedó en la puerta, vigilándonos para que no pudiéramos seguirlos. Nosotros estábamos llorando, “cállense conchatumadre, ahorita disparo y les mato”, y yo respondí: “dispárame señor, mátame señor”. Luego, le pregunté suplicándole: “señor, dime, ¿a dónde se los van a llevar?”, y él me respondió: “A la Policía de Investigaciones”, “ya, señor, gracias”, dije. Luego se fue y lo seguimos, era de noche, yo estaba descalza y llevaba a mi hijo menor. Vimos que los subieron al carro y se los llevaron.

Entonces fuimos donde mi suegro, llorando, a pedir ayuda. Él nos dijo: “Regresen tranquilos, porque él no tiene nada de culpa, así es que ya iremos mañana a la Investigación, no vaya a ser que regresen y se puedan llevar sus cosas”. Por la mañana fui a la Investigación llevando desayuno y me dijeron que mi esposo no estaba allí, que no lo habían llevado allí, que no habían salido de servicio y que seguramente los militares se lo habrían llevado, “anda a Quicapata, al Aeropuerto, a las Agallas de Oro, o a la Casa Rosada, allí estará”. Entonces, fui a esos lugares y allí me dijeron también que no habían salido ellos de noche y que no se habían llevado a nadie. Solo en las Agallas de Oro, un señor me dijo: “Los Investigadores se lo han llevado, insiste, no te van a decir que sí se lo han llevado, aunque lo hayan hecho ellos”. Entonces, volví nuevamente a la Investigación y les dije: “Sé que están aquí mi hijo y mi esposo, por favor, solamente alcáncenles este desayuno, por ser humanos como ustedes, porque ustedes también han nacido de un ser humano, ustedes también son como ellos, un favor bien grande les pido, ellos estarán con hambre, si me hacen este favor y les dan este desayuno, Dios les va a bendecir”.

Aun así, se negaron: “No lo hemos traído nosotros”. Luego fui a la Casa Rosada y pregunté por mi esposo, la respuesta era la misma, que no los habían traído, que no había salido ellos de noche. También allí me dijeron que debían estar en la Investigación y nuevamente volví preguntando a la Investigación. Como insistía, me gritaron: “Esa mujer viene a cada rato preguntando por Flores, Flores, deténganla y pónganla

en el calabozo". Yo respondí: "aunque sea pónganme allí, deténganme, si quieren, traigo a todos mis hijos, para que nos detengan a todos, y nos maten con mi esposo y con mi hijo, para que no quede nadie y lllore por nosotros. Además, yo soy enfermiza, ¿para qué voy a hacer crecer a mis hijos?, ¿para esto?, ¿para que los maten?, además, ya soy como un bebé", diciendo esto lloré en la puerta. Entonces, uno de ellos me respondió que la noche anterior no habían salido, "señora, no hemos traído a tus familiares".

Al día siguiente, regresé llevando comida, pero me dijeron lo mismo, que no estaban allí. El lunes fuimos al Cuartel, que está cerca al Aeropuerto, con mi nuera. Preguntamos a un militar y él nos dijo: "Sí, ayer domingo han hecho entrar a un señor, gordo, mestizo, y a un joven, alto, moreno, aquí están, yo les estoy dando comida". Llorando, le dije: "Papallay, te voy a traer algo de mi parte, alguna cosa, si les estás dando comida, Dios te va a bendecir, por darles a esos pobres inocentes detenidos". Otro día llevé queso y una alfombra de pasadizo, se los regalé al Sargento para que diera de comer a mi esposo y a mi hijo. Pocos días después, me enfermé y mandé comida con mi nuera, también le dije: "Corre donde el Sargento y pregúntale por nuestra familia, qué te va a decir"; ella, al regresar, me dijo que solamente faltaban dos o tres personas para que se llene un avión, que se los iban a llevar a otro lugar, a otro país, entonces pensé que se los llevarían por allí para matarlos, lloré.

Al día siguiente por la tarde, aproximadamente las 6 de la tarde, mi cuñado estaba parado al costado de una Escuela y vio que un avión estaba aterrizando en el cuartel. Él me dijo: "Seguramente han traído más matones para que nos maten a todos". Yo pensé que mejor hubiera sido que agarremos un taxi e ir por ahí, tal vez hubiéramos visto a mi esposo y a mi hijo por última vez, tal vez me hubiera dicho "adiós mamá", lloré mirando hacia el aeropuerto. Mi cuñado me dijo: "yo no sabía, si lo hubiese sabido hubiéramos ido por lo menos hasta el costado del cementerio, cerca al avión, y tal vez por la ventana nos hubiera dicho adiós familia". Ahora dónde estarán, detrás de los cerros, sin madre y sin padre, estarán llorando. Desde ese momento hasta ahora no sé nada de ellos, los hicieron desaparecer como si hubieran sido culpables de algo.

Cuando pasaron dos días me dijeron que iban a hacer regresar a los detenidos llevados, yo fui al Cuartel y esperé de noche sin comer, chacchando mi coca, pensando que los vería y los llamaría, "tal vez pueda escuchar su voz", me dije. Luego puse la denuncia y el Fiscal me dijo: "Ahora no hay caso para entrar al Cuartel". Ni los abogados podían entrar, hasta a los abogados supliqué: "Te doy mis frazadas, las que él mismo ha hecho". Tampoco quisieron, diciendo que nadie puede entrar al Cuartel, no había caso para entrar, "si pudiera entrar, te ayudaría", así

me dijo. Entonces, busqué por otros lugares, por Santa Bárbara, Infiernillo, de tanto caminar me operaron los riñones, pues no comía buscando a mis familiares; mis otras dos hijas quedaron huérfanas.

Me dijeron que existía una Asociación llamada ANFASEP, era de afectados y desaparecidos, entonces me acerqué y hasta ahora permanezco aquí. Ahora no estoy tranquila, no soy feliz, a veces tengo problemas; rabia, cólera, odio hacia aquellas personas que hicieron desaparecer a mis seres queridos, los recuerdo y lloro. No puedo trabajar bien para mantener mi enfermizo cuerpo. A veces digo, aunque su padre hubiera muerto, si mi hijo estuviese vivo, no me dejaría trabajar, no me miraría trabajando, él me diría: “mamá, tú cocina, para comer los dos, y yo voy a trabajar”, diciendo eso lloro. Así enferma trabajo, para ayudar a mis nietos y comprar sus útiles escolares. Hoy en día vendo comida, humitas, también vengo a las reuniones de ANFASEP.

En el futuro, quiero que aparezcan mi hijo y mi esposo, o si no, quiero reparación e indemnización; ha pasado mucho tiempo y nada. Por eso, mi vecina dice que han hecho desaparecer a inocentes, a personas alegres. Para el futuro, no quiero que vuelvan los violadores, tengo miedo que se repita. Yo no quiero que sufran los hijos de mis hijos, los de otras generaciones, no quiero que lloren como nosotros y no haya problemas nunca más. No quiero que mi último nieto sufra, él está estudiando en la Universidad. Pido que nos den una reparación, ¿por qué no nos la dan hasta ahora? Ya ha pasado mucho tiempo, 21 años, para otros han pasado 23 y 24 años.



# ASESINATOS

## MAURA HUILLCAHUARI DE PABLO

FECHA DE NACIMIENTO	: 12/08/1943
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: VÍCTOR FAJARDO
DISTRITO	: HUANCARAYLLA
NÚMERO DE HIJOS	: CUATRO
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 2001
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, DONATO CACÑAHUARAY (17/06/1987)

## ¡HOLA COMPAÑERO!

**A**ntes vivíamos bien, con mi esposo y mis hijos. Mi esposo era profesor en el pueblo de Huancaraylla. La noche del 17 de junio de 1983 nos despertamos porque los perros estaban ladrando. Era la medianoche. En ese momento mi esposo salió a la puerta de la casa, a orinar. Cuando regresó le pregunté qué hora era y él me dijo que eran las dos de la mañana. En seguida sonó la puerta, ¡tan tan tan! y le pregunté a mi esposo si había cerrado la puerta con el seguro, dijo que sí. Los militares, disfrazados con poncho, sombrero viejo, acompañados de una mujer de Huamanquiquia, entraron a la fuerza por el techo de mi casa, abriendo la calamina, con linternas encendidas y uno de ellos dijo: “¡Hola compañero!” Mi esposo respondió: “¡Hola compañero!”, pensando que eran senderistas. Ellos lo invitaron a salir para tener una reunión. Mi esposo se negó a ir, pero insistieron en ir a la casa de un señor llamado Juan Cacñahuaray, recalcando que solo haría una reunión. Mi esposo dijo que no. También le dijo a la mujer que los acompañaba: “tú lo conocerás, anda ve tú”. Ella le dijo entonces. “Un ratito nada más, solo media hora compañero”. Allí le dije a mi esposo que no fuera y mi esposo dijo: “Está bien, vamos”. Los hombres también dijeron vamos y mi esposo cogió sus ropas, que estaban colgadas, y se vistió para ir. Entonces yo le dije: “vamos conmigo” Y él dijo: “sigue durmiendo, está haciendo frío” Y se fue y yo esperé pensando: “Ya regresará”.

También habían entrado a la casa del vecino y él me llamó diciendo: “Tía Maura”, y yo le respondí y le conté que los compañeros habían entrado y se habían llevado a mi esposo. Me respondió: “Tiyaychalla, ellos no son los compañeros, son los Cabitos haciéndose pasar por compañeros, disfrazados. Entraron a mi casa diciéndome compañero, yo solo respondía señor, señor y no dije compañero, por eso a mí me han dejado, son los Cabitos. Tiyallay tía, tiyuylla tío, dónde lo matarán”. Yo le dije a mi vecino que eran los compañeros, pero él me dijo: “aunque sea córtame la oreja, son los Cabitos”. Entonces me puse a llorar, pensando a dónde lo llevarán, pero también dudé, “quizás por gusto me está

diciendo”, y entré a mi cama a dormir. Entonces la tierra me bota<sup>1)</sup>, me botaba y dije: “Qué me pasará”. No pude dormir y me levanté y dije: “Voy a ir donde ese señor Juan, tal vez están tomando”.

Ya estaba por amanecer cuando vi una sombra en la puerta y dije: “Allí está pues, ya regresó mi esposo”. Pero eran tres profesores, sus compañeros de trabajo, que me dijeron que Donato, mi esposo, ya era finado. Les pregunté dónde estaba y me dijeron: “Aquí atrás nomás”. Estaban llorando y fui con ellos a buscarlo. Estaba tirado en el borde de un riachuelo, tenía en la espalda un papel que decía: “Así van a morir los soplones”. La gente ya se había enterado de lo que había sucedido. Entonces lloré, lloré y me dijeron: “Qué vas a hacer ya pues, vamos a Huancapi”. Yo respondí que no podía ir. Mi vecina me dijo: “Eran los cabitos, tía, si vamos a Huancapi, peor, nos van a matar, mejor vamos donde los guardias”. Entonces el Director del colegio, don Toribio Oré, y yo fuimos a Huancapi, donde los guardias. Ellos recién estaban levantándose y les contamos lo que había pasado. Nos preguntaron a quién habían matado y yo les respondí que los cabitos habían matado a mi esposo. Pero los guardias ya sabían que esa noche habían muerto tres personas, en Huancaraylla y en Circamarca.

Luego me preguntó qué era mi esposo y le dije que era profesor. Me preguntaron también cuántos hijos tenía y yo les dije que cuatro. Así lloré. El guardia me dijo.: “Pobre señora, no llores, para ti va a haber cualquier cosa”. A las 8 de la mañana fuimos al despacho del Juez en Huancapi y él me preguntó por qué habían matado a mi esposo. Le conté lo que había sucedido esa noche. El Juez no quería ir a Huancaraylla, un policía le gritó para que agilicen los papeles para el levantamiento del cadáver. Entonces, el Juez dio orden a tres guardias para ir, de paso fuimos a la posta para que le puedan hacer la autopsia. Trajimos el cadáver a Huancapi e hicieron la autopsia, allí estaban los profesores, colegas de mi esposo.

El Alcalde de Huancapi pidió un cuarto para que puedan velar a los tres muertos y pedimos colaboración de sus colegios, escuelas y jardines, para mi esposo dieron su colaboración diciendo: “con qué se va a enterrar, qué van comer los acompañantes”. Allí cocinaron y cenamos ya en la nohecita; al día siguiente, después de comer, llevamos a los tres difuntos al cementerio de Huancapi y los enterramos. Así me pasó, vivíamos los dos con mi esposo, ahora que falleció, me quedé sola y mis hijos llegaron de la selva a Huancapi. Solo mi hijo menor, diciendo que su hermano mayor no quería venir por temor a la muerte, llegó a Huancaraylla para decirme que viajemos a Huamanga. Respondí: “cómo voy a ir, si mis cosas están en desorden, hasta mis productos están en el

---

1) La testimoniante quiere decir que tuvo una pesadilla.

suelo". Pero al poco rato también llegó el mayor de mis hijos, diciendo: "Vámonos a Huamanga, pero primero hay que sacar los papeles de la Escuela, de su fallecimiento". Se fue y sacó los papeles de su papá, del Concejo Municipal, de la autopsia, los trajo y dijo: "vámonos de viaje, aquí solita no puedes quedarte, hasta puedes volverte loca". Viajamos a Huamanga, a la casa de la suegra de mi hijo. Ahí me encontré con el resto de mis hijos, vivimos durante un año y luego, uno de ellos, con su sueldo, compró un terreno, hicimos una casa y ahora estamos viviendo ahí. Ahora, estoy haciendo estudiar a mis hijos, también voy a ayudar a sacar papa, también sembramos en nuestro terreno de Huancaraylla.

Quiero cualquier cosa para ayudar a mis hijos en sus estudios. Para mis dos hijos menores, aunque sea en dinero, para que no me maldigan después. Quisiera que la violencia no suceda más, cuando veo volando los aviones, helicópteros, ya tengo miedo, pienso que el tiempo de peligro va a regresar. Yo quisiera reparación y justicia, que hasta hoy día no alcanzamos.





# ISABEL HUAMANCUSI DE CUETO

FECHA DE NACIMIENTO : 28/06/1940  
REGIÓN : AYACUCHO  
PROVINCIA : HUAMANGA  
DISTRITO : SOCOS  
NÚMERO DE HIJOS : SEIS  
AÑO DE INGRESO A ANFASEP : 1983  
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO : Hijos,  
WALTER CUETO HUAMANCUSI  
(08/11/1983)  
CÉSAR CUETO HUAMANCUSI  
(19/09/1990)

## MI CORAZÓN ESTÁ HERIDO

**M**i esposo, mis hijos y yo vivíamos tranquilos, sin pensar en la violencia. Mi esposo trabajaba en la Universidad. Mi hijo había ingresado a la Universidad y, alegre, me dijo: “Mamá, edúcame sin incomodarte, con paciencia por ahora, más adelante, estudiando voy a educarme solo”. Yo lo mantenía contenta, hilando. Yo vivía por Belén, al frente de una escuela, en la ciudad de Ayacucho. Mi casa estaba cercada con piedras, no tenía una puerta segura. Un día 8 de noviembre de 1983, regresó mi hijo de sus clases a las 9 de la noche y estaba haciendo su tarea. Yo le acompañaba hilando hasta las 10 de la noche. Me dijo: “Mamá, duérmete ya, yo también voy a descansar”, le dije: “Está bien”, él entró a su cuarto y yo al mío. Estábamos durmiendo cuando sonó una de las paredes, “broun”; entonces salí de mi cuarto, con miedo, y prendí la luz. Vi que al cuarto de mi hijo entraban tres militares, uno de ellos sacó a mi hija, diciendo: “¡Agáchense conchatumadre!” Y en ese instante no sabía si agacharme o no. Mi hija y yo nos paramos en el pasadizo, contra la pared. Ahí sacaron a mi hijo. Entonces mi hija dijo: “Mamá, han sacado a nuestro Walter”. Pero nos estaban vigilando con sus armas, estábamos contra la pared. Entonces, un militar dijo: “¡Cállate conchatumadre! ¡Carajo! Para qué avisas a tu mamá”. Nosotras nos callamos. Walter estaba vestido con su chompa de uniforme escolar, lo sacaron con los ojos vendados. Los militares seguían vigilándonos con sus armas, no podíamos movernos ni mirarnos. Como un cuarto de hora después, los militares se fueron. Nosotras pensamos en seguirlos, pensando que estaba cerca, en la oscuridad. Salimos a la puerta y, con miedo, los seguimos; caminamos hacia la avenida de Señor de Quinuapata. Entonces se lo llevaron hacia abajo y nos vinimos hasta la esquina de la Escuela. Vimos hacia la avenida y el carro de los militares estaba detenido, los militares estaban correteando. Más abajo había un callejón, y de la casa de la vecina estaban sacando a otro detenido, haciendo bulla. “Mamá, mamá, están sacando gente de allí, mejor vamos a regresar porque nos van a disparar”, dijo mi hija. Entonces, retrocedimos despacio por el rincón, donde había leña; vi en la avenida varios carros de los militares.

He llorado regresando a mi casa, “¿qué cosa vamos a hacer?”, dije. Mi esposo estaba trabajando en Licapa, en la Universidad, como guardián. Yo no sabía cómo avisarle. Fuimos a la casa de mi hermano, contando lo que había sucedido. El me dijo: “A dónde van a ir a estas horas, que tal a ustedes también les disparan, ya vamos a buscarlo cuando amanezca”.

Entonces, regresamos llorando. Cuando amaneció, corrí, así llorando, no salían los vecinos aunque llores, aunque digas cualquier cosa, no hay testigos, solo nosotras somos testigos, mi hija y yo. Fui a la Comisaría llorando y les dije a los guardias: "Han traído a mi hijo aquí". Me respondió un policía: "Aquí no hay ningún preso, se lo habrán llevado a la Policía de Investigaciones". Fui entonces a la Policía de Investigaciones, en el Jirón Lima. Allí me dijeron: "Señora, nosotros no hemos salido esta noche, no hay ningún preso, se lo habrán llevado a las Agallas de Oro". También fui a las Agallas de Oro y nada, allí me dijeron: "Aquí no hay ningún preso, se lo habrán llevado al Cuartel". Entre ellos se echaban la culpa, fui también al Cuartel y nada. Ahí me dijeron: "Ja, tu hijo será terrorista, por eso los terroristas se lo habrán llevado", llorando, regresé a mi casa.

"¿Qué voy hacer, a dónde voy a ir, a quién voy a pedir ayuda?", pensaba. Al día siguiente, por la tarde, mi hija había llevado cena a la Comisaría y un policía se la había recibido. "Allí estará, por eso habrán recibido la cena", decíamos y estábamos tranquilas. Al día siguiente, llegó mi esposo y fuimos a buscar abogados, pero ellos no querían saber de estas cosas. "No, no de este tema, no puedo meterme", así dijo el abogado. Al día siguiente, por la madrugada, fui a la comisaría y lloré en la puerta, "aquí está mi hijo", diciendo. Un policía salió, "señora, por qué estás llorando, no está aquí. Alguno de tus enemigos nos habrá llevado a tu casa, por eso lo hemos sacado, acaso conocemos tu casa y tu hijo, ellos nos han llevado". Yo le dije: "Pero señor, está aquí". Después llevamos el desayuno, pero ya no nos recibieron. Entonces salió un preso, que era mi vecino. El le dijo a mi hija: "Ya no busquen a tu hermano, porque lo han matado en Purakuti". El policía escuchó y dijo: "Que están hablando, ¡carajo! ¡Váyanse!"

Nos encontramos con dos, tres señoras y, sentadas, llorábamos en la puerta de la Comisaría. Entró el periodista Morales diciendo: "señoras, ¿por qué están llorando?" "Han sacado a nuestros hijos, papá, y los han hecho desaparecer. No están ni en la Comisaría ni en la Policía de Investigaciones, todos dicen que no están" "Señora, dicen que en Purakuti y en Infiernillo, amanecen muertos, vamos". Nos llevó a varias señoras en su carro. Llegamos a Infiernillo, era un barranco muy grande, allí había muertos, en el borde de la carretera. Y más adentro había ocho muertos, tres mujeres y cinco varones; no estaba mi hijo, los muertos tenían varios días.

En una planta de mormonkichka estaba prendido el pedazo de una truja. Bajamos a ver, encontramos un cuerpo, la mitad estaba sana y de la otra mitad sólo habían quedado huesos, de otros cadáveres solo quedaban huesos, de otros sus pelos, nada más. Perros y chanchos se los estaban comiendo. Morales nos hizo volver diciendo: "Estos muertos tienen una semana, también hay en Purakuti", entonces fuimos a Purakuti, ya de

tardecita, con mi esposo, dejando los niños a los vecinos. En Purakuti había un barranco grande. Cuando mi esposo botó la basura del borde, caía haciendo bulla. Morales y mi esposo bajaron y encontraron el cuerpo de una persona; yo no podía entrar porque no había linterna. Les pedí que reconocieran a mi hijo, tenía un diente roto y sobresalido, tenía también un lunar en un testículo. “Está desnudo, solamente está con su pantalón corto, la otra mejilla, que estaba contra el suelo, ha sido comida por los gusanos”, me dijeron, pero yo desconfié pensando que cómo iba a estar así si sólo habían pasado tres días.

Al día siguiente iba a regresar, pero no pude porque había elecciones. No dejaban salir de la ciudad a la gente. Cuando regresé a los tres días, ya no estaba, lo habían recogido. El año 1990, mi esposo había empezado a emborracharse. Nos pegaba, a mí y a mis hijos. Entonces, cuando regresaba borracho, dormíamos juntos mis hijos y yo. A las 2 de la madrugada, golpearon a mi puerta, “tran”, yo pensé que estaba entrando mi esposo; rompieron la puerta y entraron con una linterna. Le dije a uno: “¿Qué quieres, qué quieres?”, entonces entraron inmediatamente a donde estaba mi hijo Julio César. Me levanté y agarré a uno, me dio una bofetada, me caí al piso. Nuevamente me levanté y lo agarré, me pateó en mi estómago, nuevamente me caí. Me levanté y me disparó con su pistola, en ese instante me moví y la bala pasó por mi lado. Habían tapado en la cama a mis hijas, con las frazadas. Pero yo estaba luchando, agarrándolo, cuando me disparó me caí al piso y, por encima mío, sacaron a mi hijo. Los seguí, los golpeé con la leña que esa tarde había comprado, cogiendo del piso, pero aun así no lo soltaron. Julio César tenía 15 años. Lo sacaron a la calle y yo tiraba piedras, gritándoles: “¿Para qué están llevándose a mi hijo?, también al otro se lo han llevado, lo han hecho desaparecer”. Los vecinos no salieron cuando se llevaban a mi hijo, aunque había mucha bulla en mi casa. Se lo llevaron hacia arriba, los militares me dispararon y me tiraron con piedras, me llegó una a la mano. Me escondí gritando, por allá, por Señor de Quinuapata, lo han hecho desaparecer llevándoselo por el reservorio, hacia el barrio de Yuraqyuraq. De ahí lo regresaron y, cerca de mi casa, le dispararon.

Yo, como tonta, estaba esperando en la avenida, quería saber si lo iban a llevar a Quicapata o al Cuartel, para ir a presentar documentos. Después de varios minutos, el carro de los militares se fue hacia el Cuartel. Regresé a la casa, mi hijo tenía dinero, pues iba a viajar al día siguiente a Lima, “voy a viajar mamá”, me había dicho un día antes, había vendido sus cositas. Yo pensé que se habían llevado también el dinero. Busqué su dinero, no había, fui donde mi yerno diciendo: “Su plata no está, también se la habrán llevado”. Yo dije: “Aquí también sonó la bala”, entonces pensé que habían matado a alguien en la esquina. Mandé a mi hijo menor

a traer una vela de mi casa, cuando la trajo vimos que era nuestro vecino, “mamá, mamá, es nuestro vecino”, volteé el muerto y volví a mi casa. Mi esposo estaba borracho y durmiendo en la cama, no se levantó. Le dije “¡Oye sinvergüenza!” Yo recordé que cuando se emborrachaba me decía: “Ja carajo, a tus hijos los voy a hacer terminar con los terroristas”. Por eso le dije: “¡Allí está pues, hiciste matar a mi hijo!, tú le llevaste, tú le hiciste caminar, tú sabías, entregaste a mi hijo”. Luego me respondió mi esposo: “A mí también me pegaron los militares, tirándome cachetadas, me lanzaban al piso, agarrándome a patadas, por eso no dije nada”. Salí a mi puerta llorando, mi vecina salió a orinar y cuando vio un bulto negro me dijo: “Vecina, vecina, ¿qué es esto? Hay un bulto negro tirado”. Yo pensé que tal vez era mi hijo, era alguien sentado apoyado en la pared, le hablé, “César”, le dije. Entonces, me hizo un gesto alegre y se murió. Aún había estado vivo. A él sí lo enterré, pero hasta hoy no sé nada del mayor de mis hijos. Estoy como loca por la pérdida de mis hijos. Lloraba aún más por mi hijo mayor, no tenía hambre ni sueño; aprendí a chacchar coca, casi aprendí a tomar trago. Lloraba mirando la ropa de mis hijos. Recordaba que en la chacra, Julio César no quería que yo trabajara, me decía: “Mamá, siéntate al borde de la chacra y mírame, vamos a sembrar, no te voy a dejar”. Por eso ahora recuerdo y digo: “Si mi hijo estuviera vivo, no estaría caminando tanto, de peón, de cualquier cosa”.

Hoy en día extraño a mi hijo mayor. Al otro ya lo he enterrado y estoy tranquila, pero del que desapareció, nada, dónde se lo habrán llevado, al huayco, al río, por allí tal vez están sus huesos, no sé, pero me gustaría saber dónde está. He presentado todos mis documentos a APRODEH, ya pasó al Juzgado, pero no está avanzando. APRODEH dice que están avanzando las investigaciones, que ya van a terminar y cuando terminen, el juicio va a empezar, así me están diciendo. Solo quiero saber como está el proceso judicial de mis hijos. Yo quisiera que en el futuro no haya más muertes ni desapariciones. Tengo varios nietos, no quiero que ellos estén traumatizados y locos como yo, quiero tranquilidad y paz en el futuro. Quisiera, por la pérdida de mi hijo, una ayuda. Si mi hijo estuviera vivo me estaría atendiendo, por eso estoy triste, me duele el corazón, porque era inocente. Lo extraño, lloro por mi hijo. Mis hijas son diferentes de los varones, estoy anciana, tal vez voy a morir o vivir hasta que no pueda caminar, entonces mis hijos me mantendrían, ahora no tengo a nadie; las mujeres ya están en el mandato de sus maridos. Estando viva, no puedo dejar así la desaparición de mi hijo, tal vez ya cuando esté muerta. Mi corazón está herido, no puedo olvidar ni dejar este sentimiento.



## EDMUNDA FELICIDAD CÁCERES DE CCORAHUA

FECHA DE NACIMIENTO : 19/12/1934  
REGIÓN : AYACUCHO  
PROVINCIA : HUAMANGA  
NÚMERO DE HIJOS : SIETE  
AÑO DE INGRESO A ANFASEP : 1986  
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO : ESPOSO, GERARDO CCORAHUA  
MEZA (21/03/1985)  
HIJO, AMADOR CCORAHUA  
CÁCERES (18/10/1988)  
YERNO, VÍCTOR AGUADO QUISPE  
(--/02/1992)

## QUEREMOS LUCHAR PARA LOS POBRES

**V**ivíamos bien en Llamocctachi, cerca de la ciudad de Ayacucho, con un hacendado sembrábamos al partir hortalizas y verduras, después las traíamos para venderlas en el mercado de la ciudad. Desde 1979 empezó a organizarse el terrorismo. Los terroristas entraban a las casas, venían de diferentes lugares, entre varones y mujeres, diciendo: “Compañeros, ayúdennos, apóyennos, nosotros queremos luchar por los pobres”. Pedían colaboración, algunas veces he colaborado con verduras y cereales. Caminaban en grupo, como 120 personas. En 1984 era ya más fuerte el peligro, empezaron los terroristas a matar y a quemar las haciendas y las casas. Por eso me vine con mis hijos a la ciudad de Ayacucho; pero mi esposo se quedó en la chacra, a cuidar los sembríos y los animales. Yo le dije: “Viejo, vámonos a Ayacucho, hasta que pase el peligro”, él no me hizo caso y se quedó.

En 1985 los militares agruparon a la gente, ya mi esposo estaba viviendo en la comunidad de Simpapata. Entonces, los militares lo nombraron presidente de la comunidad. Cuando me enteré, fui y le dije: “¿Por qué has recibido este cargo?, nos van a matar a todos, tenías valor para aceptar, tú mismo te has entregado”. Mi esposo me contestó: “¿Acaso estoy matando a la gente?”. Yo le dije: “Bueno, piénsalo, no voy a estar aquí, porque están matando a la gente”. Mi esposo me dijo: “No me van a hacer nada”. Mi hija y mi esposo estaban en Simpapata. Un día, ellos fueron a la chacra. Después, mi esposo se quedó amarrando las vacas en la chacra, pensando que tal vez había rateros por allí. Le ordenó a mi hija que vaya a la casa a cocinar. Más tarde, un hombre que pasteaba sus ovejas me contó que cuatro hombres armados hicieron bajar del puente a mi esposo, a las cinco de la tarde.

Como no llegaba a casa, mi hija fue a buscarlo. Como había llovido, el camino estaba lleno de barro, por el puente donde detuvieron a mi esposo quedó una huella, seguramente le llevaron a la fuerza, arrastrándolo. Siguiendo la huella, mi hija lo buscó, pero no lo encontró, así que vino a Ayacucho para contarme que mi esposo había desaparecido hacía tres

días. Yo fui inmediatamente al Cuartel Los Cabitos N° 51 de Ayacucho a pedir apoyo para que me ayuden a buscar a mi esposo. No encontré a los militares, ni a los helicópteros, porque se habían ido a perseguir a los terroristas, a las comunidades de Acocro, Chontaca y Pucahuilca. Después de dos días, viajé a Simpapata, junto a mi hija menor, a buscar a mi esposo. Cuando llegamos al lugar, había bastante gente caminando en los cerros, creo que eran terroristas. No podíamos cruzar el río, estaba cargado. El puente era de sogas y se lo había llevado el río. Cuando llegué a la orilla, encontré a mi prima cuñada llorando, ella me dijo: “Ha muerto tu esposo”. Allí empecé a chacchar coca, comencé a llorar mirando la coca. No podíamos cruzar el río, yo decía: “¿Qué voy a hacer?”, desde un cerro, un hombre nos llamaba agitando su sombrero, diciendo: “Vengan hacia abajo”, porque más abajo podíamos cruzar. Yo cargaba a mi hija, llevaba cigarro y trago. En ese momento pedía a mi esposo que no nos pase nada, al final cruzamos el río y después empezamos a escurrir nuestros fustanes y nos cambiamos de ropa. Cuando llegamos, mi esposo ya estaba muerto, lo estaban haciendo descansar un montón de personas. Estas personas habían venido de las comunidades de Paraíso, Viñaca Chica, Purumpampa y Trigopampa; ellos habían buscado a mi esposo y lo habían encontrado después de ocho días en el río, por Huanta, el 21 de marzo de 1985. Enterramos a mi esposo en el cementerio de Simpapata.

Mi hijo Amador tenía 22 años en ese entonces. El fue a la Base Militar de Trigopampa, a rogar a los militares para que nos cuidaran. Así pudimos recoger el maíz de un terreno de tres hectáreas en Llamocctachi, alquilando 20 burros y 20 peones para que trasladen los sacos de maíz. Después, pasó un poco el peligro, entonces construí mi casa lejos del pueblo, mi hijo también construyó una casa al costado, éramos vecinos. El 18 de noviembre de 1988, me levanté cerca de las diez u once de la noche, salí a orinar en plena luna. Cuando me fijé, habían unos cabitos en la puerta de la casa de mi hijo; yo dije entre mí: “¿A qué habrán venido?” Cuando me fijé bien, había dos personas desnudas, estaban amarradas con sogas. Yo dije: “Son terroristas vestidos de militares”. Entré a mi casa a vestirme y quise despertar a mi hija, diciendo: “A Amador lo han sacado los militares, creo que son terroristas vestidos con ropa de militar”. Pero mi hija no estaba, había escapado junto al monte, con su esposo. Entonces fui a defender a mi hijo, diciendo: “¿Por qué se van a llevar a mi hijo?” Me dijeron: “El teniente le está llamando”. Yo dije: “¿Qué teniente va a llamarlo, sinvergüenzas, ladrones, quieren matar a mi hijo también, ya mataron a mi esposo, ¿qué culpa tiene, acaso mi hijo, ha matado a alguien?, ustedes son terroristas”. No me contestaron, se quedaron mudos, luego les dije: “¿Por qué a mi hijo? ¡Basta! Ya han matado

a mi esposo. Él es quien me mantiene, me hace comer, me hace vestir, si no, ¿quién va a trabajar para mí?”

Cuando intentaban llevárselo, le agarré de sus manos, me lo quitaron a la fuerza, apuntándome con un arma en la cabeza, me dijeron: “Vieja, ahora vas a morir, ahora pues, corre, avísale a tus amigos, los militares”. Yo decía: “Mátenme, si es que tengo culpa, ¿acaso soy mala como ustedes?”. Apuntándome con el arma, uno me decía que me iba a disparar. Yo le dije: “Dispárame, no tengo miedo”. Había un palo en el suelo, lo recogí y con eso empecé a golpearle en la mano, diciendo: “A ver, mátame, tú o yo vamos a morir”, me puse fuerte para defenderme. Me botaban, luego me empujaron y yo decía: “Suelta a mi hijo”. Con ellos iban mujeres que llevaban mantas a la espalda, con sombreros viejos. Nos encerraron a varias personas en un cuarto oscuro, luego se llevaron a mi hijo mientras yo gritaba. No podía seguir a mi hijo porque habían amarrado la puerta con alambre y también habían puesto una piedra grande. Hasta la coca que había masticado se había convertido en polvo, se caía de mi boca. Allí le dije a mi nuera: “Irenesita, ya no estará tu esposo”. En ese momento, escuché un disparo, yo estaba desesperada en el cuarto, sin poder hacer nada.

Recién a las cuatro de la mañana, mi sobrina y otras personas más nos abrieron. Después, empecé a buscar a mi hijo y lo encontré a media cuadra de mi casa, le habían amarrado las manos con una soga y le habían disparado en la cabeza. Su cuerpo aún estaba caliente. A otras personas las habían matado con piedras en las cabezas, hasta que sus sesos salten a las espinas. Llorando, pedí auxilio, mi yerno Víctor Aguado vino a ayudarme. Al día siguiente, también vino gente de la comunidad de Chanchará, también con ellos recogimos el cadáver de mi hijo. En esos días, los terroristas habían decretado un paro por una semana, no dejaban pasar a los carros. Por eso tenían que venir a pie, por la carretera a Ayacucho, a comprar el cajón para mi hijo.

Por casi tres años he sido perseguida por los terroristas. Cuando iba a mi chacra, preguntaba: “¿Qué días vienen los terroristas?” Una señora me contaba: “Preguntan por ti, desde que te has quejado a los militares, por eso siempre preguntan, un día vienen, un día no”. El día que no venían, yo iba apuradita a mi chacra y hacía mis cosas. En 1992 dejé mi chacra y me vine a Ayacucho, ya no aguantaba más el peligro, ya no podíamos vivir tranquilos en nuestras casas, iba de vez en cuando. Buscaban entre las cosas de mi casa y se llevaban lo mejor. Ese mismo año, también mataron a mi yerno Víctor Aguado Quispe, que tenía 35 años de edad, en un concurso de carnavales, cuando vendía cerveza y gaseosas, en el distrito de Pacaycasa. Después de la fiesta lo ahorcaron con

el pasador de su zapatilla, al costado de la iglesia, junto a otra persona. Mi hija quedó viuda, con un hijo.

Un día llegaron cuatro personas a mi chacra, todas armadas y uno me dijo: "Vamos, señora, para hacer una asamblea". Pero yo le dije: "¿Quién eres tú para que me ordenes?, si quieres, márame aquí, en el borde de mi chacra, para que me recojan mis hijos, ¡no me lleven como a mi esposo a otro sitio! ¡No puedo ir!, a ver, que venga tu jefe, a ver, que me maten, yo moriré o él morirá". En ese momento saqué un cuchillito de mi bolsillo y le dije: "Con eso le voy a sacar la panza a tu jefe". El me dijo: "Qué valerosa la señora". Otro que venía con él, me dijo en secreto: "Señora Felicidad, vete, te pueden hacer algo". Cuando se fueron, me vine a Ayacucho.

Yo conocía a la señora Felicitas, ella me invitó a participar en ANFASEP. Cuando me asocié, di mi testimonio. Salíamos a buscar a los desaparecidos a diferentes lugares. Yo las acompañaba nada más, porque ya había enterrado a mis familiares. Aquella vez éramos 350 socias. Después me cansé y me fui a mi pueblo a seguir sembrando, sólo venía a las reuniones de quincena y cada fin de mes. He educado a mis hijos como padre y madre, haciendo sembrar verduras con peones en mi chacra, de todas formas saqué adelante a mis hijos. Denuncié la muerte de mi esposo en el Cuartel Los Cabitos y ahí me dijeron: "Lo han matado, hija, qué vamos a hacer". Yo les dije: "Ustedes lo nombraron Presidente y por culpa de ustedes han matado a mi esposo, ¿me pueden pasar pensión?", y ellos me dijeron: "No, tu esposo es campesino". Ahora estoy enferma, cuando toco el agua me siento mal, ya me cansé de venir a ANFASEP, no hay nada, ya son 24 años que venimos luchando. Vendo frutitas, ya no puedo trabajar en otra cosa, porque me duele todo el cuerpo, me duelen los pies, solo me dan pastillas calmantes. Me gustaría que las ONGs nos apoyen con pequeños animales, para criarlos en nuestras casas, así tener y ganar platita. No sé, de tanto esperar, ya me cansé, palabras nada más se escuchan.



## VICTORIA PARIONA VDA. DE SACSARA

FECHA DE NACIMIENTO	: 25/02/1950
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUAMANGA
DISTRITO	: SOCOS
NÚMERO DE HIJOS	: OCHO
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1984
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: HIJA, HAYDEÉ SACSARA PARIONA (02/11/1984) HIJO, RAÚL SACSARA PARIONA (02/11/1984)

## QUIERO QUE VENGA LA PAZ Y LA TRANQUILIDAD

**C**uando mi esposo falleció, quedé sola con mis hijos, lloraba mucho, por que mis hijos eran muy pequeños. Empecé a hacer negocios, iba a las ferias a vender abarrotes, hacía todo lo posible para educar a mis hijos. Cada año, en “Todos los Santos”<sup>1)</sup>, llevaba “wawa tanta”<sup>2)</sup> a Lima, para vender. En 1984, hice lo mismo, viajé a Lima, dejando solos a mis hijos. Llevé solamente a mi hijito menor, para que me ayude a cuidar mi equipaje. Al salir de la casa, les advertí: “Al dormir, tienen que cerrar bien la puerta; mañana tienen que llevar flores a su padre al cementerio, también hay carne para que coman”. Yo regresé de Lima el domingo por la tarde. Antes, a Lima se viajaba durante dos días, por eso salí el sábado por la mañana de Lima, llegué el domingo a las 5 de la tarde. Al llegar al paradero, le dije a mi hijito: “Baja aquí, lleva esta grabadora y dile a tus hermanos que vengan al paradero final del bus, para que me ayuden a llevar los bultos”. Cuando mi hijito llegó a mi casa, mis vecinos le dijeron: “¿A qué has venido? A tus hermanos se los llevaron los mercenarios”.

Entonces, mi hijito y sus otros hermanitos vinieron al paradero final del bus, diciéndome: “Dicen que a Haydeé y a Raúl se los han llevado los militares, amarrándolos”. En ese instante fui a la Comisaría, a la PIP. Pero me dijeron que allí no los habían llevado. Me decían: “Anda al cuartel”, fui al cuartel. Eran las cinco de la tarde cuando entré al cuartel. Allí había un oficial y me dijo: “¿Quién te ha mandado? Aquí no hay ningún preso”. Cuando estaba de regreso no paraba de llorar, en eso me encontré con un cabito<sup>3)</sup>, él me dijo: “¡Pobre señora! ¿Por qué lloras?” “Joven, ¿no has visto a mis dos hijitos?”, pregunté y él me respondió: “¿Son tus hijos, los menores de edad? Hace un rato los llevaron a la Casa Rosada, debes ir ahí”. Fui a la Casa Rosada<sup>4)</sup>, ahí estaba un señor y le pregunté: “Señor, dicen que a mis hijos los trajeron aquí ¿Por qué los han traído? ¿Mis hijos

1) Una costumbre, que consiste en recordar a todos los muertos y festejar a las personas con vida, se celebra el 1 de noviembre de cada año.

2) Pan especial, hecho de trigo.

3) Joven que presta el Servicio Militar Obligatorio.

4) Lugar de tortura

son inocentes!". Me respondió: "¡Carajo, conchatumadre! Te voy a matar, te voy a asesinar ¿Quién te ha mandado? ¡Perra! ¡Mierda!" Me apuntó con su arma en el pecho, yo solo lloraba. No conocía a ninguno, todos ahí estaban vestidos con ropa de sinchis. De allí fui a mi casa, cuando entré, la encontré en desorden. No había nada, habían dejado dos frazaditas, el resto de las cosas, todo, se lo habían llevado al cuartel. No teníamos qué comer, el arroz, el azúcar y el maíz estaban mezclados con tierra.

Al día siguiente, busqué un abogado, encontré al doctor Florentino Torres y le supliqué: "Doctor, ¡por favor!, saque a mis hijos". Entonces hicimos una solicitud, fuimos hasta el cuartel, pero allí nos negaron todo. Luego presentamos una denuncia al Fiscal, allí también nos negaron. Entonces, empecé a buscar por mi cuenta, me decían: "Allá hay muchos cadáveres, acá hay muchos cadáveres". Fui a Infiernillo, me acompañó mi hijo menor Valerio. Cuando estaba buscando, llegaron los militares y me gritaron: "Atención, ¡carajo, alto! ¡Carajo!" Escuché que decían: "Maten también a esa mujer", entonces disimulé, fingiendo que recogía leña. Allí, tampoco encontré a mis hijos.

Un mes entero caminé como una loca, buscaba al pie de las cabuyas, ahí encontraba cadáveres tirados, pero no encontraba a mis hijos. Después de un mes, un 29 de noviembre, vino mi sobrino Ángel y me dijo: "Tía, dicen que a una distancia de Huanta, llamado Chihuahuay, hay cadáveres botados, vamos". Entonces fuimos a ese lugar y no encontramos nada. Ya cuando estábamos de retorno, por Luricocha, de repente, al pie de las cabuyas encontramos cadáveres tirados a montones, los perros y los chanchos se los estaban comiendo, eran las 12 ó la 1 de la tarde aproximadamente. Una viejita que pasteaba cabras por ese lugar nos dijo: "Aquí abajo hay tres cadáveres, uno está vestido de celeste". Ese lugar se llama Veja, era un huaico.

Bajamos por ese huaico, pero solamente hemos encontrado huesos, ya se los había devorado los perros. Más o menos a las dos de la tarde, llegamos aquí a la ciudad, subimos por el Parque Sucre, había mucha gente, también estaba la señora Angélica. Mi prima me vió llegar, corrió hacia mí diciéndome: "Rápido, ¿dónde estabas tú?" Fui rápidamente. Allí me dijeron: "Ya hicimos el levantamiento de los cadáveres de tus hijos, ya están en el hospital, iremos más ratito". Le pregunté: "¿Están sanos?" "Están maltratados", me respondió. Exigí ver a mis hijos; entonces, mi prima me acompañó al hospital. En el camino al hospital pasó un volquete, apestando a cadáver, mi prima me dijo: "¿Ves?, ya lo han vaciado", "¿qué cosa?", le pregunté. "Primero lleguemos al hospital", me respondió.

Entré a la Morgue, mi hija estaba justo a la entrada, su zapatillita se había caído, me puse a llorar, lloré demasiado. A mi hijo varón le habían

echado gasolina, solamente encontré sus huesitos. Lo reconocí porque en la punta de sus pies había quedado su uniforme. A mi hija, la habían matado luego de violarla. Le habían cortado la lengua, habían cortado sus senos, habían sacado sus ojos e incluso le habían partido la vagina en dos. Mi hija estaba casi fresca, había quedado casi sonriente.

Posteriormente, supe que en el reservorio de agua que está cerca de mi casa, los militares perseguían a un muchacho. Ese muchacho escapó hacia mi casa. En ese momento, mis hijos estaban jugando con una pelota en el patio de mi casa. Algo de 70 militares rodearon mi casa y detuvieron a mis hijos, diciendo: “¿Por qué ese joven ha escapado aquí? Seguro que ustedes también son terroristas”. Esos mercenarios eran unos salvajes, habían detenido a mi hija Haydeé y a mi hijo Raúl, llevándolos a una pampa donde había una antena, allí los habían amarrado a la parte trasera de un carro. Dicen que mis hijitos lloraban y decían: “Suéltenos señor, ¿por qué nos están llevando, señor?, nosotros no somos nada, nosotros no conocemos a ese joven”. Pero ya no los soltaron, al contrario, se los llevaron. Después escuché que ese joven que se había espado hacia mi casa era terrorista, por eso se llevaron a mis hijos. Pero mis hijos eran inocentes, mi hija apenas tenía 16 años y mi hijo 14. A ese joven lo mataron ese mismo rato, amarraron el cadáver a la parte trasera del carro, como a un perro, y se lo llevaron chorreando sangre.

Después de todo lo que pasó, llevé a mis otros hijos al comedor de niños huérfanos en la “Casa del Maestro”, para que coman. Yo también me puse a ayudar a cocinar. Con la señora Angélica y el señor Andrés empecé a caminar, buscando justicia. Después, compramos el actual terreno de ANFASEP, luego hemos construido el local y el comedor empezó a funcionar ahí. Desde que me asocié a ANFASEP, he participado en las marchas, incluso fui a la marcha en Lima. También denuncié ante la Fiscalía, ante el Juez, al Investigador y a la Comisaría. Pero no he encontrado ninguna respuesta. Mientras yo caminaba en busca de justicia por mis hijos, robaron las cosas de mi casa, lloraba tanto. Después, me mudé a Lima con mis hijos, en Lima ellos se enfermaron, regresamos a Huamanga porque no podíamos aguantar la vida en Lima. Mis hijos nuevamente se fueron a Lima, porque todavía continuaban las matanzas; desde esa fecha, mis hijos ya no regresaron, por miedo a morir viven en Lima, se quedaron sin estudiar.

Cada vez que llega el Día de la Madre, recuerdo a mis hijos, sufro demasiado por mis hijos, solamente me pongo a llorar. Ha pasado mucho tiempo, pero hasta ahora no encuentro nada, no encuentro justicia. ¡No sé hasta cuándo! ¡No sé cuándo recibiré algo! ¡No sé cuándo sabré algo! No sé. Si al menos los que mataron a mis hijos estuvieran en la cárcel, quizá

me sentiría conforme. Ahora me siento enfermiza, no estoy sana, siempre estoy con medicamentos, todo esto me ha afectado demasiado. Siempre estoy muy pensativa, si mis hijos estuvieran vivos, me darían al menos 10 soles, me dirían come con eso, así como mis otros hijos. Por el momento, estoy trabajando en negocios, con eso me mantengo. Quiero que venga la paz y la tranquilidad. Los culpables deben estar presos. Alan García no debe ocultar a los asesinos. Los congresistas deben trabajar más y poner más fuerza para que todos estemos bien. Pido apoyo porque muchas mujeres de ANFASEP están muriendo sin saber ni recibir nada. Exijo que nos den la reparación individual.



## SEVERINO TENORIO ALARCÓN

FECHA DE NACIMIENTO	: 21/01/1928
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: CANGALLO
DISTRITO	: LOS MOROCHUCOS
LOCALIDAD	: CUSIBAMBA
NÚMERO DE HIJOS	: DIEZ
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1984
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: HIJO, DEMETRIO TENORIO BARBARÁN (22/09/1984)

## SÓLO HABÍAN QUEDADO LOS HUESOS Y LA ROPA

**A**l principio vivía en la comunidad de Pariahuanca, tranquilo con mi esposa, sembrando papas, criando vacas y ovejas; también teníamos una casita en Pampa Cangallo, yo vivía allí. En este pueblo me nombraron Inspector de Obras de carreteras y puentes. Yo hacía mejoras, después me nombraron Juez de Paz porque me conocían. La gente decía: “Ese señor se preocupa por hacer mejoras para el pueblo”. En ese tiempo no había sueldo, después me cansé de ser autoridad y me fui a vivir a Pariahuanca. Un día, mi hijo Demetrio estaba regando en nuestra chacra de Pariahuanca. Un vecino discutió con él por el agua, diciéndole: “Esta agua es mía, ¿por qué la utilizas solamente tú?”, pero el agua salía de nuestro puquial. Por ese motivo, el vecino lo hizo anotar como terrorista en la lista de subversivos, por eso los militares buscaban a mi hijo.

Tiempo después, un primo invitó a mi hijo a una herranza de ganado el cuatro de agosto de 1984 en la comunidad de Condorccocho. Allí lo detuvieron ocho soldados que habían llegado caminando, con tres o cuatro detenidos que traían de Cangallo. Alguien los habría traído, por venganza. Él, a esas cosas de Sendero, no se metía en nada. Pero aparecieron los militares preguntando por él. Los militares tenían ya apuntado el nombre de mi hijo. No sé de qué forma se lo habrán llevado, porque yo estaba en esos momentos en Ayacucho. Cuando me llegó esta noticia, fui de inmediato al Cuartel de Cangallo, pero allí no querían darme razón, nadie se acercaba al Cuartel. Desde la fecha que lo han detenido esos militares de Cangallo, ya no lo han querido soltar.

Cuando buscaba a mi hijo, la gente que lo conocía me decía: “Tu hijo no participaba en Sendero, estará en el Cuartel y pronto saldrá”, por eso no me preocupaba mucho, estaba tranquilo, además, era joven, soltero, de 25 años. Después me enteré que los soldados habían traído a los detenidos de Cangallo y de Condorccocho. Luego de detener a mi hijo, se habían ido a pie hacia Toccto. Durmieron en Chupas y de allí se fueron por el camino de herradura. Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, llegaron a Casaorqo y allí los mataron. Antes de matarlos, los habían hecho caminar casi una semana. Cuando lo buscaba con mi hija Rosalía, una señora que pasteaba cabras en Casaorqo, me contó que había visto siete cadáveres botados en el barranco. Ya habían estado ahí casi un mes y los perros y zorros se habían comido los cuerpos. Sólo habían quedado los huesos y la ropa. Pero

encontré el cuerpo de mi hijo intacto, pues andaba pidiendo por él al Señor Divino. Para reconocerlo fácilmente, su cuerpo me estuvo esperando con su ropita, como de milagro, por eso lo he reconocido. Efectivamente era mi hijo, allí lo encontré, ya muerto. Lo encontré el 22 de setiembre de 1984. Entonces vine a Huamanga, para pedir el apoyo del Concejo Distrital de San Juan Bautista. El Municipio me ayudó a traer el cadáver de mi hijo con su camión. Lo llevamos a la morgue del hospital de Huamanga, para que le hagan la autopsia. El resultado fue que mi hijo había muerto con una bala en la cabeza. Al día siguiente regresé a la morgue, mi hijo ya no tenía la rodilla, se la habían cortado. Después hicimos el velorio, luego lo enterramos en el cementerio de Ayacucho.

Luego de enterrarlo, ya me sentía un poco más tranquilo. ¿A cuántas personas inocentes han matado esos militares? Para eso vino este gobierno, esta política. Mi familia dependía sólo de mi hijo. Él era negociante de ganado; es decir, compraba ganado y lo llevaba hacia Lima, con eso nos ayudó a construir mi casa en el barrio Ciudad de las Américas. Tiempo después, a mí también casi me matan porque mi apellido había coincidido con el de otra persona. Me llevaron hasta el Cuartel Los Cabitos 51 de Ayacucho, me decían que yo era fulano de tal y yo decía entre mí: "Me matarán". Los militares decían que yo había cambiado mi nombre. He demostrado con mis documentos que eso no era así y ellos lo han comprobado, yo no era el que buscaban. Diosito es tan grande que no me pasó nada, me soltaron.

En la actualidad vivo en la comunidad de Pariahuanca; pero ya estoy pensando venir a Ayacucho, porque ya no tengo fuerzas para trabajar en la chacra; también mi esposa ya no ve y hace mucho frío en el campo. Me quedé completamente pobre, cuando murió mi hijo ya no había quien nos ayude. Ahora solamente pienso en morir, nada más. No recuerdo nada de las cosas que hago, olvido dónde he guardado algunas cosas. No sé lo que voy a hacer mañana, todavía estoy andando sin bastón. Solamente ayudo un poco en la casa, cuando cocina mi viejita le alcanzo leña y agua. Hago sembrar mi chacra con peones, hay todavía, por gracia de Dios, para cosechar y comer, aunque este año la granizada y la helada han malogrado las siembras. Depende de la voluntad de Dios, todo tiene su tiempo, hay que arrepentirse de las cosas malas que hemos hecho.

Quiero que nuestro Presidente haga bien las cosas, a conciencia, cuánta gente inocente ha muerto. Mas bien otros países nos han ayudado un poco. Este presidente no se acuerda de nosotros, de los pobres. Existe el Programa Juntos; también para nosotros debe llegar esta ayuda. Cuántos años hemos pedido y suplicado, solamente tenemos promesas y esperamos una recompensa económica personal por parte del Estado Peruano, esto no es un favor, es un derecho y pedimos justicia.



## LIDIA FLORES DE HUAMÁN

FECHA DE NACIMIENTO	: 27/03/1952
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUAMANGA
DISTRITO	: CARMEN ALTO
NÚMERO DE HIJOS	: CINCO
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1984
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: ESPOSO, FELIPE HUAMÁN PALOMINO (17/07/1984)

## YA NO ESTÁ SU CUERPO, SOLAMENTE UNA CALAVERITA Y PEDAZOS DE HUESITOS

**M**is hijos, mi esposo y yo vivíamos tranquilos, en Carmen Alto. Trabajábamos en la compra y venta de ganado, ese era nuestro negocio. Un día, mi esposo y mi suegro viajaron hacia Chontaca, porque en la feria del domingo no habíamos vendido el ganado; él viajó a Chontaca a devolver el ganado. Pero, en el camino, cerca de Huatatas, vendieron todo el ganado. El día martes regresaron. Ese día, a eso de las tres o cuatro de la tarde, él estaba saliendo hacia la casa de su madre y justo en la puerta, se encontró con un guardia republicano que había ido a ver el reservorio de agua del canal y que estaba de retorno hacia al reservorio de Quicapata. Este guardia le pidió su documento de identidad; pero mi esposo no lo llevaba en ese momento, porque la casa de su madre quedaba muy cerca. Entonces, el guardia le dijo: "Acompáñame", mi esposo respondió: "¿Por qué te voy acompañar?", cuando quiso regresar a recoger su documento de identidad, el guardia ya no le dejó y se lo llevó hacia el reservorio de Quicapata. Dicen que antes de llegar al reservorio, el guardia lo hizo pasear de tienda en tienda. Muchos vieron cuando se llevó a mi esposo, ellos conocían a ese guardia.

Yo había salido un rato de mi casa; al enterarme fui tras de él, pero ya no lo encontré. Cuando pregunté en el reservorio de Quicapata por el guardia que se llevó a mi esposo, el que estaba ahí, me dijo: "El que estaba antes ha sido cambiado, yo soy nuevo". Pero yo pensaba que quizá era el mismo. Eso sucedió un día martes, nuevamente regresé el día miércoles y el jueves, nada. Entonces, fui donde el Fiscal a poner la denuncia; la gente me decía que seguramente se lo habían llevado a la Comisaría o al Cuartel, o tal vez a las Agallas de Oro. Pero cuando iba, no lo encontraba. En la Fiscalía me encontré con la señora Angélica, estaba acompañada por una señora. Entonces me acerqué y la saludé, ella me preguntó qué había pasado y le conté que habían hecho desaparecer a mi esposo. Ella también me contó que habían hecho desaparecer a su hijo.

Después de pocos días empezaron a aparecer cadáveres en los huaicos y barrancos. Entonces, mi suegra, mis cuñadas y yo empezamos

a buscar por esos lugares. Por la mañana presentaba los documentos y luego íbamos a buscar en los huaicos y barrancos. En ese entonces, mi última hija aún era bebé, por ella me quedaba en la ciudad, agilizando los documentos, mientras mi suegra y mis cuñadas iban a buscar a mi esposo en los huaicos y en los barrancos. Luego de presentar los documentos, yo también iba a buscar en los huaicos, en los ríos, por las arboledas y hasta en las casas derrumbadas y abandonadas. Después de casi una semana, nuevamente regresé con mi cuñada al reservorio de Quicapata, exigí que me dijeran quién era el que se llevó a mi esposo, pero me gritaron. Luego fuimos por las arboledas, por los pedregales e incluso volteaba las piedras que encontraba amontonadas, pensando encontrar a mi esposo. Cuando iba hacia el cerro Campanayuq, en el camino, encontré una ojota<sup>1)</sup>, en medio de un montón de quicatos<sup>2)</sup>, a cierta distancia del reservorio. Justo en esas fechas mi esposo había comprado un par de ojotas, de tallas desiguales y viajaba con eso. Al encontrar la ojota, le dije a mi cuñada: “Esta ojota es parecida a la de Felipe, hay que llevarla”, mi cuñada no creyó que podía ser de mi esposo y la dejamos ahí. Pasé toda la noche pensando en que quizá esa ojota era de mi esposo, me arrepentía por no haberla traído.

Ya habían pasado casi 15 días, pero no encontraba a mi esposo. A veces encontraba cadáveres semi enterrados, los desenterraba con las manos, para reconocerlos. Luego, nuevamente regresé donde el Fiscal, a exigir que agilice mis documentos para que inicie la búsqueda de mi esposo. Ese día también fui al Cuartel, pero allí me gritaron: “Aquí no está, aquí no lo han traído, ¿quién te dijo que lo hemos traído aquí?” Yo les respondía: “Mi esposo ha sido detenido por un guardia, en Carmen Alto, sé que está aquí”. Me dijeron: “Anda a las Agallas de Oro, allí atienden los guardias”. Fui a las Agallas de Oro y les dije: “Señor, un guardia ha detenido a mi esposo, en Carmen Alto, seguro que lo trajo aquí”, “¿quién, cómo se llama?”, preguntaron y después negaron que estaba ahí. Así, estuve buscando y buscando. Un día escuché que había cadáveres botados por Muyurina, debajo del puente, que estaban siendo devorados por los perros. Entonces, el 15 de agosto del 84, fui a buscar por esos lugares. Efectivamente, había un cadáver la mitad devorado por los perros, llevaba puesto un poncho, pero no era mi esposo. Los vecinos del lugar me dijeron: “Anda al pie del barranco, porque muchos perros están yendo al barranco, allí deben estar otros cadáveres”.

También me dijeron que vaya por el huaico, para ver mejor. Entonces, fui por el huaico, llegué hasta Muyurina, luego cogí un palo grande y empecé a buscar por el río, casi nadie buscaba en los ríos, ni

---

1) Una sandalia hecha de jebe.

2) Piedra blanca, de consistencia parecida a la tiza.

debajo de las piedras, ni en las lagunillas de los ríos; estaba cargando a mi bebé. Mi suegra y mis cuñadas también estaban buscando conmigo, pero en distintas direcciones. A veces iba por el río y a veces por las arboledas. Al ver a los perros, iba tras ellos, para ver si estaban devorando cadáveres. Avanzando, llegué hasta una pampa, en Viña Chiquita - Chicucruz, era un arenal. Ese día, mientras caminaba, lloraba, estaba sola. Seguía avanzando y, de repente, miré hacia arriba, allí vi a muchos cabitos que estaban cuidando los alrededores del Cuartel. Me asusté pensando que me habían visto, decía: "Seguro que van a preguntarse qué estoy haciendo a estas horas por aquí", era muy temprano. Entonces, me puse a mi cabeza el pañal blanco de mi bebé, para que no piensen mal y me disparen. Cada vez, me acercaba más hacia los cabitos, después ya no quise avanzar. Mi bebé empezó a llorar, había una piedra grande y subí allí, empecé a darle de lactar. Mientras lactaba, me puse a llorar, hablando sola: "Dónde estás Felipe, te estoy buscando, si estás en algún lugar, llámame ya, dime estoy aquí, no permitas que te siga buscando de huaico en huaico, dejando a nuestros hijos". Lloré largamente, sentada en esa piedra, estaba solamente con mi bebé.

Después, cuando ya regresaba, de repente, sentí un silbido de mi esposo, muy cerca, mis oídos quedaron sordos. Me asusté y miré para todos lados, pero no había nada, me quedé parada, no sabía si avanzar o retroceder. Pensaba: "¿Habrán silbado los cabitos?" Luego, me llené de valor y di la vuelta, empecé a avanzar. Regresé hasta la piedra donde estuve sentada, allí me quedé parada, después continué casi una cuadra más. Volteé la curva, había un barranco, caminaba al pie del barranco, mientras avanzaba, vi la chompa de mi esposo. Me acercaba con miedo, tratando de que no me vean los cabitos, sentía aún el silbido en mis oídos. Me acercaba más y más. Luego, también vi el pantalón de mi esposo. Allí encontré el pantalón, la chompa, el polo y los calzoncillos de mi esposo. Al lado de su ropa, encontré unos pedazos de huesos y, al pie de una chilca<sup>1)</sup>, estaba su calaverita.

También había algunos pelos esparcidos, sobre la yerba. Me sostuve jalando las ramas de una chilca y me senté gritando, lloré demasiado. Después, no me acuerdo, no sé si me desmayé. Pero, luego reaccioné sola y desperté. Al despertar decía: "Jesús, Jesús". Al ver su ropa, nuevamente empecé a llorar, recogí su chompa, su polo, también su cráneo. Faltaba una de las ojotas, la más floja, recordé que antes había encontrado una ojota en Quicapata. Me quedé sentada, no sabía qué hacer, los cabitos me estaban mirando de arriba. Hice que mi hijita despertara. Estaba impresionada con el silbido, porque si no fuera por ese silbido no hubiera vuelto y no

---

1) Árbol que crece en ciertas zonas de Ayacucho.

lo hubiera encontrado nunca. Luego, vino una de mis cuñadas, siguiendo mis huellas; al verla, la llamé: “Fortu, Fortu”, luego vinieron mi suegra y mi otra cuñada, que también estaban buscando.

Después, las dejé cuidando las cosas que encontré y fui a contarle al Fiscal: “Señor Fiscal, he encontrado la ropa de mi esposo”, “¿cómo está, está su cuerpo?”, “ya no está su cuerpo, solamente una calaverita y pedazos de huesitos y su ropa”. Me respondió: “Ya, pero, ¿quién va a ir?, el Juez no tiene tiempo, hay muchos levantamientos de cadáveres; recógelo y tráelo o, mejor, quémalo, qué vas a hacer con su ropa, quémalo ahí o bótalo al río. Estás corriendo peligro, tal vez los que lo han matado te están viendo, te van a matar a ti también”. Ahí le pregunté: “Entonces, ¿no va a pasar nada?”, “no”. Fui nuevamente al lugar, recogí todo lo que había encontrado y lo llevé a presentarlo al Fiscal, llegué casi a mediodía: “Señor Fiscal, lo he traído, por favor, ¿podría verlo?”. Había mucha gente sentada. No permitió que pusiera sobre la mesa; entonces puse mi quipe sobre la banca. La gente que estaba allí, en su mayoría mujeres, se puso a un lado. Allí hice ver a todos el contenido de mi quipe<sup>1)</sup>. El Fiscal me dijo: “Qué vas a hacer, mejor quémalo”. Entonces, volví a mi casa y velé su ropita y su calaverita. Luego lo llevé al cementerio de Carmen Alto, con un vecino. Después de eso fui a Quicapata a recoger la otra ojota, pero ya no la encontré.

Nuevamente regresé a la Fiscalía, a averiguar un poco más. Otra vez me encontré con la señora Angélica y me preguntó: “¿Qué vas a hacer?, hay tantas mujeres que están buscando, tú al menos hallaste su ropa”. Le respondí: “No sé qué hacer, no sé cómo cuidaré a mis hijos”. Entonces fuimos donde la Alcaldesa Leonor Zamora, ella nos dijo: “Está muriendo mucha gente, todas ustedes son personas humanas, no creo que las maten a todas, formalicen la organización y levántense”. Entonces, empezamos a formalizar la organización. Yo estaba decidida a caminar buscando justicia, quería saber quién se había llevado a mi esposo y por qué. Poco a poco aumentábamos, éramos muchas mujeres, luego fuimos donde el abogado Roca, él también nos sugería que formalizáramos la organización, para que algún día sepamos quién lo hizo y por qué lo hizo.

Al principio, nos reuníamos en el mismo Concejo, ahí venían gringos de otros países, nos entrevistaban, siempre estábamos con las fotos de nuestros desaparecidos, las socias aumentaban más y más. Luego, solicitamos un espacio en el local de la Casa del Maestro, nos dieron un rincón y allí nos reuníamos durante varios años. La Alcaldesa pedía apoyo para nosotras, nos daba lentejitas, frijolitos y otros. Mientras otras continuaban buscando a sus desaparecidos, otras

---

1) Envoltorio de tela gruesa que se lleva a la espalda.

nos quedábamos cocinando para los niños. Llegó la Navidad del 84, la Alcaldesa trajo regalos y leche para los niños. El comedor de ANFASEP ya se había iniciado, ya había una Junta Directiva. La señora Angélica fue elegida Presidenta. Mis hijos también comían en el comedor, pero solamente hasta el 86, aunque yo seguía participando en las reuniones y en las marchas. Cuando vino el Papa Juan Pablo II, fuimos al aeropuerto llevando nuestra cruz, allí rezamos.

Después, empecé a hilar y mandaba hacer mantas, frazadas, llevaba todo eso a vender en las ferias. De allí traía chanchitos, ovejitas y algunos cereales para comer. Durante dos años dejé ANFASEP, por el negocio. Además, la policía empezó a buscarnos diciendo que éramos terroristas, casi ya nadie iba a ANFASEP. Después, me encontré con la señora Angélica, decidimos nuevamente reunirnos. Entonces, convocamos a una reunión, vinieron casi 15 mujeres, pero poco a poco hemos vuelto a reunirnos todas. Cuando nos hemos reunido nuevamente, el doctor Roca había desaparecido, no sabíamos si estaba vivo o muerto, pero ahora sabemos que está en Lima. Entonces, solamente quedó don Pablo Rojas, que tenía a su cargo su ONG, con él salíamos a las marchas, hacíamos las vigiliass e íbamos a Lima a hacer algunas gestiones. Con tanta exigencia, en el 2001 logramos la creación de la Comisión de la Verdad, durante el gobierno de Valentín Paniagua. Ya cuando empezó a funcionar la CVR, recién empezamos a hablar sin miedo, porque antes estábamos callados por miedo, incluso yo jamás he contado que había encontrado a mi esposo, solamente decía que mi esposo había desaparecido, por miedo. Pero en la CVR dije lo que había callado por mucho tiempo.

Cuando perdí a mi esposo, caminaba como una loca, estaba traumada, aprendí a chacchar coca, recordaba todos nuestros planes y lloraba. Además, tenía una deuda en el Banco, le faltaba ropa a mis hijos, era muy difícil. Siempre pensaba que, si él estuviera vivo, no estaría así, tendría casa y dinero, lloraba. Mi casa estaba completamente destrozada, muy triste, mi papá y mi cuñado me ayudaban bastante. Mis hijos ya estaban grandecitos pero necesitaban más y más, ya no pude, ni siquiera, educar. Tampoco les decía nada a mis hijos acerca de lo que sucedió con su papá, para que no estén tristes. Después me dijeron: “Mamá, cuéntanos qué ha pasado con mi papá, ya somos grandes”, pero no les conté todo.

Ahora me siento un poco mejor, mis hijos ya están grandes. Pero no es igual que estar con un esposo, porque mis hijos no están en la obligación de darme dinero, tampoco están en la obligación de solucionar mis problemas. Sufro del corazón, hace una semana me desmayé porque mi corazón no funcionaba. Por el momento estoy vendiendo cereales en el

mercado, mis hijos me ayudan a pagar los gastos. La ropa que encontré la guardé, el polo está en el Museo de la Memoria de ANFASEP.

Actualmente, estoy ocupando la Presidencia de ANFASEP, algunas veces me siento presionada por el cargo, pero no podría renunciar, porque pienso, que si me han elegido, debe ser porque confían en mí. Y es un motivo para continuar buscando la justicia, que los culpables de las desapariciones forzadas, de los asesinatos y de otros crímenes, sean juzgados. Han pasado 24 años, aún no hay nada, ni justicia, ni reparaciones. Si el Presidente de la República tomara en cuenta nuestras peticiones, quizá todo esto ya se acabaría. El intenta dar las reparaciones colectivas, pero yo exijo una reparación individual y exijo que dejen de marginar a la ANFASEP. Pero, a la vez, me siento aliviada porque están los jóvenes, quienes continuarán cuando nosotras ya no estemos, para ellos será mas fácil, porque saben leer, tienen estudios.



# MATANZA

## MARÍA HUAMÁN RAMOS

FECHA DE NACIMIENTO : 19/05/1933  
REGIÓN : AYACUCHO  
PROVINCIA : LA MAR  
DISTRITO : CHUNGUI  
NÚMERO DE HIJOS : SIETE  
AÑO DE INGRESO A ANFASEP : 1983  
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO : Hijos,  
FERNANDO LIZANA HUAMÁN  
(15/06/1983)  
ELÍ LIZANA HUAMÁN (1984)  
JUAN RENÁN LIZANA HUAMÁN  
(1984)  
ODILÓN LIZANA HUAMÁN (1984)

## PARECE QUE MI HIJO ESTÁ ESPERÁNDOME AQUÍ EN ANFASEP

**A**proximadamente en el año de 1967 ó 1968 vine de Chungui, con el fin de educar a mis hijos. “Por ustedes estamos yendo a vivir a la ciudad de Ayacucho”, les decía a mis hijos, que aún eran pequeños. Aquí estábamos muy bien, mis hijos estudiaban y todos los años aprobaban invictos, éramos felices, pero muy pobres. Sus profesores apreciaban mucho a mis hijos, porque eran estudiosos e inteligentes, les regalaban ropa, a uno de ellos le regalaron un uniforme completo.

Yo vendía chocolates y con eso educaba a mis hijos, antes solamente nosotros vendíamos los chocolates. Después, los mayorcitos empezaron a hacer los chocolates, porque no teníamos suficiente dinero para vivir. En las mañanitas, antes de ir a la escuela, iban a vender los chocolates. Los dos mayores terminaron la secundaria y de inmediato ingresaron a la Universidad, uno de ellos era becado. Pero Fernando, a medio año de haber ingresado a la Universidad, se fue a la selva con un amigo que tenía. Ese amigo le había entusiasmado para que fueran a la selva a hacer negocios. En Pichari<sup>1)</sup> se encontró con su tío y él le había dicho: “¿Cómo vas a caminar en estas cosas? Todavía hay terrenos en la selva, más lejos, agarra eso y siembra cacao, el cacao da frutos en solo tres años. ¿Acaso vas a envejecer durante ese tiempo?”

Entonces, mi hijo Fernando regresó con esa idea, pensando hacer una fábrica de chocolate. Incluso hacía divisiones en mi terreno, imaginando la ubicación de la fábrica. También dejó sus estudios, había estado estudiando Ingeniería Química. Mis hijos menores también se entusiasmaron con viajar a la selva, para ayudar a Fernando en la chacra. Al inicio, a su papá y a mí no nos dejaban ir, porque decían que no había nada para comer. Después de un tiempo ya les iba más o menos bien. Entonces, su papá fue con ellos, luego él ya no quiso volver, se quedó sembrando cacao. Decía: “Con el cacao haremos chocolates”.

---

1) Nombre de un pueblo en el Valle del Río Apurímac.

El 15 de junio de 1983, mi hijo Fernando, de 31 años, venía de viaje hacia Ayacucho. Venía para de aquí llevar víveres para comer. En ese tiempo ya estaba empezando la violencia política. En ese viaje, en un lugar del camino llamado Yanamonte, los viajeros se encontraron con los sinchis. Allí, los sinchis seleccionaron a los más jóvenes, entre ellos mi hijo. Después de seleccionarlos, se los habían llevado hacia San Francisco. Cuando supe esto, lo he buscado en toda la selva, he buscado en todas partes, pero nadie sabía nada, no había alguien que lo haya visto. Dicen que venía en un carro con carga de plátano o café y que allí los sinchis los han detenido. He preguntado a los choferes, pero no sabían nada. Desapareció como si la tierra se lo hubiera tragado. Mis hijos menores y mi esposo empezaron a buscar a Fernando. Han viajado por toda la selva, pero no lo han encontrado.

Al año siguiente, más o menos en el mes de setiembre de 1984, repentinamente, los de la Marina ingresaron a Canayre<sup>1)</sup> y mataron a casi toda la población, de grandes a pequeños, en las chacras, en las casas, donde los encontraban. Dicen que la gente escapaba dejando a sus hijos. A esos niños también los habían ahorcado diciendo: “¡Desde la raíz hay que terminarlos!” Violaron y mataron a las mujeres. Allí murieron mis hijos Elí y Juan Renán. A Juan lo asesinaron en el camino llamado Canayre, cuando él iba por yuca. Yo estaba aquí en Huamanga, casi no estaba muy enterada, escuché algunas noticias, entonces fui a preguntar a un señor que venía de la selva. El me dijo: “Los de la Marina entraron a Canayre y mataron a todos”. No podía creerlo, pensaba que era un sueño. Lloraba y lloraba. Qué voy a hacer, no podía hacer nada, ese tiempo era peligroso. Mataban los que caminaban<sup>2)</sup>, los militares y los montoneros<sup>3)</sup>, por eso no fui a la selva, por miedo. Después de esa matanza, mi esposo también desapareció.

Yo estaba aquí en la ciudad, caminaba sin saber qué hacer. Luego, me encontré con una señora que vivía en Belén, se llamaba Clemencia, también un señor llamado Andrés Lozano y otros que no recuerdo. Al inicio, caminábamos unos cuantos. Un día, estábamos esperando al Fiscal, allí nos hemos encontrado con la señora Angélica, también estaba buscando a su hijo. Ya con ella nos hemos empezado a reunir con más fuerza. La señora Angélica nos decía: “Los domingos, los de la Guardia Civil hacen fiestas, se reúnen y allí tenemos que ir para que al menos los periodistas nos tomen fotos”. Y nosotras rondábamos en medio de mucha gente armada, nos llenábamos de valor y decíamos: “Si nos matan, nos matarán”. Las socias aumentaban más y más. Inicialmente nos

---

1) Otro poblado en el Valle del Río Apurímac.

2) La testimoniante se refiere a los miembros de Sendero Luminoso.

3) La testimoniante se refiere a los ronderos.

reuníamos en la casa de la Alcaldesa, la señora Leonor Zamora, también nos reuníamos en otras casas, después empezamos a reunirnos en el local llamado “Casa del Maestro”, por Cinco Esquinas. Allí hemos estado reuniéndonos muchos años. Pero un tiempo, los policías empezaron a buscar a la señora Angélica, entonces hemos dejado de reunirnos por casi dos años. Después de un tiempo, la señora Angélica volvió a ANFASEP, entonces nuevamente hemos vuelto a reunirnos.

Cerca de tres años pasaron y fui a la selva a averiguar y a ver mis chacras. Al llegar, preguntaba a la gente qué había pasado, pero nadie sabía nada, ya eran gente nueva, habían venido de otros lugares. Las personas del lugar ya no estaban, porque los habían matado a todos. Los que lograron escapar, ¿a dónde se habrán ido? Dejaron sus chacras, el cacao estaba botado en el suelo porque nadie cosechaba. Me decían que mi esposo había desaparecido después de enterrar a mis hijos. A veces pienso que quizá por la tristeza se ha lanzado al río, porque nadie sabe nada. La gente me dice que probablemente el río se lo ha llevado. En nuestras chacras, el cacao estaba listo para cosechar, pero estaba mezclado con otros árboles, era un trabajo para varón, por eso lo he abandonado. Ahora, esas chacras ya deben tener otro dueño. A Elí y a Juan Renán los encontré enterrados al borde de una chacra, en la selva. No los he hecho desenterrar, los he reconocido por sus nombres. Todo esto me ha afectado demasiado. En ese tiempo mis caseras, las que me compraban los chocolates, me daban mucha fuerza, me decían: “Ya no llores”. Tengo una sola hija mujer, entonces me decían: “Quiérole mucho a tu hija, ya no llores, hay tanta gente que está muriendo. ¿Acaso solamente tus hijos?” Yo también pedía fuerzas a Dios, pero casi me he vuelto loca. A veces tenía ganas de correr a las calles; sin embargo, mis caseras me daban remedios, me hacían tomar alimentos, gelatinas de pata de vaca, jeso es alimento!

Uno de mis hijos empezó a trabajar, él empezó a ayudarme. Logré educar a mi hija mujer vendiendo los chocolates, ella ya terminó sus estudios. Ella también hacía muchas cosas, una fecha, la señora Juanita, que es una de las actuales socias de ANFASEP, y mi hijo formaron una asociación sobre cosas de artesanía. Los tres empezaron a trabajar en eso, mi hija estudiaba a la vez. Yo también continuaba haciendo los chocolates y los vendía. En mi terrenito había tuna y cochinilla en cantidad, vendía también eso. Ahora estoy muy ciega, no puedo hacer nada, quisiera hacer algo, quisiera que mis ojos volvieran a ver, quisiera estar en la labor terapia de ANFASEP, haciendo los tejidos, pero mis ojos ya no ven. A veces, me pongo triste, me duele la cabeza y el corazón. El año pasado han venido unas psicólogas a hacer psicoterapia con nosotras. Desde esa fecha, creo que el dolor de mi cabeza ha bajado un poco. Cuando pienso

en estas cosas, siempre lloro y me duele la cabeza. Actualmente no hago nada, solamente estoy cuidando a mis nietos. Ya no hago los chocolates, ya no tengo fuerzas para hacerlos. Esa vez, la psicóloga me exigía que siga haciendo los chocolates, entonces hice lo posible y traje para vender en la tienda de ANFASEP. Pero solamente habían vendido los chocolates más pequeños, que son más difíciles de hacer. Ahora mis hijos ya no me dejan hacerlos, porque podría enfermarme.

Sigo en ANFASEP, buscando a mis hijos. No podría dejar de venir a ANFASEP. Cuando no vengo a las reuniones, no estoy tranquila, estoy pensando en saber algo, estoy pensando que quizá están haciendo algo. Siempre estoy pensando en venir, porque siento que mis hijos están esperándome aquí en ANFASEP, siento que mis hijos están despertando. Muchas socias antiguas ya no están, porque algunas ya han fallecido y otras tienen miedo a morir. Incluso cuando vino Alan García a hacer su campaña para la Presidencia, solamente unos cuantos hemos ido a protestar, otros nos miraban de lejos, por miedo. No espero las reparaciones, solo espero que mi hijo aparezca, al menos uno de ellos. Porque a pesar que mis dos hijos ya están enterrados no lo puedo aceptar, porque no los he enterrado, solamente he visto sus tumbas. A veces siento que mis hijos van a llegar, a veces espero, pensando que hoy día será, este año será, pero nada. Qué será de mi hijo Fernando, dónde estará, dónde estarán sus restos, dónde lo habrán enterrado, quizá lo encuentre. Pero si lo han quemado, aunque encuentre sus restos ya no va a ser igual que encontrarlo a él mismo. No sé ni cómo estaba vestido. Hacía mucho tiempo que ya no me encontraba con él. No tengo mucha esperanza en el gobierno actual de Alan García, porque sé que no nos va dar ni las reparaciones. Cuando salga este gobierno, tal vez nuevamente va a entrar Fujimori y entonces no va a haber nada para nosotras.



# TERESA HUICHO URBANO

FECHA DE NACIMIENTO	: 14/10/1966
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: LA MAR
DISTRITO	: TAMBO
NÚMERO DE HIJOS	: TRES
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 2003
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: PADRE, BONIFACIO HUICHO ORE (05/11/1984)

LO QUE LE SUCEDIÓ A MIS PADRES,  
NOS HA AFECTADO MUCHO  
- NOS HEMOS QUEDADO SIN ESTUDIO -

**A**ntes que llegue la violencia, nosotros éramos siete hermanos: Jesús, Teresa, Lucía, Emilio, María y Elsa. Vivíamos tranquilos, no había maltratos, no había Sinchis, ni Linces, solo Guardia Civil. El terror llegó cuando asesinaron a los ocho periodistas en Uchuraccay; entonces, el pueblo se levantó y con los Sinchis y los Linces comenzaron a hacer rastrillajes en las diferentes comunidades del distrito de Tambo. Las comunidades se habían organizado en rondas campesinas y llegaban a Tambo a hacer coordinaciones con la Base Militar.

En una fecha que no recuerdo muy bien, entre junio o julio de 1984, cuando mi madre pastaba sus animalitos en las alturas de la comunidad, llegó un grupo de montoneros que eran conocidos también como ronderos y la detuvieron, diciendo que ella era “terruca”. La amarraron con sogas y comenzaron a arrastrarla con caballos por unos dos kilómetros, como si fuera un animal. La arrastraban y a la vez la golpeaban con palos y con el “cocobolo”. La dejaron semimuerta. En ese entonces yo tendría 16 años y mis demás hermanitos eran menores.

La dejaron al borde de un río, seguramente pensando que habría muerto. Cuando la encontraron tenía las manos y los pies amarrados. Era como las cinco de la tarde y unos pobladores vieron que el agua del río tenía manchas rojas. Río arriba, encontraron a mi madre, la recogieron y la llevaron a mi casa. La atendimos y pudo recuperarse. Logró sobrevivir por nuestra atención, ya que no podíamos llevarla al hospital de Tambo, los ronderos no nos permitían que salgamos de la comunidad, por eso la atendimos en casa y con medicina casera.

Un día de octubre o noviembre de 1984, al amanecer, tomamos desayuno muy temprano con mis papás y mis hermanos. Los mayores se fueron a la escuela. Mi madre y yo nos fuimos a la chacra, a pastar nuestros animalitos. Mi padre, Bonifacio Huicho Oré, junto a mis dos hermanos

menores Emilio y Elsa, de seis y cuatro años de edad, se quedaron en la casa ya que debían aporcar el maíz que habíamos sembrado en nuestra chacra, al costado de la casa. Como a las diez de la mañana, por el camino aparecieron los Linces, con su ropa verde oscuro, eran como diez o quince. Llamaron a mi padre y le dijeron: “¡Oiga, terruco, ven acá, donde están tus hijos, dónde está tu mujer!”. Mi padre les dijo que su esposa estaba enferma. Los militares insistían en preguntar por sus hijos, le decían: “tus hijos son terrucos, tú estás mintiendo”. Lo golpearon hasta casi desmayarlo, en presencia de Emilio y Elsa. Luego, encerraron a los niños en la casa y siguieron maltratando a mi padre. Luego se fueron, dejándolo ensangrentado. Al cabo de unas dos horas, llegó otro grupo de Linces y al verlo herido, comenzaron nuevamente a torturarlo, diciéndole: “¡terruco, estás todavía vivo, dónde están tus hijos, son terrucos!”. Luego, lo amarraron de las manos con una soga y lo arrastraron por la calle, que era un pedregal, hasta llegar a un árbol antiguo de ramas secas donde había chala; mi padre gritaba, pidiendo auxilio, le golpeaban en su rostro, ya estaba destrozado. Lo subieron al árbol y le prendieron fuego a la chala, quemando a mi padre; él gritaba. Los militares decían: “nadie va a recoger a ese perro, si lo recogen, los mataremos a todos”. Los comuneros no podían hacer nada, miraban lo que estaba pasando, a escondidas. Nosotros ya habíamos regresado y a la distancia veíamos todo con miedo, no podíamos acercarnos a ver y levantar su cuerpo, eran como las 6 de la tarde, mi madre lloraba y decía: “¡cómo me vas a dejar con mis siete hijos!”

Los militares vigilaban, advirtiéndole que nadie debía recoger el cuerpo. Mi madre se puso valiente y se acercó al cuerpo quemado de mi padre y lo tapó con una frazada para que los perros no lo devoren. Al día siguiente, ya por la noche, mi madre y un tío se acercaron donde estaba mi padre y recogieron el cuerpo. Lo enterraron en el cementerio de la comunidad, de noche y a escondidas.

Nosotros quedamos desamparados, sin padre, no sabíamos qué hacer, nos quedamos sin nada. Vivíamos en las cuevas, escondidos, con otra gente que tenía miedo o habían perdido sus casas, quemadas. Así vivimos durante varios años, prácticamente hasta el año 1990 vivíamos así, pues de la base militar de Tambo salían a hacer operativos y reclutaban a la gente. En 1988 me vine a Ayacucho. Mi madre y mis hermanitos se quedaron en el pueblo, ella ya tiene 88 años.

Lo que les sucedió a mi padre y a mi madre nos ha afectado mucho, al extremo de haber abandonado nuestros estudios. No sabíamos qué hacer en esos años, ni siquiera existía nuestra escuela, todo lo tumbaron, todo lo destrozaron. Yo quedé con tercero de primaria. Desde muy pequeños,

todos mis hermanos comenzaron a trabajar, a valerse por sí mismos. Después de un tiempo, mi mamá participó con las organizaciones de afectados en el distrito de Tambo.

Por mi lado, yo en Ayacucho me asocié a ANFASEP, en el año 2003. Hemos avanzado bastante, hemos logrado que haya reparaciones; pero es poco lo que nos han dado por el asesinato de nuestro padre. ANFASEP está haciendo avances, estando allí ya me siento como en familia, ellos son como mi familia, así conversando nos consolamos todo lo que hemos vivido, las mamás son cariñosas.

A mi me ha afectado psicológicamente, igual a mis dos hermanitos menores, ellos sienten dolores de cabeza, será porque ellos fueron testigos y recuerdan lo que pasó. Mi papá me ha hecho mucha falta. Yo así, jovencita, me vine a Huamanga, aquí me trataban mal por ser hija de campesina. Pensaba mucho en mi madre y mis hermanitos, sufrimos mucho.





# RODOMILA SEGOVIA ROJAS

FECHA DE NACIMIENTO : 08/08/1966  
REGIÓN : AYACUCHO  
PROVINCIA : LA MAR  
DISTRITO : LUIS CARRANZA  
NÚMERO DE HIJOS : DOS  
AÑO DE INGRESO A ANFASEP : 2000  
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO : ABUELA, MAURA RODRÍGUEZ  
MEDINA (26/05/1984)  
TÍO, SANTIAGO ROJAS RODRÍGUEZ  
(26/05/1984)

## SENTÍA QUE LA VIDA NO TENÍA SENTIDO SIN ELLOS

**Y**o viví toda mi infancia y adolescencia con mis abuelitos, don Antonio Rojas Gutiérrez y doña Maura Rodríguez Medina. Vivíamos en Amaccoto, en el anexo de Wachinga, distrito de Luis Carranza. Ellos se portaban como mis padres y yo también sentía ese calor de ellos. Mis padres biológicos vivían en Lima, venían algunas veces o en las vacaciones de su trabajo.

En 1983, unos desconocidos llegaron a Amaccoto y precisamente se alojaron en mi casa. Decían que eran compañeros, nos hablaron mucho de la pobreza. Luego, pasaban frecuentemente por el camino. Una vez, quisieron llevarme a la fuerza, diciendo que iríamos hacia Andahuaylas y que volvería dos semanas después. Desde entonces, dormía en el monte, la llegada de la noche era una pesadilla. Por miedo, mi abuelito habilitó una especie de cama sobre un árbol llamado Unka, que está cerca de mi casa. Mi cama era de chala de maíz y paja de trigo, sobre ella ponía un pellejo y unas cuantas mantas para abrigarme. Igualmente, mis abuelos se iban a dormir al monte, a otros lugares, no podían estar en un solo lugar, cambiaban de un día para otro.

En septiembre de 1983 viajamos a Huamanga, donde yo tenía que quedarme para seguir estudiando. Mi mamita tuvo que retornar a Amaccoto. Cada semana venía a verme y, cuando se iba, era difícil separarme de ella, me trepaba a su centro, a su chompa; “no me dejes, llévame contigo al pueblo”, le decía.

Mis abuelos y mi tío Santiago trabajaban en la compra y venta de ganado. En abril de 1984 me encontré por última vez con ellos en la feria de Chontaca, yo viajé a la feria por el mensaje que recibí una semana antes, Cuando llegué mi abuelita estaba muy preocupada. Ya habían vendido su ganado. Mi tío Santiago estaba bebiendo con sus amigos, al verme lloró y me dijo: “Mami, mamá esta con dolor de cabeza, tu presencia hace mucha falta, tú muy bien sabes que yo vivo en Wachinga, ellos en Amaccoto, hay muchos problemas en nuestra zona por el terrorismo, dormimos en

los montes, solo de día estamos en casa". Luego me dio propina para comprar mi ropa, zapatos y zapatillas. Lo mismo hizo mi mamita.

Yo estaba en Huamanga cuando recibí la noticia: el 26 de mayo de 1984, la persona a la que consideraba mi madre, Maura Rodríguez Medina, mi tío Santiago Rojas Rodríguez y su esposa Francisca Najarro Rodríguez, fueron asesinados en la feria sabatina de Seccelambras, por aproximadamente 18 terroristas, entre varones y mujeres, en presencia de los feriantes y conocidos de mis tíos.

Supe que mi tío Santiago ya había vendido su ganado en la feria de Crusccasa. Sólo le quedaba un animal, así que siguió el camino a la feria de Seccelambras, donde se le acercaron dos encapuchados que le dieron que se baje de su caballo pero él se negó. Entonces, vinieron más encapuchados entre varones y mujeres, rodeándolo; él se negaba a bajar y se defendía con la punta de la rienda. Luego de conseguir bajarlo, lo torturaron y le cortaron el cuello. Bailaron en ronda, saltaron encima de sus restos, cantaron su himno y dejaron un cartel blanco en su pecho que decía: "así mueren los soplones". Lo dejaron semidesnudo. Poco después arrastraron a su conviviente, Francisca, hacia el huayco y le cortaron la cabeza. Mi abuelita trató de esconderse, pero los terroristas la encontraron. La golpearon sin piedad a pesar de la edad que ella tenía, la arrastraron ensangrentada, fue lo que me contó su comadre. Se la llevaron al huayco, pero más lejos que a Francisca. Desde entonces, mi abuelita está desaparecida.

Yo me enteré de todo cuando esperaba la llegada de mi abuelita. En lugar de llegar ella, se estacionó en la puerta un camión verde. El chofer bajó y me preguntó mi nombre. Cuando le dije como me llamaba, me dijo "te llama una señora y recibe tu carga". Me acerqué corriendo y ahí estaba mi tía Inocenta Medina, su prima hermana, comerciante de limón y cereales. Estaba llorando, sentada sobre junto a otros pasajeros, me dijo: "ya no está mi hermana, se acabó, vi a Santiago desnudo, degollado debajo de la carretera, a tu mamá se la llevaron arrastrando hacia abajo, no pude hacer nada. Traje esta carga de tu mamá".

Desesperada, gritaba: "mamita linda, tío lindo, dónde están". Entré a la casa y lloraba, chancaba mi cabeza contra la pared, quería morir, pateé fuerte la pared, tanto que las uñas de mis pies sangraban.

Los tres hijos de Santiago, que estaban estudiando en Huamanga, de igual forma, al escuchar la noticia se revolcaron en el piso, los vecinos acudieron dándoles agua. Cuando llegó mi tía Marcelina Rojas Rodríguez, hija última de mi abuelita, que vivía a una cuadra de la casa, fuimos a la Comandancia pero nos dijeron: "no tengo policías, vayan ustedes". Al segundo día fuimos a buscar un carro para ir a traer los restos pero nadie

aceptó viajar; al tercer día se animó un amigo de mi tío y viajamos en su auto, mi madre biológica, el hermano de mi abuelita que llegó en avión, mi tía Marcelina y yo al lugar llevando bolsas plásticas; pero al llegar no encontramos los restos, solo quedaba un charco de sangre cubierto con tierra en el lugar donde debía estar Santiago, lo notamos por las moscas. En el pueblo decían no saber nada. Un niño de siete me dijo que se los habían llevado a caballo, de noche. Salió su madre y lo golpeó, diciéndome: “qué quieres, mi hijo es loco, no sabe ni qué dice”. En la mayoría de las casas no había gente, solo había perros, no vimos ningún varón; el pueblo estaba silencioso.

Nos pusimos a buscar en los huaycos, los barrancos, cementerios, la búsqueda era permanente. Los días sábados, como había feria, también íbamos. Dos años después. Incluso me hice pasar por vendedora de coca, para averiguar. Me quedé a dormir una vez en una de las casas y los varones desaparecían de noche; el pueblo tenía reunión todas las noches, no quisieron llevarme a la reunión, me dijeron que me quede durmiendo porque estaba prohibido llevar a familiares o alguien desconocido. En los años 90 iba a la feria los sábados, llegaba al huayco a donde se habrían llevado a mi abuelita, dejaba ramos de flores en agua, ponía velas encendidas en la arena. Una vez, llegué a la casa donde se alojaron mis familiares el 25 de mayo de 1984, ahí vivía uno de los peones de mi tío, el señor Víctor De La Cruz, él también me dijo que a mis familiares los habían llevado al cerro, pero no sabía en dónde los habrían enterrado.

Recién el 2002, aproximadamente, me enteré que los ronderos de Seccelambras se habían reunido y acordado desaparecer los restos, por temor a que los familiares lleven militares al pueblo. Por eso se llevaron los restos en costales, y los arrojaron en el hueco que hay en Minas Urqo, junto al cerro, a dos horas de la comunidad. De estos hechos pusimos en conocimiento de la Comisión de la Verdad y la Fiscalía. Al cabo de veinte días inmovilizaron la zona. Como demoró la exhumación, nosotras fuimos al lugar y encontramos la tierra removida, buscando con un palo encontramos un peroné y tres costillas, los recogimos en un periódico y los llevamos a la oficina del fiscal el mismo día, también a los medios de comunicación, en donde difundimos lo que había acontecido, el miedo había quedado atrás. Así fue que tomé contacto con ANFASEP y en especial con su fundadora, la señora Angélica Mendoza. Desde entonces, pertenezco a la Organización.

Después de 20 años encontramos los restos de mis tíos y algunos restos de mi abuelita. Se corroboró que eran ellos por el ADN. Les dimos cristiana sepultura

Desde el año 1984, los pobladores de Seccelambras han silenciado el asesinato de mis familiares, por todo ello, yo guardo un resentimiento para esos comuneros. Siento odio y tengo muchos dolores de cabeza, solo vivo con pastillas, analgésicos y relajantes, muchos me dicen “olvida”, para mí no existe la palabra “olvidar”, olvidaré solo con la muerte. Mi familia era sana, tal vez murieron por no aceptar la ideología de Sendero Luminoso, el día que fueron asesinados se acabó mi felicidad, el día se volvió noche. Gracias a mi abuelita por trasmitirme sus conocimientos, su sabiduría, sus recomendaciones, para seguir adelante. Imagino, siento que me guía. En donde esté, estoy junto a ella.



# MARÍA CÁRDENAS BELLIDO

FECHA DE NACIMIENTO	: 16/07/1963
REGIÓN	: ICA
PROVINCIA	: ICA
DISTRITO	: TINGUIÑA
NÚMERO DE HIJOS	: CUATRO
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 2006
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: MAMÁ, GREGORIA BELLIDO GAMBOA (04/05/1983)

## TENGO UNA HERIDA QUE NUNCA SE PODRÁ CURAR, AUNQUE NOS REPARAN CON MUCHA PLATA

**N**ací en Tinguña, Ica, pero a los tres meses de nacida mis padres Fernando Cárdenas Martínez y Gregoria Bellido Gamboa, que eran de la zona de Huambalpa, en Vilcashuamán, me llevaron a su tierra. Vivíamos tranquilos sembrando en nuestras chacras, pues mis padres eran campesinos y se dedicaban a la agricultura y éramos solo tres hermanas, Lucinda, Tarcicia y yo.

Es difícil recordar aquellos años que hemos pasado y sufrido, esas épocas del terrorismo que empezaron en Chuschi. En Huambalpa empezó todo en 1981, cuando los profesores del colegio “Micaela Bastidas” instruyen a los estudiantes. En 1982 aparecieron los senderistas y empezaron a concientizar a la gente. Eran gente desconocida que llegaron no sé de dónde, hacían reuniones y los llevaban a los jóvenes. La gente no estaba de acuerdo con sus pensamientos. Después me contaron que esos jóvenes habían ido al lugar denominado Limarecc, ahí arrojaron dinamita a la casa de un ancianito con la intención de asesinarlo. La comunidad se enteró y buscaron al cabecilla, lo castigaron en la plaza y lo obligaron a que entregue las armas con que habían atentado contra el anciano. El cabecilla los llevó a Paucarccapata, donde de entre las piedras sacó una pistola y municiones. Iban a entregar al chico a los militares, pero no lo hicieron. Solo le dijeron que abandone Huambalpa.

En enero de 1983 la comunidad se organizó contra los desconocidos, hacían vigías nocturnas y trataban de ubicar a los senderistas. Una noche, cuando estábamos descansando con mi bebe, en la casa de mi mamá, sentí que algo pasaba en el pueblo. Los senderistas habían entrado haciendo ruido, lo que alborotó a las ovejas, a las vacas, los perros ladraban, las gallinas cacareaban y había una tremenda bulla en la plaza. Sentí miedo, porque decían: “si los encontramos en sus casas, los quemamos”. Esa noche, mi mamá estaba en Churia, había ido a ver a nuestros animales y yo estaba con mi hijito y embarazada. Por seguridad, mi esposo se había ido a Lima; habíamos decidido viajar juntos, pero no había a dónde llegar,

Mi mamá nos había dicho: “¿a dónde van a llegar, dónde van a vivir, qué van a comer?”

En febrero de 1983, los senderistas entraron nuevamente a Huambalpa, incendiaron casas. Habrían llegado por la entrada de Accomarca, de Huamanmarca, de Ccayanto y de Huillcapampa. Esa noche no dormí, había tanta bulla, la gente gritaba, llamaban, lloraban. Era la amanecida del martes de carnaval. Al amanecer fui a la plaza y habían saqueado y quemado el municipio, también la casa de mi suegro, la casa de la señorita Marina Ayala, habían matado a don Cresenciano Azursa Sulca, al señor Lino Puccayco, todo hecho pedazos con dinamita, le habían cortado la lengua, la cara, las manos. Ellos formaban el grupo de vigilancia y se encargaban de dar la voz de alerta cuando los senderistas venían. A raíz de esa experiencia, la comunidad ya tenía miedo y empezaron a irse a los montes, huaycos, punas, solo quedaban ancianos y niños. Nosotros teníamos dos casas, una noche dormíamos en una, la siguiente en otra y muchas veces, entre varios, nos juntábamos para dormir en las cuevas, en los huaycos y muy de madrugada volvíamos a nuestras casas, para que los senderistas no sepan de nuestros escondites.

La amanecida del viernes 16 de febrero de 1983, mi hijito Nelson nació en manos de mi mamá. Vivíamos con mis suegros por el miedo. Después, mis suegros viajaron a Huamanga, porque habían quemado su casa y me quedé con mis padres, nos escondíamos tanto de senderistas y también de los militares y policías; nosotros no nos juntábamos con ninguno de ellos, no queríamos que nos involucren en nada.

Una mañana de marzo de 1983, cuando mi mamá y yo lavábamos ropa en casa, escuchamos un disparo. Asustada, salí en busca de mi hijo de dos añitos que estaba en la casa vecina y, al llegar, encontré al vecino con un disparo en la frente, tirado en la puerta de su casa, era don Fortunato Riveros, padre de hijitos pequeños, de seis, cuatro y tres años de edad. Desesperada, recogiendo a mi hijito en mis brazos, escapamos al huayco con mi madre. Más tarde, salí y se veía humo en el pueblo. Mi mamá me pidió que vaya a ver: “quizás al no encontrarnos han quemado la casa, tú estas con tu bebe, no te van a hacer nada”. Asustada, pasé por donde estaba el cuerpo del vecino muerto y más allá habían quemado la casa del profesor Jorge Tineo, director de la escuela, a quien habían quemado vivo.

El cadáver del vecino estaba casi tres días botado en la puerta de su casa y alguien habría avisado a sus familiares y vinieron de Vilcashuamán con policías, militares y fiscal para enterrarlo. Los militares preguntaron por los vecinos y la gente señaló a mi mamá. Le preguntaron en quechua si sabía quién había matado al señor Riveros y mi mamá les dijo que no sabía, que solo había escuchado un disparo. Ese día recogieron también el

cuerpo del profesor Tineo para llevarlo a Vilcas. Dijeron que entierren a mi vecino. Yo le dije a mi mamá que no vaya al entierro, pero ella no me hizo caso y se fue, diciendo: “es nuestro vecino, cómo no voy a acompañar y ayudarlo”.

Ya era abril, época de choclos, y mis suegros me habían encargado desde Huamanga que les mande choclos. Fuimos con mi mamá a cosechar y mandarlos en burro a Vilcas y de ahí a Huamanga. Cumplido el encargo, al día siguiente, muy tempranito, fui por mi burro, dejando a mi hijito con mi mamá. Entonces vi que mis vecinas estaban corriendo con su mantita en la mano y me dijeron “Magdalena, Magdalena, escápate, han entrado tres terroristas, no sé a quién van a matar, no sé a quién buscan”. Empecé a sentir una sensación rara en mi cuerpo. Así que volví a mi casa y ahí encontré a dos encapuchados, con sus ponchos, en el patio de mi casa. Uno que estaba sin capucha me dijo: “compañera, pase rápido”. Entonces yo les dije: “¿quiénes son ustedes?, ¿qué quieren?” Me dijeron que me estaban esperando, que iban a hablar con mi mamá. Cuando entré a la casa, vi que mi mamá estaba sobre el batán, amarradas sus manitos con sogá. Mi papá también estaba atado y tirado en el suelo. Mi hijito estaba sentadito en el suelo. Uno de los encapuchados entró al cuarto y empezó a llenar unos costales con nuestras cosas. Mi mamá me dijo: “No sé para qué me han amarrado, no sé qué quieren estos compañeros, dicen que he hablado en contra de ellos, pero yo no me acuerdo qué he hablado”.

Reunieron a la gente en la plaza, para advertirles que no hablen en contra del partido. Yo les dije que teníamos ovejas y vacas, que podían llevarse eso y dejen a mi mamá. Les rogaba y me aferraba a ella. Me jalaban para cerrarme con llave en el cuarto y yo les suplicaba. Entonces, el otro regresó y les dijo a los encapuchados que se la lleven. Me pusieron un arma en la frente, me encerraron con llave y amenazaron con matarme si yo salía. Me quedé con mis hijitos y mi papá. Esto sucedió la tarde del 4 de mayo de 1983. Mi mamá no volvía y como a las ocho reventó una dinamita en la plaza. “Ahí seguro mataron a mi mamá”, decía. A las cuatro de la mañana desaté a mi papá, rompimos con un alicate la aldaba y salimos. Mi papá cargaba a mi hijito mayor, yo a mi bebé y fuimos a buscar a mi mamá. En la plaza no había nadie y dimos vueltas. Encontramos tres muertos. Mi mamá estaba en la esquinita de la plaza, frente a la iglesia, ahí también estaba la señora Sofía Paucar, que recién había vuelto de Lima, el señor Abrahán Janampa, malamente lo habían matado, mi mamá tenía el cuello como carne molida por las heridas.

No había nadie que nos ayude. Mi papá me dijo que esperaríamos a los militares para recoger los cadáveres. Un hombre me dijo que estaba prohibido avisar a los militares. Yo le dije que iba a avisar a mis hermanas

para el entierro. En Vilcas, mandé un telegrama a mis hermanas, vendí mi toro, compré velas, azúcar. Cuando, en la oscuridad, llegué al pueblo, ya habían recogido a mi mamá y lloré, lloré. Al día siguiente hicimos el hueco para su sepultura y la trasladamos al cementerio; los militares llegaron cuando ya los íbamos a enterrar, también llegó mi segunda hermana. Luego viajamos a Lima, llorando, porque mi papá se quedó. En Lima, mi esposo me esperó en la agencia. No aguantamos allá más de cuatro meses y nos fuimos a Huamanga. Ahora vivimos aquí, en Huamanga.

Quedé traumada con la muerte de mi mamá. Tengo un dolor, una herida que nunca se puede curar, aunque nos reparen con mucha plata. Exijo una reparación digna, no pedimos limosna. La justicia la dejo en manos de nuestro Señor Divino.



# TESTIMONIOS DE JÓVENES HUÉRFANOS

## ANIVAL CAYO GONZALES

FECHA DE NACIMIENTO	: 29/11/1981
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: VÍCTOR FAJARDO
DISTRITO	: CAYARA
NÚMERO DE HERMANOS/AS	: SEIS
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 2012
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: PADRE, PONCIANO CAYO PALOMINO (27/05/1988)

## LO MÁS DURO PARA MI, FUE EL HABER VIVIDO SIN CALOR DE MIS PADRES A TEMPRANA

**M**i padre se dedicaba a la agricultura. Sembraba cebada, trigo, maíz, entre otros, y criaba ganado en Cayara. Yo vivía con mi padre, Ponciano Cayo Palomino, con mi madrastra y mis hermanos, Ponciano, de 16 años y Rebeca, de 11. En ese entonces yo tenía aproximadamente 6 años. Tenía otros hermanos mayores, Pelagia, Javier y Feliciano; pero ellos vivían en otras ciudades. En cuanto a mi madre, Flora Gonzales Pincos, había ya fallecido en 1983, de muerte natural.

La madrugada del 13 de mayo de 1988, explotó una bomba en la Comunidad de Erusco, cuando yo me encontraba con mi madrastra en una estancia que teníamos en Occopampa, también en Cayara. Al día siguiente de ese suceso, mi madrastra y yo llevamos la comida a Ccechuapampa, donde mi padre y mis hermanos Rebeca y Ponciano estaban cosechando maíz. Todo iba con normalidad cuando, casi al atardecer, vimos que se aproximaba un grupo de militares montados en caballo y otros a pie. Después supimos que habían torturado y matado a varias personas en el mismo pueblo de Cayara. Temiendo que le ocurriera algo, mi hermano Ponciano le dijo a mi padre para que se escape por el huaico que está al costado de la chacra, pero este le contestó, incómodo: “por qué me voy a escapar, yo no he hecho nada malo, además, yo soy licenciado”, y continuó con el trabajo de la cosecha.

Cuando llegaron los militares, se dispersaron para reunir a todos los campesinos que estaban en la misma jornada de cosecha. Nunca hubiera imaginado que la pampa que está al costado de mi chacra sería el escenario de la peor masacre que un niño de tan corta edad pudiera presenciar. Allí reunieron a mucha gente, mujeres y varones, y más tarde los empezaron a llamar por lista, uno por uno, y los empezaron a matar como si se tratara de animales, con las propias herramientas de los campesinos –hachas, machetes-, así como con revólver. Los militares estaban bien armados. A algunos le cortaban el estómago, a otros les disparaban en la sien y después los lanzaban por sobre los tunales, arbustos. A otros los mataban a machetazos, como si estuviesen cortando la maleza que hay en el campo.

En otro lado, los militares estaban golpeando a los jóvenes sin piedad alguna. A mi hermano Ponciano lo estaban pisoteando bajo la

sombra de un molle. Concluida la matanza de casi 30 campesinos, nos dijeron que volverían y que a su regreso nadie debía estar allí, de lo contrario nos matarían a todos. Así, nos fuimos al pueblo sin tener tiempo siquiera de llevar el cuerpo de mi padre, dejando a todos los animales sueltos. Ya en casa llorábamos de manera desconsolada y luego me quedé profundamente dormido. Al día siguiente llegaban helicópteros a Cayara, yo desconocía el porqué. Pero hay muchas personas que dicen que ese día había llegado el Presidente de la República de entonces, Alan García Pérez y había ido al lugar de la masacre, pero no dio respuestas sobre lo ocurrido.

Después de dos días, mi hermano Javier que estaba en la FAP llegó a Cayara para llevarnos a la ciudad de Lima, perdiendo su oportunidad de continuar con el servicio en la FAP, ya que tenía que hacerse cargo de mí. De otro lado, mi hermana Rebeca fue enviada a la casa de una señora en Lima, en El Agustino, que necesitaba apoyo en su casa, a cambio de lo cual iba a estudiar.

Lo más duro para mí, fue el haber vivido sin el calor de mis padres a temprana edad, algo muy difícil de comprender cuando no encontramos razones justificadas para que esos militares mataran a personas inocentes. Lo peor es que fue por órdenes de jefes que hoy en día refieren que no son responsables.

Una vez en Lima, las condiciones económicas no eran buenas. Mi hermano Javier tenía que trabajar duro; él me maltrataba de manera continua, también me prohibía jugar con los demás niños, no podía ver la televisión, me dejaba encerrado junto a Nelson, que era su entenado y ahora descansa en paz. Todo cambió una tarde en que me fui a La Parada llevando las cosas que usaba mi hermano Javier para estibar papa por la noche y me quedé dormido en la puerta de una tienda. Cuando desperté me habían robado las cosas, así que me puse a llorar sin saber qué hacer, mi hermano me pegaría muchísimo. No supe cómo explicarle lo sucedido y él me dijo: “me consigues de donde sea mis cosas”. Volví al lugar, sin saber qué hacer. Ahí, unos policías me vieron y me preguntaron por qué lloraba. Solo les dije que me había perdido y enseguida me llevaron a un puesto policial, de donde me trasladaron a un centro para menores en Salamanca. Ahí podía jugar, ver televisión, divertirme, en verdad, por momentos ya no tenía interés en volver a mi casa, con mi hermano, hasta que un día me convencieron para que les diga dónde vivía, porque siempre subía al tercer piso, desde donde divisaba la casa de mi hermano que quedaba más arriba del parque Cahuide.

La vida no es tan sencilla como muchos creen. A veces he llorado mucho y muchas veces maldije el destino que me tocó vivir. Sentí tristeza como muchas personas no la han sentido; pero, a veces, la vida es así.

Solo hay una dura verdad para muchos y muchas, “si mi padre viviera, mi vida sería distinta”. Valgan verdades, es lo más sincero que he podido decir hasta el día de hoy, aunque el Estado no quiere reconocer que en muchos momentos de nuestra historia se cometieron actos y hechos de violación a los derechos fundamentales de personas inocentes. Los afectados estamos esperando aún; nos urge encontrar justicia, verdad y una reparación digna para nuestros compatriotas que perdieron a sus seres más queridos sin causa alguna.

De otro lado, me siento feliz porque ya me falta poco para obtener el título de abogado, gracias a una oportunidad que me dio la mayor de mis hermanas, Pelagia Cayo Gonzales aunque no fue gratis (risas), debido a que tenía que trabajar muy duro en su molino y a la par estudiar en la UNSCH. Felizmente se dio esta inmensa oportunidad porque en esos momentos no encontraba esperanza alguna de la vida. Gracias al respaldo -aunque un poquito tarde- de mi hermana Feliciano, a quien hoy por hoy le guardo un gran amor, porque cuando se dio la posibilidad de estudiar, nadie apostaba por mí, pero demostré que la necesidad hace que el hombre pueda cumplir con sus metas y hacer realidad sus sueños, porque yo sí sé lo que es dormir en La Parada, trabajar muy duro como vendedor de cebollas durante más de 12 años, vender chupetes en las vacaciones para comprar mis útiles. Sé lo que es tener dos navajas en el cuello porque me querían robar cincuenta miserables soles que había ganado desde las dos de la mañana hasta las nueve de la noche. Sé lo que es trabajar como carretillero, cargador de sacos de cebolla, vendedor de ropa y, mi último oficio, vender libros de motivación y también de derecho.

Después de todo, debo reconocer que cuando se aparecieron las oportunidades, siempre les saqué provecho, porque hoy entiendo que hay dos cosas que no vuelven en la vida: el tiempo y las oportunidades.

Yo sé que mis padres, desde donde estén, me protegen. No lo puedo explicar, pero es lo que siento y pienso. Otra cosa muy hermosa que me ha sucedido es que me haya tocado presidir la Juventud ANFASEP, acompañando a la vez a las mamás de ANFASEP en sus constantes luchas por la búsqueda de desaparecidos, memoria, verdad, justicia y reparación digna para todos y todas que perdieron a sus seres queridos. Donde quiera que vaya, siempre buscaré la defensa, protección y difusión de los derechos humanos, todo esto gracias a las madres de ANFASEP, a quienes le estaré inmensamente agradecido por las múltiples oportunidades que me brindaron desde marzo del 2012, cuando un grupo de jóvenes decidieron darme la oportunidad y asumir el liderazgo del grupo.





# DANIEL ROCA SULCA

FECHA DE NACIMIENTO : 10/09/1982  
REGIÓN : AYACUCHO  
PROVINCIA : CANGALLO  
DISTRITO : LOS MOROCHUCOS  
ANEXO : INCARACCAY  
NÚMERO DE HERMANOS/AS : SEIS  
AÑO DE INGRESO A ANFASEP : 2003  
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO : PAPÁ, VÍCTOR ROCA PAQUIYURI  
(03/06/1983)  
MAMÁ, JULIA SULCA OROSCO  
(03/06/1983)  
HERMANITA DE SEIS MESES DE  
NACIDO (03/06/1983)

## LA ÚNICA VISIÓN ES NO VICTIMIZARNOS

**N**o recuerdo mucho, pero vivíamos en Incaraccay, como cualquier persona, trabajando mucho en la chacra, teníamos ganado. Mis padres eran militantes de la religión evangélica. Ellos no se metían con Sendero ni con el Ejército. Mi papá había recibido una carta de invitación, en dos oportunidades, de parte de los Senderos, para que participe en sus reuniones. Mi hermano mayor recibió las cartas, pero no se las entregó. Entonces, ya muy molestos los Senderos, llegaron a mi casa, era el año 1984, entraron vestidos con botas de jebe, con ponchos color nogal, también mujeres vestidas como varones. Sacaron a mi papá y a mi mamá, que en la espalda llevaba a una niña de 6 meses de nacida.

Eran más o menos las 12 de la noche, no recuerdo mucho, yo era niño; pero sí algunas cosas, o sea, como chispas que quedan en mí. Nos encerraron a mis hermanitos y a mí en la casa. Mi hermano salió rompiendo la ventana, a pedir auxilio. Al día siguiente, mi abuelito y mi tío empezaron a buscar a mis padres, casi todo el día, recién al atardecer encontraron a mi papá, ahorcado con una soga y a mi mamá golpeada con piedra y hacha, le habían introducido un palo por la vagina. No encontraron a mi hermanita, sólo había comentarios de que la habían botado al río o que tal vez se la habían llevado los Senderos.

Hasta ahora no se sabe nada de mi hermanita. Ese mismo día recogieron los cadáveres de mis padres, los llevaron en un caballo con dirección al cementerio de Los Morochucos. Allí, mi abuelito, mi tío y algunos comuneros cumplieron un rol muy importante. Prácticamente ni el Juez ni el Gobernador querían saber del caso. Mi tío, mi abuelito y otras personas, en la noche, llevaron al cementerio los cadáveres de mis padres, los dejaron dentro del cementerio hasta el día siguiente. Recién al día siguiente cavaron el hoyo y los enterraron. Después, hicieron la denuncia. Al día siguiente del entierro, mi abuelita nos llevó, a mí y a mis hermanitos, a Yanamarca Uchuycocha, allí nos han criado.

Un año después, las autoridades desenterraron los cadáveres de mis padres. Allí recién se hizo la autopsia y sí, efectivamente, había muerto mi

mamá por traumatismo encéfalo craneano y mi papá ahorcado. Entonces, en el mismo lugar, los enterraron nuevamente. El asesinato ha sido de una manera muy cruel. Yo creo que ha sido una venganza. Mi papá discrepaba con la política de Sendero Luminoso, de la misma manera con la política del Ejército. Porque ambos cometían actos de violación a los derechos humanos. Entonces, como evangélicos, reprochaba esos actos con la palabra de Dios. Y otra razón sería que algunas personas de la comunidad tendrían algún tipo de envidia hacia mi papá, porque tener una casa de calamina en el campo era muy envidiable y, como mi papá trabajaba en Lima, traía dinero. Mi papá tenía regular cantidad de ganado ovino, vacuno y caballar, incluso tenía una estancia en la puna de Paccarisqa, con regular cantidad de pastos, allí pasteaba su ganado.

Estuve averiguando sobre las personas que han participado en el asesinato de mis padres. Pero algunos han muerto y aún continúo averiguando acerca de una persona que posiblemente vive en Lima, que ha participado directamente en el asesinato de mis padres e incluso tendría alguna información sobre mi hermanita. Lo que yo recuerdo es que, cuando ya éramos grandecitos, los Senderos venían constantemente a la casa de mi abuelita, preguntando cómo estábamos, cómo nos trataba mi abuelito. La gente dice que ellos tenían la idea de asesinarlos a todos porque, de alguna manera, nosotros creceríamos con resentimiento contra Sendero Luminoso. Entonces, no pudieron asesinarlos a todos, porque la comunidad misma ya sabía y, a la vez, estábamos en manos de mi abuelita, que era muy buena persona, que se llevaba muy bien con toda la comunidad y era evangélica.

Los militares venían y se llevaban los mejores animales, igual hacían los Senderos. Entonces, poco a poco, ya no teníamos ganado. Cuando tenía ocho años, era muy difícil la situación para mis hermanos y para mí, por eso teníamos que trabajar. Yo trabajaba aporcando papas por tres centavos, que ahora serían tres soles. Pero no tenía suficientes fuerzas, entonces las personas mayores terminaban su trabajo y me dejaban, pero habían algunas personas buenas que me ayudaban con mi parte. Así me ganaba la vida, a veces iba a trabajar por un plato de comida. Mis hermanitas trabajaban pasteando ganado, a ellas les regalaban papa o maíz. Es por eso que dejaron de estudiar, por la pobreza, para trabajar. Empecé a estudiar a pesar de las dificultades. Pero no podía, porque mi hermana se comprometió a los 15 años de edad y la otra también, a los 17 años, prácticamente me quedé solo con mi abuelita, que estaba ya muy enferma. Ya jovencito, a los 12, años ayudaba a mi abuelita; mi abuelito se dedicaba a tomar trago. Como mi abuelita tenía unas cuantas vacas, tenía que aprender a ordeñar y a hacer quesillo, a la vez a tostar cebada y

a hacer morón. Era un proceso largo para hacer la sopa, también tenía que cocinar para los perros. Entonces, no tenía tiempo para estudiar.

Yo recuerdo que utilizaba sandalias de jebe y tenía vergüenza de ponérmelas. El primer zapato que tuve era un zapato de jebe, con eso iba a la escuela, un poco avergonzado, a veces los mismos compañeros me fastidiaban, porque era muy pobre. Entonces, poco a poco iba creciendo, tenía mejores notas, he salido con un diploma de la escuela de Cuchucancha. A los 12 años entré al colegio, solo estude en el colegio hasta tercer año de secundaria y a los 16 años decidí entrar al Ejército porque, en primer lugar, allí me daban comida y vestimenta gratis. Pero también había un resentimiento dentro de mí, de querer aprender a manejar un arma y matar a los senderistas, esa era mi idea. Pero, a medida que iba experimentando en el Cuartel, también sucedían maltratos. El soldado antiguo me maltrataba a mí y a otros. Muchos de mis compañeros desertaron, porque no soportaron los maltratos. Venían los padres de algunos jóvenes, o sus familiares, ofreciendo dinero para que los suelten. Pero cuando venía mi abuelito a pagar, yo no quería salir, porque yo había decidido estar allí. Entonces, decidí aguantar todo el proceso de instrucción, los tres meses. Salíamos a hacer patrullaje por la selva. He visto enfrentamientos con los Senderos, pero gracias a Dios nunca me ha pasado nada. En mi grupo sólo murió un capitán.

Yo iba a abrazar la carrera militar, tenía mejor comportamiento, era bien centrado. También había algunos profesores que me encaminaban para estudiar otra carrera. Estando en el Cuartel, estudié la secundaria, también el instituto superior; había militares buenos, no todos eran malos. Cuando cumplí mis dos años de Servicio Militar Obligatorio, me quedé todavía como reenganchado, en Pausa y en Puquio. Luego regresé a mi pueblo, con 15 días de permiso. Llegué a mi casa y encontré la misma pobreza. La casa cerrada, mi abuelita había muerto, el abuelito estaba enfermo en Lima. Las vacas flacas y chuscas, amarradas, comiendo paja, los cuatro perros chuscos y flacos. Ya se ocultaba el sol, nadie llegaba a la casa. Allí me cayeron las lágrimas. Desde ese día decidí ya no regresar al Cuartel, más bien empecé a labrar el adobe para mejorar la casa.

Como había avanzado la carrera de Técnico en Enfermería, decidí seguir estudiando. Vine a Huamanga a postular en algún Instituto, ya no había cupo, luego fui a la provincia de Víctor Fajardo, allí me presenté al concurso, gané y seguí estudiando enfermería técnica. Después de terminar la carrera, vine a Ayacucho buscando una beca. Me encontré con una institución, IPAZ, pregunté si había becas para mí y me dijeron: "Tal vez". Fui a AJHOVISOP, allí me dijeron que la mayoría eran estudiantes de la Universidad y algunos eran hijos de profesores. Yo era hijo de un

campesino. Después, me encaminaron a ANFASEP, allí me encontré con un joven llamado Enver. Él me dijo que era dirigente de la Asociación de Jóvenes, también me dijo: "Si algún día te asocias, podrías llegar a ser dirigente". Así decidí asociarme a ANFASEP y poco a poco entendí el trabajo de las mamás y hasta ahora sigo viniendo.

Ahora soy dirigente del CORAVIP (Coordinadora Regional de Víctimas de la Violencia Política de Ayacucho), que engloba a muchas organizaciones pequeñas. Entonces, creo que por el mismo hecho de que he venido de provincia y de ser hijo de campesino, apuesto por ellos. También ocupó un cargo como Vicepresidente de CONAVIP. Ahora me toca pensar como una Organización Nacional. Estoy abarcando mucho, me dan muchas responsabilidades. Pero yo pienso que me faltan muchas herramientas, como apoyo logístico, económico, pienso que estoy descuidando mi parte personal y mi formación profesional. Soy Técnico en Enfermería titulado, gracias a Dios lo logré con mucho esfuerzo, sin ayuda de nadie, esa es la fuerza que me da para seguir apostando como joven y no victimizarme, hay momentos en que yo también lloro, en el Día de la Madre y en el Día del Padre, es allí donde me siento vacío y solo.

Recuerdo mucho a mi hermana mayor, Berta, que tenía 17 años. Ella se fue a Lima, a trabajar para mantenernos cuando murieron mis padres, era como mi madre, me mandaba chocolates, caramelos. Mi hermana jugaba en la segunda división de vóley de El Agustino. Un día, cuando iba a jugar, la barra contraria botó la cáscara de un plátano al piso, cuando la pisó, se resbaló y cayó de cerebro al suelo, allí le dio un derrame cerebral y murió. Yo me sentía cada día más vacío y solo. Al no poder hacer nada, me sentía impotente, quería ya crecer rápido y tener fuerzas. Sé que he sufrido mucho, pero más hubiera sufrido si hubiera conocido más a mi mamá y a mi papá, pocos recuerdos tengo de ellos, eso hace que sufra menos que mis hermanos mayores.

Cuando llegó la violencia, truncó todo nuestro futuro, el de mi familia, estancó nuestro proyecto de vida y el de mis padres. Yo tal vez hubiese estudiado en una universidad grande, tal vez en una estatal, una buena carrera, quién sabe, tal vez en una universidad particular. De acuerdo al poder económico, creo que mis hermanas hubieran tenido otro nivel de vida, ahora mis hermanas son campesinas y analfabetas, yo no merezco estar en este nivel. El simple hecho de ser huérfano no significa ser pobre, yo decía tengo que ganarles a los demás que tienen más, y lo he hecho con mi trabajo. Me sentía impotente, cuando un joven comía en un restaurante o tomaba gaseosa lo único que hacía, era voltear la cabeza, ir a mi casa, donde me esperaba la sopa y mi papa sancochada, esa era mi alimentación, esa era la vida.

Creo que hay mucho por hacer, no solo en la labor social; sino también como persona intelectual, porque también merezco estar en otras instancias, desde allí trabajar para esta sociedad victimada, me proyecto más como un líder, algún día debería estar en una jefatura, necesito otros instrumentos, tener otro tipo de profesión. Como Técnico en Enfermería jamás voy a poder aportar, porque no tengo decisión política, pero siendo un médico o un abogado puedo aportar a la sociedad. Hay momentos en que me siento débil, pero también hay momentos en que me siento fuerte. La única visión a futuro es no victimizarnos, sé que perdimos a nuestros padres y a nuestros hermanos. Pero, ¿qué hacemos desde acá?, ¿con qué aportamos hacia el futuro? No por el hecho de que somos víctimas nos vamos a sentarnos y a ponernos a llorar. Hay que valernos de nuestras propias habilidades. Hay que saber generar nuestros propios recursos, para estar en otras instituciones; yo quisiera contagiar a otros jóvenes con estas ideas.

Ahora, por las mañanas, apoyo en las clínicas particulares, cuando me solicitan, pero también busco otro tipo de trabajo. También me dedico a la mecánica. Ahora estoy trabajando en el Museo de la Memoria como guía. Pero, después tengo que buscar otro trabajo estable, ya sea en el Seguro Social o en el hospital. A veces me siento muy solo y triste. Paso las horas leyendo algunos párrafos sobre derechos humanos y libros de salud. En el futuro, nosotros, como jóvenes y como sociedad civil victimada, primeramente debemos pensar en que nunca vuelva a suceder estos hechos, lo que sucedió en el país, que no haya más hambre, que no haya más huérfanos, ni más miseria. Pero para que no haya estas cosas, quien tiene que ponerse los pantalones es el Gobierno Local, el Gobierno Regional, el Nacional y sobre todo nosotros. Si desde nosotros no vamos a cambiar nuestra actitud, va a continuar esta violencia. ¿Cuándo va a cambiar la realidad de Ayacucho, del país y de las víctimas?, cuando nuestros representantes políticos se pongan los pantalones. A mí me da mucha pena que nuestras mamás se vayan a morir sin alcanzar la verdad, la justicia y la reparación; tal vez nosotros alcancemos algo, pero ya será tarde. Para eso tenemos que cuidar la paz. Yo quisiera ser un representante de la víctimas que tenga una visión política. Desde allí se debe solicitar la reparación para nuestras víctimas, porque, de otra manera, toda la vida vamos a ser demandantes, solo vamos a marchar en las calles, cuando son otras personas las que toman las decisiones por nosotros.

Ahora yo pido una reparación económica individual, mientras esté en la dirigencia, siempre voy a hablar y reclamar. Porque nuestros proyectos de vida han sido truncados y, por tanto, necesitamos un recurso económico que se nos asigne a cada familia. Podemos destinar este dinero

a un negocio y mejorar nuestra agricultura técnicamente. Mis hermanas son analfabetas y esperan una reparación. No pedimos miles, tampoco un monto paupérrimo. Entendemos que hay miles de víctimas a nivel del Perú, más de 69 mil, entre desaparecidos, asesinados y torturados. Sendero y los militares cometieron las violaciones a los derechos humanos. Anteriormente, los militares han sido formados para la guerra, no sabían qué son los derechos humanos. Hemos peleado entre hermanos, nos hemos matado.



# VLADIMIR LÓPEZ CARRASCO

FECHA DE NACIMIENTO	: 17/06/1981
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: HUAMANGA
DISTRITO	: AYACUCHO
NÚMERO DE HERMANOS/AS	: SIETE
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 1995
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: PADRE, SIMEÓN LÓPEZ CANCAHARI (16/05/1992)

## NO TENGO A QUIÉN DECIRLE “FELIZ DÍA PAPÁ”

**V**ivíamos por Acuchimay, recuerdo que mis hermanos estudiaban en el colegio “Guamán Poma de Ayala”, en el turno de la tarde. Mi madre trabajaba en el mercado de Magdalena, vendiendo comida. Recuerdo que mis hermanos no llegaban a mi casa, se quedaban en la casa de algún amigo, o a veces llegaban de uno en uno, por los coches bomba y por las balaceras que empezaban a las 5 de la tarde. En esa época, la vida era muy trágica. También recuerdo que un día, uno de mis hermanos llegó asustado, porque en el camino hacia mi casa, más o menos a la altura de la municipalidad de San Juan Bautista, había reventado un coche bomba. Mis hermanos fueron cambiados de colegio, los matricularon en el colegio “Luis Carranza” en el turno de la mañana, por seguridad, porque en la tarde era peligroso. Yo ya iba a la escuela. Posteriormente, más o menos en el año de 1990, nos mudamos a Basilio Auqui; porque el lugar donde vivíamos era muy lejano y peligroso. Sin embargo, las balaceras y las desapariciones se generalizaron en toda la ciudad. Recuerdo que uno de mis vecinos, al salir al baño, recibió una bala perdida y murió. Por el cerro “La Picota”, constantemente había balaceras.

Mi papá era profesor en el colegio “Francisco Bolognesi”, que queda en Yuraq Yuraq. En esa época, mi padre también, a veces, se quedaba en el mismo colegio o, a veces, en la casa de algún amigo, por seguridad. Un día sábado, mi papá tenía una actividad deportiva interescolar. Ese día, mi papá se puso sus zapatillas y un polo de deporte y más o menos a las 9 ó 10 de la mañana, se fue. El evento deportivo se iba a realizar en el mismo colegio donde trabajaba. Mi madre, mis hermanos y yo estábamos en la casa y más o menos a las 11 de la mañana mi perro empezó a ladrar, uno de mis hermanos estaba afuera. En ese momento, un varón y una mujer vestidos de civil y con una gorra, ingresaron a mi casa. Sacaron las armas que llevaban bajo la ropa, en un plastiquito, y nos apuntaron a la cabeza a uno de mis hermanos y a mí. Mientras, ordenaban a mi madre que muestre su documento de identidad o alguna foto de mi padre. Luego, empezaron a buscar por todos los rincones de la casa, no encontraron

nada, luego se subieron a un Volkswagen y se fueron. No sé quienes eran, pero estaban vestidos de civil y armados; eran casi cuatro, entre ellos una mujer. Mi hermano que estaba afuera, había visto que dos ingresaban a mi casa y uno cuidaba en la puerta.

Mi hermano Héctor se fue inmediatamente a buscar a mi padre, al colegio donde dijo que estaría jugando. Cuando llegó, le dijeron que el partido se estaba llevando a cabo en el Colegio "San Ramón", se fue allá y, efectivamente, el partido se estaba realizando ahí. Pero mi papá no estaba allí, desde ese día, nunca volvió a la casa, tampoco he sabido nada de él. Quizá en el transcurso del camino lo han interceptado, no sé. Esa fecha también desaparecieron otros dos profesores, uno del colegio "Mariscal Cáceres" y el otro del Colegio "Melitón Carvajal". En ese tiempo yo tenía 12 años y estaba en primero de secundaria. Al inicio, nosotros no pensábamos que mi papá iba a desaparecer para siempre. Entonces, mi mamá solicitó un permiso para mi papá en su trabajo, para que no se perjudique. Luego, mi madre y mis hermanos mayores Héctor y Wilian, empezaron a buscar en la Comisaría, en la Morgue, en el Penal y en otros lugares. También iban donde los abogados a hacer consultas. Cuando la gente hablaba que había muertos en tales lugares, iban a esos lugares. Así fueron a Seccelambras, a Huatatas y a muchos lugares, pero no lo encontraron.

Posteriormente, mi madre se asoció a ANFASEP y mis hermanos y yo ya veníamos al comedor de ANFASEP. Ahí tomábamos el desayuno y comíamos. Luego, mis hermanos, buscando a mi padre no tenían mucho tiempo para venir a comer, entonces yo me encargaba de recoger la comida para mis hermanos. La violencia continuaba. Tiempo después de la desaparición de mi padre, un día en que mi hermano Jaime y yo regresábamos del colegio, cuando ya estábamos por llegar a mi casa, vimos de repente que al frente de mi casa, había mucha gente pegada a la pared de la casa comunal. Estaban colocados uno tras otro, era una columna larga. Entonces, entramos a mi casa y, cuando le estábamos contando a mi otro hermano lo que estaba sucediendo afuera, una persona vestida de militar, se metió. Se comió la comida y la fruta que había recogido del comedor para nuestra cena. Luego, nos llevó a mi hermano Jaime y a mí, estábamos vestidos con el uniforme del colegio. Nos colocaron en la parte de adelante de la columna, nos ordenaron que caminemos pegados a la pared, hasta la esquina de Nueve de Diciembre. Y cuando estábamos a la altura de SENATI, se fue la luz. Ya estaba anocheciendo y casi estábamos llegando a Nueve de Diciembre. Pero, de repente, entre la Av. Mariscal Cáceres y Nueve de Diciembre, empezaron a disparar

los militares que resguardaban el local de ENTEL -Perú<sup>1)</sup> y también los militares que nos estaban llevando. Como estábamos adelante, mi hermano me jaló del cabello y me dijo: “¡Corre!”, empezamos a correr y luego de unos minutos reventó una dinamita. Seguíamos corriendo, sin dirección alguna, queríamos ir hacia la Magdalena, finalmente fuimos por el colegio “Los Vencedores de Ayacucho”, y antes de llegar al colegio una señora nos dijo: “Entren”, nos hizo pasar a su casa, nos invitó una cena, esperamos un largo rato hasta que se calme todo. Cuando llegamos a mi casa, mi mamá estaba llorando desesperadamente. Al vernos, nos abrazó, pero siguió llorando.

La desaparición de mi padre nos afectó mucho, mi madre lloraba mucho e incluso se ha descuidado un poco de nosotros, por la preocupación. Mi hermano mayor estaba en la preuniversitaria, para que ingrese a la Universidad, pero con todo esto, dejó de estudiar. Mis hermanos se peleaban entre ellos, mi hermano mayor decía al otro: “Tú también debes buscar a papá”, el otro respondía: “¿Acaso no estoy buscando, crees que a mí no me duele?”, empezaba a llorar. Mi hermana Sarita y yo éramos aún chiquillos y, al ver a mis hermanos así, también llorábamos. Después, mi mamá empezó a viajar a las ferias, con su negocio. Mi hermano mayor empezó a tomar y cada vez que regresaba ebrio, nos golpeaba. En esos momentos sentía la falta de mi padre y me preguntaba: “¿Por qué tuvo que sucedernos a nosotros?”, sentía rabia, una impotencia de no poder ver diferente a mi familia.

Al ver así a mi familia, decidí buscar trabajo; entonces, una tarde fui a un horno de pan, me senté largo rato en la puerta. Salió el dueño y le dije: “¿Tío, te puedo ayudar?”, “sí, claro, pasa”. Esa tarde me quedé trabajando. Al final del trabajo, su esposa me dijo: “¿Quieres que te pague en dinero o en pan?”, le dije: “En pan”. Regresé a mi casa con bastante pan, mi mamá se sorprendió y me preguntó: “¿De dónde has traído tanto pan?” Le conté que había ido a trabajar al horno. Al día siguiente también le animé a mi hermano Jaime, ya éramos dos y después también le animé a mi hermano mayor, los tres trabajábamos. Uno de mis hermanos aún sigue trabajando en el horno. En el comedor conocí a varios amigos, conocí a Heeder, a Sonia, a Fernando, a Efraín, a Pato, a Rolando que ya falleció y a muchos más. Un profesor nos enseñaba a hacer retablos, dibujos y pinturas. Yo siempre dibujaba mi casa, pintaba mi casa; incluso una fecha, cuando fuimos a pintar en las paredes de la Universidad, también dibujé mi casa.

Después, dejé de venir a ANFASEP. Porque cuando trabajaba por la noche, me daba mucho sueño, no resistía y en las tardes tenía que ir a

---

1) El testimoniante se refiere a la Empresa Nacional de Telecomunicaciones, hoy privatizada y parte ya de Telefónica del Perú.

mis clases. Entonces empecé a trabajar por la mañana, en la panadería, por la tarde iba al colegio y no tenía tiempo para venir al comedor. Luego, la panadería se mudó a un lugar más lejano, pero yo seguía trabajando ahí hasta que en uno de esas, me agarró la leva. Me llevaron al Cuartel de Quicapata, luego cumplí el Servicio Militar Obligatorio en el Cuartel "Los Cabitos". Cuando estuve en el Servicio Militar Obligatorio, una noche me trasnoché haciendo guardia, esa noche se me venían a la mente las amargas. Odiaba a los militares y veía a algunos pensando que de repente fue este o aquel los que hicieron desaparecer a mi padre. Igualmente odiaba a los senderistas, porque también eran responsables de tantas desapariciones. Cuando manejaba el arma, tenía ganas de terminar con todos ellos, pero me controlaba. Y cuando me golpeaban, me daban ganas de responderles, pero así era la formación en el Cuartel. En esas fechas, Ayacucho era designada como zona roja. Cuando practicábamos los tiros en el Cuartel, recordaba lo que había pasado antes, para mí era difícil. Cuando salí, en el primer permiso, al regresar me puse a llorar en brazos de mi madre, parecía un niño. Mi mamá me comprendía, eran muchos golpes, que a veces era insoportable.

Después de salir del Cuartel, empecé a trabajar en un grifo. Decidí ingresar a la Universidad, entonces entré a la preuniversitaria, allí me encontré con Rolando. El siempre me invitaba a volver a ANFASEP, me insistía para volver, pero yo sentía cierto recelo, porque ya hacía tiempo había dejado de venir. Después, me enteré que Rolando había fallecido. Luego me encontré con Heeder, con quien jugábamos cuando comíamos en el comedor. El también me invitaba a volver a ANFASEP, me insistía. Pero no podía y daba excusas, hasta que el año pasado, en el aniversario de ANFASEP, me atreví a entrar; había muchos chicos que no conocía, solamente conocía a Heeder. Pero los chicos me trataron bien, a pesar que no los conocía, empecé a ayudar a trasladar la comida, a alcanzar las gaseosas. Nunca sentí un rechazo por parte de los jóvenes, entonces retorné a ANFASEP.

Ahora estoy mejor, en algunos momentos quise olvidarme de mi padre, pero no puedo, hay ocasiones especiales, donde siempre recuerdo a mi padre. Por ejemplo, cuando llega el Día del Padre, yo no tengo a quién decirle: "Feliz día, papá". Cuando llega Todos los Santos, yo no tengo a dónde llevar flores, no puedo rezar frente a un nicho, como todos lo hacen.

Y en algunos momentos siento miedo, me es difícil afrontar ciertas cosas; porque en esos tiempos se tenía que vivir encerrados en la casa. Había mucho miedo, no podíamos salir libremente a las calles, incluso cuando jugábamos en mi casa, encontrábamos explosivos, las bombas caseras y granadas. Ahora ya estoy por culminar mis estudios de

Contabilidad, en la Universidad; deseando aportar con mi especialidad sobre los giros económicos de ANFASEP. Lograr que ANFASEP sea autosuficiente, autónoma económicamente. Pienso que ese momento va a llegar y ANFASEP tiene que estar preparada, así sueño el futuro de ANFASEP. Actualmente estoy viviendo con mis hermanos. Mi madre, después de la desaparición de mi padre, se fue a vivir a su pueblo, a Sarhua.

Por otro lado, quisiera que mis hermanos estén formados personal y profesionalmente, para hacer realidad los sueños de mi madre; porque ella sueña con vernos profesionales. También quisiera alcanzar la justicia, así como todos, e insisto en la reparación individual. Quizá no económicamente, sino más bien con una formación profesional, para todos los jóvenes huérfanos de la violencia. También quiero decirles a todos los jóvenes que de niños estuvimos en el comedor de ANFASEP, que vuelvan para estar todos unidos, y todos juntos quizá podemos alcanzar la justicia. Porque, finalmente, todos somos amigos y hermanos.





# FELIMÓN SALVATIERRA GARAMENDI

FECHA DE NACIMIENTO	: 28/07/1981
REGIÓN	: AYACUCHO
PROVINCIA	: CANGALLO
DISTRITO	: LOS MOROCHUCOS
ANEXO	: UCHUYCCOCHA
NÚMERO DE HERMANOS/AS	: CUATRO
AÑO DE INGRESO A ANFASEP	: 2003
VÍCTIMA(S) Y FECHA DEL SUCESO	: PADRE, TELÉFORO SALVATIERRA TENORIO (20/02/1985)

## SÍ O SÍ TIENEN QUE PAGAR

**A**ntes de la violencia política vivíamos en dos partes, en la comunidad campesina de Allpachaca y en el distrito de San Juan Bautista, en la ciudad de Ayacucho, en una casa arrendada que fue construida con materiales rústicos, tenía una puerta de calamina. Tenía una familia feliz, con mi madre y mi padre vivíamos muy contentos. Mi padre era negociante de ganado, compraba todo tipo de animales y los llevaba para la ciudad de Lima; con lo poco que ganaba nos vestía, nos alimentaba, él era muy bueno con nosotros.

Nosotros vivíamos en el Jirón Madrid, en aquel tiempo era una casa arrendada, en una quinta, ahora ya es nuestra. En ese tiempo, la casa no tenía numeración, la gente vivía por vivir, las Municipalidades no trabajaban. Aunque yo tenía 4 años, recuerdo que un día, a las 11 de la noche, cuando estábamos durmiendo, tocaron la puerta de mi vecina, se oían gritos. Entraron preguntando por mi padre, sabían su nombre. La señora Vicenta les dijo que vivía en el cuarto siguiente. Pasaron unos cuantos segundos y patearon la puerta como tres veces y se rompió, entraron unos encapuchados a mi casa. Estaban armados con FALs, ametralladoras y otro tipo de armas. Con voz de mando, uno preguntó: "Telésforo Salvatierra", mi padre respondió: "yo soy, señor", "usted nos tiene que acompañar". Los demás encapuchados nos agarraron a mí y a mi madre violentamente, lo sacaron a mi padre y se lo llevaron. Entonces, mi mamá preguntó: "¿Para qué y por qué se están llevando a mi esposo?", respondió uno de ellos que nos quedáramos allí y que al día siguiente regresaría, pero nunca más regresó, hasta hoy día. Eso pasó un 20 de febrero de 1985, la verdad, no sé si eran los militares o los terroristas. No recuerdo, solo tenía 4 años de edad. Tampoco sé por qué se lo llevaron, pero yo quisiera saber. No entiendo y no voy a entender por qué han sacado a mi padre.

Al día siguiente, mi madre lloraba conmigo. Además, estaba en estado de gestación. Fuimos a la casa de mi tío para pedir ayuda y poder buscarlo. Tenía tíos por parte de mi padre, uno de ellos hoy en día es

finado. Mi madre y mis tíos denunciaron ante las autoridades, después lo buscamos en todos los lugares. Fuera y dentro de la ciudad; fuimos al cuartel y nos dijeron que no estaba allí mi padre. De tanto buscar, con lágrimas, cansados, sin comer, dejamos de buscar después de mucho tiempo. Después de un tiempo, mi madre decidió regresar al campo, ella vive en la Comunidad de Allpachaca.

Desde el momento en que desapareció mi padre, mi vida cambió radicalmente. A medida que iba creciendo, empecé a tomar el rol de padre, con responsabilidades, dejando de lado el ser niño. Solo mi madre me ha ofrecido durante mucho tiempo, hasta hoy, el cariño de padre y madre. Yo veía a otras personas felices con sus padres, bien alimentados, felices y estudiando en los mejores colegios. En cambio, las personas que hemos perdido a nuestros seres queridos, como nuestro padre, madre, por la violación de los derechos humanos, simplemente teníamos que resignarnos y trabajar, salir adelante auto educándonos. Desde los 11 años, yo veía de qué manera ayudar a mi madre para comer, porque la plata no alcanzaba para alimentarnos. Tenía tres hermanos menores, dos mujeres y un varón. Ellos dependían prácticamente de mí, yo me hacía cargo de ellos. Donde quiera que esté mi padre, lo único que quiero es que me de fuerzas para seguir adelante.

Ahora yo vivo siempre recordando a mi papá, a veces preguntándome ¿qué habrá sido de su vida, qué habrá pasado, lo habrán matado o lo habrán quemado? Como en el reporte del Informe Final de la Comisión de la Verdad, pienso mucho en mi padre, porque yo lo quería y siempre lo seguiré queriendo. En mis estudios, gracias a Dios estoy muy bien, estudié una carrera corta, soy técnico en agronomía, pero no me voy a quedar solo con esa carrera, sino voy a seguir estudiando para seguir adelante. Soy parte de la Juventud ANFASEP desde hace varios años. Vi en esta organización ANFASEP, que estamos trabajando para salir adelante, en busca de la verdad y la justicia sobre todo. Las personas que han violado los derechos humanos, sí o sí tienen que pagar, tarde o temprano.

Quisiera que jamás se vuelva a repetir la violación de los derechos humanos. Como ayacuchanos y como peruanos, debemos vivir en paz, sin violencia. Yo quiero, primero, que haya justicia. El actual gobierno de Alan García tiene que reconocer el daño que ocasionado. Sabe en su conciencia que mediante los militares han cometido el abuso sistematizado a los derechos humanos. Además, por lo menos el gobierno debe dar indemnización para los familiares de las víctimas y afectados. En esta temporada, estamos observando a muchas madres que ya están prácticamente avanzadas de edad, muchas de ellas ya han fallecido con enfermedad o por envejecimiento, sin recibir una indemnización o justicia

verdadera. Personalmente pido, por la desaparición de mi padre, justicia y una indemnización por lo menos para mi madre y para todos los niños huérfanos que hemos quedado. El daño está hecho y es irreversible.

Como Juventud ANFASEP, desde que he entrado a esta asociación en 2003, me he dado cuenta que los socios están trabajando con el corazón en la mano. En cualquier actividad que tenemos dentro de la asociación, estoy ayudando en mis horas libres. Estamos trabajando sobre todo para que haya justicia y seguiremos trabajando hasta alcanzar la justicia, aunque sea viejitos, con nuestro bastón en la mano, seguiremos hasta alcanzar la verdad y la justicia y posteriormente vivir en paz. Cuando se inició el trabajo de la Comisión de la Verdad, desde el año 2001, no pudieron llegar a todos los rincones del departamento de Ayacucho, a las comunidades más lejanas, que hasta hoy en día no tienen carreteras. A muchos lugares no llegó la CVR para recoger los testimonios de los afectados y víctimas de la violencia política. ¿Qué han hecho los que han trabajado en la CVR? Solo llegaron a las ciudades y pueblos grandes y, de acuerdo a ello, se dio el Informe Final de la CVR. Ahora tenemos que trabajar con el gobierno, para tener datos exactos. Ayacucho fue la región más afectada en la época de la violencia política y pido al gobierno que se ponga la mano en el corazón y que trabaje bien, velando por los huérfanos; con las becas de estudio no es suficiente. Finalmente, exigimos verdad y justicia.

## COLECCIÓN DE FOTOS



Marcha de ANFASEP en la ciudad de Lima, el año de 1986.

Foto: COMISEDH



Comensales huérfanos/as del Comedor de Niños "Adolfo Pérez Esquivel".  
Foto: COMISEDH



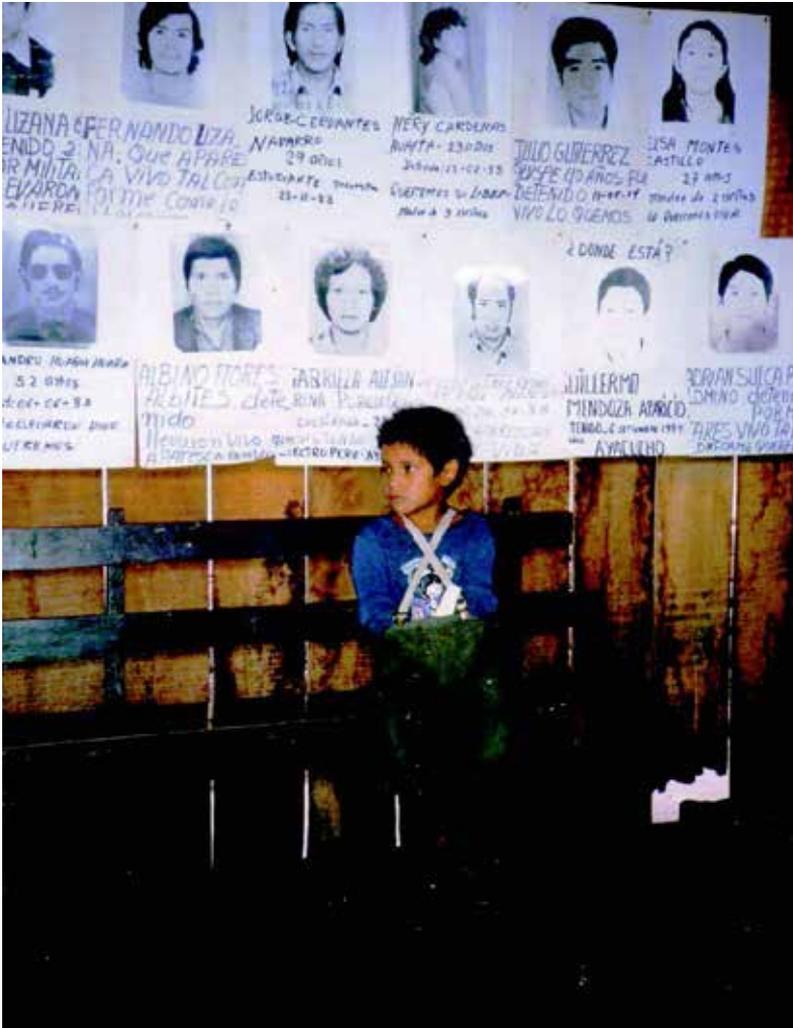
Marcha de niños/as y madres de ANFASEP en la plaza de Ayacucho,  
en los primeros años de funcionamiento institucional.  
Foto: COMISEDH.



Búsqueda del familiar desaparecido y expresión del dolor y llantos.  
Foto: CVR



Pérez Esquivel y Premio Nóbel de la Paz en la  
Municipalidad de Huamanga - Ayacucho,  
acompañado de los símbolos de incidencia de ANFASEP  
Foto: CARETAS



Niño huérfano en medio de las fotos de los desaparecidos, en el local antiguo de ANFASEP.  
Foto: Archivo ANFASEP



Marcha de madres y jóvenes de ANFASEP  
en la plaza de Ayacucho en el año 2007  
Foto: Heeder Soto



La Hoyada, lugar de las exhumaciones del 2005-2010 con el tanque de combustible (centro), que alimentó al horno de cremación de restos.

Archivo: APRODEH



Actividad de exhumación con participación de socias de ANFASEP.

Archivo: APRODEH



Arborización del perímetro de La Hoyada, como medida de protección.  
Archivo: APRODEH



Romería a La Hoyada en el día de los desaparecidos.  
Archivo: ANFASEP



Ceremonia en La Hoyada con la participación del Presidente del Congreso Víctor Isla, la Congresista Pérez Tello y el Presidente Regional Wilfredo Ocorima.  
Archivo: APP



Visita del Ministro de Agricultura, Milton von Hesse (casaca amarilla), a La Hoyada.  
Archivo: ANFASEP



Ceremonia de aniversario de la Cruz de La Hoyada el 16 de julio 2013.  
Archivo: APP



Reconocimiento a ANFASEP por parte del Ministerio de Justicia y la CMAN en La Hoyada. / Archivo: APP



Ceremonia de entrega simbólica de La Hoyada al Gobierno Regional para la construcción del Santuario para la Memoria, con presencia del Ministro de Justicia - Daniel Figallo - y el Arzobispo - Salvador Piñeiro. / Archivo: APP



Autoridades y personalidades, entre ellos Salomón Lerner, Ex-Presidente de la CVR, acompañan al Ministro de Justicia en la entrega simbólica del predio de La Hoyada al Gobierno Regional, para la construcción del Santuario para la Memoria.

Archivo: APP



Ceremonia de entrega de los terrenos de La Hoyada, el 11 de agosto de 2014, con participación de autoridades judiciales y religiosas de la región.

Archivo: APP



Colocación de la primera piedra para la construcción del cerco del Santuario para la Memoria en La Hoyada. / Archivo: APP



La Presidenta de ANFASEP, Adelina García, en la ceremonia de colocación de la primera piedra del cerco del Santuario para la Memoria. Archivo: APP



El Vice-Ministro de Justicia y Derechos Humanos, José Ávila, devela la placa en reconocimiento a ANFASEP por 30 años de lucha.

Archivo: APP



Contenidos de la propuesta arquitectónica de Santuario para la Memoria en La Hoyada elaborado por AWAQ-SHICRAS.  
Archivo: AWAQ-SHICRAS.



**ANFASEP**  
**30 Años de Lucha por la Verdad y la Justicia**

Socias de ANFASEP en el Parque de la Memoria,  
frentis del Museo de ANFASEP.

Archivo: APP

# ANFASEP

La Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú - ANFASEP fue fundada en 1983, en la zona más castigada por la violencia, Ayacucho. Por un grupo de mujeres quechua hablantes, en su mayoría fueron desplazadas de las zonas rurales. Estas mujeres se organizaron con el motivo de protestar contra el secuestro de sus familiares y averiguar el paradero de ellos.

Desde su fundación, ANFASEP ha incidido activamente en la reivindicación de los derechos de las familias afectadas por la violencia política y viene impulsando los procesos de la búsqueda de la verdad, justicia y reparación.

En 1985, ANFASEP inauguró un comedor para niños huérfanos de la violencia política. Una buena parte de esos niños, hoy jóvenes, están organizados en la Juventud ANFASEP y vienen preparándose para continuar el trabajo de la asociación.

En 2005, ANFASEP creó el Museo de la Memoria "Para que no se Repita", con la finalidad de preservar y difundir la memoria histórica de los hechos del conflicto armado interno.

**ANFASEP - Museo de la Memoria**  
**Prolongación Libertad N° 1229**  
**Ayacucho - Perú**  
**Teléfono/Fax: ++51 (0) 66 31 71 70**



Asociación  
Nacional de  
Familiares de  
Secuestrados,  
Detenidos y  
Desaparecidos  
del Perú

Fundado el 02 de setiembre de 1983



Esta publicación recoge, pues, la apasionante historia de la ANFASEP, pero incluye también los testimonios de sus dirigentes —en su mayoría mujeres valerosas— y de muchas personas que, desde diversos ámbitos, estuvieron ligados a ella. Esos testimonios no sólo nos permiten tener una visión cabal de sus empeños, sino conocer también, a través de la palabra de quienes fueron también víctimas de la violencia, los horrores que se abatieron sobre nuestro país y nuestros compatriotas durante las últimas décadas.

Esos relatos, por otro lado, siendo individuales e incomparables, nos remiten también a repensar nuestra tragedia colectiva. Nuestra sociedad entera fue afectada por los años de violencia y sus perversas secuelas han quedado —y aún podemos percibirlas hoy— en nuestro entorno más inmediato: en el empobrecimiento de nuestra cultura cívica, en el resquebrajamiento de nuestros criterios de exigencia moral, en nuestra tolerancia hacia la prepotencia, el abuso, el cinismo, la hipocresía que ha infectado nuestros espacios de diálogo público.

Este libro que con acierto han sacado adelante los miembros de la ANFASEP y la Juventud ANFASEP —vale decir, aquellos que, siendo niños o adolescentes, fueron cobijados y asistidos por esta institución— nos permite mantener viva la ilusión de que ese cambio se puede operar. Sabemos que no todos los peruanos se han incorporado aún a esa reflexión, pero un esfuerzo como éste contribuye a que demos un paso importante en ese impostergable camino.

**Salomón Lerner Febres**  
Ex Presidente de la CVR



Ziviler Friedensdienst  
Servicio Civil para la Paz



Implementada por

**giz**